

“Una inolvidable historia de amor que derriba las barreras del tiempo”

Richard Matheson

En algún lugar del tiempo



ae

Richard Collier, un hombre de nuestros días, se obsesiona con una mujer de otra época, una célebre actriz de finales del siglo XIX. Su embelesamiento con Elise McKenna llega a intensificarse tanto que consigue transportarse físicamente al año 1896, donde conoce y corteja a la mujer de su vida. Pero, ¿por cuánto tiempo puede la pasión de los amantes resistir la despiadada marejada de la historia?



Richard Matheson

En algún lugar del tiempo

ePub r1.0

GONZALEZ 06.06.14

Título original: *Bid Time Return*
Richard Matheson, 1975
Traducción: Raúl Campos Martín

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.1



Con incondicional amor a mi madre

Recordar los días que pasamos juntos es la verdadera felicidad de viajar en el tiempo.

Quisiera dar las gracias a la señorita Marcie Buckley por ayudarme desinteresadamente a recopilar material de investigación para construir esta historia.

—R.M.

*Ah, llamad al ayer,
haced que el tiempo vuelva atrás.*

—*Ricardo II*, Act III, Esc. 2

Nota de Robert Collier

No estoy seguro de actuar de la manera más acertada al publicar el manuscrito de mi hermano. Él nunca pensó sacarlo a la luz. Ni siquiera creía que llegaría a terminarlo.

Lo acabó, no obstante, y pese a ciertas inconsistencias del borrador, considero que merece la atención del público. Al fin y al cabo Richard era un escritor, aunque este fue el único libro que llegó a escribir. Por este motivo y a pesar de los interrogantes que todavía siguen ahí, lo envié para que lo publicaran.

Cediendo a las indicaciones de la editorial, he realizado una minuciosa poda en la primera sección del manuscrito. Insisto, no estoy convencido de haber actuado de la manera adecuada. No puedo negar el hecho de que esta parte se hacía interminable y, durante ciertos pasajes, tediosa. Así y todo, me siento culpable por ello. Si de mí dependiera, imprimiría el manuscrito con el cuerpo íntegro. Espero que por lo menos mis extirpaciones hayan sido fieles al propósito de Richard.

Aparte de opinar que el libro de mi hermano merece ser leído, existe otra razón para publicarlo.

La verdad es que su historia es inverosímil. Por mucho que me esfuerce no consigo creérmela. Espero que su publicación dé la oportunidad a alguien de crearla. Por lo que a mí respecta, sólo puedo aceptar un aspecto del escrito, eso sí, por completo: para Richard, ésta no fue una historia ficticia. Creyó, sin lugar a dudas, que vivió hasta el último minuto de la misma.

*Los Ángeles, California
Julio de 1974*

Libro uno

14 de noviembre de 1971

Voy conduciendo por Long Valley Road. Hace un día espléndido; el sol brilla, el cielo es azul. He dejado atrás las vallas blancas de tres listones. Un caballo me escruta. Es una hacienda de Los Ángeles. Avanzo en paralelo al declive de un camino y por encima de otro. Domingo por la mañana. Se respira armonía. Pimenteros a ambos lados de la carretera, el follaje se mece con la brisa.

Ya casi he salido. Lejos de Bob y Mary, de su casa, de mi pequeña casa de huéspedes de la parte de atrás; de Kit, que cuando venía a verme mientras trabajaba, golpeaba con las pezuñas, suspiraba, relinchaba, gemía y, cuando ni aun así conseguía llamar mi atención ni nada que comer, topetaba con la nariz contra mi pared. Ya no más.

La última pendiente y el último acelerón. Un poco más adelante, la autopista de Ventura y el mundo. En la señal de encima de la casa del guarda ponía «Adiós amigos». Hasta la vista, Hidden Hills.

Estoy en el lavadero de coches. Se encuentra extrañamente vacío. ¿Estarán todos en misa? Un Mercedes-Benz beige está aparcado justo a mi lado. Siempre quise comprarme uno. Otro proyecto tachado. Bebo un caldo de carne de vaca que he sacado de la máquina expendedora. Aquí sale mi Galaxie azul marino. Sobrio, aceptable y de precio moderado; el coche que a mí me va. Los pulverizadores lo cubren, disparando sus largos y delgados chorros de espuma.

Estoy en el desierto aparcamiento de la oficina de correos. Es la última vez que reviso mi buzón. No me molestaré en cancelar el servicio. He enviado mis últimos pagos a Ma Bell y The Broadway.

Estoy esperando junto a la señal de stop de Topanga Boulevard. El camino se abre ahora. Un giro rápido a la izquierda (superado con facilidad), un giro a la derecha, cuesta arriba y directo a la autopista de Ventura. Adiós, Woodland Hills.

Un día realmente magnífico. El cielo es de un añil resplandeciente; las nubes forman estrechos caminos lechosos. El aire sabe a vino blanco frío. Gemco quedó atrás, igual que el Valley Music Theatre. Ambos están ahora a mis espaldas, ya no son reales. Ahora juego al solipsismo.

Antes de salir de casa lancé una moneda al aire; cara al norte, cruz al sur. Dirección San Diego. Resulta extraño pensar que si lo vuelvo a intentar podría estar en San Francisco al atardecer.

Llevo equipaje de sobra: dos bolsas. En una, mi traje marrón oscuro, mi abrigo de sport verde oscuro, pantalones, algunas camisetas, ropa interior, calcetines, zapatos, y pañuelos, mi pequeño neceser. En la otra maleta, mi tocadiscos, auriculares y diez sinfonías de Mahler. A mi lado, mi inseparable grabador de casete. La ropa está detrás; todo.

Excepto, por supuesto, los cheques y el metálico del viajero. Cinco mil setecientos noventa y dos dólares con treinta y cuatro centavos.

Tiene gracia. Cuando fui al Bank of America Friday y me puse a la cola me empecé a impacientar. Entonces lo vi claro. Ya no tenía por qué ponerme nervioso. Miré a todas aquellas personas y sentí pena por ellas. Todavía vivían bajo el yugo del reloj y del calendario. Libre de lo cual, me tranquilicé.

Acabo de saltarme el desvío para coger la autopista de San Diego. No pasa nada. Sigo siendo libre como el viento. Vuelvo a encaminarme, me dirijo al centro de la ciudad, cojo la autopista de Harbor y

llego a San Diego siguiendo otra ruta.

Más adelante se alza una valla que anuncia Disneylandia. ¿Debería hacer una última visita al Reino de la Magia? No he vuelto por allí desde que mamá vino a verme en 1969, cuando Bob, Mary, los niños y yo la llevamos para que lo conociera. No; no hay Disneylandia que valga. Para mí, la única atracción sería la Mansión Encantada.

Otra valla. Anuncia: «Abierto, el *Queen* recomienda Long Beach». Suena mejor. Nunca he subido a bordo; Bob cruzó el charco en él durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Por qué no ir a verlo?

A mi izquierda, el obelisco, la gran lápida negra: Torre Universal. ¿Cuántas veces la utilicé como punto de encuentro para mis citas? Resulta chocante darse cuenta de que ya no quedará con más productores, de que ya no escribiré más guiones. Nunca más tendré que llamar a mi agente. «Venga, por el amor de Dios, ¿dónde está mi cheque? Estoy en números rojos». Aquel era un pensamiento apaciguador. El momento era bueno también; largarse cuando de todos modos casi nadie está trabajando.

Me acerco al Hollywood Bowl. No he pasado por allí desde finales de agosto. Llevé a aquella secretaria de Screen Gems. ¿Cómo se llamaba? ¿Joan, June, Jane? No puedo acordarme. Todo cuanto recuerdo es que decía que le gustaba la música clásica. Qué tontuela. También era material insignificante, adecuado para las boleras. ¿El Segundo Concierto de Rachmaninoff? JoanJuneJane jamás lo había escuchado.

Se supone que después de tantos años debería haber encontrado a alguien. ¿Karma negativo? Malo. ¿No haber conocido nunca una mujer que te comprenda? Increíble. Algo se oculta en mi pasado, no cabe duda. Una obsesión por mi triciclo. Bah, Freud. ¿Tan difícil resulta aceptar el hecho de que jamás encontré a una mujer a la que pudiera amar?

El tráfico se intensifica al aproximarse a la autopista de Harbor. Estoy rodeado de coches. Hombres y mujeres por todas partes. No me conocen, no los conozco. La contaminación es asfixiante. Espero que San Diego esté más despejado. Nunca he estado allí; no sé cómo es. La muerte podría describirse así.

El Music Center. Un lugar asombroso. Estuve allí hace una semana o así, A.C. (antes de Crosswell). Interpretaron la Segunda Sinfonía de Mahler. Mehta hizo un trabajo brillante. Cuando entró el coro suavemente en el movimiento final se me puso la carne de gallina.

¿Cuántas ciudades veré? ¿Denver? ¿Salt Lake City? ¿Kansas City? Tengo que quedarme en Columbia un día o dos.

Suena ridículo. Voy a convertirme en un criminal porque no pienso enviar más pagos del coche. ¿Y sabe lo que le digo, señor Ford? Me importa un bledo.

¡Jesús!

Se me acaba de poner delante un camión y he tenido que dar un volantazo para cambiar de carril. Casi se me sale el corazón por la boca porque no me ha dado tiempo a mirar si venía alguien por ese carril.

Todavía tengo el corazón acelerado pero menos mal que no me ha pasado nada.

Qué absurdo se puede llegar a ser.

Ahora veo sus tres chimeneas rojas con las puntas negras. ¿Lo habrán apuntalado con cemento?

Pobre, me da pena. Mantener un barco como ese en pie es como disecar un águila. Por fuera puede impresionar pero sus días de gloria quedaron atrás.

El *Queen* acaba de hablar; un llanto ensordecedor que ha estremecido el aire. Qué enormidad. Es como si hubieran tumbado el Empire State Building.

Pagué en la cabina roja, subí por la escalera mecánica y ahora camino lentamente por el pasillo cubierto, acercándome a él. A mi derecha está el puerto de Long Beach, con sus azules y revueltas aguas. A mi izquierda hay un niño que me observa. ¿Quién será ese tipo ridículo que habla con una caja negra?

Otra escalera mecánica, esta vez muy larga. ¿Qué altura tendrá el *Queen*? Calculo que unas veinte plantas.

Estoy sentado en el Salón Principal. El acabado del mobiliario es de los años treinta. No sé por qué lo consideraban elegante. Las columnas son anchas. Mesas, sillas. Una pista de baile. Sobre el escenario, un precioso piano.

Una galería. Tiendas repartidas por una plaza con el suelo embaldosado. En el techo, lámparas del tamaño de las ruedas de un camión. Mesas, sillas y sofás. ¿Cómo podía flotar todo esto? Increíble. ¿Cómo sería el *Titanic*? Imaginad un escenario como éste inundado de agua helada. Una visión espeluznante.

Lo que de verdad me gustaría es echar un vistazo abajo. En la parte oscura, donde están los camarotes. Recorrer los silenciosos y sombríos pasillos. Me pregunto si no estarán encantados.

No bajaré, claro. Obedeceré las normas.

Las malas costumbres nunca se pierden.

Una fotografía ampliada cuelga del mamparo. Gertrude Lawrence con su perro blanco. Como el que aparece en el *Oliver Twist*, de David Lean; feo, achaparrado y de orejas puntiagudas.

La señorita Lawrence sonríe. No sabe, mientras pasea por la cubierta del *Queen*, que la muerte le pisa los talones.

Fotos en una vitrina donde pone «Recuerdos».

David Niven interpretando una giga. Parece bastante achispado. No sabe que su mujer fallecerá pronto. Pienso en aquel momento helado y me siento extrañamente divino.

Aquí tenemos a Gloria Swanson en cueros. También está Leslie Howard; qué joven estaba. Me acuerdo de haberle visto en una película titulada *Berkeley Square*. Recuerdo cómo viajaba en el tiempo hasta el siglo XVIII.

En cierto modo, ahora mismo yo estoy haciendo algo por el estilo. Subir a bordo de este barco es como retroceder hasta los años treinta. Incluso por la música ambiental. Debe de ser la que ponían en el *Queen* durante aquella época; está tan anticuada, tan magníficamente pasada de moda.

Un titular del tablero anuncia «Bautizado por Su Majestad La Reina, 26 de septiembre de 1934». Cinco meses antes de que naciera yo.

Estoy sentado en el *Observation Bar*. Sin embargo, no se ven hombres de negocios a mi alrededor

y en mi mesa no hay ninguna bebida. Nada más que turistas y café solo en un vaso de plástico, un bollo de manzana cocinado en Anaheim.

¿Le importará? Me intriga. ¿Se habrá resignado el *Queen* a haber caído en desgracia? ¿No estará furioso? Yo lo estaría.

Estoy mirando la zona de la barra. ¿Cómo sería en aquella época? Sirvanos un gin-tonic, Harry. Un vaso de vino blanco. JB, con hielo, por favor. Hoy, bocadillos submarino, leche helada y café hirviendo.

Por encima de la barra cuelga un mural. Gente bailando, cogida de la mano, formando un largo y estrecho óvalo. ¿Quién se supone que son? Todos están tan congelados como esté barco.

Siento una extraña sensación en el estómago. Parecida a la que tengo cuando veo una película de carreras en la que salen escenas del punto de vista del interior del coche; mi cuerpo sabe que sigue sentado, aunque visualmente estoy viajando, a gran velocidad y ese contraste irreconciliable me pone enfermo.

Aquí la sensación es la opuesta, sin embargo me sigue mareando. Soy yo el que se mueve mientras que el *Queen* permanece inmóvil. ¿Tiene sentido? Lo dudo. Lo cierto es que este lugar me empieza a dar escalofríos.

Las Dependencias de los Oficiales. Estoy yo solo, en medio de dos visitas guiadas. El malestar es más fuerte ahora; algo me oprime el plexo solar. Los sonidos lo intensifican; llamadas que sonaron en el *Queen* por aquel entonces: «Señorita Molly Brown, diríjase al mostrador de Información, por favor». ¿El Insumergible?

Suena un timbre mientras echo un vistazo a la Sala del Capitán. ¿Serían más bajos antes? Las sillas parecen diminutas para mí. Otra llamada: «Ángela Hampton tiene un telegrama esperándole en la Oficina del Comisario». ¿Dónde estará Ángela ahora? ¿Recibirá su telegrama? *Espero que fueran buenas nuevas.*

Cuelgan invitaciones de la pared. Unos uniformes cuelgan inmóviles tras unos expositores. Hay libros sobre los estantes. Cortinas, relojes. Un escritorio, un teléfono de un blanco puro. Todo detenido, inerte.

El Puente de Mando; el Centro Neurálgico lo llamaban. Pulido, brillante y muerto. Las ruedas ya no darán más vueltas. El telégrafo nunca enviará órdenes a la Sala de Máquinas. La pantalla del radar permanecerá para siempre fundida en negro.

He tenido que salir de la zona de visitas. Todavía me siento extraño. Estoy sentado en un banco del Museo. Es de lo más moderno; no tiene nada que ver con lo que he visto hasta ahora. Me deprime. Por cierto, ¿por qué he venido? Fue una mala idea. Necesito un bosque, no un mortuario anclado en tierra.

Bueno, no pasa nada, me lo recorreré entero. Así soy yo. Jamás dejo nada a medias. Nunca abandono la lectura de un libro, por insustancial que me parezca. Nunca salgo de un teatro, de un cine ni de un concierto, por muy aburrido que sea el espectáculo. No dejes nada en el plato. Sé educado con la gente. No des patadas a los perros.

Levántate, maldita sea. Reacciona.

Atravieso la sala principal del Museo. La gigantesca ampliación de una primera plana me llama la atención: *The Long Beach Press-Telegram*. El titular reza: «El congreso declara la guerra».

Señor. Toda una división a bordo de este buque. Bob también lo vivió. Comió en bandejas divididas como esa, con cubiertos como aquellos. Vestía un largo abrigo marrón como ese, un sombrero marrón de lana, un casco con una funda como aquel, botas de combate como esa. Llevaba un talego como ese y dormía en una litera de tres alturas igual que aquella. Éstos podrían ser los recuerdos que mi hermano guarda del *Queen*. Nada de gigas escocesas ni de pasear perros blancos de orejas puntiagudas. Sólo tener diecinueve años y atravesar un océano rumbo a una probable muerte.

De nuevo esa sensación. Un nudo de inercia atravesado en el estómago.

Más recuerdos. Dominós. Dados en un vaso de cuero. Un lápiz mecánico. Libros para los servicios religiosos; protestantes, católicos, judíos, mormones, científicos cristianos... todos esos viejos libros de siempre. Me siento como un arqueólogo excavando en un templo. Más fotografías. Señor y señora Don Ameche. Harpo Marx. Eddie Cantor. Señor Cedric Hardwicke. Robert Montgomery. Bob Hope. Laurel y Hardy. Churchill. Todos atascados en el tiempo con una eterna sonrisa. Tengo que marcharme.

De nuevo estoy sentado en el coche, agotado. ¿Se sentirán así los videntes cuando entran en una casa desbordada por un ente del pasado? Lo sentía crecer dentro de mí poco a poco, un malestar creciente y revoltoso. El pasado yace en ese barco. Dudo que perdure con toda esa gente pisoteándolo todo. Desaparecerá dentro de poco. Pero por el momento permanece allí.

Por otra parte, quizá sólo se deba al bollo de manzana.

Pasan veinte minutos de las dos, me dirijo a San Diego escuchando una música extraña y cacofónica; sin melodía, sin alma.

Confuso, sigo adelante. Una autocaravana me hace frenar, cambio de carril, acelero y la adelanto, desesperado por ganar una posición. ¿Lo pillas, R.C.?

La música se ha detenido. No distinguí qué era. Ahora ponen *Ragtime para once instrumentos de viento*, de Stravinsky. Apago la radio.

Los Ángeles acaba de desaparecer. Igual que Long Beach y el *Queen*. San Diego es un espejismo. Todo cuanto es real se encuentra aquí; este tramo de autopista abre sus brazos ante mí».

¿Qué puedo ver en San Diego? Suponiendo que exista, claro. ¿Qué diferencia hay? Encontraré algún sitio, saldré a comer; puede que elija un restaurante japonés. Veré una película, leeré alguna revista o me dará un garbeo, me emborracharé, me enrollaré con alguna chica, me sentaré en el muelle, tiraré piedras a las barcas, ya veré cuando llegue. Abajo con los horarios.

¡Venga, alegría esa cara muchacho! ¡Lo vas a pasar en grande! ¡Tienes un montón de meses por delante!

Hay una marisquería. Creo que empezaré por el pez espada. Para abrir boca tomaré *vichyssoise* *Bon Vivant*.

San Juan Capistrano está *kaput*.

La divina sensación de acabar con comunidades enteras con un poco de tesón.

Las nubes del horizonte parecen montañas de nieve apiladas en forma de castillos gigantescos que rasgan el cielo.

No tengo ni pizca de personalidad. Enciendo la radio otra vez. Están poniendo *Les préludes* de Liszt. La música del siglo XIX me va más.

Ahora las nubes parecen de humo. Es como si el mundo entero estuviera en llamas.

Vuelve ese malestar en el estómago. Resulta absurdo, ahora que el *Queen* quedó atrás.

Supongo que al final sí que va a ser por el bollo de manzana.

El tráfico se intensifica a medida que me aproximo a San Diego. Debo salir de aquí.

¿Aquí no había un sitio llamado *Mundo Marino*? Creo que sí. Veré cómo las ballenas pasan por el río. El centro de la ciudad. Me están cercando. Las vallas publicitarias emergen como hongos venenosos. Acaban de dar las cuatro en punto. Me empiezo a poner nervioso.

¿Por qué habré venido aquí? Ahora nada parece tener sentido. Doscientos kilómetros para qué.

Mañana viajaré hacia el este. Madrugaré, sudaré el dolor de cabeza y saldré para Denver.

¡Por dios! ¡Es como haber regresado a Los Ángeles! Rodeado de coches saltando de un carril a otro, parpadeantes semáforos en rojo, conductores con expresión de odio.

Ah; ahí delante hay un puente. Voy a cruzarlo. No me importa a dónde lleve siempre que sea lejos de aquí.

La señal indica «Coronado».

Conduzco con el sol de frente. Me ciega. Abrasador disco dorado.

Precipicios a lo lejos; el Océano Pacífico.

¿Qué será aquello que hay en la orilla? Es una estructura enorme y misteriosa. Pagaré el peaje y echaré un vistazo.

Acabo de girar a la izquierda para entrar en la Avenida A. Parece antiguo, este lugar. A mi derecha hay una casita de campo de estilo inglés. Aquí no llega el tráfico. Es una calle silenciosa con árboles a ambos lados. Quizá pueda pasar aquí la noche. Debe de haber algún motel por los alrededores. Hay una casa antigua, similar a una mansión del siglo XIX. Está hecha de ladrillos; tiene ventanas saledizas y unas chimeneas gigantes.

¿Qué es eso de ahí arriba? Fíjate en esa torre de tablillas rojas.

No puedo creerlo.

Conducía en la dirección equivocada. Estoy sentado en un aparcamiento tras el edificio. Debe de tener unos sesenta o setenta años de antigüedad. Es una construcción enorme. Tiene cinco plantas, está pintada de blanco y el tejado está hecho de tablillas rojas. Tengo que encontrar la fachada

principal.

Hay un motel al otro extremo de la calle si al final esto no es... ¡es un hotel!

Me alojo en la habitación 527 y miro el océano desde la ventana. Casi se ha puesto el sol; aún sobresale un refulgente gajo naranja sobre el horizonte a la izquierda de una tenebrosa hilera de acantilados. No se ve a nadie paseando por la orilla de esa playa color gris perla. Puedo ver y oír el oleaje, como si de un trueno desplomándose se tratara. Son algo más de las cuatro y media. Este lugar es tan tranquilo que me quedaría durante más de una noche.

Tengo que echar un vistazo por ahí.

El patio cobra un aspecto irreal a la luz del crepúsculo; amplio, con caminos serpenteantes y un verde y cuidado césped. El cielo parece pintado a modo de decorado de estudio. Quizá esto sea el sur de Disneylandia.

Dejé el coche bajo la marquesina de delante para que el mozo lo aparcara, después el portero me cogió las bolsas; se mostró un poco sorprendido al comprobar el peso de la segunda maleta. Lo seguí hasta la entrada por una rampa cubierta con una alfombra roja, di la vuelta a un banco de metal blanco con una maceta en medio, llegué al vestíbulo, me registré y me llevaron al otro lado de este patio. Los pájaros armaban un atronador escándalo entre los árboles, cuyo follaje era tan espeso que me impedía verlos.

Ahora los árboles están callados, el patio está mudo.

Lo miro desde el quinto piso; las sillas y las mesas con sombrilla, arriates de flores. Es un escenario quimérico. Me estoy fijando en una bandera americana que ondea en lo alto de la torre. Me pregunto qué habrá allí arriba.

Tengo demasiada hambre como para esperar al servicio de habitaciones; las seis de la tarde en la Reja del Príncipe de Gales, las seis y media en la Habitación de la Diadema. Sólo son las cinco. Si bebo durante una hora me dará igual pero no he venido a eso. Quiero saborear este lugar.

Estoy sentado en la casi vacía Habitación de la Diadema, al lado de uno de los ventanales; pregunté y me dijeron que todavía podía pedir algo. La enorme Habitación de la Corona, contigua, sólo se utiliza, me imagino, para los banquetes. Fuera se ve el lugar donde aparecí con el coche. ¿Hará sólo cuarenta minutos?

Es una habitación preciosa. Paneles de color rojo y oro y encima de ellos un artesonado de madera ricamente tallada que llega hasta un techo de tres o cuatro alturas. Mesas cubiertas con manteles blancos, velas encendidas dentro de cilindros color miel, copas altas de metal a la espera de los comensales. No puede ser más refinado.

La camarera acaba de traerme la sopa.

Ahora tomo una sabrosa y espesa sopa de judías con trozos de jamón. Deliciosa. Estoy hambriento. A la larga puede resultar inútil pero en este instante merece la pena saborearla. Esta habitación asombrosa. Esta sopa caliente y exquisita.

Me pregunto si tengo suficiente dinero para quedarme indefinidamente. A veinticinco dólares al día, mis ahorros no darán para mucha. Supongo que harán descuentos para los que se queden más de un mes pero aun así me arruinaría antes de largarme.

¿Cuánto tiempo llevará aquí este hotel? En mi habitación hay una hoja informativa que leeré más tarde. Sin embargo es un lugar antiguo. De camino al vestíbulo por un pasillo de la planta baja que sale de la Reja del Príncipe de Gales, pasé junto a un maravilloso bar que tenía una suntuosa barra; ahora debo echar un trago allí. También vi una galería con una barbería y una joyería, miré a hurtadillas dentro de una sala contigua llena de máquinas de juego, vi fugazmente algunas fotos antiguas colgadas de la pared. También les echaré un vistazo. Más tarde, cuando haya alimentado este cuerpo hambriento.

Ahora está demasiado oscuro para ver nada fuera. Árboles sombríos alrededor, unos pocos coches aparcados y por detrás de todo, a lo lejos, las luces multicolores de San Diego. Reflejada en la ventana se ve la enorme estructura colgante de luces, una corona de llamas suspendida en la noche. Esto no es como visitar el varado y atestado *Queen Mary*. Esto es el *Queen*, que aún reina en las aguas.

Sólo me molesta una cosa: la música. Inadecuada. Debería ser algo más refinada. Un cuarteto de cuerda interpretando algo de Lehár.

Estoy sentado en un sillón gigante del entresuelo, encima del vestíbulo. Frente a mí cuelga una inmensa araña de luces con alturas de luces rojizas y collares de cristal que cuelgan de la parte baja. Sobre ella, el techo es rico en detalles y uno se pierde mirándolo, las zonas de madera oscura están pulidas de forma que brillan con gran intensidad. Puedo ver una altísima columna recubierta de paneles, la escalera principal y el enrejado dorado del hueco del ascensor. Yo vine por otra escalera. El silencio era tan intenso que daba escalofríos.

Esta silla merece mención aparte. El respaldo llega mucho más arriba que mi cabeza, con dos mullidos cojines que rodean su armazón. Los brazos terminan con unas figuras de dragones alados cuyos escamosos cuerpos llegan hasta el asiento. De donde los brazos se juntan con el respaldo salen dos figuras, una un Baco de aspecto infantil y la otra un Pan que mira fijamente, con sus patas peludas, tocando con sus cañas.

¿Quiénes se habrán sentado aquí antes que yo? ¿Cuántos han mirado al vestíbulo a través de esa barandilla, a los hombres y mujeres que estaban allí sentados, de pie, charlando, entrando o marchándose? Allá en los años treinta, en los veinte, o recién nacido el siglo.

¿Por qué no en los noventa?

Estoy sentado en el salón Victoriano, con una copa en la mano, mirando a través de una ventana de cristales sucios. Es un espacio hermoso. Una lujosa tapicería roja en los reservados; parece terciopelo. Columnas cubiertas de madera, techos artesonados, una araña de luces con colgantes de cristal.

Las nueve y veinte de la noche. Recién duchado, las piernas hechas polvo, tirado en la cama, mirando la hoja informativa. El edificio se construyó en 1887. Es increíble. Sabía que algo me resultaba familiar. Nada de *déjà vu*, por desgracia. Billy Wilder lo utilizó en «*Con faldas y a lo loco*».

He aquí algunas frases de la hoja:

«La estructura semeja un castillo».

«El último de los hoteles costeros de ambientación extravagante».

«Un monumento al pasado».

«Torreones, elevadas cúpulas, columnas de madera talladas a mano y pan de jengibre Victoriano». Me llega un sonido que no oía desde niño: el zumbido de un radiador.

En los pasillos impera un silencio inusitado. Como si el propio tiempo hubiera anidado en ellos, desbordando el aire.

Me pregunto si también habita en esta estancia. ¿Morarán aquí los días de antaño? ¿Ese enmoquetado dorado, pardo y miel? Lo dudo. ¿El cuarto de baño? Lo más probable es que entonces no hubiera de eso. ¿Las sillas de mimbre? Puede. Sin duda alguna, las camas, las mesitas y las lámparas no. ¿Esas huellas en la pared? Es poco probable. ¿Las cortinas o las persianas? No. Seguramente han cambiado hasta los cristales de las ventanas. ¿La cómoda o el espejo de encima? No lo creo. ¿La papelería? Seguro. ¿Y el televisor? Eso sí.

Aquí no queda mucho de épocas pasadas. Una lástima.

Me llamo Richard Collier. Tengo treinta y seis años; de profesión, guionista de televisión. Mido un metro ochenta y nueve y peso ochenta y cinco kilos. Dicen que me parezco a Newman; supongo que se referían al cardenal. Nací en Brooklyn el 20 de febrero de 1935, casi tuve que ir a Corea pero todo se acabó antes, me gradué por la universidad de Missouri en 1957, licenciado en periodismo. Conseguí un trabajo en la ABC de Nueva York tras graduarme, empecé a vender guiones en 1958, me mudé a Los Ángeles en 1960. Mi hermano trasladó su imprenta a Los Ángeles en 1965 y el mismo año me fui a vivir a la casa de huéspedes que hay detrás de la suya. Esta mañana me he marchado de allí porque voy a morir dentro de cuatro o seis meses y pensé que podría escribir un libro sobre ello mientras viajaba.

Cuánta verborrea para reunir el valor de decir estas palabras. Pues bien, ya lo he soltado. Tengo un tumor inoperable en el lóbulo temporal. Siempre pensé que la jaqueca matutina se debía al estrés. Al final fui a ver al doctor Crosswell; Bob insistió, él mismo me llevó. Bob el pétreo, que dirige su empresa con mano de hierro. Lloró como un niño cuando el doctor Crosswell habló con nosotros. Conmigo, el que lo tenía, y con Bob, el que lloraba. Un hombre encantador.

Hace menos de dos semanas que ocurrió todo esto. Hasta entonces pensaba que viviría largos años. Papá nos dejó a los sesenta y dos sólo por beber más de la cuenta. Mamá, a sus setenta y tres, sigue saludable y pizpireta. Pensaba que tendría tiempo de sobra para casarme, crear una familia; nunca me entró el pánico, pese a que parecía que Ella no aparecería nunca. Ahora se acabó. Rayos X, punciones medulares, las pruebas lo confirman. Collier *kaput*.

Podría haberme quedado con Bob y Mary. Haber seguido un tratamiento de rayos X. Haber vivido algún que otro mes más. Ni hablar. Me bastaba ver cómo intercambiaban miradas; miradas doloridas, violentas e incómodas que la gente siempre parece cruzarse en presencia de los moribundos. Sentía que tenía que acabar con aquello. No soportaba ver aquellas miradas un día detrás de otro.

Escribo esta sección en lugar de grabarla. De todas maneras, lo de grabar guiones enteros en casete era una mala costumbre. Para un escritor, olvidar la sensación de escribir las palabras en el papel es un pecado.

Ahora no puedo grabar porque estoy escuchando la Décima de Mahler con los auriculares; Ormandy, la Filadelfia. Se hace un poco complicado grabar cuando no puedes oír tu propia voz.

Cook realizó un trabajo asombroso orquestando *los sketches*. Suena igual que Mahler. Quizá no tan rico, pero a su estilo, sin ningún género de dudas.

Sé por qué amo su música; vino a mí. Mahler está presente en ella. De la misma manera que el pasado reside en este hotel, Mahler pervive en su obra. Ahora mismo lo tengo en la cabeza. Lo de «Pervive en su obra» es una expresión muy manida, rara vez pertinente. En el caso de Mahler, se convierte en una verdad literal. Su espíritu mora en su música.

Ahora, el movimiento final. No puedo evitarlo, la sensación de incontinencia en el rabillo de los ojos, el tragar, la marejada de emociones en el pecho.

¿Alguna vez ha habido en forma de música un adiós a la vida más desgarrador? Dejadme morir con Mahler en la cabeza.

Contemplo el rostro del espejo. No es el mío; es el de Paul Newman, hacia 1960. Lo he observado tanto tiempo, creo que puedo ser objetivo con él. La gente hace esas cosas a veces; miran su reflejo hasta que —¡chas!— se convierte en un rostro desconocido que los observa. A veces, es una cara que da miedo de lo extraña que parece.

Lo único por lo que lo sigo haciendo es porque veo los labios de Paul Newman moviéndose mientras dice las palabras que me oigo decir a mí. Así que supongo que es mi rostro aunque no sienta conexión alguna con él.

El chico que tenía aquella cara era hermoso; siempre decían la misma palabra, la oía a todas horas. ¿De qué le sirvió? Los mayores, incluso los desconocidos, le sonreían y, a veces, le acariciaban su pelo amarillo, casi albino, y se quedaban mirando sus rasgos angelicales. ¿Qué le veían? Las chicas miraban también. De reojo, por regla general. De frente las más osadas. El joven muchacho no dejaba de sonrojarse. Ni de sangrar; a los matones les encantaba dar puñetazos en aquella cara. Por desgracia, el joven llevaba demasiado tiempo sufriendo. No empezó a defenderse hasta que lo aprisionaron contra una esquina con tanta violencia que incluso él perdió los estribos. El pobre crío no pidió aquella cara. Jamás pensó en sacarle provecho. Dio gracias por hacerse mayor cuando la mayoría de los matones empiezan a recurrir a tácticas más sutiles.

Demonios, estoy aquí sentado hablando de mi propio rostro. ¿Por qué jugar al juego de la tercera persona? Se trata de mí, amigos. Richard Collier. Muy bien parecido. Puedo hablar sobre ello cuanto me plazca. Nadie escucha tras la puerta. Ahí está, mundo. ¡Ta-chán! ¿Qué bien le hizo nunca al tipo que hay detrás? ¿Lo salvará? ¿Se rebelará esa cara y acabará con ese tumor traicionero? De ninguna manera. Por tanto, en pocas palabras, esa carita no vale para nada, pues no puede retener a su dueño en este mundo más de lo que le ha tocado. En fin, los helmintos se darán un hermoso festín... Jesús, qué tontería.

Qué estupidez, qué idiotez.

Casi medianoche.

Tirado en medio de la oscuridad, escuchando el oleaje. Como cañones lejanos que abrieran fuego.

Estas son las horas más duras.

Me agrada este lugar pero está claro que no me quedará más que unos pocos días. ¿Qué sentido tendría?

Pasados unos días, me levantaré una mañana y saldré para Denver y todas las ciudades que me encuentre hacia el este. Después volveré al oeste. No seas llorón, Collier.

Cuatro y veintisiete de la madrugada. Me he levantado para beber un vaso de agua. No me gusta nada el sabor a cloro. Ojalá tuviera algo de *Sparklett*, como en casa.

¿Casa?

15 de noviembre de 1971

Siete y uno de la mañana. He intentado levantarme. He salido de la cama, me he vestido, me he mojado la cara, me he cepillado los dientes, he tomado las vitaminas y demás. Después de todo eso he regresado a la cama. El dolor de cabeza es demasiado intenso como para ignorarlo.

La verdad es que es una lástima. Hace un día espléndido, por lo que puedo entrever. El azul cielo, el océano. La orilla desierta de la playa bañada por el sol. El aire fresco, limpio.
No puedo hablar.

Ocho y cincuenta y seis de la mañana. El patio sigue silencioso bajo el sol de la mañana. Desde el otro lado de la barandilla miro el césped, de un verde vivo, los arbustos exquisitamente podados, la maceta en el centro de la plaza, farolas a ambos lados de la misma. Mesas y sillas blancas.

Al otro lado del rojo tejado del hotel se puede ver el océano.

Nueve y seis de la mañana. Desayuno en la Habitación de la Diadema. Café solo y un pedazo de tostada. Hay doce comensales más.

Entra demasiada luz. La habitación titila delante de mí. La camarera entra y sale de mi campo de visión desde y hacia el resplandor amarillo gelatinoso que se ve. No sé por qué habré venido aquí. Podía haber llamado al servicio de habitaciones.

El señor Bayeta, con sus ojos rasgados, masculla algo a su micrófono.

Más tarde. No sé qué hora será, me da igual. Estoy echado boca arriba otra vez. No recuerdo bien cómo lo he hecho. Creo que me dormí. O que me desmayé.

¡Uauh! Esos aviones vuelan muy bajo. Acabo de verlos. ¿Qué van a hacer, aterrizar en la playa?

Debe de haber un aeropuerto no muy lejos.

Diez treinta y siete de la mañana. Tirado en la cama. Estoy leyendo el *San Diego Union*. No recuerdo haberlo comprado. Debí de ser con la confusión de antes. Por suerte, al menos conseguí volver.

Es un periódico de ciento cuatro años de antigüedad. Es mucho tiempo.

Había decidido no seguir al corriente del mundo, pero lo estoy haciendo. Pekín consigue subírsenos a la chepa. La *Mariner IX* localiza un punto clave en Marte. Cancelado en Sacramento el último proyecto de protección del litoral.

Estoy dando un paseo, respirando el aire fresco y puro del océano. Es un olor maravilloso. Me encuentro justo debajo de la torre; he descubierto que ahí abajo hay un salón de baile. A mi izquierda hay una piscina olímpica; el agua es azul y cristalina. Veo objetos replegados y alineados en la otra orilla; bungalows, mesas de ping-pong. Todo desierto.

Un gran día. Sol templado, cielo azul, nubes de algodón.

Estoy pasando junto a las pistas de tenis. Cuatro mujeres jugando a dobles; veo minifaldas blancas y piel de cuero. Más allá se tiende la playa. Distan unos cien metros hasta el oleaje bajo, blanco y espumoso.

Ahora miro al hotel, es un edificio titánico, con una torre que recuerda a un minarete gigantesco, de ocho lados, cada uno de los cuales cuenta con dos filas de pequeñas ventanas saledizas, en lo alto de lo que parece una torre de vigilancia. Me pregunto si dejarán subir a los huéspedes.

Camino de regreso. Por allí se levanta un edificio moderno y altísimo; debe de ser un condominio o algo por el estilo. Genera un fuerte contraste con este hotel.

Estoy mirando una antigua torre de ladrillo que se alza al otro lado del camino. Lo que en su día debió de haber sido el cobertizo para botes y que hoy es un restaurante. Lo que parecen ser unas vías abandonadas. Imagino que entonces los trenes rodeaban la playa para traer huéspedes.

Estoy sentado en el viejo bar; se llama el Salón del Casino. Cerrado por negocios; muy tranquilo. La barra, que debe de medir unos quince metros de largo, tiene un contorno y un acabado muy bonitos. En uno de sus recodos hay algo que semeja una urna, en cuyo interior se ve lo que parece un moro portando una luz.

¿Cuántos pies habrán contribuido a desgastar el reposapiés de latón?

Hasta hace un minuto estaba mirando fotografías de estrellas del cine que pasaron por aquí. June Haver. Robert Stack. Kirk Douglas. Eva Marie Saint. Ronald Reagan. Donna Reed. Vuelvo a las bellezas de la compañía de Pola Negri, vuelvo a Mary Pickford, vuelvo a la Marie Callahan de las *Ziegfeld Follies*. Con qué *glamour* retorna al pasado este lugar.

Permitidme grabar este momento: once y veintiséis de la mañana.

Atravesando el patio, de camino a mi habitación, he visto una señal que anunciaba una exposición de historia en la planta baja.

Es un lugar intrigante. Las fotos son como las de la galería. Una habitación de muestra de finales del XIX o de principios del XX. Expositores con objetos de la historia del hotel: un plato, una carta de menú, un servilletero, una plancha, un teléfono, un registro del hotel.

En uno de los expositores se muestra el programa de una obra interpretada en el teatro del hotel (el cual no sé dónde estaría) el 20 de noviembre de 1896; *El pequeño ministro*, de J. M. Barrie, protagonizada por una actriz llamada Elise McKenna. Junto al programa hay una fotografía de la artista; es el rostro más increíblemente hermoso que he visto en toda mi vida.

Me acabo de enamorar de ella. Es típico en mí. Treinta y seis años, un lío por aquí, una aventura por allá, un puñado de romances que fingían basarse en el amor. Pero nunca hubo nada auténtico, en ningún caso duró mucho.

Ahora, en estado terminal, me dispongo a entregar mi corazón, por fin, a una mujer que lleva muerta al menos veinte años.

Así se hace, Collier.

No puedo olvidarme de ese rostro.

Regresé para contemplarlo; permanecí ante el expositor durante tanto tiempo que un hombre que entraba y salía continuamente de un acceso para empleados que había cerca de allí me empezó a mirar como si yo estuviera echando raíces allí mismo.

Elise McKenna. Precioso nombre. Exquisitos rasgos.

Me hubiera encantado sentarme en el teatro (se encontraba en el salón de baile, lo descubrí en una

fotografía que había en el museo) y verla actuar. Seguro que estaba espléndida.

¿Cómo estar tan seguro? Igual lo hacía de pena. No, no lo creo.

Me parece que ya había oído su nombre antes. ¿No hizo *Peter Pan*? Si es quien creo que es, entonces era una actriz magnífica.

De lo que no cabe duda es que era una preciosidad.

No, es algo más que belleza. Es la expresión de su rostro lo que me atrae y cautiva. Esa mirada delicada, sincera y dulce.

Estoy aquí echado, mirando al techo como un adolescente enfermo de amor. He encontrado a la mujer de mis sueños.

Una buena descripción. ¿Dónde encontrarla si no es en mis propios sueños?

Aunque ¿por qué no? La mujer de mis sueños siempre estuvo fuera de mi alcance. ¿Qué más da que viviera hace tan solo tres cuartos de siglo?

Ya sólo sé pensar en su cara. Pensar en Elise McKenna y en cómo era.

Debería estar organizando lo de Denver, mi odisea planificada. En vez de eso, estoy aquí repantigado, como una loncha de queso, con su expresión grabada en mi mente. He vuelto allí abajo tres veces más. Es un evidente intento de escapar de la realidad. La mente se niega a aceptar el presente regresando al pasado.

Pero... oh, en este momento siento que mi alma es como el objeto de alguna broma sádica. No tengo ninguna intención de compadecerme de mí mismo pero —¡Por el amor de Dios!— tirar una moneda a cara o cruz, conducir más de ciento cincuenta kilómetros hacia una ciudad que nunca había visto, salir de la autopista por un antojo repentino, cruzar un puente para encontrar un hotel que no sabía que existía y ver, en el mismo, la fotografía de una mujer que murió hace tantos años y, por primera vez en toda mi vida... ¿sentir amor?

¿Cómo era aquello que siempre repite Mary? ¿«Demasiado para el corazón»?

Eso es exactamente lo que siento.

He salido a pasear por la playa. He echado un trago en el salón Victoriano. He vuelto a contemplar su foto. He vuelto a la playa y a sentarme en la arena y a mirar la marea.

Para nada. No puedo esconderme de ese sentimiento. Los últimos resquicios de racionalidad me permiten darme cuenta (¡Sí, así es!) de que busco algo a lo que aferrarme, de que ese algo no tiene por qué ser real y de que Elise McKenna se ha convertido en ese algo.

No necesito que me ayuden a descubrirlo. Empieza a crecer dentro de mí, convirtiéndose en una obsesión. Antes, cuando estuve en la exposición de historia, tuve que hacer acopio de toda mi voluntad para no romper el cristal de aquel expositor, coger la fotografía y salir corriendo.

¡Un momento! ¡Tengo una idea! Hay algo que podría hacer. No hay nada que me lo impida, nada que con toda probabilidad no acabe empeorando las cosas, sino algo concreto que puedo hacer en lugar de pasarme el día mirando a las musarañas.

Me acercaré a alguna librería de las cercanías o, mejor, a alguna de San Diego para buscar libros sobre Elise. Seguro que encuentro por lo menos uno o dos. El programa de abajo se refería a ella como «la célebre actriz americana».

¡Voy a hacerlo! ¡Voy a averiguar todo lo posible acerca de mi mujer, que hace tanto tiempo perdí! ¿La perdí? Está bien, está bien. Acerca de mi mujer, que nunca supo que lo era porque no lo fue hasta después de morir.

Me pregunto dónde estará enterrada. Se me pone la carne de gallina. La imagino en su entierro y me dan escalofríos. ¿Esa carita muerta?

Imposible.

Recuerdo que, en la universidad, mi casera (una practicante de la ciencia cristiana de al menos ochenta y siete años) cuidaba de una mujer de noventa y seis años para la que había trabajado en el pasado. Esta última, la señorita Jenny, estaba postrada en cama. Era paralítica, sorda, ciega, mojaba la cama, era más vegetal que animal. Mi compañero de cuarto y yo (ahora me avergüenzo al recordarlo) nos desternillábamos cuando llamaba con su voz frágil y temblorosa «¡Huu huu, señorita Ada! ¡Quiero levantarme!». Sólo decía aquellas palabras, día y noche, con los labios de una mujer para la que tenerse en pie era imposible.

Un día, cuando entré en el salón de la señorita Ada para utilizar su teléfono, me fijé en la fotografía de una bellísima joven con un vestido de cuello alto, de larga, negra y brillante melena; la señorita Jenny de joven. Una extraña sensación de confusión me embargó. Porque aquella mujer joven me atraía cuando, al mismo tiempo, podía oír a la señorita Jenny en la habitación de al lado, con su voz rota, su ceguera, su sordera y su completa indefensión, llamando porque quería levantarse. Fue un momento de escalofriante ambivalencia, a la cual no supe enfrentarme con diecinueve años. Hoy tampoco sé hacerle frente.

El ayuda de cámara cogió mi coche y lo trajo hasta la entrada del hotel. Lleva aparcado sólo desde ayer por la tarde pero ahora me resulta extraño; es más una máquina que una pertenencia. Conducirlo me parece todavía más raro. Me he desvinculado de él de la noche a la mañana.

He llamado a algunas librerías de Coronado; no tenían nada. Me dijeron que tenía que ir a Wahrenbrock's, en San Diego. El ayuda de cámara me explicó cómo llegar hasta allí: cruzar el puente, al norte por la autopista, salir por la Sexta, parar en Broadway.

Ahora estoy pasando por el puente. Más adelante se ve la ciudad; montañas a lo lejos. Me oprime una sensación incómoda: mientras más me alejo del hotel, más me alejo de Elise McKenna. Ella pertenece al pasado. Lo mismo que el hotel. Es como un santuario para el cuidado y la protección del ayer.

No he encontrado mucho tráfico en la autopista. Hay una señal más adelante: «Los Ángeles». Pretenden hacerme creer que todavía existe.

La salida para la Sexta Avenida está un poco más adelante.

Más tarde. De regreso, preparado para lo peor. Demonios, estoy nervioso. No cabe duda de que San Diego me llegó de verdad. El ritmo, la muchedumbre, el estruendo, su aplastante y vibrante personalidad. Me siento desarraigado, aturdido.

Gracias a Dios que encontré la librería sin problemas y que era un oasis de paz en el desierto del Ahora. En otras circunstancias me hubiera quedado durante horas, hojeando sus miles y miles de volúmenes, en sus tres plantas de maravillas reunidas. No obstante, tenía una misión y la necesidad

de regresar al hotel. Así que compré todo lo que encontré; no mucho, me temo. El tipo de allí me dijo que, por lo que él sabía, no había libros que trataran exclusivamente de Elise McKenna. Supongo que por aquel entonces no era tan importante. No para el público, ni para la historia. Para mí, ella es lo único que importa.

Al ver el hotel a lo lejos me abrumba una oleada de anhelo. Ojalá supiera expresar la sensación que tengo de regresar a casa.

He vuelto, Elise.

Ahora estoy en mi habitación; acaban de dar las tres en punto. La fuerte sensación que experimenté cuando entré en el hotel fue algo increíble. No fue paulatina como ayer; me inundó de golpe. De repente, estaba inmerso y arropado en ella... el pasado abrazándome. No puedo describirlo de otra forma.

Una vez leí un artículo sobre los viajes astrales: los que hace el llamado cuerpo inmaterial que se dice que poseemos cuando estamos dormidos. Mi experiencia es algo parecido. Fue como si mientras conducía para San Diego dejara atrás una parte de mí, amarrada a la atmósfera del hotel, y como si la otra mitad permaneciera conectada a ella mediante una larga y delgada cuerda elástica. Mientras estuve en San Diego, este vínculo se estiró al máximo, perdiendo intensidad y haciéndome vulnerable al impacto del presente.

Después, en el camino de vuelta, la cuerda empezó a acortarse, de manera que al engrosarse fue capaz de transmitirme de nuevo aquella atmósfera acogedora. Cuando volví a divisar la torre del hotel erigiéndose sobre los árboles del horizonte, casi lloré de alegría como un niño. ¿Casi? Demonios. Lloré como nunca lo había hecho.

Ahora he vuelto y he recuperado la calma. Rodeado por este castillo intemporal que se levanta en la arena, creo que lo más probable es que ya y nunca más vuelva a San Diego.

Estoy escribiendo otra vez, escuchando la Quinta de Mahler con los auriculares; Bernstein y la Filarmónica de Nueva York. Hermoso; una maravilla.

En fin, echemos un vistazo a los libros.

El primero es de John Fraser, titulado *Las luminarias del teatro americano*. Estoy examinando una sección de dos páginas sobre Elise.

Se incluye una serie de fotos en la parte superior de la página de la izquierda en que la retratan desde la infancia hasta la vejez. De nuevo, me choca ver esa preciosa carita envejecer de izquierda a derecha.

En la segunda fila vienen tres fotos más grandes: en una aparece muy mayor, en otra muy joven; en la tercera sale igual que en el retrato de la exposición de historia: ese rostro franco y exquisito, la larga cabellera descansando sobre los hombros; igual a como salía en *El pequeño ministro*.

En la tercera fila de fotografías lleva un hermoso traje y tiene las manos reposando delicadamente sobre el regazo; son de una obra titulada *Olivia*. Al lado hay otra foto de ella caracterizada como Peter Pan (hizo el papel, entonces), en la que lleva puesto lo que parece un traje de camuflaje del ejército y un sombrero con una pluma, tocando con una flauta igual que las que utiliza Pan en la silla de madera de abajo.

En la fila de abajo vienen fotos de ella vestida de otros personajes que interpretó: *L'Aiglon*, Porcia, Julieta; no puedo creerlo, incluso de gallo en *Chanticleer*.

En la página opuesta, una fotografía a página completa de su perfil. No me gusta. En realidad, no me interesa ninguna de estas fotografías. Ninguna ofrece la misma calidad del primer retrato que vi. Lo cual me provoca una extraña sensación. Si esa primera foto hubiera sido del estilo de estas otras, no le hubiera prestado atención y no hubiera sentido nada.

Quizá en este instante me encontraría de camino a Denver.

Olvidémoslo. Sigamos leyendo.

Un escueto párrafo dice que era una de las actrices más veneradas de la escena americana, durante muchos años la atracción más taquillera de los teatros. Entonces, ¿cómo es que no se escribieran libros sobre ella? Nació en Salt Lake City el 11 de noviembre de 1867, abandonó la escuela con catorce años para convertirse en actriz profesional, se trasladó a Nueva York con su madre en 1888 para hacer un papel en *El pagador*. Actuaba junto con E. H. Southern, fue la primera actriz de John Drew durante cinco años antes de convertirse en estrella. Era tímida en grado sumo y se resistía a socializarse. Aunque era de complexión frágil, se decía que jamás en toda su carrera dejó de asistir a una obra. Nunca se casó y murió en 1953.

¿Por qué no se casaría nunca?

Segundo libro. Martin Ellsworth: *Historia fotográfica de la escena americana*. Más fotos, aunque no en páginas seguidas; repartidas por todo el libro, mostrándola en orden cronológico desde su primer papel hasta el último: desde *El vagabundo*, de 1878, hasta *El mercader de Venecia*, en 1931. Una larga carrera.

Aquí aparece una foto de Elise interpretando a Julieta con William Faversham. Apuesto a que era la mejor.

Otra vez *El pequeño ministro*. Dado que la estrenaron en Nueva York en septiembre de 1897, aquí debió de ser una prueba.

¡Santo cielo! ¡Qué cascada de pelo! Parece luz de colores, no rubia pero tampoco castaño rojizo. Lleva una bata sobre los hombros y está mirando a la cámara; a mí.

Esos ojos.

Tercer libro: Paul O'Neil: *Broadway*.

Habla de su representante, William Fawcett Robinson. Dice que Elise se ajusta perfectamente a sus exigencias; su idea (y la de la época) de cómo debería ser la actriz ideal. Precediendo a la adulación de las estrellas de las películas por décadas, Elise fue la primera actriz que despertó el misticismo entre la opinión pública: nunca se la vio en público, la prensa jamás la mencionó, en apariencia no tenía vida más allá de los escenarios, la absoluta quintaesencia del aislamiento.

A Robinson todo eso le parecía bien, dice O'Neil. Tuvieron fricciones hasta 1897 pero, desde ese año en adelante, Elise se entregó a su trabajo, supeditando hasta el último aspecto de su vida a las artes teatrales.

Según O'Neil, como actriz había algo mágico en ella. Incluso a los treinta y muchos, era capaz de interpretar lo mismo a una muchachita que a un joven elfo. Su encanto, decían los críticos, era «etéreo, resplandeciente, radiante». O'Neil añade: «Estas cualidades no siempre se aprecian en sus fotografías».

Ojalá sea así.

«No obstante, más allá de su apariencia ingenua, se encontraba una disciplinada intérprete, sobre

todo después de 1897, año en que empezó a dedicarse en exclusiva a su trabajo».

Así y todo, no poseía un don innato para los escenarios, añade O'Neil. Durante los primeros años, sus actuaciones fueron un tanto desastrosas. Después de que Robinson se convirtiera en su representante, Elise lo dio todo y logró alcanzar el éxito; el público acudía para adorarla, pese a que las críticas la consideraban «sin duda encantadora pero carente de profundidad».

Entonces llegó 1897 y los críticos junto con el público la empezaron a acoger en lo que O'Neil describe como «un abrazo interminable».

Barrie adaptó su novela, *El pequeño ministro*, para ella. Más adelante, escribió *Olivia* para ella, después *Peter Pan*, luego *Lo que saben todas las mujeres*, más tarde *Un beso para Cenicienta*. *Peter Pan* fue su mayor éxito (aunque no su favorito; ese lo fue *El pequeño ministro*). «Jamás vi tanta adulación emocional en el teatro», escribió un crítico. «Era de locos. Sus admiradores sembraban el escenario de flores». En respuesta a lo cual, añade O'Neil, Elise repetía las mismas palabras de despedida, breves y entrecortadas, que se sabía que siempre pronunciaba: «Gracias. Gracias... a todos. Buenas noches».

A pesar de todo aquel éxito, su vida privada fue siempre un misterio. Los pocos amigos íntimos que tenía no pertenecían al gremio. Una de sus compañeras actrices dijo: «Durante muchos años fue de lo más encantadora y alegre. Después, en 1897, se convirtió en la típica persona que se pasa el día diciendo «Déjame sola».

Me pregunto por qué.

Otra cita; el actor Nat Goodwin. «Elise McKenna se ha convertido en un nombre familiar. Representa a la mujer auténtica y virtuosa. En el apogeo de su fama, ha tejido su propio manto y lo ha extendido en el pedestal sobre el que permanece sola. Con todo, mientras miro esos ojos inocentes, me hago preguntas. Advertí unas pequeñas arrugas en esa cara vivaracha y unos afilados surcos verticales entre las cejas. Su piel me pareció seca, tensas sus expresiones, vacilante su discurso. Me daban ganas de cogerle sus manos de artista y decirle: «Jovencita, me temo que sin darte cuenta estás dejando escapar lo más grande de la vida: el amor».

¿Qué sé de ella hasta el momento? Quiero decir, aparte del hecho de que estoy enamorado de ella. Que hasta 1897 era extrovertida, exitosa, competente y que discutía con su representante.

Que después de 1897 se convirtió en: primero, una mujer solitaria; dos, toda una estrella; y tres, la idea que su representante tenía de lo que era «toda una estrella».

La obra de transición, por llamarla de alguna manera, fue *El pequeño ministro*, puesta a prueba en este hotel aproximadamente un año antes de que la estrenaran en Nueva York.

¿Qué ocurrió durante aquel año?

Una breve selección del último libro: volumen dos de *La historia del teatro americano*, de V. A. Bentley.

«Su ascensión al reconocimiento público tras 1896 fue rápido, casi espectacular. Aunque antes de todo eso (a pesar de todo el éxito y la adulación) no había manifestado ningún auténtico don dramático, no hubo ni un solo papel después de aquello que no interpretara a la perfección».

Comentan que su interpretación de Julieta representa un símbolo de dicho cambio. Lo interpretó con casi ningún reconocimiento por parte de la crítica en 1893. Cuando lo repitió en 1899 logró el reconocimiento popular.

Dedican unas pocas palabras al representante: «William Fawcett Robinson, hombre de carácter

demasiado fuerte, no caía bien a casi nadie. No obstante, sin haber contado nunca con la ventaja de una buena educación, derrochaba audacia y atrevimiento en todo aquello que emprendían.

Santo cielo. Murió a bordo del *Lusitania*.

Me pregunto si la amaba. Seguro que sí. Casi puedo percibir lo que sentía por ella. Inculto, quizá grosero, es posible que jamás le revelara sus sentimientos durante toda su relación por considerarla demasiado superior a él y que dedicara todos sus esfuerzos a mantenerla en las alturas, a fin de asegurarse de que tampoco otros hombres pudieran llegar a ella.

Este era el último de los libros.

Sentado junto a la ventana, grabándome de nuevo. Falta poco para las cinco, el sol desciende. Un día más.

Siento una terrible comezón por dentro de la que no consigo deshacerme. ¿Por qué me he dejado atrapar de esta manera? Está muerta. En su tumba. No es más que huesos putrefactos y cenizas.

¡Mentira!

Los huéspedes de la habitación contigua, que estaban charlando, guardan ahora un silencio sepulcral. El grito debe de haberlos sorprendido. Charlie, hay un loco en la habitación de al lado, llama a recepción.

Pero... Oh, por el amor de Dios, me odio por haber dicho eso. No está muerta. No la Elise McKenna que amo. Esa Elise McKenna sigue viva.

Mejor me echo un rato, cerraré los ojos. Ahora tómalo con tranquilidad, estás perdiendo el control.

Estoy tumbado en la oscuridad, asediado por su recuerdo.

¿Debería hacerme detective, intentar aclararlo?

¿Puedo hacerme detective? ¿O ya está todo perdido, enterrado bajo las arenas del tiempo? Debo salir de esta habitación.

Voy por el corredor de la quinta planta; se trata de un pasillo estrecho, el techo me queda a escasos centímetros de la cabeza.

¿Atravesó ella alguna vez este pasillo? Lo dudo; tenía demasiado éxito. Se habría quedado en la primera planta, con vistas al mar. Una gran habitación con salón. Me he detenido. Estoy aquí, con los ojos cerrados, sintiendo como la atmósfera del hotel se filtra dentro de mí.

El pasado ha anidado aquí. No cabe la menor duda.

No creo que los fantasmas pudieran pasearse por aquí. Han entrado y salido demasiados huéspedes; se fundirían en un único espíritu.

Por su parte, el pasado, como si de un inmenso fantasma colectivo se tratara, está aquí presente, sin que haya posibilidad alguna de exorcizarlo.

Estoy en un balcón de la quinta planta, contemplando las estrellas.

Para el ojo humano, las estrellas se mueven muy despacio. Teniendo en cuenta su desplazamiento relativo, en este instante Elise y yo podríamos estar mirando casi el mismo paisaje.

Ella en 1896, yo en 1971.

Estoy sentado en el salón de baile. Aquí debieron de organizarse muchos eventos; manteles tirados por el suelo, sillas desperdigadas por todas partes. Estoy mirando el escenario sobre el que Elise McKenna actuó. A menos de 15 metros de mí.

Ahora me levanto y camino hacia el tablado. Las seis gigantescas arañas de luces están ahora apagadas. La única luz procede de las lámparas de pared del otro lado del salón. Mis pies caminan sin hacer el menor ruido por el suelo de parquet.

Ahora me encuentro sobre el escenario. No sé si desde entonces habrán variado el tamaño o la forma. Imagino que sí. Aun así, en alguna escena de *El pequeño ministro* Elise tenía que pasar por este punto exacto. Quizá hacía aquí alguna pausa o, incluso, podía quedarse aquí parada.

La ciencia nos explica que nada se destruye. Entonces, en la práctica, algo de ella debe permanecer aquí. La esencia que desprendía durante sus actuaciones. Aquí. Ahora. En este punto. Su presencia mezclándose con la mía.

Elise.

¿Por qué me atrae tanto y qué puedo hacer al respecto? No soy un adolescente. Un jovencuelo podría gritar «¡Te quiero!», suspirar, quejarse, poner los ojos en blanco, entregarse por completo a la catarsis. Yo no. La conciencia de lo absurdo de mis sentimientos se equipara a esa sensación.

Ojalá volviera a ser un muchacho, inconsciente, sin necesidad de analizar la situación. Tuve esa sensación cuando vi su foto por primera vez. Me quedé emocionalmente paralizado. Ahora la realidad pesa sobre mí. Voy en dos direcciones al mismo tiempo: hacia el deseo y hacia la razón. En ocasiones como esta odio el cerebro. Levanta más barreras de las que derriba.

Sentado en la cama, escribiendo, otra vez con los auriculares puestos; esta vez la Sexta. Su atmósfera sombría hace juego con mi estado de ánimo.

Para cuando me entró el hambre la Habitación de la Diadema ya estaba cerrada. Así que me compré una bolsa de fritos, un poco de carne de vaca atascada, una botella pequeña de Mateus y soda. Ahora estoy masticando y bebiendo el Mateus con la gaseosa, el hielo se lo he pedido al servicio de habitaciones. No puedo decir que los chirridos que oigo dentro de mi cabeza le hagan ningún bien a Mahler.

Estoy repasando los libros, en busca de algo más sobre Elise.

Sin embargo, no viene nada más. Me siento frustrado. Alguien debe de haber escrito algo más. La cuestión es: ¿dónde encontrarlo?

Por todos los santos, Collier. Cada día estás más atontado. ¿No sabes lo que es una biblioteca pública? Pobre Elise. Un idiota se ha enamorado de ti.

16 de noviembre de 1971

Acabo de regresar de la biblioteca central de San Diego. Resulta que estaba a una manzana o así de la librería a la que fui ayer. Cuando abrieron ya estaba en la puerta.

Me levanté a las cinco y paseé por la playa durante tres horas, deshaciéndome del dolor de cabeza. A las ocho y media ya me encontraba mejor, así que me tomé un trago de café y un trozo de tostada, le dije al mozo que me trajera el coche y que me indicara el camino y salí corriendo para la biblioteca.

Al principio pensé que me pondrían pegas. La joven del mostrador me dijo que no podía sacar libros con una tarjeta de la biblioteca de Los Ángeles. Sabía que no podría pasarme todo el día allí leyendo... empezaba a ponerme nervioso. En ese momento apareció una encargada, mayor y más entendida. Con la identificación adecuada y la etiqueta de la llave de mi habitación, me permitió conseguir una tarjeta temporal y retirar libros. Estuve a punto de darle un beso en la mejilla.

Veinte minutos más tarde ya estaba fuera; gracias Señor por los sistemas de tarjetas archivables. A la vuelta conduje rápido, experimentando la misma sensación a medida que me aproximaba al Coronado; como si este gigantesco castillo de madera blanca se hubiera convertido en mi hogar. Le dejé el coche al ayuda de cámara y me sumergí en el silencioso abrazo del hotel. Tenía que bajar a sentarme en el jardín y cerrar los ojos, dejar que aquel mundo se me filtrara de nuevo por las venas. El jardín es el lugar ideal para ello; es como el corazón del edificio. Allí sentado, me dejé arrullar por su pasado. Me llené de paz y respiré hondo, abrí los ojos y me puse de pie, me dirigí hacia el ascensor de atrás, subí hasta la quinta planta y regresé a mi habitación con los libros que había sacado.

Hay un libro sobre ella titulado *Elise McKenna: una biografía íntima*, por Gladys Roberts. Voy a dejarlo para el final porque, a pesar de la tentación de leerlo que tengo ahora mismo, sé que, una vez que haya leído la biografía, todo se habrá terminado y quiero saborear este misterio durante el mayor tiempo posible.

Estoy escribiendo estas líneas y escuchando la Cuarta; la más sencilla, a mi modo de ver, la menos exigente. Quiero concentrarme en ella.

El primer libro es de John Drew, titulado *Mis años sobre el escenario*.

Escribió que la primera impresión que recibió de Elise McKenna fue que era demasiado frágil. Por aquel entonces, estaban de moda las mujeres corpulentas, por lo que puedo deducir de las fotografías que he visto. Aun así, Drew repite lo que yo ya había leído, que Elise jamás faltó a una sola actuación.

Al principio su madre aparecía con ella en las actuaciones; interpretaba a la señora de Bergomat, madre de Susan Blondet en *Baile de máscaras*, y a la señora Ossian, madre de Miriam en *Mariposas*. Dice que viajaron a California con esta última obra. Creo que las compañías de teatro giraron por la costa oeste con regularidad, lo que explicaría que ensayaran aquí.

Aunque ya casi lo he anotado todo, todavía me parece como si hubiera acabado demasiado pronto con este libro para llegar a la biografía, como un muerto de hambre que no se sacia con los entremeses, sino que suplica que le sirvan el plato principal.

Me obligaré a ir más despacio.

El siguiente libro se titula *Actores y actrices célebres*, publicado en 1903. La sección empieza así «Elise McKenna vende madera, cerdos y aves de corral» y después afirma que se preocupa más de su granja de Ronkonkoma, en Long Island, que por todo lo demás a excepción del teatro. De no ser actriz, comenta el libro, sería granjera. Cada minuto de tiempo libre que puede arañar al teatro lo emplea para retirarse a su finca de doscientos acres, a la cual viaja en su vagón de tren privado siempre que tiene tiempo. «Allí puede perderse cuando quiere, lejos de miradas indiscretas».

El mismo aislamiento de siempre.

Dice más. «Se sabe menos de su vida privada que de cualquier otra figura relevante de los escenarios. Para la mayoría, cuanto saben de ella no va más allá de las candilejas del escenario. Con el fin de mantener su intimidad, ha dejado en manos de su representante todo lo susceptible de ser publicado sobre su persona. Si un periodista solicita una entrevista con ella, Elise le dice que lo hable con el señor Robinson, quien directamente le dice «No», en parte por consideración del deseo de Elise de reservar su vida privada y en parte por una política muy definida que adoptó tan pronto como se convirtió en su agente hace unos diez años». Lo cual parece verificar mi opinión sobre él.

Aquí encontramos una contradicción. Imagino que siempre surge alguna cuando se investiga algo. «Nunca dejó de actuar por enfermedad y jamás se descolgó de ningún cartel, excepto en una ocasión, en 1896, cuando el tren en el que viajaba junto con su compañía desde San Diego hacia Denver se quedó atascado en medio de una ventisca».

De nuevo 1896.

Aquí viene una preciosa fotografía de ella. Lleva un abrigo y guantes negros y lo que parece una pajarita negra. Lleva su larga cabellera recogida con unos peines y tiene las manos apretadas y apoyadas en lo alto de una columna. Aparece elegantísima y de nuevo me muero de amor por ella, pues vuelvo a experimentar la misma sensación que tuve la primera vez que vi aquella fotografía en la exposición de historia. Cuando te sumerges en la investigación las emociones personales van desapareciendo. Ahora veo esta foto y la sensación regresa. Loco o no, por absurdo que suene, estoy enamorado de Elise McKenna.

Y no creo que vaya a dejar de estarlo.

Un último, aunque revelador, comentario.

«Había un hombre que se sentía muy atraído por la señorita McKenna (en 1898), a la que dedicaba mucho tiempo; cada noche acompañaba a Elise y a su madre al teatro, y a la salida también se dejaba ver con ellas. Pasado un tiempo, la señora McKenna aprovechó una oportunidad para decirle: «Lo más justo es que te avise de que estás perdiendo el tiempo. Elise no se casará nunca. Está demasiado entregada a su arte como para pensar en matrimonios»». ¿Por qué no debería creerlo? Claro que lo creo. Esto me recuerda las palabras de Nat Goodwin.

De nuevo me estremezco. Es tan pronto para coger el último libro. Un último almuerzo mental y después la inanición. El panorama es desolador.

Ahora no escucho a Mahler. Quiero concentrarme al cien por cien en este libro, su biografía.

La fotografía del frontispicio está tomada en 1909. Parece como si se la hubieran sacado en una sesión de espiritismo; una jovencita mirando al objetivo desde el más allá. A primera vista parece que sonríe. Si te fijas te das cuenta de que también podría tratarse de una mirada de dolor.

De nuevo, me viene a la cabeza el comentario de Nat Goodwin.

«Jamás», escribe el autor en las primeras líneas del libro, «hubo ninguna actriz con una personalidad tan esquiva como la de Elise McKenna».

Estoy de acuerdo.

Aquí viene la primera descripción detallada de su físico: «Grácil estampa, de dorada cabellera castaña, ojos hundidos de un verde grisáceo y delicados pómulos salientes».

Un comentario de la primera y destacable crítica de 1890. «Elise McKenna es una de esas coquetas jovencitas que se pueden ver durante un paseo vespertino, una dulce y tierna flor nacida del árbol del teatro».

¡No te saltes tantas cosas! Graba todo lo que sea importante. ¡Este es el último libro, Collier!
Oh, Dios, los de la habitación de al lado han vuelto a quedarse mudos.

Críticas de las obras que hizo. Las dejaré para más tarde.

Una sección interesante o, mejor dicho, fascinante.

En 1924 Elise quemó sus notas, sus diarios, su correspondencia; todo lo que había escrito. Cavó un profundo hoyo en la granja de Ronkonkoma, arrojó todos los papeles dentro del mismo, los roció con queroseno y los prendió fuego.

Lo único que se salvó fue un pedazo de una página que el aire de las llamas hizo salir volando. Alguien lo encontró por casualidad y lo guardó, dándoselo más tarde a Gladys Roberts, que lo transcribe como sigue:

(M) ¡amor, ¿dónde estás ahora?

(¿D) esde dónde viniste a mí?

(¿A) *dónde te has ido?*

¿Se trata de un poema que le gustaba? ¿Lo escribiría ella misma? Si es lo primero, ¿por qué le gustaba? Si es lo segundo, ¿por qué lo escribió? En cualquier caso, parece que lo que su madre le dijo a aquel hombre era mentira.

El misterio va más allá. Cada capa que se levanta sólo da paso a otra por debajo.

¿Cuántas quedan para descubrir el núcleo?

Una crítica de su Julieta de 1893.

«La señorita McKenna no debería ni sorprenderse ni ofenderse al quedar claro a raíz de esta actuación que la naturaleza jamás la preparó para interpretar a las trágicas heroínas de Shakespeare».

Eso debió de dolerle mucho. Ojalá yo hubiera estado ahí para cerrarle la boca a ese criticucho.

Una frase interesante sacada de su viaje a Egipto con Gladys Roberts en 1904. De pie, al anochecer, en medio del desierto, cerca de las pirámides, dijo: «Es como si aquí sólo existiera el tiempo».

Debía de sentirse igual que yo en este hotel.

Se habla de los compositores que le gustaban. Grieg, Debussy, Chopin, Brahms, Beethoven... Santo Dios. Su compositor preferido era Mahler.

Ahora estoy escuchando la Novena de Mahler: interpretada por Bruno Walter y la Filarmonía de Nueva York.

Estoy de acuerdo con Alban Berg. En la funda del disco pone que, cuando leyó el manuscrito, dijo que era «lo más divino que Mahler escribió jamás». Y Walter escribió: «La sinfonía se inspira en una intensa agitación espiritual; la sensación de partir». De este primer movimiento, escribió que «flota en una atmósfera de transfiguración». Qué cerca de Elise me siento.

Pero volvamos al libro.

Una inesperada sección adicional: páginas de fotografías.

Hace un cuarto de hora que busco una en concreto. De todas las que he visto, es la foto que más me dice sobre ella. Se tomó en enero de 1897. Está sentada en una enorme silla de madera oscura, lleva una blusa blanca de cuello alto con volantes delante y una chaqueta de tela cruzada. Lleva el pelo sujeto con peines u horquillas, tiene las manos descansando en el regazo. Mira directamente al objetivo.

Su expresión es como de angustia.

¡Dios, esos ojos! Están perdidos. Esos labios. ¿Volverán a sonreír de nuevo? Nunca contemplé tanta tristeza en un rostro, tanta desolación.

En una fotografía tomada dos meses después de que estuviera aquí, en este hotel.

No puedo apartar los ojos de su cara. La cara de una mujer que ha superado alguna terrible prueba. No le queda ni un ápice de alma. Está vacía.

Ojalá pudiera estar junto a ella y cogerla de la mano, decirle que no se sienta tan apenada.

El corazón me late con violencia.

Mientras contemplaba su rostro, alguien intentó abrir la puerta de mi habitación y, de repente, tuve la descabellada idea de que era ella.

Me estoy volviendo loco.

Prosigamos, más o menos recuperada ya la calma.

Más fotos de Elise. En obras en que actuó: *Noche de Reyes*, *Juana de Arco*, *La leyenda de Leonora*. Recibiendo un doctorado *honoris causa* de interpretación en el Union College. En Hollywood, en 1908.

«A veces pienso que la única satisfacción auténtica en la vida es fracasar en tu intento de hacerlo lo mejor posible».

Sin duda, no son las palabras de una mujer feliz.

Su generosidad. Los ingresos de taquilla de sus obras enviados a San Francisco tras el terremoto; a Dayton, Ohio, tras la inundación de 1913. Sus funciones de tarde gratis para los militares durante la Primera Guerra Mundial; sus interpretaciones y trabajo como colaboradora en los campamentos y hospitales del ejército.

Otra contradicción.

«La única circunstancia bajo la que no pudo actuar se dio tras el contrato de *El pequeño ministro* con el Hotel del Coronado de California».

Sin embargo, no quedó atrapada por la ventisca. Quizá su compañía sí, pero Elise se encontraba con ellos. Se había quedado en el hotel. Ni siquiera su madre o su representante estaban con ella.

Qué extraño; no cuadraba con nada de lo que había hecho hasta entonces. Por lo que comenta la autora (con gran prudencia, eso sí) su comportamiento sorprendió a todos. «Pero después hubo más», escribe Gladys Roberts. ¿Qué quiere decir? ¿Más misterios?

La sección prosigue: «La obra, que se había estado poniendo a prueba por la costa oeste, no se siguió haciendo y durante algún tiempo pareció como si se hubiera cancelado por completo».

Diez meses más tarde dieron la primera representación en Nueva York.

En el interín, apunta la autora, nadie vio a Elise McKenna. Permaneció aislada en su finca, donde se pasaba el día recorriendo sus tierras.

¿Por qué?

Su vino favorito era el Bordeaux tinto del tiempo. Pediré una botella. Así podré escuchar a su compositor favorito mientras bebo su vino preferido; aquí, justo en el mismo sitio donde ella estuvo.

Otra pieza del puzzle.

«Antes de que *El primer ministro* se estrenara en Nueva York, su trabajo había sido muy satisfactorio pero desde aquel día, sus interpretaciones ganaron una luminiscencia y una profundidad que aún hoy nadie ha sido capaz de explicar».

Será mejor que repase aquellas críticas.

Comentarios sobre sus actuaciones hasta 1896:

«Maravillosamente exquisito. Perfecto control. Pura sinceridad. Encanto personal. Elegante modestia. Felicidad personificada. Aguda e inteligente. Consistentemente prometedora».

Y después:

El pequeño ministro: «Se desprende una nueva vitalidad, una calidez inusitada, una inquieta carga emocional en el trabajo de la señorita McKenna».

L'Aiglon: «Supera al de Sarah Bernhardt del mismo modo que las estrellas están por encima de luna».

Olivia: «Interpretada con infinita elegancia y con un patetismo innegable».

Peter Pan: «Su interpretación es la más bella y pura expresión de las ganas de vivir».

Espuma y jabón: «La actriz expresa cada punzada de desesperación, de completa desdicha y de total desolación que la mujer rechazada y no amada siente desgarrándole el corazón. Patetismo en estado puro».

Romeo y Julieta: «Qué diferencia respecto de la primera vez que interpretó este papel. Está deliciosamente emotiva y trabaja con intensidad sobre su lado más dramático. Desolación mayúscula. Una sensación de yermo emocional mezclada con una autoridad y convicción brillantes. La Julieta más compasiva, más humana y más convincente que se haya visto nunca».

Lo que saben todas las mujeres: «Su mejor trabajo se aprecia en las escenas de agonía espiritual reprimida y en el tono filosófico de su comedido martirio».

La leyenda de Leonora: «Un trabajo de sumo gusto de la señorita McKenna, que nunca ha actuado con tanta riqueza de detalle ni con destellos tan intensos de auténticas feminidad y ternura».

Un beso para Cenicienta: «La señorita McKenna es tan intrépida y sostenidamente melancólica que casi llega a partirte el corazón», de nada menos que el propio Alexander Woollcott.

Juana de Arco: «El triunfo de su carrera. Una perla completamente formada y madurada de la caracterización».

¿Cuál fue el momento exacto en que se produjo este cambio?

No puedo sino creer que fue durante su estancia en este hotel.

Aun así, ¿qué ocurrió?

Ahora mismo necesitaría la ayuda de Sherlock Holmes, Dupin y Ellery Queen.

Estoy mirando la foto otra vez.

¿Qué puso aquella expresión de resignación desesperada en su rostro?

Puede que este capítulo contenga la respuesta. Ya casi he llegado al final del libro. El sol se empieza a poner un día más. Igual que mis esperanzas. Cuando termine el libro, ¿qué pasará conmigo?

«Los escenarios son su vida, sus amigos íntimos siempre lo decían. Los amoríos no son para ella. Sin embargo, a mi modo de ver, en un momento de descuido, ocasión que jamás se repitió, Elise dio a entender que había habido alguien. Mientras hablaba sobre eso, noté en sus ojos una luz trágica que jamás había visto antes. No dio ningún detalle; sólo lo definió (con una triste sonrisa) como «Mi escándalo del Coronado».

¡Entonces sucedió aquí!

Capítulo final; su muerte. Algo se me revuelve por dentro. Cita: «Murió por infarto de miocardio en octubre de 1953 después...».

«... de asistir a una fiesta en el Stephens College, en Columbia, Missouri, donde enseñó arte dramático durante varios años».

Elise y yo estuvimos una vez en el mismo sitio con anterioridad. Sólo que al mismo tiempo.

¿Por qué me siento tan raro?

Citan sus últimas palabras. Nadie, dice el autor, supo nunca a qué se refería. «Y el amor, lo más dulce».

¿A qué me recuerda eso?

Un himno de la ciencia cristiana. Sólo que dice así: «Y la vida, lo más dulce, cual corazón para el corazón, susurra con ternura cuando nos reunimos para partir».

Oh, Dios mío.

Creo que estuve en aquella fiesta.

Me parece que la vi.

Me cuesta respirar. Me palpitan las sienes, las muñecas. La cabeza me da vueltas. ¿Ocurrió de verdad?

Sí; estuve allí. Estoy seguro. Fue después de una obra en el Stephens. Mi acompañante y yo habíamos ido a la fiesta que daban para el reparto.

Y recuerdo a aquella chica diciendo... No puedo acordarme de su rostro ni de su nombre, pero sí de sus palabras...

«Tienes una admiradora, Richard».

Miré al otro lado de la habitación... había una anciana sentada en un sofá acompañada de algunas chicas.

Mirándome.

Oh, por el amor de Dios, no pudo haber sido Elise.

Entonces, ¿por qué me observaba aquella mujer?

Como si me conociera.

¿Por qué?

¿Fue aquella la noche en que murió Elise McKenna?

¿De verdad aquella mujer era ella?

Estoy contemplando la foto una vez más.

Elise. Oh, Dios; Elise.

¿Te miré a la cara?

Mi habitación está en penumbra.

Llevo horas sin moverme.

Me limito a quedarme aquí, mirando al techo. No tardarán en sacarme en el cesto de la ropa sucia.

¿Por qué he dicho eso?

Eso es imposible.

Quiero decir, tengo una mente abierta y todo eso pero...

¿Algo así?

De acuerdo, me miró como si me conociese. Le recordaba a alguien, eso es todo. Al hombre que había conocido aquí.

Eso es todo.

Entonces ¿por qué, de todos los sitios a los que se puede ir en el estado y en el país, terminé aquí? Sin un plan. Por puro capricho. Una moneda al aire... ¡Por el amor de Dios!

¿Por qué en noviembre?

¿Por qué en la misma semana en que ella pasó por aquí? ¿Por qué bajé las escaleras cuando las bajé? ¿Por qué descubrí aquella fotografía? ¿Por qué me intrigó de esta manera? ¿Por qué me enamoré de ella y empecé a investigar su vida? ¿Coincidencia?

No puedo creerlo.

Me refiero, claro está, a que no quiero creerlo.

¿Era yo?

Creo que me va a estallar la cabeza. Llevo tanto tiempo dándole vueltas que estoy mareado.

Hecho: se alojó aquí con su compañía.

Hecho: se quedó aquí después de que los demás se fueran.

Hecho: no actuó hasta diez meses más tarde.

Hecho: se retiró a su finca.

Hecho: se mostraba de un modo muy diferente a como era en realidad.

Hecho: cuando volvió a trabajar había cambiado por completo como actriz, como persona.

Hecho: nunca se casó.

¿Desde dónde viniste a mí?

¿Desde dónde?

Dos y siete de la mañana. No hay forma de dormir; necesito saber. No puedo quitarme esa idea de la cabeza. Sigue creciendo, creciendo.

En caso de que algo así fuera posible, ¿no lo sería más en un sitio como este? Porque, en un lugar así, parte del viaje ya está hecha. Aquí he sentido el pasado dentro de mí.

Pero, ¿podré recuperarlo por completo?

También podría encender la luz.

Estoy mirando su retrato; lo recorté del libro. Demandadme por destruir la propiedad pública.

Eso sí, no dejéis el juicio para muy tarde.

Aquí tirado... en esta habitación sombría... en este hotel... el murmullo de las olas de fondo... su foto delante de mí... la infinita tristeza de esos ojos clavados en mí...
... creo que sí es posible.

De un modo u otro.

17 de noviembre de 1971

Seis y veintiuno de la mañana. Fortísimo dolor de cabeza. Apenas puedo abrir los ojos.

Estoy escuchando una y otra vez lo que grabé la última noche. Escuchando en la fría luz del día, por decirlo de alguna manera.

Debo de haber estado delirando.

Once y cuarenta y seis de la mañana. El servicio de habitaciones acaba de subirme un desayuno europeo (café, zumo de naranja, panecillo de arándanos con mantequilla y mermelada) y estoy aquí sentado, con la cabeza abotagada, comiendo y bebiendo como si fuera un tipo normal en vez de un demente.

Lo raro es que ahora que el dolor más intenso ha pasado, en estos momentos, mientras permanezco aquí sentado, ante el escritorio, contemplando la playa bañada por el sol, el mar azul deshaciéndose en blanca espuma sobre la arena grisácea, en este instante, esa idea, cuando debería pensar que tendría que ser desechada por la lógica de las horas de vigilia, persiste de alguna manera; el porqué ya no lo sé.

Quiero decir, aceptémoslo: en la susodicha fría luz del día esa idea se presenta sin importar que se trate del más típico de los sueños imposibles. ¿Retroceder en el tiempo? ¿Cómo se puede estar tan chiflado? Pese a todo, una profunda e inexplicable convicción me hace seguir adelante. No tengo ni idea de cómo puede algo así llegar a tener un mínimo de sentido, sin embargo, para mí, sí que lo tiene.

¿La prueba de mi fe inquebrantable? Endeble. Pero parece cobrar consistencia cada vez que pienso en ello: que me miró como si me conociera y que, aquella misma noche, murió de un ataque al corazón.

Una pregunta repentina.

¿Por qué no me dijo nada?

No seas ridículo. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿A sus ochenta y muchos hablarle a un muchacho que no tenía ni veinte años sobre el amor que podrían haber compartido cincuenta y siete años antes?

Si hubiera sido yo, habría actuado igual: me hubiera quedado callado y después hubiera esperado la muerte.

Otra idea.

Más difícil todavía de asimilar.

Si de verdad hice todo esto, ¿no sería más atento si no regresara? Así su vida seguiría, sin problemas. Quizá no hubiera logrado el mismo éxito pero al menos...

Tenía que parar un momento para reirme. Me siento aquí como si nada hablando de cambiar el curso de la historia.

Otro pensamiento.

Estoy haciendo que mis ideas parezcan más factibles que nunca.

He leído estos libros. Muchos impresos hace décadas, incluso una generación. Lo que le ha

ocurrido ya ha pasado. Por tanto, no me queda alternativa. Debo regresar.

Debía reírme otra vez. Me río mientras digo esto. La verdad es que no es una risa de diversión; más bien es la que se te escapa cuando hay algún loco delante.

Una vez que esto ha quedado claro, examinemos los detalles del problema.

No importa lo que quiera, lo que sienta ni lo que crea que puedo hacer; mi cabeza y mi cuerpo, cada célula que hay en mí sabe que estamos en 1971.

¿Cómo podría zafarme de estas cadenas?

No me confundas con los hechos, Collier. Al menos, no con los que demuestran que no se puede hacer. Con lo que debo llenarme la cabeza ahora es con los hechos que demuestran que sí que es factible.

Pero ¿de dónde saco esas pruebas?

Otro viaje relámpago a San Diego. Esta vez apenas lo he sentido. Debe de ser por la influencia del hotel, que se viene conmigo; la llevo puesta como si fuera una armadura.

Me dirigí a Wahrenbrock's otra vez. Buena suerte nada más llegar. J. B. Priestley escribió y recopiló un más que grueso libro sobre la materia: *El hombre y el tiempo*. Espero que me sea revelador.

También compré una botella de Bordeaux tinto. Además de un marco para su foto. Precioso. Parece de oro viejo con una apertura ovalada en el marco. Yo lo llamo marco pero también parece que estuviera hecho de oro viejo, con intrincados dibujos en la parte superior que se retuercen como parras doradas alrededor de su cabeza. Ahora tiene el aspecto que merece. No impresa en un libro como si fuera parte de la historia. En un marco, encima de la mesilla de noche.

Vivo. Mi amor vivo.

Lo único que todavía me inquieta es saber que yo soy el que dejará caer esa trágica mirada sobre su rostro.

No voy a pensar en eso ahora. Existen muchas posibilidades. Voy a ducharme y después, sentado en la cama, con su música favorita en mi cabeza, con su vino preferido escurriéndose por mi garganta, empezaré a aprender cómo burlar el paso del tiempo.

Y todo eso aquí. En este hotel. Este lugar donde, setenta y cinco años atrás, incluso mientras pronuncio estas palabras, Elise McKenna respira y vive.

Richard dedicó incontables horas a transcribir y analizar el libro de Priestley. En consecuencia, es en esta sección de su manuscrito donde he realizado los mayores recortes, puesto que el tema, pese a que a Richard le fascina, tiende a ralentizar la historia de forma considerable.

El primer capítulo trata de los aparatos que se emplean para medir el tiempo. No veo qué utilidad puede tener pero, aun así, lo estudiaré, tomaré notas igual que hacía en la universidad.

Esa es la forma de leerlo. Voy a asistir a clases de tiempo.

Capítulo Dos: *Imágenes y metafísica del tiempo*.

El movimiento de las aguas, escribe Priestley, siempre ha sido nuestra imagen preferida del paso del tiempo. «El tiempo, al igual que el interminable curso de un río, arrastra consigo a todos sus hijos».

Desde un punto de vista intelectual, esto no es suficiente porque junto a las corrientes están las orillas. Por tanto, nos vemos obligados a pensar en qué es lo que permanece inmóvil mientras el tiempo fluye. ¿Y dónde nos encontramos nosotros? ¿En la orilla o en el agua?

Capítulo Tres: *El tiempo entre los científicos.*

«El tiempo no tiene una existencia propia aparte del orden de los acontecimientos por el cual nosotros lo medimos». Lo dijo Einstein.

En este «reino misterioso», según Priestley, no existe un lugar donde descubrir el significado último del tiempo y el espacio.

Gustav Stromberg afirma que la existencia de un universo pentadimensional que incluye el mundo físico tetradimensional del espacio-tiempo. Lo llama el «dominio de la eternidad». Se encuentra más allá del tiempo y del espacio en su sentido físico. En dicho dominio, presente, pasado y futuro carecen de significado.

Sólo hay una unidad de existencia.

Capítulo Cuatro: *El tiempo en la ficción y el drama.*

Imaginemos un hombre que nace en 1900, escribe Priestley. Si 1890 existe todavía en alguna parte, ese hombre podría hacerle una visita. Pero sólo podría ir en calidad de observador, puesto que 1890 junto con su mundo físico ya no serían el 1890 que una vez fueron.

Si quisiera hacer algo más que contemplar 1890, si deseara experimentar ese año como si estuviera vivo, debería recurrir a la parte intemporal de su mente para penetrar en la de alguien que viviera en 1890.

La causa de esta limitación, afirma Priestley, no es el viaje en sí sino el destino. Una persona que nace en 1900 y que muere en 1970 es un prisionero de esos setenta años de tiempo cronológico. Por ello, en un sentido físico, no podría formar parte de otra época cronológica, ya fuera 1890 o 2190.

Eso me intriga. Tendré que darle más vueltas.

No; eso no puede aplicarse conmigo.

Porque yo ya he estado allí.

1896, sin mi intervención física, ya no sería el 1896 que fue.

Por tanto, debo regresar.

Parte Dos: *Las ideas de tiempo.*

Llevo horas leyendo y tomando notas. Me duele la muñeca, tengo la vista cansada, siento que el dolor de cabeza acecha.

Sin embargo, no puedo dejarlo. Tengo que aprender tanto como pueda para poder descubrir la manera de regresar a ella. El deseo es la clave evidente. Pero debe de existir alguna técnica, algún método. Todavía tengo que dar con él.

Pero lo conseguiré, Elise.

En la antigüedad, explica Priestley, el mundo se regía no por la cronología sino por el Gran Tiempo, el Tiempo del Sueño Eterno, según el cual pasado, presente y futuro parten todos de un Instante Eterno.

Se parece al «dominio de la eternidad» de Strömberg. Recuerda también a la teoría de Newton del tiempo absoluto, que «fluye con ecuanimidad sin relación con nada externo».

La ciencia ha descartado esta teoría pero quizá estuviera en lo cierto.

Esta idea del Gran Tiempo nos afecta en muchos aspectos, continúa Priestley, pues condiciona nuestra mente y nuestras acciones. El hombre medita sin cesar sobre cómo «regresar» y alejarse de los problemas de la vida; busca refugiarse en un país que nunca cambia, donde los niños juegan felices para siempre.

Quizá nuestros auténticos yoes (nuestros yoes esenciales) existan en este «dominio de la eternidad», con nuestra conciencia del mismo limitada por nuestros sentidos físicos.

La muerte sería la última forma de escapar a esas restricciones, aunque también es concebible huir antes de morir. El secreto tiene que ser la superación de dichas limitaciones del medio. No podemos hacerlo físicamente, por lo tanto debemos hacerlo mentalmente, con lo que Priestley denomina la parte «intemporal» de la mente.

En resumen: lo que me mantiene aquí atrapado es mi conciencia del ahora.

Maurice Nicoll afirma que toda la historia es un hoy viviente. No disfrutamos de un fogonazo de vida en medio de un extenso y desierto yermo. En vez de eso, existimos en algún punto «del vasto proceso de los vivos que todavía piensan y sienten pero que son invisibles para nosotros».

Sólo tengo que subirme a un punto panorámico desde donde pueda ver y llegar al punto de ese desfile al que me quiero sumar.

El último capítulo. Después depende de mí.

Priestley habla de tres Tiempos. Los denomina Tiempo 1, Tiempo 2 y Tiempo 3.

El Tiempo 1 es la época en que nacemos, crecemos y morimos; es el tiempo físico, propio del cuerpo y del cerebro.

El Tiempo 2 diverge del camino recto. Su campo de visión abarca unos coexistentes pasado, presente y futuro. No son el reloj ni el calendario lo que determinan su existencia. Al entrar en él, nos salimos del tiempo cronológico, al cual vemos como una unidad fija en lugar de cómo una serie de momentos en movimiento.

El Tiempo 3 es esa zona donde existe «el poder de conectar o desconectar lo que puede ser y lo que es».

El Tiempo 2 podría darse tras la muerte, asegura Priestley. El Tiempo 3 podría ser la eternidad.

¿Y ahora qué creo?

Que el pasado existe aún en algún rincón, en una parte del Tiempo 2.

Que para llegar a él debo, de alguna manera, separar mi conciencia del Tiempo 1.

¿O se trata de mi subconsciente? ¿Será este mi carcelero? ¿Lo que condiciona una vida desde el interior?

Si es así, ya tengo algo concreto que trabajar. Según los principios de la psicocibernética, puedo «reprogramarme» para creer que existo no en 1971 sino en 1896.

El hotel me será de gran ayuda puesto que todavía conserva gran parte de 1896 entre sus muros.
El lugar es perfecto, el método está bien fundado.

¡Funcionará! ¡Sé que funcionará!

He dedicado tantas horas a este libro. Horas valiosísimas, eso seguro. Por eso qué extraño que, durante largos periodos de tiempo, haya llegado a olvidarme por completo de la razón por la que lo he leído.

Pero ahora cojo la fotografía de la mesilla de noche y me quedo contemplando su rostro una vez más. Mi preciosa Elise.

Mi amor.

Pronto me reuniré contigo, te lo prometo.

Acabo de pedir la cena al servicio de habitaciones. Sopa hasta reventar. Cordero asado. Ensalada. Un buen postre. Café. Además terminaré el Bordeaux.

Estoy aquí tumbado, repasando su biografía. Todo lo que he leído se me va quedando grabado en el subconsciente, alterándolo. Mañana, empezaré a concentrarme para trastornarlo por completo.

Acabo de toparme con una interesante sección. Al final del libro se incluye una lista que no había visto antes. Una relación de libros que Elise leyó.

Uno de ellos se titula *Experimentos con el tiempo*, de J. W. Dunne.

Debió haberlo leído después de 1896 porque no entró en imprenta hasta después de ese año.

Me pregunto por qué lo leyó.

Siete y diecinueve de la tarde. Acabo de cenar. El estómago lleno. Satisfecho. Sereno.

Estoy aquí echado pensando en Bob.

Siempre ha sido tan amable conmigo. Tan bueno.

No estuve muy acertado dejando una nota y desapareciendo sin más. Sé que está preocupado por mí. ¿Por qué no lo pensaría antes?

¿Por qué no lo llamé por teléfono el primer día para hacerle saber que estoy bien? Podría estar desesperado, llamando a la policía, preguntando por todos los hospitales.

Será mejor que le diga que me encuentro bien antes de emprender un largo viaje.

¿Mary?

Sí.

Oh... no muy lejos.

Seguro. Estoy bien. ¿Está Bob?

Hola, Bob.

Escucha, yo... no dejarte saber si...

Es personal, Bob. Nada que ver con...

Tenía que hacerlo, Bob. Me pareció que la nota lo explicaba bien.

Bueno, eso era todo lo que tenía que decir, de verdad. Tengo que salir de viaje.

Adonde quiera. Quiero decir...

Estoy bien, Bob, yo...

Es que no quiero decírtelo. Intenta comprenderme. Estoy bien. Quiero hacer esto solo.

Mira, me encuentro perfectamente. Te he llamado para decírtelo. Para que no te preocuparas. Vale, pero no lo estés. No hay motivo. Estoy bien.

Sí. No sé por qué. Lo estoy, sin más.

No, Bob. Nada. Si necesito algo te llamaré.

No demasiado lejos. Escucha, tengo que...

Que no, Bob, que no puedo. Es que no quiero...

Porque yo...

Déjame hacerlo solo. Por favor.

¡Bob, por el amor de Dios!

Estoy viendo a Carol Burnett.

Es graciosa.

Harvey Korman también.

Divertido.

Amigos, ¿os gustaría saber por qué los estoy viendo? No podéis oír lo que estoy diciendo pero os lo diré de todas maneras. ¿Por qué estoy viendo a Carol Burnett en lugar de irme a dormir y descansar para mi combate de mañana con el Tiempo?

Os diré el motivo.

Es porque lo he perdido.

No sé cuándo. Probablemente empezara cuando estaba hablando con Bob. Empeoró cuando me oía a mí mismo hablando con él. No sé cuál será el momento exacto en que desapareció.

Lo único que sé es que se ha ido.

Al principio no podía creerlo. Pensé que me lo estaba imaginando. Esperé a que el vacío volviera a llenarse. Cuando vi que eso no ocurría, me enfadé. Después me asusté.

Ahora lo sé.

Se acabó.

¿Yo viajar en el tiempo?

Demonios, debería estar en *The night gallery*, no en este hotel. Soy un imbécil. Este hotel no es una isla del ayer. Es como un mojón en medio de la playa. ¿Y Elise McKenna?

Una actriz que falleció hace dieciocho años. Sin un motivo trágico. De vieja.

Hace setenta y cinco años tampoco le pasó nada dramático aquí. Le cambió la personalidad, nada más.

Puede que se acostara con Robinson. O con el botones. O...

¡Oh, cierra el pico! Olvidalo, Collier. Déjalo, no le des más vueltas, no pienses en ello, se acabó. Sólo un subnormal seguiría adelante.

Once y treinta y uno de la noche. Me acerqué al estanco al terminar el programa de Carol Burnett. Compré un *San Diego Union* y un *Los Ángeles Times*. Me senté en el vestíbulo y los leí los dos enteros, con avidez, como un borracho bañándose en alcohol. Reintroduciendo los venenos de 1971 en mi organismo. Desafiando con ira lo que pudiera sentir.

Dejé los periódicos en el sofá del vestíbulo. Fui hasta el salón Victoriano. Pedí un *bloody mary*. Dije que lo pusieran a mi cuenta. Me levanté y bajé a la galería. Entré en el salón de juegos y eché una partida de béisbol, otra a un videojuego de preguntas, otra al golf y otra al flíper. El salón estaba vacío, las máquinas formaban un ruido estruendoso y yo deseaba destrozarlas una por una con una almádena.

Volví arriba. Me crucé con gente vestida de etiqueta. Reunión en el salón de baile. Conferencia sobre accidentes automovilísticos. Tenía ganas de pararlos. De decirles qué se siente cuando el alma se choca de frente con la realidad.

Otro *bloody mary* en el salón Victoriano. Una pareja discutía en el reservado de al lado. Los envidié; estaban vivos. Yo estaba allí, vacío, destripado, macilento y descuartizado. Me tomé un tercer *bloody mary*. Lo añadí a la cuenta; habitación 527, Richard Collier. Volví arriba para tirarme por la ventana. No tuve valor. En vez de eso me puse a ver la tele.

No me he sentido tan vacío en toda mi vida. No tengo ningún tipo de meta. La gente que se siente así se muere. La voluntad de vivir lo es todo. Si esta se marcha, el cuerpo la sigue.

Nada me sostiene. Soy como uno de esos personajes de dibujos animados que salta por un precipicio pero sigue pateando en el aire unos segundos antes de darse cuenta.

Yo ya me he dado cuenta.

Ahora empieza la caída.

18 de noviembre de 1971

Diez y doce de la mañana. Última vez que apunto algo en el hotel. Me voy dentro de poco, en dirección Denver. La verdad es que no me apetece anotar nada. Aun así, el hecho de que me haya quitado de la cabeza una ilusión tonta no es razón para dejar el libro.

Estoy sentado en el escritorio, tomando un zumo, café y un panecillo de arándanos, mi último desayuno europeo antes de partir.

La maldita naturaleza ha conseguido reflejar mi estado de ánimo. Desde que estoy aquí, es la primera vez que no brilla el sol; el cielo es plomizo, hace frío y viento. Por encima del tenebroso y verde océano se ve una masa de nubes oscuras. Ahora puedo ver lo que quizá sea la torre de un faro sobre Punta Loma. Una luz se enciende y se apaga sin parar; imagino que es la luz del faro.

Veo un hombre haciendo *jogging* por la orilla. Un sombrío helicóptero militar acaba de pasar sobrevolando toda la línea de la costa, como si fuera un gigantesco insecto acuático. Abajo, el aparcamiento está salpicado de unas amarillentas hojas muertas. El viento hace girar algunas de ellas tan rápido que parecen ratones blancos correteando por el pavimento de asfalto. En el aparcamiento hay un hombre calvo con un mono verde montado en una bicicleta roja. Pasa una gaviota sobre mi cabeza, se pierde en el horizonte dejándose llevar por el viento.

Enseguida haré las maletas; puede que dé un último paseo. Ya no puedo seguir aquí.

Ahora el mar carece de color por completo. Unas líneas grisáceas avanzan hacia la orilla, de apagado color pardo.

Frío. El viento me atraviesa. ¿Por qué habré salido?

Estoy entrando por última vez en la exposición de historia. Camino por el suelo de baldosas blancas y negras. He pasado junto a la fotografía del hotel con el marco dorado, donde se ve cómo era antes. Hay un carruaje a la entrada, cuatro caballos enganchados. Hay un hombre apoyado en su bicicleta.

Aquí está el escaparate del dormitorio. He pasado de largo. Aquí hay un plato pintado a mano en su estuche; blanco con dibujos verdes y dorados y una pareja de querubines azulados revoloteando.

Aquí se ve una fotografía, tomada en 1914, de un autobús que recogía a la gente que llegaba en los trenes para llevarla hasta la entrada del hotel.

Este es el programa de *El pequeño ministro*. Aquí aparece una foto de Elise.

La miro y la veo borrosa.

Hay una plancha y otro plato decorado con un dibujo del hotel. Están el teléfono y el registro del hotel, un servilletero, un menú y algo que parece una prensa. Paso junto a todas esas cosas y avanzo por el pasillo hacia la escalera que conduce al patio. Voy a dejarlo todo atrás para...

¡Un momento!

La gente me miraba mientras corría por el patio. No me importaba. Sólo me preocupaba lo que estaba haciendo. Ni siquiera le cedí el paso en la puerta del vestíbulo a una anciana que venía detrás de mí. Abrí la puerta de golpe y entré como un torbellino. Quería pasar corriendo por el vestíbulo pero logré contenerme. Mientras el corazón me aporreaba el pecho, atravesé el recibidor dando unas

zancadas tan amplias como podía y me llegué hasta el mostrador de recepción.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó el hombre.

Me esforcé por parecer y sonar informal; normal, cuando menos (lo de informal quedaba fuera de mi alcance).

—Me preguntaba si podría hablar con el encargado —pregunté.

—Lo siento, hoy se encuentra en Florida.

—Le miré. ¿Iba a darme ya por vencido?

—Quizá desee hablar con el señor Lyons —continuó el hombre—. Es el responsable hasta que el encargado regrese.

Asentí de inmediato con la cabeza.

—Por favor.

Señaló hacia un hueco que había a mi izquierda. Le di las gracias, caminé raudo hacia el lugar indicado, vi una puerta y llamé. Al ver que nadie respondía, entré.

La oficina estaba vacía pero a mi derecha se veía otra oficina donde había varias personas trabajando. Una de ellas, una secretaria, se acercó a mí. Le pregunté dónde podría encontrar al señor Lyons y me respondió que acababa de salir pero que regresaría de un momento a otro. Me preguntó si podía ayudarme.

—Sí —le dije—. Soy guionista de televisión y me han encargado la preparación de un programa especial sobre la historia de este hotel.

Le conté que había visitado la exposición de historia, la biblioteca pública y la biblioteca central de San Diego pero que, aun así, no había podido recopilar material suficiente y estaba atascado, por lo que necesitaba ayuda.

—He pensado que quizá ustedes conserven material sobre la historia del hotel en sus archivos —le sugerí.

La secretaria me contestó que podría ser, aunque no estaba segura del todo.

No obstante, el señor Lyons se lo confirmaría puesto que había trabajado para el hotel desde los catorce años, edad a la que empezó como operador de ascensores.

Asentí con la cabeza, sonreí dándole las gracias y salí de la oficina. ¿Cómo iba a quedarme a ver si aparecía el señor Lyons si cuando la necesidad de encontrar lo que buscaba era tan dolorosa como morir de hambre? Atravesé el vestíbulo, me senté en una silla y me quedé mirando la puerta de la oficina, esperando a que el señor Lyons regresara; deseando que volviera enseguida. «Vamos, vamos» mascullaba entre dientes sin cesar.

Al final ya no podía aguantarme más, de modo que me levanté y caminé de nuevo hacia la oficina. Cuando ya estaba cerca la secretaria estaba saliendo. Al verme, cambió de dirección para acercarse a mí. Parecía que nos acercábamos el uno al otro con lentitud, como en un sueño.

Entonces se detuvo ante mí y me dijo que, quizá, la persona con la que debería hablar era Marcie Buckley, que trabajaba en la oficina de Lawrence (al parecer, Lawrence es el dueño del hotel) y que había preparado un pequeño libro titulado *La joya más brillante de la Ciudad de la Corona* y que trataba de la historia del hotel.

Me indicó el camino, le di las gracias sonriendo (al menos, creo que sonrei), atravesé la habitación, subí una pequeña rampa y abrí una puerta de cristal. Dentro de la oficina había un hombre mayor y dos mujeres, una de ellas en la mesa de la entrada, delante de mí.

—Quisiera hablar con Marcie Buckley —le dije.

La atractiva joven me devolvió la mirada.

—Yo soy Marcie Buckley.

Sonreí de nuevo, repitiendo mi mentira. Especial para la televisión, no más material, necesidad de más información. ¿Podría ayudarme ella?

Fue más agradable de lo que esperaba; sin duda, más de lo que yo merecía. Señaló un escritorio al fondo del despacho. Estaba desbordado de libros y papeles; documentos del hotel que había recopilado. Me preguntó si me gustaría echarles una ojeada. No le importaba que los mirara siempre que los dejara tal y como estaban. Estaba elaborando una minuciosa historia del hotel y estaba utilizando todo aquel material de investigación.

Le di las gracias y me senté en el escritorio, examiné con rapidez todo lo que se apilaba allí encima y entonces sentí un pinchazo tan doloroso que pareció materializarse dentro de mí cuando me di cuenta de que lo que buscaba no se encontraba allí.

Era incapaz de levantarme. Si lo que buscaba se hallaba en alguna parte, tendría que pedirle que me ayudara a encontrarlo pero si me levantaba y le decía que todo aquel material tan minuciosamente reunido no me servía para nada, seguramente se sentiría dolida; tendría todo el derecho del mundo a ofenderse.

De modo que me quedé allí sentado, agonizante, mirando álbumes de recortes con artículos periodísticos sobre torneos de tenis, bailes de disfraces y el concurso de cocción de Pillsbury; fotos del hotel tomadas en diversas fechas; libros con copias de carbón de las cartas escritas por los distintos encargados. «Nuestro médico residente ha acumulado en Nueva York una gran experiencia en prácticas internas... El negocio crece y anticipamos una temporada ajetreada... Me complace comunicarles nuestras cifras del invierno... Hemos recibido su regalo del día 14 pero actualmente no necesitamos ningún cerdo...». Fingí que tomaba notas.

Al final, cuando me pareció que ya había pasado un tiempo prudencial, me levanté y me dirigí al escritorio de Marcie Buckley.

—Muy interesante todo —dije—; de inestimable ayuda. Me preguntaba si disponen de más documentación; ¿No tendrán por casualidad un almacén en alguna parte?

El corazón me dio un vuelco cuando me contestó que sí. Después me vine abajo cuando me dijo que intentaría enseñármelo más tarde, que en ese momento estaba muy ocupada. No me atreví a decir nada aparte de darle las gracias. Quería sacarla de su escritorio y obligarla a conducirme hasta el almacén en ese preciso instante. No podía hacer eso, por supuesto. Sonreí, asentí y le pregunté cuándo pensaba que podría dedicarme un rato.

Miró su reloj y me contestó que lo intentaría sobre las doce menos cuarto. Le di las gracias otra vez y me marché. Consulté mi reloj. Apenas acababan de dar las once. Cuarenta minutos me parecían mucho más largos que setenta y cinco años.

Volví a sentarme en la silla del recibidor, con la cabeza embotada y ajeno a toda aquella gente que se movía a mi alrededor. ¿Se sentirán así los fantasmas? Recuerdo que me lo pregunté. Me esforcé por no mirar el reloj. Intenté permanecer absorto, alejarme del Tiempo 1. ¿Y si estaba haciendo todo aquello para nada? Me quedé pensando. Sentía que no podría sobrevivir a aquello.

A las doce menos cuarto volví a la oficina de Lawrence. Todavía seguía trabajando. No podía insistir. ¿Qué derecho tenía a insistir aunque mi mente me gritara que las cosas no debían paralizarse?

Pasados tres minutos de las doce, Marcie Buckley se levantó y salimos de la oficina.

No sé qué le dije; no recuerdo las palabras. Me siguió preguntando por el programa especial. Mis mentiras eran terriblemente evidentes. Recé para que no tuviera ni idea de la industria de la televisión; si la tenía, se daría cuenta de que me lo estaba inventando todo. Le dije que la ABC me había contratado pero le di el nombre de un productor de *Ironside* de la NBC. Le di el nombre de mi representante por el del director. Mentí sin parar y sin credibilidad alguna. Mis disculpas, señorita Buckley.

Entonces, de alguna manera, conseguí pasar y o a hacer las preguntas para así escuchar en lugar de mentir.

Me contó que se había puesto a trabajar como historiadora del hotel por sí misma; que ese puesto nunca había existido, que los registros del hotel se encontraban en unas condiciones lamentables y que estaba luchando por poner fin a aquel desastre. Sé que me llevé una buena impresión de ella. Ama el hotel y desea conservar su historia; se esfuerza por convertirlo en un punto de referencia del estado y del país, algo que ya es en realidad.

Mientras me explicaba las cosas bajábamos las escaleras de lo que parecían unas catacumbas interminables, hasta que llegamos a un despacho donde un hombre le entregó unas llaves.

Para entonces sentía que mi cabeza era la de otra persona. Podía oír y sentir los pasos sordos de mis pies sobre el suelo de cemento pero tenía la sensación de que era otro el que caminaba. Creo que nunca he estado tan cerca de perder la cordura como en aquellos días. No comprendo cómo la señorita Buckley no se dio cuenta. Igual sí que se percató, solo que fue demasiado educada como para decir nada.

Primero fuimos al lugar equivocado. Visitamos una serie de habitaciones que en su día sirvieron como aljibes; habían abierto orificios que atravesaban las gruesas paredes, interconectándolas. «En cierta época, las iban a utilizar para almacenar agua de lluvia». Estoy seguro de que lo dijo; se me quedó grabado.

Después seguimos caminando y ella me siguió hablando del hotel. Guardo un vago e inconexo recuerdo de lo que me contó. Algo acerca de la solidez de la estructura de las vigas, creo. Algo acerca de un túnel no sé dónde. Algo acerca de que cada una de las habitaciones del hotel se había amueblado de manera distinta; eso debo de haberlo entendido mal. Algo acerca de una habitación redonda en una torre donde una anciana vive encerrada para siempre.

Por último, después de recorrer los interminables pasadizos del sótano, de subir escaleras y de visitar la ruidosa cocina, después de pasar por las salas de banquetes, fuera, dando la vuelta al hotel, una vez pasada otra puerta, llegamos, por fin, al pasillo que conduce a la Reja del Príncipe de Gales; la señorita Buckley se detuvo frente a una puerta lisa de color marrón y abrió su cerradura.

Entramos. La habitación era cálida. Había sillas apiladas. Hubimos de retirarlas para llegar hasta la otra puerta.

—En la siguiente habitación hace mucho calor —dijo al tiempo que abrió con llave la puerta interior y encendió una polvorienta bombilla que colgaba del techo. Aquella estancia media tres metros de largo y dos de ancho, más o menos, el techo era bajo (apenas quedaba unos centímetros por encima de mi cabeza) y estaba cubierto de tuberías forradas. La señorita Buckley tenía razón en cuanto al calor. Era increíble; como meterse en un horno.

—Esas cañerías deben de ser conductos de la calefacción —dijo—. Sin duda se trata de un lugar

muy inapropiado para conservar documentación de importancia.

Recorrí toda la habitación con la mirada. Las paredes eran de cemento, el jalbegue que las cubría empezaba a desaparecer. Allá donde miraba había estanterías con libros; había también una mesa rebosante de documentos. Libros muy voluminosos, algunos de cuarenta y cinco centímetros de alto y de casi treinta de ancho, de varios centímetros de grosor. Todo se encontraba cubierto de una capa de polvo cien veces más espesa de lo que nunca había visto; la suciedad de desvanes y sótanos intacta durante generaciones.

—¿Busca algo en concreto? —me preguntó.

—No exactamente. —Otra mentira—. Sólo más... información.

La señorita Buckley estaba en la habitación de al lado, mirándome. Yo frotaba los desgastados lomos de cuero rojo de los libros con el pulgar. El dedo se me quedó gris. Elegí un libro pesado y se formó una nube de polvo. Tosí y dejé el libro a un lado. El sudor me corría ya por la nuca. Me sacudí las manos y me quité la chaqueta.

La señorita Buckley parecía vacilar pero al final dijo:

—Voy a comer algo. ¿Quiere quedarse aquí mientras?

—Si no le importa —respondí.

—Bien... —Yo sabía cuánto le preocupaban todos aquellos registros—. Pero tenga cuidado.

—Lo tendré. —Forcé una sonrisa—. Aprecio mucho su ayuda, señorita Buckley. Ha sido muy amable.

Asintió con la cabeza.

—Está bien.

Entonces me quedé solo y la ansiedad que tenía que ocultarle pareció emerger en oleadas; empecé a respirar por la boca mientras caminaba de aquí para allá. Había cajas cubiertas apiladas detrás de la mesa. Me puse en cuclillas para levantar una de las polvorientas mantas y pude ver los fajos de facturas y recibos amarillentos que había dentro, así como unos pesados libros mayores. Retiré la manta y me levanté, momento en que me pareció que la habitación se quedaba a oscuras. Me tambaleé y me así a la mesa, sacudí la cabeza. Mientras me recuperaba, saqué el pañuelo y me lo pasé por la cara.

Correí de una estantería a otra, frotando los lomos de los libros, unidos por una espesa capa de suciedad. Todo cuanto tocaba o con lo que tropezaba lanzaba cenizas al aire. No podía dejar de aclararme la garganta ni de toser. Sentía como unos amenazadores tentáculos de dolor me presionaban la cabeza. O acababa pronto con aquello o nunca lo conseguiría.

Me topé con el lomo de un libro impreso en 1896 y lo saqué de entre dos enormes libros mayores, asfixiándome por toda la suciedad que me envolvió. Era un libro de copias hechas con papel de carbón. Las hojeé con avidez; quizá ahí encontrara algo de interés.

Muchas de las páginas estaban en blanco, como si los calcos hubieran estado impregnados de tinta simpática. El corazón se me quiso salir del pecho cuando vi una carta fechada un 6 de octubre que empezaba así: «Querida señorita McKenna». Los ojos se me llenaron de gotas de sudor y empezaron a picarme. Me los froté con ansia, me quité las gotas de sudor con los dedos y me los sacudí. «Me complace enormemente responder a su nota del 30 de septiembre.

Aguardamos ansiosos y con gran ilusión su llegada y la representación de *El pequeño ministro* en el hotel».

La carta seguía diciendo que (el administrador) sentía que no hubieran podido presentar la obra durante la temporada de verano, que es cuando había más huéspedes en el hotel; pero que «sin ningún género de dudas, mejor representarla ahora que nunca».

Sacudí la cabeza vigorosamente. Estaba a punto de desmayarme. Tuve que enjugarme de nuevo la cara y el cuello. El pañuelo estaba empapado. El sudor me corría por los riñones y por el estómago. Tuve que pasar un momento a la habitación contigua. A pesar de lo cálida que era, sentí, por el contraste de temperatura, como si hubiera salido a respirar aire fresco. Me apoyé contra la pared de cemento, respirando con dificultad. Si no estaba ahí... No podía pensar en otra cosa. Si no estaba ahí...

Regresé al almacén y empecé a restregar las palmas de las manos con rapidez e impaciencia por los lomos de los libros. *Venga*, mascullaba. Seguí diciéndolo una y otra vez, como un niño testarudo y ansioso que se niega a ver que lo que quiere está fuera de su alcance. «Venga, venga». Gracias a Dios que Marcie Buckley no regresó en aquel instante. Si hubiera vuelto, habría avisado a un médico de inmediato, estoy convencido. Ya no me encontraba, como decían ellos con benevolencia, «en posesión de mis facultades». Mi salud mental pendía de una cosa: aquello que buscaba.

Debía concentrarme en ello porque, para entonces, estaba enfurecido con el hotel, furioso con todos los sucesivos encargados por haber permitido que aquellos registros terminaran en aquellas condiciones. Si se hubieran molestado en ordenar los registros de la forma adecuada, hubiera encontrado la respuesta en cuestión de segundos. En vez de eso, los minutos se evaporaban a un ritmo enloquecedor mientras buscaba en vano ese atisbo de prueba que me permitiría sobrevivir. Me sentía como Jack Lemmon en esa escena de *Días de vino y rosas* en la que enloquece en el invernadero buscando una botella de whisky. Nunca sabré qué impidió que yo perdiera la cabeza; mi búsqueda, es lo único que se me ocurre. De no ser por eso, habría terminado aullando, vociferando, lanzando libros y papeles en todas direcciones, lloriqueando, maldiciendo y convirtiéndome en un demente.

Ya no me molestaba en enjugarme el sudor. ¿Para qué? El pañuelo estaba empapado; la ropa interior pegada al cuerpo, como si me hubiera tirado vestido a la piscina. Seguramente tenía la cara roja como una remolacha. Había perdido toda noción del espacio y del tiempo. Como un sonámbulo, busqué y rebusqué, consciente de que la búsqueda era en vano, aunque estaba tan atrapado en mi propia y enfermiza locura que no podía detenerme.

Casi lo paso por alto. Para entonces apenas podía enfocar la vista. Seguía descartando libros, apartándolos a un lado. También descarté el que buscaba. Entonces, algo, sólo Dios sabe qué, destelló en las tinieblas de mi mente y, con la respiración entrecortada, estiré el brazo hacia el libro y lo cogí. Lo abrí de golpe y pasé las páginas con la mano temblorosa hasta que llegué a una donde ponía, en letras enormes, Jueves, 19 de noviembre de 1896 / Hotel del Coronado / E. S. Babcock, Gerente / Coronado, California.

Estaba tan deshidratado, creo, tan mareado que, durante lo que parecieron minutos interminables, fui incapaz de darme cuenta de que las fechas caen en días distintos cada año y de que sólo coinciden cada ciertos años. Me quedé mirando la página con desconcertada incredulidad y entonces, de repente, la ira me invadió en cuanto lo vi claro.

La vista se me fue a las columnas que tenían el encabezado de «Nombres», «Residencia», «Habitaciones» y «Hora»; recorrí toda la lista. Se me nublaba la vista. Me pasé la mano, que me

temblaba, por los ojos. *E. C. Penn. Conrad Scherer y esposa (curiosa manera de escribirlo, recuerdo que pensé). K. B. Alexander. C. T. Laminy.* Me fijé confundido la palabra IM, que se repetía muchas veces por todas las columnas. Sólo ahora sé que quería decir «ídem» y que se empleaba en lugar de las comillas que se utilizan hoy en día.

Miré la parte inferior de la página pero no estaba allí. Debí de dejar escapar un quejido. Miré los dibujos a la tinta de la página de registro. El olor a papel húmedo y suciedad me saturaba las fosas nasales y los pulmones. Casi sin fuerzas, pasé la página al Viernes, 20 de noviembre de 1896.

Y rompí a llorar. Desde que tenía doce años nunca había llorado así; no de pena sino de alegría. De repente, al borde del desfallecimiento, me dejé caer, con las piernas cruzadas, al suelo, con el pesado registro del hotel en el regazo, las lágrimas corriéndome por las mejillas, sumergido en riachuelos de sudor, mis ahogados sollozos el único sonido en aquel horno muerto y tórrido.

Era el tercer nombre por abajo.

R. C. Collier, Los Ángeles. Habitación 350. 9:18 A.M.

Una y veintisiete de la tarde. Echado en la cama, embargado por una deliciosa sensación de esperanza. Me he dado una ducha, me he quitado de encima todo el polvo, la mugre y el sudor, he metido la ropa en la cesta de la colada. Contento por haber podido cerrar las cámaras de los almacenes y de marcharme antes de que Marcie Buckley regresara. La he llamado hace un rato para darle las gracias de nuevo.

Es una tentación (ya que me siento tan bien y estoy tan seguro) no hacer nada ahora aparte de quedarme aquí tumbado y esperar a que suceda lo inevitable.

Así y todo, siento, a pesar de mi certeza, que esto no es en absoluto una cuestión de inevitabilidad. Todavía debo provocar que suceda. Estoy totalmente convencido de que ya se ha hecho pero, después de haber leído el libro de Priestley, también creo que existen, de hecho, múltiples posibilidades no sólo para el futuro sino también para el pasado.

Aún podría no suceder. Por lo tanto, mi trabajo no ha terminado todavía. Pese a que no me cabe la menor duda de que mañana por la noche voy a verla actuar en *El pequeño ministro*, también estoy seguro de que he de esforzarme al máximo para que sea posible.

Lo haré dentro de muy poco; en este momento me apetece gaudular. Lo pasé horriblemente mal ahí abajo hasta que di con el registro del hotel en el que aparecía mi nombre. Necesito recuperar fuerzas antes de ponerme en acción.

Me pregunto por qué escribí R. C. Collier. Nunca he escrito mi nombre de esa forma.

También dudé si trasladarme o no a la habitación 350, pero al final decidí no intentarlo. No sé muy bien porqué pero, de algún modo, no me pareció adecuado. Y, puesto que casi siempre es preferible dejarse llevar por los presentimientos, mejor dejarlo así.

Es 19 de noviembre de 1896. Estás tumbado en la cama, los ojos cerrados, relajado, y es 19 de noviembre de 1896. Sin tensión. Sin preocupaciones. Si oyes un ruido fuera, son las ruedas de los carruajes, el sonido sordo de las pezuñas de los caballos. Nada más; no oírás nada más. Sientes paz, una paz absoluta. Es 19 de noviembre de 1896. Estás tumbado en una cama del Hotel del Coronado y es 19 de noviembre de 1896. Elise McKenna y su compañía se encuentran en el hotel en este preciso instante. Les están preparando el escenario para la representación de *El pequeño ministro* de mañana por la noche. Es jueves por la tarde. Estás echado en la cama de tu habitación en el Hotel del

Coronado y es jueves por la tarde, 19 de noviembre de 1896. Tu mente asimila esto sin problemas. Tu mente no se cuestiona nada. Es 19 de noviembre de 1896, jueves, 19 de noviembre de 1896. Eres Richard Collier. Treinta y seis años. Echado en la cama del hotel, con los ojos cerrados, un jueves por la tarde, 19 de noviembre de 1896. 1896. 1896. Habitación 527. Hotel del Coronado. Jueves por la tarde, 19 de noviembre de 1896. Elise McKenna se encuentra en el hotel en este mismo instante. Su madre se encuentra en el hotel en este mismo instante. Su representante, William Fawcett Robinson, se encuentra en el hotel en este mismo instante. Ahora. En este momento. Aquí. Elise McKenna. Tú. Elise McKenna y tú. Ambos en el Hotel del Coronado en esta tarde de jueves de noviembre; jueves, 19 de noviembre de 1896.

Esta sesión de auto-hipnosis de mi hermano se prolonga durante veintiuna páginas más.

Ya he grabado cuarenta y cinco minutos en el casete. Ahora me relajaré, cerraré los ojos y lo escucharé.

Dos y cuarenta y seis de la tarde. Estoy más seguro que nunca. Es una sensación extraña, más allá de toda lógica, pero estoy convencido de que la transición tendrá lugar. Esta seguridad despierta un nerviosismo contenido bajo la calma mental que también siento; la tranquilidad de la certeza total.

Me quedé estirado en la cama durante esos cuarenta y cinco minutos, no sé si al final me dormí o si entré en estado de hipnosis o qué. Todo lo que sé es que me creí lo que estaba oyendo. Pasados unos minutos, fue como si fuera la voz de otra persona la que me estuviera hablando. Alguna personalidad incorpórea dándome instrucciones desde algún lugar ajeno al tiempo y el espacio. Creí a aquella voz sin reserva.

¿Cómo decía aquella frase que leí hace tantos años? Me impresionó tanto que una vez estuve a punto de hacer que me la grabaran en una tablilla para colgarla en la pared de mi despacho.

Ya me acuerdo: «Tu mundo lo crea tu cabeza».

Antes, aquí tumbado, llegué a creer que la voz que estaba escuchando me estaba contando la verdad y que estaba echado en esta cama, con los ojos cerrados, no en 1971 sino en 1896.

Lo repetiré una y otra vez hasta que me lo haya creído hasta tal punto que literalmente estaré allí, me levantaré, saldré de esta habitación y me reuniré con Elise.

Tres y treinta y nueve de la tarde. Fin de otra sesión. Resultados similares. Convicción; paz; certeza. Hubo un momento en que estuve a punto de abrir los ojos y mirar a ver si ya estaba allí.

Acabo de imaginarme algo muy extraño.

¿Y si cuando abra los ojos en 1896 me encuentro a alguien en la habitación mirándome atónito? ¿Sabría cómo comportarme? ¿Y si... ¡Oh, Dios mío!... me encuentro con una pareja de recién casados que acaba de ponerse a descubrir la «conjugación nupcial» cuando de repente aparezco yo en la cama con ellos, muy probablemente encima o debajo? Grotesco. Aun así, ¿cómo podría evitarlo? Tengo que estar echado en la cama. Supongo que también podría tumbarme debajo, por si acaso, pero me sentiría demasiado incómodo para lograr la concentración mental.

Me arriesgaré y ya está. No lo concibo de otra manera. Espero que, puesto que el invierno trae menos huéspedes (como decía Babcock en su carta a Elise), esta habitación esté libre.

A pesar de eso, hay que arriesgarse. No pienso dejar que esos pormenores me arruinen los planes. Un breve descanso, después me pondré a ello de nuevo.

Cuatro y treinta y siete de la tarde. Un problema; de hecho, dos. Uno irremediable, para el otro confío en que haya solución.

Primer problema: El sonido de mi voz, durante esta tercera sesión, ha empezado a perder su calidad abstracta y a hacerse más identificable. ¿Por qué ocurre esto? Debería resultarme más difícil reconocerla cada vez que la escucho, ¿no es así?

Aunque puede que no. Quizá tenga algo que ver con el segundo problema, que es este: pese a que conservaba la certeza mientras escuchaba la cinta, aquella comenzó a debilitarse por el hecho de oír las mismas palabras una y otra vez, lo que, en términos de hipnosis, es lo adecuado pero no resulta útil para la parte de mi mente en la que todavía impera la lógica. Dicha región mental terminó por hacerse la pregunta sin rodeos: ¿Es eso todo lo que sabes sobre este día de noviembre de 1896?

¡Ya lo tengo! Bajaré ahora mismo al estanco a comprar un ejemplar del libro de Marcie Buckley, lo leeré rápidamente y conoceré todos los acontecimientos de 1896, después grabaré otra sesión de hipnosis de cuarenta y cinco minutos y así tendré más pruebas con las que demostrar a mi mente que es él 19 de noviembre de 1896; el escenario será mucho más rico en detalles, por así decirlo.

A Elise le parecería bien.

Más tarde. Un libro interesante. Bueno, en realidad no es un libro; ahora está trabajando en una versión ampliada. Esto es, más bien, un folleto grueso, sesenta y cuatro páginas con bosquejos, capítulos sobre la estructura del edificio, un poco de su historia y la de Coronado, fotografías de su aspecto actual y otras antiguas, fotos de celebridades que se han alojado en el hotel (el Príncipe de Gales, nada menos), además de notas y dibujos referentes al futuro deseado del hotel.

He recopilado suficiente información para enriquecer mi próxima sesión, la cual dará comienzo en breves instantes.

Es jueves, 19 de noviembre de 1896. Estás tumbado en la cama de la habitación 527, con los ojos cerrados. Se ha puesto el sol y ahora está oscuro. Empieza a anochecer este jueves en el Hotel del Coronado; jueves, 19 de noviembre de 1896. Ahora empiezan a encender las luces. Las lámparas son de gas y de electricidad, pero el gas no se utiliza.

Están instalando, hoy mismo, un sistema de calefacción por vapor que, según los planes, estará terminado el año que viene. Por ahora, en todas las habitaciones hay una chimenea. Esta habitación, la 527, se calienta gracias a su chimenea. En este preciso instante, en la oscuridad de este jueves, 19 de noviembre de 1896, hay un juego encendido en el hogar que hay frente a ti; chisporrotea suavemente, inundando la habitación con su calor, iluminándola con la luz de sus llamas.

En sus habitaciones, los otros huéspedes se están vistiendo, ahora, para cenar en la Habitación de la Corona. Elise McKenna se encuentra en el hotel en este preciso instante; quizá esté en el teatro, revisando los detalles de la producción de *El pequeño ministro*, función programada para mañana por la noche, o puede que se esté cambiando de ropa en su habitación. Su madre está en el hotel. Al igual que su representante, William Fawcett Robinson. El resto de la compañía teatral también. Las habitaciones de todos ellos reciben el calor de un hogar; igual que esta habitación, la habitación 527,

en este anochecer del jueves, 19 de noviembre de 1896. También hay una caja fuerte en la pared de la habitación.

Estás echado tranquilamente, en paz, con los ojos cerrados, en esta habitación en 1896, 19 de noviembre de 1896; anochecer del jueves, 19 de noviembre de 1896. Pronto vas a levantarte, a salir de la habitación y a reunirte con Elise McKenna. Vas a abrir los ojos en esta ahora oscura noche de noviembre de 1896, vas a salir al pasillo, a bajar y a encontrarte con Elise McKenna. Elise está en el hotel ahora. En este preciso instante. Porque es 19 de noviembre de 1896. 19 de noviembre de 1896. 19 de noviembre de 1896.

Y así durante veinte páginas más.

Seis y cuarenta y siete de la tarde. He cenado lo que me han subido a la habitación. Un poco de sopa, un sándwich. Un error. Estaba tan empapado de la convicción de que era el año 1896 (a pesar del aspecto moderno de la habitación) que la entrada del camarero ha sido una desastrosa intrusión.

No volverá a repetirse. He vuelto a tropezar, pero hay solución. Compraré galletas saladas, queso y demás en el estanco, comeré en la habitación de ahora en adelante. Lo suficiente para no tener que parar mientras sigo con el plan.

Sigue habiendo un problema. Bueno, en realidad, es el mismo.

El sonido de mi voz.

Cada vez me distrae más. No importa hasta qué punto se evada mi mente porque, en el fondo, en alguna remota zona racional que no se deja engañar, sé que es mi propia voz la que me habla. No sé qué otra cosa podría hacer, pero es desquiciante.

En fin, ya veré qué hago si el problema se me va de las manos. Quizá eso no pase.

Cada vez pienso más en el hecho de que, al regresar, voy a ser el origen de la tragedia que ensombrece este rostro; tengo su foto delante de mí, sobre el escritorio.

¿Tengo derecho a hacerle esto?

Sé que ya se lo he hecho. Con todo, por otro lado, cada vez más, siento que existe una variable tanto en el pasado como en el futuro. No sé por qué lo siento, pero es así. Tengo la sensación de que me queda la opción de no regresar si no quiero. Es algo muy intenso.

¿Pero por qué no iba a regresar ahora? Aunque supiera, lo cual no es así, que no podría gozar más que de unos breves momentos a su lado. Llegados a este punto, ¿no regresar? Es impensable.

Aparte de eso, me preocupan otras cosas. La elección que puede hacer que la situación sea mucho más complicada de lo que ya es.

¿Cómo lo explicó Priestley? Permitidme repasarlo.

Aquí viene lo que dijo, en el último capítulo, titulado *Un hombre y un tiempo*. Habla sobre el sueño de una mujer de Rusia; la condesa Toutschkoff, en 1812. Soñó, tres veces durante una misma noche, que su marido, un general del ejército, moriría en una batalla que se libraría en un lugar llamado Borodino. Cuando se despertó y se lo contó a su marido, no encontraron aquel nombre en ningún mapa.

Tres meses más tarde, su marido murió en la batalla de Borodino.

Después Priestley habla de otro sueño; de una mujer americana del siglo veinte. Esta mujer soñó que su bebé se caía a un río. Algunos meses más tarde se encontró en el lugar exacto con el que había

soñado, con su bebé vestido igual que en el sueño y a punto de verse en las mismas circunstancias que terminaron con la criatura cayendo al agua en el sueño.

La mujer, advirtiendo el paralelismo de la situación, alteró la previsible tragedia al salvar la vida de su hijo.

Lo que Priestley sugiere es que el ámbito de los acontecimientos determina si éstos quedan sujetos a algún tipo de variación. Todo ese amasijo de detalles contribuyó a que se librara la batalla de Borodino, que, al ser un suceso tan complejo, no se pudo alterar de ninguna manera.

Por otro lado, el posible ahogamiento de un bebé constituye un acontecimiento de tan poca relevancia (a menos, en teoría, que la criatura sea un César o un Hitler) que se puede intervenir en su curso y cambiarlo.

Si con el futuro ocurre esto, pienso que a los acontecimientos del pasado se les puede aplicar las mismas reglas. Yo estuve aquí en 1896 y provoqué un cambio en la vida de Elise McKenna. Sin embargo, dicha alteración no tuvo el vasto alcance histórico de la batalla de Borodino. Fue, al igual que la muerte inminente de un bebé, un acontecimiento sin mayor relevancia.

Entonces, ¿por qué no iba yo a poder regresar, igual que antes, pero en vez de llevar la desgracia a su vida, inundarla de dicha? Estoy convencido de que su pena no se debe sólo a que llegase a conocerme o a que yo le hiciera nada sino a que, de alguna manera, me perdió por culpa de un fenómeno temporal similar al que me condujo a ella. Sé que parece una idea demencial, pero creo que es factible.

También pienso que, llegado el momento, puedo alterar el curso de dicho fenómeno.

¡Se me ocurre otra solución!

Ignoraré las nuevas instrucciones. Puesto que el sonido de mi voz me distrae, lo mejor será eliminarlo. Escribiré las instrucciones en el subconsciente... veinticinco, cincuenta, cien veces cada una. Al mismo tiempo, escucharé la Novena Sinfonía de Mahler con los auriculares, para que haga las veces de punto fijo, de péndulo, mientras voy haciendo creer a mi subconsciente que hoy es 19 de noviembre de 1896.

Una corrección. Sólo escucharé el movimiento final de la sinfonía.

La sección en que, como escribió Bruno Walter, «Mahler se despide en paz del mundo».

Yo también la utilizaré para decir adiós a este mundo... de 1971.

Yo, Richard Collier, estoy ahora en el Hotel del Coronado, a 19 de noviembre de 1896.

Yo, Richard Collier, estoy ahora en el Hotel del Coronado, a 19 de noviembre de 1896.

Yo, Richard Collier, estoy ahora en el Hotel del Coronado, a 19 de noviembre de 1896.

(Richard escribió esto cincuenta veces).

Hoy es jueves, 19 de noviembre de 1896. Hoy es jueves, 19 de noviembre de 1896. *(Escrito cien veces).*

Elise McKenna se encuentra ahora en el hotel. *(Cien veces).*

Cada minuto me acerca más a Elise. *(Cien veces).*

Ya es 19 de noviembre de 1696.
(*Sesenta y una veces*).

Nueve y cuarenta y siete de la noche. Ha ocurrido.

No recuerdo cuándo exactamente. Estaba escribiendo «Ya es 19 de noviembre de 1896». Me dolían la muñeca y el brazo. Me pareció que estaba envuelto en una nube. En un sentido literal, me refiero. La niebla parecía revolverse a mi alrededor. Podía oír el adagio en mi cabeza. Era la enésima vez que lo ponía. Podía ver cómo el lápiz bailaba sobre el papel. Parecía escribir solo. La relación entre el objeto y yo había desaparecido. Contemplé sus movimientos, anonadado.

Entonces ocurrió. Un parpadeo. Diría que esa es la palabra adecuada. Tenía los ojos abiertos pero estaba dormido. No, dormido no. Me encontraba en otro mundo. La música se detuvo y, por un momento (un instante perfectamente distinguible e inconfundible), aparecí allí.

En 1896.

Vino y se fue tan rápido que creo que no debió de durar más que un parpadeo.

Sé que parece una locura y que suena poco convincente. Incluso yo lo veo así al tiempo que mi voz lo describe. Aun así sucedió. Cada célula de mi cuerpo sabía que estuve allí sentado, en este punto exacto, no en 1971 sino en 1896.

Cielo santo, cuando digo 1971 se me pone la carne de gallina. Es como si volviera a estar encerrado. Antes era libre. En aquel instante milagroso, la puerta se abrió de par en par, salí y fui libre.

Creo que los auriculares tuvieron la culpa de que no durara más de lo que duró. Pese a todo lo que amo la música, me horroriza pensar que en ese momento tenía los auriculares puestos, reteniéndome.

Ahora que sé que funciona y que basta con repetir el proceso, se me ocurre algo sumamente práctico.

La ropa.

Resulta extraño, y quiero decir extraño, que, durante todo este tiempo, no cayera en la cuenta en ningún momento que estar en 1896 con la ropa que llevo puesta ahora sería tan desastroso que todos los planes podrían irse al traste.

Está claro que tengo que encontrar un traje adecuado para la época a la que voy a ir.

¿Pero de dónde sacaré uno? Mañana es viernes. No sé por qué estoy convencido de que debe ocurrir mañana. Estoy seguro de ello, aunque no pretendo hacer nada al respecto.

Lo que sólo deja una posibilidad en lo que a vestuario se refiere.

Estoy consultando las Páginas Amarillas. Tiendas de disfraces. Está claro que no me queda tiempo de encargar uno a medida. Lástima que no lo pensara antes. En fin, ¿cómo iba a imaginarlo? Hasta esta tarde no acepté la posibilidad de llegar a Elise. La pasada noche y esta mañana todavía pensaba que me engañaba a mí mismo. ¡Un engaño! Demonios, es increíble.

Aquí viene una. La *San Diego Costume Company*, en la Séptima Avenida. Lo primero que haga por la mañana será pasarme por allí.

De nada sirve seguir con ello esta noche. Incluso podría ser peligroso. ¿Y si me transportara sin darme cuenta, vistiendo este maldito traje? Tendría una pinta muy rara con una ropa como esta en 1896.

Mañana será el gran día. Estoy tan convencido que apuesto a que... No necesito apostar. No es un juego. Mañana, me reuniré con ella.

19 de noviembre de 1971

Cinco y dos de la mañana. Me estoy levantando. No tengo ganas de moverme. Sin embargo, debo hacer el esfuerzo, he de levantarme y...

... ¿brillar? No creo. Aun así me pongo en pie. Aunque me pueda caer. Me vestiré... bajaré y llegaré hasta la playa, a respirar. Dejaré este dolor de cabeza enterrado en la arena.

Porque hoy es el día.

No saldrás victoriosa, cabeza mía. Hoy es el día.

Ocho y cuarenta y tres de la mañana. Camino de San Diego. Por última vez. Sigo diciéndolo. Vale, esta vez es de verdad. Ya no necesitaré volver más.

No es que el dolor de cabeza haya desaparecido pero no es tan intenso como para no poder conducir.

Me resulta extraño lo ajeno que me siento a todo cuanto me rodea. ¿Es posible que parte de mí se encuentre ya en 1896, esperando a que aparezca el resto? ¿Igual que la mitad de mí que se quedó en el hotel el otro día mientras la otra parte iba camino de San Diego?

Seguro, es probable: ¿Quién soy yo para negar nada a estas alturas?

Nueve y veintisiete de la mañana. La suerte está de mi lado. No había mucho donde elegir pero quizá haya un traje que me valga en la tienda de disfraces. Ahora lo tengo en el asiento del pasajero, envuelto en su funda de papel, dentro de su caja. Espero que a Elise le guste.

Es negro. La chaqueta es una levita. Horriblemente larga, llega hasta las rodillas, por el amor de Dios. El vendedor intentó colarme lo que llamaba un chaqué, pero por el corte (la parte de atrás acababa formando dos colas muy anchas) parecía de uso más bien limitado.

El pantalón (los pantalones, señor) es bastante estrecho, con galones en las costuras laterales. También tengo una camisa blanca de cuello alto, un chaleco beige recto de solapas y una corbata de octágono que cuelga de una banda abrochada con cremallera detrás del cuello. Seguramente pareceré un petimetre. Confío en que todo esto sea apropiado. En el espejo no tenía mala pinta. Ahora las botas bajas, también negras.

Me ha resultado extraño hablar con el vendedor de la tienda de disfraces. Me sentía raro porque me parecía que allí sólo había una parte de mí. Me preguntó para qué quería el disfraz. Le dije que mañana iba a ir a una fiesta de finales del siglo pasado, lo cual no es del todo falso, ahora que lo pienso. Le dije que quería parecer tan auténtico como fuera posible.

¿Durante cuánto tiempo pensaba alquilarlo? Estuve a punto de contestarle: setenta y cinco años. Sólo el fin de semana, le dije.

Ya estaba a punto de marcharme de San Diego cuando caí en la cuenta de que regresar a 1896 bien vestido no me serviría para llenar el estómago. Parece increíble que tampoco hubiera pensado en algo tan básico como disponer del suficiente dinero para salir adelante hasta encontrar un empleo. No sé en qué andaría pensando. ¿Pedirle dinero a Elise? Me muero de vergüenza sólo de pensarlo. Hola, te amo, ¿podrías prestarme veinte dólares? Que Dios te bendiga.

Otra vez, la suerte me acompaña. En la primera tienda de monedas y filatelia a la que fui tenían un certificado de oro de veinte dólares en buenas condiciones. Me costó sesenta dólares pero me

sentí de lo más afortunado al encontrarlo. El hombre de la tienda sabía de un certificado de oro de veinte dólares que nunca se había puesto en circulación y yo estuve tentado de comprarlo hasta que me dijo que debía de valer unos seiscientos dólares.

Es un precioso billete con un retrato del presidente Garfield en la parte delantera, un sello rojo intenso y las palabras «Veinte Dólares / en / Moneda de Oro / reembolsables a petición del portador». Por detrás lleva un dibujo brillante de un águila agarrando unas flechas con las garras.

A modo de seguro, también compré un certificado de plata de diez dólares por un precio razonable (me costó cuarenta y cinco dólares) con un retrato de Thomas A. Hendricks (que no sé quién sería) por delante. El tamaño tanto de este certificado como del billete de veinte dólares es bastante mayor que el de los billetes actuales y, por supuesto, su valor será todavía mayor para mí. Por lo tanto, no debería pasar apuros, por lo que al dinero respecta.

Por lo que al dinero respecta. ¡Puaj! Qué antivictoriano.

Supongo que debería haber pasado más tiempo intentando conseguir dinero (sobre todo teniendo en cuenta que todo lo que deje aquí será como tirarlo) pero estaba ansioso por volver al hotel y empezar. El tiempo apremia.

Se me ocurrió una gran idea mientras conducía de vuelta. No me hace falta llevar los auriculares. Escucharé el tocadiscos mientras estoy sentado en la cama con mi traje de final de siglo, escribiendo las instrucciones y esperando a que comience el viaje.

Diez y dos de la mañana. Estoy preparado.

Tengo tantas ganas de empezar que he aparcado el coche detrás del hotel para ahorrar tiempo. Me he duchado, afeitado y peinado. Imagino que durará lo adecuado; no puedo hacer nada si no es así.

Le he quitado las etiquetas a la levita, al chaleco, a la camisa y a la corbata. Dos razones. Una; no me gustaría que nadie las viera en 1896; sería imposible explicarlo. Lo que es más importante, ni siquiera yo quiero verlas. Una vez allí, intentaré deshacerme de todos los recuerdos de 1971. Incluso he raspado las letras del interior de las botas para que no se sepa qué pone; un detalle tan insignificante como ese podría echarlo todo a perder. Fuera calcetines, fuera ropa interior; dan un aspecto demasiado moderno.

Ya está todo listo. Ya no queda nada del presente que pueda venir conmigo; nada evidente, quiero decir. Escribiré las instrucciones a un lado en la cama en lugar de sobre el regazo, como hasta ahora. Seguro que se me cae el lápiz cuando ocurra. Sin auriculares que me interrumpan. Estoy preparado para cambiar ahora mismo.

Mi cerebro no, claro. Ya me ocuparé de eso cuando llegue a mi destino.

¡Ya lo tengo! ¡Seguiré escribiendo instrucciones cuando aparezca allí! Reforzaré mi posición en 1896. Desapareciendo mentalmente de 1971 hasta (ya casi lo estoy viendo) que olvide de dónde vengo y me convierta por completo, en cuerpo y alma, en un habitante de 1896. Me desharé de la ropa y...

¡Santo cielo! ¡Por poco me olvido del reloj de muñeca!

Qué susto. Mejor espero hasta que desaparezca la marca de la correa. Lo estoy metiendo en el cajón de la mesilla de noche para no verlo más. He metido el teléfono debajo de la cama, he puesto la lámpara de la mesilla dentro del armario, he quitado el cubrecama para que así sólo pueda ver el

blanco de las sábanas.

Para no perder consistencia voy a seguir poniendo el 19 de noviembre en las instrucciones. Hoy todo tiene lógica añadida porque realmente es 19 de noviembre.

Veamos. ¿Hay algo que haya pasado por alto? ¿Nada? No lo creo. Voy a poner la música. Último vistazo a mi alrededor. Me despido de todo esto. Hoy.

Once y catorce de la mañana. ¡Otra vez!

Lo mismo... sólo que esta vez más largo. No sólo un destello; ha sido más que sólo un instante entre parpadeos, éste ha durado. Puede que apenas unos pocos segundos (quizá cinco o seis), aun así, dadas las circunstancias, para mí ha valido tanto como si hubiera durado siglos.

El proceso se ha iniciado.

Ocurrió al escuchar el adagio por tercera vez. Estaba escribiendo la instrucción «Me encuentro en esta habitación a 19 de noviembre de 1896». La estaba repitiendo por trigésimo séptima vez cuando el cambio tuvo lugar. La palabra «noviembre» se corta después de las cinco primeras letras, de forma que un rayón de lápiz sale disparado desde la «e», desapareciendo.

De esta manera, puedo estimar cuándo sucedió. El movimiento de la sinfonía ya casi había terminado cuando salí de la absorción. Por lo tanto, debe de haberse producido más o menos una hora después de que comenzara, teniendo en cuenta que el adagio dura veintiún minutos.

Mucho más rápido que la primera absorción.

Lo llamo «absorción» porque a mí me parece que es la mejor manera de describirlo. Es como si, instantáneamente, me metiera dentro. Primero, viene la sensación de ir a la deriva, de una desorientación cada vez mayor. Oigo la música pero es como si ya no me dijera nada. Miro cómo se desplaza el lápiz pero es algo que no tiene nada que ver conmigo. No soy yo el que escribe las palabras que aparecen sobre el papel; se escriben solas. La niebla empieza a espesarse a mi alrededor hasta que mi campo de visión se reduce a la punta del lápiz. La música se convierte en un sonido acolchado y distorsionado, como si me estuviera quedando sordo. Después se apaga del todo. No, no es así. No es que la música se detenga sino que, de repente, estoy fuera de su alcance. Sé que la música continúa. Lo que ocurre es que yo estoy en otra parte y no llega a mis oídos.

Esa otra parte es 1896.

Esta vez fui consciente de que mi cuerpo también estuvo allí. Sentí el colchón o, mejor dicho, un colchón, debajo de mí. Lo cual significa que, si bien la primera vez fue por completo un viaje mental hacia 1896, una conciencia momentánea de estar allí, en esta ocasión estuve presente también en carne y hueso. Físicamente. Estuve tumbado en esta habitación en 1896. Durante cinco o seis segundos, estuve allí íntegramente, en cuerpo y alma.

La sensación de regresar también fue distinta. La primera vez, fue instantánea, casi discordante. En cierto sentido, me tiraron para atrás; no fue nada agradable.

En esta ocasión fue más como... ¿un resbalón? No exactamente. Pero sí parecido. Una sensación física semejante a resbalar hacia atrás a través de una cortina de humo, creo. Saltáoslo. Sólo sé que ocurrió. El caso es que el punto de unión, sea cual sea (un pasillo, una abertura, una cortina de humo) es algo muy próximo y muy estrecho.

Muy accesible también. Siento como si me rodeara mientras estoy aquí sentado, en apariencia en 1971, hablando de él. Lo llamaré Tiempo 2 a falta de una definición mejor. Sólo es un latido del

corazón lejos de nosotros en todo momento. No, eso tampoco es correcto. No está lejos de nosotros en absoluto. Permanece a nuestro lado. No somos conscientes de su presencia, eso es todo. Sin embargo, con un poco de esfuerzo, uno puede llegar a tener conocimiento de él y alcanzarlo.

Debo intentarlo una vez más.

Ahora lo siento tan cerca. No sé si debería prescindir del lápiz y el papel. Después de haber escrito las mismas instrucciones centenares de veces se me han quedado grabadas en la memoria. ¿No podría limitarme a tumbarme y repetirlas de carrerilla mientras escucho la música?

Sí, ¿por qué no?

Una y cuarenta y tres de la tarde. Debo grabar esto lo antes posible, antes de que se me olviden los detalles.

El disco se había detenido cuando volví de la absorción, así que no sé cuándo ocurrió.

Sólo puedo decir que ha sido fantástico.

Debe de haber durado más de un minuto. Se me hizo mucho más largo pero no quiero pasarme.

Sin embargo, duró lo suficiente para que me diera tiempo a ver un cuadro colgado de la pared y que ahora ya no está en esta habitación.

Cuando pasó, me di cuenta antes. Parece parte del proceso. Tenía los ojos cerrados pero estaba despierto y sabía que estaba en 1896. Quizá lo «sentía» a mi alrededor; no lo sé. No tuve ningún tipo de duda. Además, hubo una prueba tangible antes de que abriera los ojos.

Antes de verme allí echado, oí un ruido inconfundible y chasqueante. No abrí los ojos porque no quería arriesgarme a perder la absorción. Me quedé sobre el colchón, inmóvil, sintiéndolo debajo de mí, sintiendo mi ropa, sintiendo cómo el aire entraba y salía de mí, sintiendo la calidez de la habitación y oyendo ese ruido extraño y crepitante. Una vez llegué incluso a estirar el brazo, sin pensarlo, para rascarme la nariz, que me picaba. Esto no parece nada del otro mundo, ya lo sé, pero pensad en las consecuencias.

Fue mi primera interacción física con 1896.

Estaba allí, tumbado en esta habitación en 1896. El vínculo era tan fuerte que hasta pude estirar la mano para rascarme la nariz y aun así seguir allí. Por muy banal que fuera la acción, fue un momento prodigioso.

Pese a todo, mi cabeza no se había adaptado todavía a la nueva hora. Eso también parece formar parte del proceso. Para pasar al Tiempo 2 debo abandonar el Tiempo 1 por completo. Pero, una vez que llego a 1896, mi cabeza debe readaptarse al Tiempo 1 para poder integrarme y permanecer allí. Cómo explicar por qué me echaron para atrás la primera vez; porque mi conciencia permanecía hasta tal punto en el Tiempo 2 que yo debía echar el ancla para asirme a 1896. No es la forma más acertada de decirlo. Mejor llamémoslo tejido conjuntivo, que estaría formado, al menos, por el Tiempo 1.

En fin, esta vez he conseguido el suficiente nivel de conciencia del Tiempo 1 para analizar el medio. Porque al final el origen del sonido chasqueante, que al principio me parecía tan difícil de comprender como la teoría de la relatividad de Einstein, se me hizo evidente. Era la chimenea.

Estaba tumbado en la habitación en 1896, escuchando el sonido de las llamas del hogar.

Mi corazón late con fuerza mientras pronuncio estas palabras.

Siento una gran curiosidad por saber cuánto duró todo esto. Siento que un buen porcentaje de conciencia permaneció en el Tiempo 2; de no haber sido así, todavía estaría en 1896. Según esto, mi

interpretación de la hora de 1896 debe de ser errónea. Sospecho que no estuve ahí durante tanto tiempo como creía.

Así y todo, me quedara mucho o poco tiempo, llegué a abrir los ojos después de un rato.

Al principio no me atrevía a moverme. Ciertamente, me rasqué la nariz, pero no fue un gesto deliberado; no ocurrió nada, creo, precisamente porque no fui consciente de ello. Sin embargo, realizar un movimiento deliberado o consciente me parecía más arriesgado, como si supusiera un desafío a la situación en que me encontraba.

Así que no hice nada; permanecí allí estirado, completamente inmóvil, mirando al techo; intenté percibir más sonidos aparte del crepitar del fuego pero no lo conseguí. Aquí surgen dos opciones: o el chisporroteo de las llamas tapaba los demás sonidos o yo no estaba suficientemente allí para oír el resto de ruidos.

La sensación que me queda es que estuve, en un sentido literal, en una bolsa de 1896. Quizá sea así como funciona. Está claro que no puedo demostrarlo; puede que nunca sea capaz. Pero, en este instante, parece una buena explicación: para viajar en el tiempo, una parte del núcleo (la mente, por supuesto) e irradia su percepción hacia el exterior, la cual afecta primero al cuerpo para, acto seguido, tomar contacto con el medio. Cuando se tiene la sensación de atravesar un plástico bien podría ser el momento en que uno ha conseguido llevar la capacidad de percepción más allá de los límites del cuerpo.

Entonces, en resumen, si mi teoría está bien fundada, yo estaba tumbado sobre la cama en 1896 y oía la chimenea que estaba encendida ese año; pero, al margen de eso, 1971 seguía su curso aún.

Suena como si estuviera delirando. Con todo, ¿por qué lo creo tan fervientemente? ¿Por qué no oía el oleaje de 1896, por ejemplo? Debería haberlo oído con mucha más claridad porque entonces el mar llegaba mucho más cerca del hotel. Aun así no lo oía. Tampoco oía los ruidos de 1971 porque estaba enquistado en mi caparazón de 1896. Fuera de esta protección, no podía oír nada. Esto me indica que mi teoría debe de gozar de cierta solidez.

Dejémoslo ahí. Me sigo desviando de lo esencial.

Repito, no sé cuánto tiempo permanecí ahí tirado mirando al techo. Sólo sabía que estaba en 1896, que la cama que había debajo de mí estaba en 1896, al igual que, quizá, el resto de la habitación. El crepitar del hogar no cesaba, podía ver el techo con toda nitidez y puedo afirmar que no era del mismo color que es ahora.

Al final me atreví a intentar un movimiento físico. Nada trascendental, de acuerdo, pero sí pasmoso, me reitero, dadas las posibles consecuencias. Porque lo hice adrede. Fue voluntario; calculado.

Puse la cabeza sobre la almohada. Antes olvidé mencionar la almohada, pero también estaba allí; en 1896, no me cabe la menor duda. Con increíble lentitud, debería añadir, con suma ansiedad. Asustado por si todo acababa en ese instante y yo era expulsado de nuevo a 1971. La seguridad que tenía (y tengo) de ser capaz de viajar a 1896 no era palpable en aquel momento. Sabía muy bien que estaba allí pero me faltaba la confianza de que podía controlar mi permanencia allí.

Ahora resulta extraño pensar que durante el tiempo que duró aquello no pensé ni por un segundo en Elise ni en el hecho de que ella estaba en el mismo lugar que yo. Puede que no lo hiciera porque Elise no estuviera de hecho en aquel momento. Si mi teoría es correcta, Elise no estaba allí porque yo estaba sólo en un fragmento de 1896, no en su totalidad.

De acuerdo, regresemos a lo importante, una vez más. Puse la cabeza sobre la almohada, muy lentamente.

Entonces vi un cuadro colgado de la pared.

Permitidme describíroslo. Había dos figuras principales: una madre y su hijo, supongo. La mujer llevaba un vestido gris y un mandil blanco. No parecía joven. Tenía el pelo recogido en un moño. Estaba de pie, cerca de su hijo. Tenía las manos sobre los hombros del muchacho. Perdón, no es así del todo. La mujer tenía la mano derecha sobre el hombro izquierdo del hijo. Me había parecido que también tenía la otra mano sobre el otro hombro.

El muchacho era unos diez centímetros más alto que la madre. Vestía un abrigo y sostenía un sombrero con la mano izquierda, lo cual significaba, supongo, que se iba a marchar. Aunque igual era porque acababa de llegar. No, el cuadro no transmitía esa sensación; representaba una despedida. Ahora recuerdo un paraguas negro a la izquierda de la madre. Estaba apoyado contra algo; no sé qué, no vi con claridad esa parte del cuadro. También había un perro, cerca del paraguas. Sentado en el suelo. De tamaño medio. Imagino que miraba al chico, que se marchaba.

Al otro lado de la imagen había más figuras. Un hombre o una mujer mayor sentada a una mesa; olvidé comentar que la madre y el hijo estaban junto a dicha mesa y que había una silla detrás de la madre. La expresión de la mujer no era de felicidad. El muchacho estaba de perfil. No parecía mirar a su madre. Quizá tuviera que contener sus emociones; tampoco puedo afirmar eso.

Estaba parpadeando para aclararme la vista cuando, de repente, regresé.

Esta vez el regreso fue menos evidente y más lento. Mientras pestañeaba, el cuadro y la pared empezaron a difuminarse y, entonces, por todo el cuerpo, sentí que me arrastraban, como si me estuvieran succionando. Sabía que estaba regresando; duró lo bastante para que me diera lástima marcharme, lo recuerdo. Así que en esta ocasión no debió de ser tan instantáneo.

Entonces supongo que me dormí o que me desmayé o... ¿quién sabe? Sólo sé que cuando abrí los ojos ya había regresado.

Me pregunto qué me hizo volver. ¿Por qué volví si estaba tan integrado allí? ¿Será cuestión de repetirlo? Debo suponer que sí. Parece ser que, del mismo modo que tuve que repetir las instrucciones una y otra vez (diciéndolas, escribiéndolas y pensándolas), voy a tener que afianzar mi permanencia en 1896 viajando allí una y otra vez hasta que me quede definitivamente. Resulta un poco frustrante, ahora que había conseguido sentir la experiencia con tanta intensidad. De todas formas, debo resignarme. Hay que respetar el proceso. Haré lo que sea necesario para que el resultado sea definitivo.

Sin embargo, tengo que regresar de inmediato; de eso estoy convencido. Siento como si estuviera condicionado por el mundo del presente. Sé que no debo, bajo ninguna circunstancia, salir de este lugar y ampliar mi vinculación con la actualidad.

Debo romper y salir de la bolsa lo antes posible.

Más tarde.

Otra vez.

Ha durado varios minutos. ¿Hay... minutos allí... minutos aquí? Cuando... volví... adagio aún sonaba. ¿Volví a ponerlo? No me acuerdo.

Me siento... extraño.

Irreal.

1971... es... como era 1896.

No es real.

Tumbado aquí... es igual que...

Que en 1896. Como si... tuviera que vigilarme a mí mismo.

O perderme.

Curioso.

¿Y si... levanto la cabeza... describir... el cuadro de la pared?

¿Para demostrar que estoy aquí?

Creo que sí.

Siento... impermanencia.

Como si... de verdad fuera... hombre de 1896... intentando alcanzar...

... qué?

Extraña sensación.

No me resisto.

Ya viene.

Dios, siento que llega.

Tengo que... dejar... hablar. Cerrar los... ojos, struir mi...

Mente.

Decir... me... a... Mí... mismo qu...

Me pierdo.

Pesado.

Siento..... tan pesado.

Libro dos

19 de noviembre de 1896

Al abrir los ojos vi las paredes y el techo bañados por el resplandor del crepúsculo.

Al principio no noté ningún cambio. Me quedé tendido boca arriba, inmóvil, con la cabeza y el cuerpo entumecidos, como si hubiera bebido demasiado. Sin embargo, no había tomado ni un solo trago. Ese abotargamiento era consecuencia de otra cosa.

Permanecía escuchando el oleaje durante unos minutos antes de darme cuenta de repente.

El sonido de las olas era infinitamente más audible de lo que nunca lo había sido.

Estaba allí.

Al ser consciente de ello, un hormigueo repentino y paralizador se adueñó de las yemas de mis dedos y de toda mi cara. Me miré el cuerpo: el traje oscuro y las botas puntiagudas pegadas al pie de la cama. Entonces enfoqué la vista y miré más allá.

Allí donde había estado la cómoda, vi la chimenea. No podía ver el hogar dada mi postura pero veía la repisa, hecha de cerezo pulido, y, cuando el embate del mar amainó durante unos momentos, oí el crepitar de las llamas.

Sin pensarlo, busqué apoyo sobre el codo derecho. Durante unos diez o quince segundos la habitación dio vueltas a mi alrededor de manera amenazante y entonces sentí pavor al pensar que regresaría de nuevo.

Entonces, poco a poco, todo adoptó una perspectiva natural y miré al fuego. Me sorprendí al ver que lo que ardía en la chimenea era carbón en lugar de madera. Enseguida me di cuenta de lo imprudente que sería eso. ¿Un hotel construido con madera con centenares de imprevisibles chimeneas en sus hogares? Sería una incitación a la catástrofe.

Volví a quedarme asombrado cuando miré las ventanas y vi las persianas. Me quedé mirándolas, confuso, hasta que poco a poco me fui dando cuenta (al parecer con una increíble lentitud mental) de que ahora están hechas de madera.

Miré a otra parte. En lugar de cortinas había visillos blancos de aspecto vaporoso atados a ambos lados de las ventanas. La mesa y la silla del escritorio habían desaparecido. Pegando a la pared, debajo de las ventanas, había una mesita baja y rectangular con un paño de encaje sobre su superficie pulida y, a su vez, un pesado plato de metal sobre el paño.

Giré la cabeza a la izquierda. Sólo había una cama en la habitación y la pared del cuarto de baño había desaparecido. Donde antes estaban la bañera y la ducha ahora sólo hay una gigantesca cómoda con un enorme espejo cuadrado colgando encima.

Giré el cuerpo con cuidado y miré hacia arriba, al cuadro que colgaba de la pared. No podía verlo muy bien. Volví a girarme, con pesadez, y me puse de rodillas sobre el mullido colchón.

El cuadro era como lo recordaba, sólo que ahora conseguí percatarme de todos los detalles que me perdí en la ocasión anterior. Había una anciana sentada a la sombra, con el perro a su lado y el paraguas apoyado en las piernas. Además había otras tres figuras, situadas a la derecha del cuadro; dos hombres y una joven. Uno de los hombres estaba de espaldas y sostenía una maleta con la mano izquierda. El otro estaba de pie, en una entrada, mirando al chico y su madre. Bajé la mirada hasta la placa del pie del marco. *Rompiendo vínculos familiares*, de Thomas Hovenden.

Agarrado a la cabecera de la cama para apoyarme, me bajé del colchón y me quedé de pie. Pese a

todo el cuidado que puse, la habitación empezó de nuevo a dar peligrosas vueltas, obligándome a agarrarme a la cabecera para no caerme. Al final, me vi obligado a apoyarme en la cama y sentarme con los ojos cerrados, mareado como si hubiera estado moviendo la cabeza en círculos. No dejes que lo pierda, pensaba; aunque no tenía ni idea de a quién estaba rogando.

Al cabo de un rato, la sensación fue menguando y volví a abrir los ojos, mirando al ornamentado centro floral que había sobre el tapete. Cuando tenía la cabeza algo más despejada, la levanté y miré a la cómoda. Uno de los cajones de abajo estaba un poco abierto y vi la camisa que había dentro. La miré confundido.

¿Sería mía?

Una vez más lo entendí todo con una lentitud increíble. La camisa, como no podía ser de otro modo, era de quien hubiera pagado la habitación. Tuve suerte de aparecer en la habitación cuando esa persona no estaba.

Miré a la lámpara que colgaba del techo. Cada uno de los cuatro globos blancos estaba sujeto al extremo de un brazo tubular curvo. *Electricidad*, pensé. Sabía que la utilizaban, pero aun así me pareció algo anacrónico.

Al mirar un poco más abajo vi el armario, que estaba en el mismo sitio. La puerta estaba entreabierta y pude ver dos trajes colgados, un par de botas debajo de ellos, dos sombreros en el estante de arriba. Me quedé mirándolo varios minutos hasta que, de repente, pensé que el propietario de todo eso podría entrar en la habitación en cualquier momento. Debía marcharme.

Entonces todo mi ser fue consciente.

Estaba en el mismo lugar que Elise.

Intenté ponerme de pie demasiado deprisa y, de nuevo, creí sumergirme en aquella negrura mareante. No iba a permitir que me tirara. Agarrado a la cabecera, mantuve el ritmo de la respiración hasta que la sensación de vértigo se esfumó. Después me separé de la cama e intenté sostenerme en pie sin apoyo. Tuve que volver a agarrarme de la cabecera de madera enseguida. *Santo cielo*, pensé. ¿Es que va a ser así? ¿Cómo voy a recorrer el hotel si ni tan siquiera soy capaz de aguantarme de pie?

Con los dientes apretados, me obligué a mí mismo a soltarme de la cabecera, me aguanté las ganas de volver a agarrarme y conseguí permanecer de pie, tambaleándome como un niño pequeño a punto de dar su primer paso. El símil es muy apropiado. En el año 1896 yo era, casi literalmente, un recién nacido; obligado a aprender a coordinar mis extremidades en este nuevo y extraño mundo.

Al final el temblor desapareció y, dando una bocanada de aire para coger fuerzas (aire de 1896, pensé), intenté dar un primer paso. Las piernas amenazaron con doblarse y di el siguiente paso de lado, como si estuviera borracho. Apresurado, di otro, después otro más, dando tumbos, como el monstruo de Frankenstein de Karloff, extendiendo los brazos en busca de apoyo. No conseguí alcanzar la cómoda sin desplomarme. Al caer, me apoyé sobre ella con ambas manos, mirando al espejo, donde mi reflejo ondulaba como si lo estuviera viendo en un estanque agitado. Cerré los ojos.

Pasado un minuto, me parece, los volví a abrir y me quedé examinando el reflejo. Me estremecí al ver la palidez de mi rostro. Parecía que me hubiera levantado de mi lecho de muerte. Me pregunté si sería un efecto secundario concomitante de los viajes en el tiempo.

«Me parece que te has olvidado la sangre por el camino», le dije al anémico desconocido del espejo. Este se estremeció al percibir el inesperado sonido de mi voz, después sonrió con lechosa complicidad. Vi cómo se le movía la nuez al tragar. «Pero lo conseguirás», dije. El extraño asintió con

la cabeza.

Miré la superficie de la cómoda, sorprendido de no haber tirado ninguno de los muchos objetos que contenía: una palangana de afeitado con los bordes dorados, con una brocha tirada en el interior, una navaja de barbero con mango de marfil, un ornamentado cepillo y algo que no reconocí del todo y que parecía la empuñadura plateada de un puñal.

Empujado por la curiosidad, lo cogí con la mano derecha y lo examiné con más detalle. Aun así no supe qué era. Poniéndome derecho, tiré con la mano izquierda de una cinta anudada y saqué de la empuñadura un grupo de estrechas tiras de tela unidas por la cinta. La tira superior era de metal fino, con la inscripción «Curo todas las heridas menos las del amor» grabada en ella. Sentí algo pegajoso en la parte de atrás de una de las tiras y decidí, tras pensarlo un rato, que se trataba de alguna clase de sustancia hemostática para aplicar en los cortes del afeitado.

Volví a meter las tiras en la empuñadura y la dejé en su sitio. Debía salir de la habitación antes de que ese hombre regresara. Me entraban escalofríos sólo con imaginarme intentando explicar qué estaba haciendo allí. Qué grotesco, después de conseguir llegar a 1896, terminar siendo arrestado por allanamiento de morada. ¿Utilizarían esa expresión?

Ya era capaz de mantenerme en pie sin apoyarme, aunque con dificultad. Volví a mirar al demacrado espectador del espejo. ¿Cómo saldría de ahí?, pensé. Ya me resultaba bastante complicado sostenerme en pie. La idea de recorrer pasillos laberínticos para encontrar a Elise me desmoralizaba.

Sin darme cuenta estaba mirando el cepillo. Llevaba inscritas las palabras «Sólo un poco». Al cogerlo me sorprendió el borboteo proveniente de su interior. De nuevo, mi cerebro tardó en comprender el significado. No obstante, al final caí en la cuenta de que la inscripción se refería a algo más aparte de la ropa a cepillar.

De nuevo, me sentí torpe como un niño cuando intenté desenroscar la empuñadura. Me quedé horrorizado de lo débil que me encontraba. Para cuando la rosca empezó a aflojarse, estaba convencido de que no podría hacer nada en absoluto en este nuevo mundo.

Poco a poco, fui desenroscando la empuñadura y me acerqué la boquilla a la nariz. Un acre olor a coñac se me coló en las fosas nasales y detrás de los ojos, haciéndome toser. Me alejé la petaca de la cara y esperé unos segundos antes de dar un trago.

El corrosivo fuego que me dejó en la garganta me hizo boquear. Un ataque de tos se apoderó de mí y casi dejé caer la empuñadura. Me quedé todavía más sorprendido cuando empecé a sentir que mi cuerpo estaba hecho de cristal pesado y frágil y que amenazaba con reducirse a añicos con cada tos. Luché por contener los espasmos, apretándome contra la cómoda, con los ojos cerrados y el rostro desencajado por el esfuerzo.

Cuando por fin desapareció la tos, abrí los ojos y vi mi reflejo a través de una cortina de lágrimas. Después de enroscar otra vez la empuñadura en el cepillo, la posé en su sitio y me froté los ojos. Mi reflejo se hizo más nítido. Aún parecía estremecido pero en las mejillas empezaba a aflorar un leve rubor. Pensé que no era de extrañar que se administrara coñac para los casos de ataque al corazón. Todavía lo sentía quemarme como un pegamento abrasivo mientras miraba al cajón entreabierto. Junto a la camisa había una caja abierta de botones de camisa niquelados; a su lado, una revista, cuyo nombre era *The five cent wide awake library*.

Me puse firme. El coñac había hecho un buen trabajo. La cabeza me pesaba mucho menos y las piernas empezaron a sostener carne y hueso en lugar de gelatina. Empecé a recuperar el aliento

cuando me di cuenta de que, por fin, podría abrirme paso hasta Elise.

Me miré por última vez en el espejo. La corbata bien atada, la ropa bien ajustada. Despacio, levanté los brazos para pasarme la mano por el pelo por donde se había puesto de punta al haber estado apoyado contra la almohada; revisé lo que tenía en el bolsillo interior de la chaqueta y comprobé que el dinero estaba intacto. Después me llené los pulmones con el aire cálido de la habitación, me giré dando la espalda a la cómoda y caminé hacia la puerta con pasos pequeños y cautelosos. Aún me sentía un poco mareado pero al menos había recuperado el control de las piernas.

Cerré la mano alrededor del pomo metálico, lo giré y tiré de la puerta. No se abrió. Cerrada con llave, claro, pensé con una sonrisa de reproche por mi ingenuidad al no anticipar que lo estaría. Me puse a pensar en la manera de abrirla.

No había.

El problema me sorprendió tanto que no pude solucionarlo. Una vez más, me sentía recién nacido, atónito y frustrado.

¿Acaso había viajado setenta y cinco años para acabar aprisionado por una simple cerradura?

Al principio no me daba cuenta de que estaba meneando la cabeza. Sólo era consciente de un pensamiento agobiante: «Esto es imposible».

Pero no lo era. Estaba justo delante de mí. El hombre había salido de la habitación, cerrado la puerta con llave desde fuera y... convertido la estancia en una prisión para mí.

No sé decir durante cuánto tiempo permanecí contemplando aquella puerta en medio de una incapacidad absoluta, esperando una respuesta; incapaz de entender que no la había. Por fin, surgió dentro de mí y, con un gruñido mudo, me di la vuelta y caminé con rigidez al otro lado de la habitación. Registré la cómoda abriendo los cajones uno por uno (la oscuridad me quemaba los ojos cada vez que tenía que agacharme), con la desesperada esperanza de que el hombre guardase una copia de la llave.

No la tenía. Peor aún, no encontré nada con lo que poder abrir la puerta; ni tijeras, ni lima para las uñas, ni cortaplumas, nada. Otro quejido. ¡Aquello era increíble!

Dando tumbos, corrí hacia la ventana y miré al exterior. Tampoco había escalera de incendios. Solté otro gemido al ver el sinuoso paseo de abajo, los amplios y verdes céspedes, dos pistas de tenis asfaltadas donde antes estaba el extremo norte del aparcamiento y, sorprendentemente, incluso para alguien en mis circunstancias, el mar a no más de veinte metros de la parte de atrás del hotel.

Me fijé en la estrecha playa. Estaba dorada por un resplandor anaranjado, con el mar deshaciéndose espumoso con cada embestida. Me sobresalté cuando apareció una pareja con dos niños. Verlos pasear por la arena me aceleró el corazón porque eran las primeras personas de 1896 que veía. No mucho antes, ninguno de ellos estaba vivo, a menos que los niños tuvieran que exprimir aún sus últimos días de vida. Ahora paseaban delante de mí, en carne y hueso. Si antes de ese momento todavía no hubiera tenido claro dónde estaba, ver el sombrero de copa y el bastón del hombre, la toca y la falda larga de la mujer y los trajes de los niños me hubieran dejado claro que 1971 quedaba ya muy lejos.

Rompí a gritar y dar vueltas como un poseso. ¡Era de locos! ¡Debía encontrar a Elise! Empecé a dar traspiés hasta llegar a la puerta, giré el pomo y tiré de él con rabia. El esfuerzo me mareó, obligándome a apoyarme contra la madera oscura de la puerta y pegar la frente en ella. No cabía duda de que me sentía demasiado frustrado para escapar de allí. Descorazonado, empecé a golpear la

puerta con el puño derecho, con la esperanza de que hubiera un portero en el pasillo y que me ayudara a salir.

No apareció ninguno. Me puse a temblar y, durante casi un minuto, temí perder el control sobre mí mismo. El cariz que estaban tomando las cosas era demencial. Si esperaba a que volviera el hombre, sin duda alertaría a las autoridades del hotel. En principio, podría escapar pero seguramente me atraparían cuando empezara a buscar a Elise. Me interrogarían, arrestarían y, quizá, encerrarían. ¡Dios! ¡Dar con los huesos en la cárcel después de todo lo que había pasado!

Me revolví con brusquedad por tener aquellos pensamientos, surgidos sin duda de la desesperación. Era la primera idea productiva que tuve desde que llegué a 1896. Caminé a trompicones hasta la cómoda y cogí la navaja de puño de marfil. Al regresar junto a la puerta, saqué la navaja de la vaina y empecé a cortar la jamba de la puerta por la parte de la cerradura. *Que Dios me ayude si vuelve ahora*, pensé. Con todo, no me dejé arredrar por el peligro y seguí cortando la madera con la navaja, retirando las virutas y, de cuando en cuando, tirando de la puerta para ver si se abría. Ya no hacía caso del latido de la oscuridad en los ojos. Tenía que encontrar a Elise. Era lo único que importaba.

Minutos más tarde, con un atronador tirón que hizo saltar las astillas de la jamba, desencajé la puerta del marco y pude echar un vistazo al pasillo, con el corazón a punto de estallarme. No había nadie. Miré las virutas que habían caído sobre la alfombrilla. Cuando volviera, el hombre pensaría que le habían robado.

Me di la vuelta y tiré la navaja dentro de la habitación; rebotó en el colchón y calló en la alfombrilla. *Pobre hombre*, pensé, sonriendo con culpabilidad mientras cerraba la puerta tras de mí, este sería un misterio que no resolvería nunca; ni él ni nadie, en realidad. ¿Habían forzado la cerradura para salir? El enigma, al más puro estilo de John Dickson Carr, me hizo reír mientras emprendía la búsqueda del vestíbulo. Los huéspedes y los empleados discutirían sobre el misterio durante mucho tiempo.

Tuve un presentimiento cuando fui consciente de que ya había dejado clara mi presencia en 1896 al provocar daños materiales y originar un misterio sin solución. Me pregunté si eso estaría permitido.

Debía dejar de preocuparme al respecto; ya no había manera de arreglarlo. Tenía que encontrar a Elise; no podía permitirme pensar en nada más.

Al salir de la habitación no fui a la derecha. No sé por qué; era el camino más fácil. Quizá temía encontrarme con gente demasiado pronto. Habría un mozo en los ascensores; supuse que el ascensor estaba en esa dirección. Incluso aunque no lo hubiera y utilizara la escalera, seguro que habría alguien en el patio. Por alguna razón, la idea de acercarme a alguien me desconcertaba y quería evitar el contacto mientras fuera posible.

Me pregunté si sería así como se sienten los fantasmas. ¿Miedo por las personas con las que se puedan cruzar, no sea que éstas miren a través de ellos y les hagan perder la frágil ilusión de que aún siguen vivos? Me puse nervioso sólo con ver aquella pareja con sus hijos en la playa. Una cosa es estar en una habitación mirando unos muebles y una serie de objetos que revelan la época a la que pertenecen y otra interactuar con las personas pertenecientes a ese tiempo. No sé cómo reaccionaré cuando me vea obligado a hablar con alguien: mirarle a los ojos y sentir su presencia física.

¿Sabré comportarme cuando me encuentre con Elise?

Las paredes del pasillo se difuminaban a mi paso. Parecía como si caminara en sueños. ¿Volvería a perderme, igual que aquel día? ¿Qué día? Aquella pregunta me martirizó, carente de toda lógica. No había manera de responderla. En mis recuerdos, ese día queda en el pasado. Sin embargo, yo ahora me encontraba en una época muy anterior.

Dejé aquella contradicción de lado antes de que me mareara aun más. Al pasar junto a una manguera de incendios que colgaba de la pared, me paré para tocarla y verificar tanto su existencia como la mía. Aquel era el presente a partir del cual debían surgir los planes y los recuerdos. Vi un barril tapado al pasar por su lado, miré los cubos y las hachas que colgaban de la pared. Recuerdo que pensé por qué estaría ahí. Cuando estaba despierto, había aspersores automáticos en el techo.

Déjalo, me dije. Ya resultaba bastante complicado sentirse como una persona de verdad en un lugar de verdad; debía concentrar todos mis esfuerzos en eso. Cuando pasé dando tumbos por delante de un lujoso espejo que colgaba de la pared, me sentí muy aliviado al comprobar la solidez de mi reflejo.

Mientras seguía caminando me empecé a acordar de mi estómago. Lo sentía anudado y ardiente. Intenté recordar si había comido algo recientemente pero esa idea también me desconcertó y me inquietó. El día en que había ingerido algo por última vez no era hoy. ¿Pero sabría eso mi cuerpo? Pese a que había burlado el curso de los años y por lo que a mi organismo respectaba ¿no me encontraría aún en un espacio confluyente de tiempo? De ser así, no me extrañaba que me doliera el estómago, que tuviera la cabeza abotagada y que sintiera el cuerpo irreal y pesado como una roca. He pasado de 1971 a 1896 en cuestión de segundos.

Una idea me sacudió con una fuerza abrumadora, obligando a detenerme y apoyarme en la pared, con el pecho inflándose y desinflándose aceleradamente. ¿Cómo pueden mis pulmones respirar este aire? Me pregunté delirando. Cerré los ojos, esforzándome por comprobar que estaba consciente. ¡Estaba allí! Debía convencerme de eso y olvidar todas las dudas. Estaba, en cuerpo y mente, a...

Un escalofrío me subió por la espalda. ¿Qué día sería? Me había obligado a pensar que era 19 de noviembre. Pero el día con el que había recitado, escrito y después pensado las instrucciones era un viernes. ¿Sería viernes hoy? ¿O sería jueves 19? Aquella incertidumbre me daba miedo. Si era viernes, Elise actuaría dentro de pocas horas y quizá ya nunca tendría la oportunidad de conocerla.

Me puse a tiritar, incapaz de parar. Nunca había pensado en los detalles de un encuentro real. Incluso creyendo, como debía hacer, que conocernos era algo inevitable, ¿cómo comportarme a la hora de la verdad? Estaría ensayando, rodeada de los otros miembros de la compañía, protegida por Robinson o, por lo que sabía, por una brigada de policías de uniforme. Quizá se encontrara en su habitación, con la inseparable compañía de su madre; no cabía duda de que compartían habitación, protegida también, probablemente, por la policía. O quizá estuviera cenando con su madre y, por qué no, Robinson. En todo momento podría estar acompañada por alguien. ¿Cómo iba a tener la oportunidad de, al menos, hablar con ella o de, eso ya sí que no, comunicarle mi propósito?

La desesperanza de lo que había soñado me atravesó el alma con tanta crudeza que me arrebató el aliento. Apoyé la espalda contra la pared, con los ojos cerrados, cegado por completo de espanto. No había manera posible. Viajar a 1896 era algo sencillo comparado con el hecho de llegar a Elise. Lo primero lo conseguí solo, sin nadie que me disuadiera ni que interfiriera en mis planes excepto yo mismo.

Para lo segundo me toparía con un sinfín de obstáculos humanos que intentarían pararme los

pies.

Sé que aquel fue un momento crítico para mí. Durante varios minutos (jamás sabré cuántos) me estuve dando de golpes contra la pared, sin fuerzas, incapaz de seguir adelante; demasiado débil hasta para maldecirme a mí mismo por mi estupidez al no anticiparme a un problema tan evidente; aplastado por la desesperación que me provocaba sentirme completamente incapaz de controlar la situación.

Quizá aún seguiría allí (suponiendo que mi parálisis cerebral no hubiera terminado por enviarme de regreso a 1971) de no ser porque me llegó el sonido inesperado de unos pasos. Los ojos se me abrieron como platos cuando empecé a mirar rápidamente de un lado a otro y vi a un hombre que se acercaba por el pasillo.

Tuve una corazonada mientras lo miraba. Llevaba un traje parecido al que vestía mi hermano en una fotografía del álbum de fotos de la familia: *tweed* verde, con calzones. Hasta que el hombre no estuvo más cerca no pude ver que la chaqueta era distinta, más parecida a una camisa, y que llevaba zapatos grises de botones y un sombrero gris perla en la mano. Como llevaba barba no pude adivinar su edad. Aturdido, pensé en Charles Dickens. Sabía que no podía ser él, pero se parecía tanto.

Por otro lado, yo a él le debí de parecer un alma en pena porque se mostró primero alarmado y después preocupado. Aceleró el paso y vino corriendo hacia mí.

—Señor, ¿se encuentra bien? —preguntó.

El sonido de la primera voz que oí desde mi llegada a 1896 me atravesó como una descarga eléctrica, haciéndome temblar. «Señor», dijo aquel hombre. Me cogió del brazo.

Me quedé mirándole a la cara, a escasos centímetros de la mía. Esta mañana, para mí, este hombre llevaba muerto muchos años; mi mente no podía dejar de lado esa escabrosa idea. Ahora era joven y rebosaba vitalidad; de cerca, pude ver que quizá era más joven que yo. Sentí la vigorosa presión de sus dedos en mi brazo, vi preocupación en sus destellantes ojos azules, incluso llegué a oler el inconfundible olor del tabaco en su aliento. Aquel hombre estaba enérgica y asombrosamente vivo.

—¿Quiere que le acompañe a su habitación? —preguntó.

Tragué, muerto de sed, e intenté ponerme firme. Tenía que empezar a recuperar el control o lo perdería todo; eso lo tenía muy claro.

—No, gracias —contesté. Intenté sonreír—. Es sólo...

Me interrumpí, otra vez confuso. Estuve a punto de decir «gripe» cuando caí en la cuenta de que en 1896 no debían de llamarla así.

—... un ligero mareo —dije sin sonar demasiado convincente—. Últimamente he estado un poco enfermo.

—Quizá si se echa un rato —sugirió, sorprendiéndome con aquella extraña expresión. Parecía preocupado de verdad y me chocó el hecho de que mi primer contacto con otra persona podría haber tenido graves consecuencias si, en lugar de con aquel joven, me hubiera encontrado con alguien seco y desagradable que no hubiera hecho más que empeorar la situación.

Esbocé una sonrisa.

—No, gracias. Estaré bien —le dije—. De todas maneras, gracias por su ayuda.

—De nada, señor. —Sonriendo, me soltó el brazo—. ¿Está seguro de que no necesita que le acompañe?

—No. Gracias. Estaré bien. —Sabía que me estaba repitiendo, pero es que era incapaz de pensar

en otra cosa. Al igual que mi manera de andar, parecía estar recuperando la capacidad de hablar en este nuevo medio con atrancada ineptitud.

El hombre asentía con la cabeza.

—Bien... —Volvió a fruncir el ceño—. ¿Está seguro? —preguntó—. Está muy pálido.

Asentí con la cabeza.

—Sí, gracias. Voy a... casi he llegado a mi habitación —le dije lo primero que se me ocurrió.

—Muy bien. —Me dio una afable palmada en el hombro—. Cuídese entonces.

Mientras aquel hombre se alejaba por el pasillo, yo empecé a caminar en la dirección opuesta para que no me viera apoyado todavía en la pared y se sintiera obligado a volver. Me movía poco a poco pero recuerdo que más o menos erguido. Aquel fue un momento decisivo, pensé otra vez. Mi primer encuentro con un ciudadano de 1896. Había superado la primera barrera sin problemas.

Aquello me hizo pensar en que si me hubiera visto en el mismo apuro en este pasillo en 1971, dudo que nadie se hubiera ofrecido a ayudarme con tanta amabilidad. En una época en que la gente se queda de brazos cruzados viendo cómo los demás mueren asesinados, ¿qué probabilidad hubiera tenido yo, pegado a la pared, pálido como un moribundo, de recibir algo más que una fría mirada de indiferencia?

Bajando por las escaleras, empecé a oír un murmullo de voces y una mezcla de sonidos que no conseguí identificar. *Me dirijo hacia el torbellino*, recuerdo que pensé entonces. *Mi siguiente experiencia, mucho más peligrosa*. Antes sólo había un pasillo y un atento caballero pero ahora me enfrentaba a una multitud inmersa en el complejo y agotador hábitat de 1896.

No bajé más, tenía frío y me sentía débil y me preguntaba si tendría fuerzas para enfrentarme a aquello. Nunca tuve tan claro que viajar a otra época es infinitamente menos agotador que adaptarse a ella.

Con todo, debía recuperar el control. No podía permitirme abandonar ahora que Elise estaba a escasos minutos de mí. Agarrándome del pasamano con toda la fuerza de la que fui capaz, continué bajando por las escaleras, el latido de 1896 acogiéndome en su seno a medida que avanzaba, desafiándome a sincronizarme con su singular pulso o a perderlo todo si no lo conseguía.

Me detuve en el último descansillo y vi algo que parecía una sala de tres paredes. En la pared de mi derecha había una chimenea en la que ardía un fuego encendido con carbón. Enfrente había una mesa cubierta con un paño y cuatro sillas ligeras. Me quedé mirando ese sitio durante al menos un minuto, posponiendo mi enfrentamiento con el remolino de imágenes y sonidos que sabía me aguardaban abajo.

Al final, sin pensarlo, me giré y empecé a caminar hacia el rellano desde donde se veía el vestíbulo.

Seguro que fue una coincidencia pero nada más entrar allí se encendieron las luces del vestíbulo. Me asusté, empecé a jadear, me detuve y cerré los ojos. *Ahora cálmate*, me dije o me rogué a mí mismo, ahora no recuerdo bien.

Un zumbido proveniente de mi derecha me hizo reaccionar y abrir los ojos para mirar en esa dirección. El ascensor de jaula bajaba por el hueco de enrejado negro.

Me fijé en la pareja que venía dentro. Sólo estuvieron un instante a mi altura pero el recuerdo que guardo de ellos lo conservo grabado a fuego: él vestía una *Chesterfield* larga de doble botonera, con el cuello y los puños de piel, y llevaba un sombrero negro y brillante apretado contra el pecho; ella iba

cubierta con una amplia mantilla de piel, llevaba un elegante sombrero y la cabellera, de un rojo oscuro, recogida en un prieto moño a la altura de la nuca.

Para mí eran la personificación de la gracia y la elegancia de esta época a la que acababa de llegar. El hecho de que no se dignaran a darse cuenta de que los estaba mirando no hizo sino reforzar aquella impresión. Cuando el ascensor llegó al recibidor y lo detuvieron, me acerqué a la barandilla para observarlos mientras salían, uno después del otro, la mano derecha de la mujer abrigándose con delicadeza bajo el brazo izquierdo del hombre a medida que este la alcanzaba. Me quedé mirándolos con cierto respeto mientras se deslizaban hacia la puerta principal con comedido elegancia. Como seres humanos quizá fueran unos monstruos, pero como símbolos de su tiempo y condición eran perfectos.

Después me di la vuelta, caminé hacia la escalera y bajé hasta el recibidor.

Al principio me quedé decepcionado porque no era tan lujoso como me había imaginado. Con aquella iluminación tan austera casi parecía pasado de moda comparándolo con el que conocí en 1971. La araña de luces apenas tenía adornos y los angulosos globos de los focos eran de cristal blanco. No se veían sillas ni sofás de cuero rojo. En su lugar, había sillas y un sofá hechos de mimbre o de madera oscura, palmeras en tiestos, mesas cuadradas, rectangulares y redondas y, algo que me sorprendió nada más verlo, escupideras de refinado metal en los puntos estratégicos.

La recepción, en vez de encontrarse donde siempre, estaba a la derecha del ascensor donde antes (¿o debería decir después?) había visto todo el vestíbulo y la ventanilla del estanco. Allí donde había estado la recepción vi un mostrador con una placa encima en la que ponía *Oficina de Telégrafos de la Western Union* y a su lado un quiosco de prensa y regalos, y una vitrina en lo alto donde se exponía toda suerte de artículos. Dando la vuelta a la esquina se veía una puerta abierta con una corona de flecos a través de la cual sólo podía distinguir lo que parecía una mesa de billar.

Además, el efecto del silencio acolchado estaba totalmente ausente de este recibidor, ya que el suelo no estaba enmoquetado sino hecho de parquet de madera con incrustaciones sobre el cual los zapatos y botines de los huéspedes y los empleados golpeteaban liberando su eco en el interior de techo alto.

Tuve que hacer un gran sacrificio para atreverme a atravesarlo, cruzándome con varias personas a mi paso. No me fijé en si eran hombres o mujeres, mucho menos en qué aspecto tenían, porque sentía que la única oportunidad que tenía para adaptarme era ignorar la infinidad de detalles minuciosos que ofrecían las personas y los objetos que me rodeaban y concentrarme en una sola cosa cada vez.

Todavía debía de parecer bastante confundido y pálido; la impresión que le di al recepcionista de bigote de manillar y austero traje negro lo dejó muy claro. Intenté recomponerme lo mejor que pude mientras me aproximaba a él.

—¿Señor? —preguntó.

Tragué saliva y me di cuenta por primera vez de lo sediento que estaba.

—¿Será tan amable de decirme... —comencé. Tuve que toser y tragar de nuevo para poder completar la pregunta—. ¿Será tan amable de decirme en qué habitación se aloja la señorita McKenna, por favor?

De repente, me horroricé al pensar que aquel hombre podría decirme que esa persona no estaba registrada en el hotel. Después de todo, ¿cómo podía saber si era 19 ó 20 de noviembre? No sería de extrañar que fuera algún otro día o mes o incluso... ¡Oh, Dios!... un año distinto.

—¿Puedo preguntarle por qué desea saberlo, señor? —preguntó. Me habló con cortesía pero el tono de su voz escondía una indudable sospecha. Otro problema pasado por alto. Por supuesto, no le iban a facilitar a nadie el número de habitación de una mujer tan célebre.

De pronto empecé a improvisar.

—Soy su primo —contesté—. Acabo de llegar. Mi habitación es la 527. —Otro escalofrío. Sólo tenía que revisar el registro para descubrirme.

—¿Le está esperando, señor? —preguntó.

—No —respondí en cuanto vi que se creyó la mentira; cualquier otra pregunta sólo hubiera traído mayores complicaciones—. Sabe que estoy en California y le escribí diciéndole que intentaría asistir al estreno de esta noche pero... es esta noche, ¿verdad? —proseguí, esforzándome para que la pregunta sonara casual.

—No, señor. Mañana por la noche.

—Ah —dije, asintiendo con la cabeza.

No sé decir cuánto tiempo permanecimos allí, examinándonos el uno al otro. Debieron ser apenas unos segundos pero me parecieron horas. Para cuando el hombre volvió a decir algo, mi estómago estaba empezando a retorcerse y no le entendí bien; tuve que murmurarle, entre muecas de dolor:

—Disculpe, ¿cómo dice?

—He dicho que ordenaré que un botones le acompañe a la habitación de la señorita —repitió.

«La habitación de la señorita». Aquellas palabras me pusieron la carne de gallina.

—¿Se encuentra mal, señor? —preguntó el recepcionista.

—Un poco cansado, después del viaje en tren —contesté.

—Ya veo. —Asintió una vez con la cabeza y después me asustó cuando de repente levantó la mano derecha y chasqueó los dedos—. ¡George! —gritó. Su voz sonó también como un chasquido.

Un hombre bajo y fornido se puso delante de mí. Mientras hablaba, me fijé en el uniforme oscuro que llevaba abrochado hasta el cuello.

—Sí, señor Rollins —contestó.

—Acompañe a este caballero a la habitación de la señorita McKenna —ordenó el recepcionista. Por la forma en que lo dijo tuve la impresión de que entre líneas quería decir «y quédese con él hasta cerciorarse de que todo está en orden». Quizá sólo eran imaginaciones mías. Aun así, podría haberse limitado a decirme el número de habitación en lugar de ordenar que me acompañaran.

—Sí, señor Rollins —contestó el botones. Aunque su puesto era propio de un muchacho, no era joven; debía de tener más de cincuenta años. Me miró y me hizo una señal—. Por aquí, señor.

Lo seguí por el pasillo lateral, intentando que las cosas no me afectaran al verlas, cosa que no pude evitar. Allí donde había estado el estanco, ahora había una sala de lectura. Donde antes estaba el lavabo de caballeros vi lo que me pareció una sala de fumadores, puesto que parecía un cónclave de fumadores de cigarrillo y de pipa. Y, donde está el salón Victoriano había una habitación que no supe para qué servía; en ella había sentados varios hombres y mujeres, charlando.

Sentí cómo se me aceleraba el corazón al ver las puertas del salón de baile más adelante. Allí dentro, a pocos metros, estaba montado el escenario, o lo estaban montando en ese mismo instante. Me empezó a faltar el aire cuando vi el cartel sobre un caballete a la derecha de las puertas. Me pareció estar soñando mientras leía los titulares. «La Célebre Actriz Americana / La Señorita Elise McKenna / Protagonista en / *El Pequeño Ministro* / del Señor J. M. Barrie / Viernes, 20 de

Noviembre de 1896 / a las 8:30 p.m.».

Me tembló la voz cuando le pregunté al botones:

—¿Es posible que se encuentre allí ahora, ensayando?

—No, señor; en este momento no hay nadie excepto, quizá, algún que otro sacasillas.

Asentí con la cabeza. ¿Qué hubiera hecho si Elise hubiera estado allí? ¿Hubiera entrado y la hubiera abordado? ¿Qué le hubiera dicho? ¿Cómo está señorita McKenna, acabo de realizar un viaje de setenta y cinco años para conocerla? Por el amor de Dios. Sólo pensar en ello me desmoralizaba.

Lo cierto es que no podía imaginarme hablar con ella cara a cara. Con todo, debía de pensar en un primer comentario, algo para romper el hielo. Otro fallo de previsión, consecuencia de lo obsesionado que estaba trabajando en la forma de llegar a ella sin reparar en qué decirle cuando lo consiguiera.

Para entonces estaba siguiendo al botones a través de una veranda cerrada con el suelo de tablas desnudas. Si miraba a la izquierda, a través de las estrechas ventanas, podía ver no una piscina ni pistas de tenis sino un paseo, a unos 3 metros más abajo, y varias terrazas pequeñas por debajo, comunicadas con el paseo mediante pequeños tramos de escaleras. De nuevo, me quedé sorprendido al comprobar lo cerca que llegaba el mar. Sin duda, durante las tormentas, la espuma de las olas salpicaría las ventanas de la veranda.

Cuando atravesábamos un amplia entrada, que daba a una escalera que descendía hasta el paseo, miré por la ventana de una de las puertas y vi tres personas caminando hacia el hotel, cada uno al lado de los otros; todos llevaban capa y sombrero y, bajo el cegador brillo del crepúsculo, no se sabía si eran hombres o mujeres.

Pestañee para enfocar la vista cuando el botones giró a la derecha y atravesamos un pasillo corto que daba al patio abierto. Al verlo pude respirar hondo.

—¿Todo bien, señor? —preguntó el botones, deteniéndose para mirarme.

Debía pensar en una respuesta.

—El patio tiene un aspecto tan exuberante —respondí.

—¿Patio, señor?

Me quedé mirándole.

—Lo llamamos Salón Abierto —dijo.

Caminé tras él por la cara oeste del Salón Abierto. Pese al contraste creado por la luz y el paisaje, lo que más me impresionó de aquello fue la sensación de inalterabilidad que desprendía. Quizá fuera por la descomunal silueta del hotel, que me rodeaba; no estaba seguro. Intenté desentrañar aquel sentimiento pero no lo logré. La certeza de que con cada paso que daba me acercaba un poco más a Elise ensombrecía cualquier otro pensamiento. En cuestión de minutos, quizá segundos, me encontraría delante de ella.

¿Qué le iba a decir?

Mi cerebro era incapaz de responder a esa pregunta. Lo mejor que se le ocurrió fue «¿Podría hablar con usted, señorita McKenna?» y después se quedó en blanco. Sólo pensar en pronunciar aquellas palabras me hacía estremecerme. ¿Cómo iba a reaccionar con amabilidad si un completo desconocido se presentaba de una manera tan sospechosa?

En aquel momento, mi imaginación añadió su pesimista influencia a mi ya de por sí desordenada mente. Lo más probable es que estuviera cansada después de ensayar; nerviosa, quizá irascible. ¿Y si los ensayos habían salido mal? ¿Y si había estado discutiendo con Robinson o con su madre? El

mareo empezó a hacer presa de mi cabeza de nuevo mientras una infinidad de obstáculos brotaba, insuperable, en mi mente, haciéndome cada uno de ellos imposible decirle más que unas pocas y torpes palabras a Elise antes de que se inventara alguna excusa, me cerrara la puerta en las narices y desapareciese de mi vida para siempre.

Un día, cuando tenía ocho años, me perdí en Coney Island. La sensación que tenía mientras me aproximaba a su habitación era idéntica a la que tuve de pequeño: angustia ciega, terror absurdo, el sistema nervioso al borde del ataque de pánico. Estuve a punto de salir corriendo. ¿Cómo atreverme a mirarla? Recorrer todo aquel camino sólo para farfullar unas pocas palabras atropelladas y perder una oportunidad de oro era algo que me martirizaba. Desesperado, intenté aterrarme al recuerdo de haber leído que Elise había conocido a alguien en el hotel durante su estancia; alguien que...

Me detuve en seco, congelado, el corazón tan acelerado que parecía que algún loco se hubiera puesto a jugar con un ariete dentro de mi pecho.

¿Y si ya había conocido a ese alguien y estuviera con él en este momento?

El botones no se dio cuenta de que me había parado. Iba unos metros por delante de mí, giró a la izquierda al pasar por una puerta que estaba abierta y desapareció de mi vista. Me quedé paralizado, el latido del corazón me dolía de verdad cuando me la imaginaba abriéndome la puerta y viendo al joven que estaba con ella en la habitación. El hombre sobre el que había leído, su «escándalo de Coronado». El hombre que yo me había obligado a imaginar que era yo mismo, engañando de tal manera a mi mente que incluso había logrado burlar al propio tiempo para llegar a ella.

El botones volvió a aparecer, con una expresión inquisitiva en el rostro. Apreté los dientes e intenté retener el aire que se me escapaba.

—Me he entretenido mirando el Salón —dije entre dientes. Ni siquiera estaba seguro de que pudiera oírme, aunque sabía que si me hubiera entendido la mentira habría sido de lo más evidente.

El botones se limitó a asentir y decir:

—Sí, señor. —Después señaló la entrada—. Es aquí, señor.

Me acerqué a él con la misma rigidez y torpeza que si tuviera cien años. Una vez más, todas mis esperanzas parecieron inútiles. Seguí adelante sólo porque no tuve el valor de retroceder.

Entramos en una sala pública que daba a cuatro habitaciones. Mareado por la enormidad de lo que estaba a punto de encontrarme, no me fijé en los detalles de la decoración ni del mobiliario. Mi corazón seguía bombeando con lentitud y pesadez. Sentí una punzada en las sienes y me pregunté, vagamente, si no estaría a punto de desfallecer; quizá así era cómo alguna zona remota de mi mente, impasible ante mi angustia, proponía lo que podría ser una manera tan válida como cualquier otra de presentarme a Elise.

El botones se detuvo junto a una de las puertas y vi una gruesa placa ovalada atornillada a ella, con el número 41 grabado sobre la superficie de metal. Me estremecí cuando el botones golpeó en la puerta con los nudillos de la mano derecha, sentí que el suelo empezaba a revolverse bajo mis pies, vi que las paredes adoptaban un aspecto gelatinoso. *Allá vamos*, me susurraba la conciencia. Alargué el brazo y me apoyé en la pared con la palma de la mano.

La expresión «salirse el corazón por la boca» casi se hizo realidad conmigo cuando una estridente voz de mujer sonó de repente detrás de nosotros, preguntando:

—¿Buscan a la señorita McKenna?

Me di la vuelta, jadeando, casi perdiendo el equilibrio, y a tientas volví a apoyarme en la pared.

Una rolliza muchacha nos estaba mirando. Es curioso las futesas que se quedan grabadas en la mente en los momentos de mayor tensión. Lo único que recuerdo de ella son sus labios agrietados.

—Sí. ¿Está aquí? —preguntó el botones.

—Salió hace un rato. —La joven me lanzó una mirada asesina, después volvió a mirar al botones.

—¿Sabe a dónde puede haber ido? —le preguntó.

—Me pareció oírle decir a su madre que iba a dar un paseo por la playa.

—Gracias —mascullé al pasar por su lado, percibiendo un olor que más tarde sabría que pertenecía al jabón de la lavandería. Caminé hacia la entrada, con la esperanza de que mis pasos no fueran tan desequilibrados como a mí me parecían. Se me ocurrió que podrían pensar que estaba borracho.

—¿Querría dejar un mensaje, señor? —La pregunta del botones pareció arponearme.

—No —contesté. Levanté la mano esforzándome para hacer un gesto que pareciera casual. Estaba claro que no podía dejar ningún mensaje que tuviera el menor sentido para Elise.

Después de despedirme con la mano desde la entrada de la sala de estar, giré a la izquierda y recorrí el paseo que llevaba a la zona norte del hotel. *Oh, Dios. Me olvidé de darle una propina*, pensé, pero después me acordé de que, de todas maneras, sólo tenía aquellos dos billetes.

Miré hacia la escalera que bajaba hasta el sótano y me pregunté qué habría pasado con la señal de la exposición de historia, lo cual indicaba lo confundido que estaba. Me metí en el pasillo y pasé junto al pequeño ascensor; entonces estaba allí. El joven ascensorista me miró de una manera que me hizo saber que todavía parecía muy alterado. Mis piernas, que más bien parecían las de otra persona, caminaban conduciéndome hacia la puerta; al llegar tiré de ella y salí.

El frío de la brisa marina me hacía tiritar mientras bajaba los escalones del porche con gran cautela, sujetándome a la barandilla. Recuperé un poco de confianza cuando supe que estaba paseando por la playa, en parte porque así el encuentro no se producía en su habitación y en parte porque la situación podría dar mejores resultados; había leído que le encantaba andar y, en efecto, allí estaba, paseando, demostrando que era cierto.

Pese a todo, mi confianza ya se había disipado. La posibilidad que tenía de encontrármela dando una vuelta por la playa era remota. Además, sentía que era mi última oportunidad. Si ahora no conseguía encontrarla, no tardaría en ir a alguna cena, a seguir ensayando, quizá, y después se retiraría para acostarse.

Iba dando tumbos por el paseo sinuoso, por debajo de una hilera de árboles que goteaban; hasta entonces no me había dado cuenta de la multitud de señales que indicaban que había estado lloviendo. Atravesé las pistas de tenis vacías y bajé hasta el paseo de la orilla. El sol se encontraba ya en el horizonte, con tres cuartos hundidos en el mar, resplandeciente como la lava. Unas nubes oscuras flotaban sobre la lejana península, con la parte baja iluminada por el crepúsculo. A lo largo de todo el paseo brillaban unas enormes esferas de luz eléctrica colocadas sobre postes metálicos; parecían una hilera de lunas blancas encima de mí. Pasé junto a un banco de madera en el que estaba sentado un hombre que llevaba un sombrero de copa negro y que fumaba un cigarrillo. *¿Y si era Robinson?* pensé. *¿Y si la estuviera vigilando a todas horas?* No me dejaría hablar con Elise ni aunque la encontrara.

A medida que avanzaba iba recorriendo con la mirada toda la playa que tenía por delante y a mi izquierda; al contrario de lo que recordaba, tenía menos de quince metros de ancho. *¿Y si no está allí*

fuera? pensé. ¿Y si sí está? se planteó mi mente dando la vuelta a la situación. Con todo, seguí caminando (por decirlo de manera eufemística), con los ojos desesperados por vislumbrar la menor señal de su presencia.

Un rato después tuve que pararme a descansar, de espalda al viento, que, si bien no soplaba con demasiada fuerza, sí que era bastante frío. Entonces me quedé asombrado cuando vi la gigantesca e iluminada silueta del hotel recortada contra el cielo, como si del castillo de un cuento de hadas se tratara.

De repente, tuve la escalofriante impresión de que me había alejado demasiado; de que mi existencia en 1896 se limitaba al interior del hotel y que por tanto ahora empezaría a perder el control y retornaría sin remedio a 1971. Cerré los ojos, resistiéndome a la amenaza de expulsión. Hasta después de pasado un buen rato no reuní el valor suficiente para abrir los ojos y mirar de nuevo al hotel. Seguía allí, inalterado.

Entonces miré otra vez a la estrecha playa, y allí estaba ella.

¿Cómo adiviné que era Elise? No era más que una diminuta silueta que se movía apenas perceptiblemente sobre el decorado azul marino que era el mar. En otras circunstancias, no podría haber sabido que se trataba de ella con tan pocas pruebas. Pero, de alguna manera, supe que era ella.

Nada más verla se me heló la sangre y el corazón se me quiso escapar del pecho. Entonces sólo sentí un miedo paralizante porque aquel momento no durase, porque, una vez que la hubiera encontrado, tuviera que regresar al lugar de donde había venido. Sentía pavor por que, incluso aunque consiguiera decirle algo, su reacción fuera de aversión ante mi atrevimiento. Contra toda lógica, había esperado que al verla por fin recuperaría la confianza en mí mismo. Pero ocurrió todo lo contrario. La escasa seguridad que me quedaba se acabó de disipar del todo mientras permanecí allí pensando en lo que le podría decir para que no pensara que sólo era un loco que quería molestarla.

La cabeza me latía lentamente, tenía todo el cuerpo helado mientras la observaba pasear junto a las olas, sujetándose su larga falda a ras de la arena. Se aproximaba muy poco a poco, como en los sueños; como si en el momento en que la vi el tiempo hubiera enloquecido de nuevo, los segundos convirtiéndose en minutos, los minutos en horas, el Tiempo 1 carente ya de sentido. Una vez más, me quedé apartado del reino de los relojes y los calendarios, condenado a verla caminar hacia mí a través de la eternidad, sin alcanzarme nunca.

En cierto modo, aquello suponía un alivio porque no tenía ni idea de qué iba a decirle. No obstante, en el fondo era una tortura pensar que nunca acabaríamos juntos. Volví a sentirme como un espectro. La vi caminar hacia mí y después frente a mí, sin siquiera mirarme porque, para ella, yo no debía de estar allí.

No recuerdo el momento exacto en que empecé a caminar hacia ella para salir a su paso. Primero fui consciente del movimiento cuando mis botines comenzaron a deslizarse por el erosionado montículo de un metro de altura para bajar a la playa y después hicieron crujir la mojada arena al caminar hacia el agua. Además de la lentitud onírica de los movimientos, estaba el ahora crepúsculo nebuloso que cruzaba el horizonte nuboso y la cumbre de Punta Loma. Seguí sin poder enfocar la mirada, a veces perdiéndola de vista mientras avanzábamos el uno hacia el otro como habitantes de un paisaje imaginario. Me vino a la cabeza el soldado de *Owl Creek Bridge*, que caminaba hacia su amada sin llegar nunca a ella porque sus pasos eran los últimos y crueles momentos de un espejismo que se disipaba. Del mismo modo, Elise y yo nos acercábamos el uno al otro, eternamente, mientras

la marea baja formaba remolinos, una ola detrás de otra, y el ruido que hacía cuando rompían en la orilla sonaba con tanta continuidad que parecía el rugido de un huracán lejano.

No puedo afirmar con total certeza cuál fue el momento exacto en que Elise advirtió mi presencia. Lo único que tuve claro es que me vio cuando se detuvo y se quedó inmóvil junto al agua; su silueta contra el fulgor tenue y moribundo del atardecer. Tenía la mirada clavada en mí, de eso estoy convencido, aunque no conseguí ver sus ojos ni su rostro, y tampoco pude adivinar qué emoción le despertó mi aparición. ¿Sintió miedo? No había caído en que podría asustarse al verme. Nuestro encuentro me había parecido tan inevitable que jamás consideré esa posibilidad. Ahora sí. Si se pusiera a correr o a gritar para pedir socorro, ¿qué haría yo? ¿Qué podría hacer?

Por fin, me detuve frente a ella y, en silencio, nos quedamos mirándonos el uno al otro. Era más baja de lo que había imaginado. Casi tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarme a la cara. Yo no podía ver la suya en absoluto porque el sol quedaba a su espalda. ¿Por qué se quedaría tan quieta, tan inmóvil? Sentí un gran alivio cuando vi que no se ponía a gritar ni echaba a correr para escapar de mí.

Lo que sentí mientras me acercaba a ella no fue nada comparado con lo que sentía ahora. El cuerpo y la mente parecieron congelárseme. No hubiera podido moverme ni hablar aunque mi vida hubiera dependido de ello. Mi vida se redujo a una única cuestión. ¿Por qué también ella se quedó muda, con la mirada fija en mí? De alguna manera, creo que no fue porque el miedo la paralizase pero, aparte de eso, no conseguí ni desentrañar su comportamiento ni reaccionar ante él.

Entonces, de repente, sin esperarlo, habló, y el sonido de su voz me hizo temblar.

—¿Eres tú? —preguntó.

Si hubiera elaborado una lista con todas las frases de entrada que Elise me podría haber dicho, aquella hubiera aparecido en último lugar, en el improbable caso de que la hubiera puesto. Me quedé mirándola con incredulidad. ¿La habían hechizado sin que yo me diera cuenta para que supiera de mi existencia? No podía creerlo. Aun así sentí, un momento después de que Elise hubiera hablado, que me habían concedido la milagrosa oportunidad de evitar lo que podrían ser horas intentando convencerla para que me aceptara.

—Sí, Elise —me oí responder.

Empezó a marearse y entonces yo me acerqué corriendo para agarrarla del brazo. ¿Cómo describir, después de tanto soñar con ella, lo que sentí cuando aquellos sueños se convirtieron en una realidad tangible que podía tocar con los dedos? Se puso tensa cuando la cogí pero no podía soltarla.

—¿Estás bien? —pregunté.

No respondió y, aunque yo quería, más que otra cosa en el mundo, saber qué estaba pensando, no pude decir nada más de tan atónito que su presencia me había dejado. De nuevo, nos quedamos como estatuas, clavándonos la mirada el uno al otro. Temí que mi silencio echase a perder la poca ventaja que había ganado, sin embargo mi cerebro no podía reaccionar.

Entonces ella se estremeció y empezó a mirar de un lado a otro, como si acabara de salir de un trance.

—Debo regresar al hotel —murmuró, creo que más para ella misma que para mí.

No me esperaba aquellas palabras, por lo que mi pequeña llama de confianza enseguida empezó a apagarse. Me aguanté las ganas de abandonar.

—Iré contigo —dije. Quizá por el camino consiguiera pensar en algo.

Elise no contestó y empezamos a caminar hacia el hotel. Tanta frustración me mareaba. Mi búsqueda había acabado con éxito; había viajado en el tiempo para reunirme con ella. Ahora estábamos juntos —¡Juntos!— caminando el uno al lado del otro y me había quedado mudo. Era incapaz de entenderlo.

Me sobresalté cuando Elise habló; de nuevo, no me lo esperaba.

—¿Puedo saber tu nombre? —preguntó. Su voz parecía más firme ahora, aunque todavía sonaba frágil.

—Richard —dije. No sé por qué no añadí mi apellido. Supongo que me pareció superfluo. Yo sólo podía pensar en ella como en Elise.

—Richard —repetí, no sé por qué.

De nuevo el silencio. Aquella situación me pareció demencial. No había sido capaz de prever lo que nos diríamos el uno al otro cuando nos encontráramos pero nunca hubiera pensado que no nos diríamos nada. Ansiaba conocer lo que sentía pero no me atrevía en absoluto a averiguarlo; y tampoco a destapar mi corazón.

—¿Te alojas en el hotel? —preguntó.

Vacilé, buscando una respuesta a tientas.

—Aún no, acabo de llegar —contesté por fin.

De repente, se me ocurrió que quizá hubiese estado asustada todo el tiempo y que podría haber estado fingiendo otra cosa; que sólo hubiera estado esperando la oportunidad de salir corriendo en cuanto llegáramos al hotel.

Debía despejar las dudas.

—Elise, ¿tienes miedo de mí? —le espeté.

Me miró con dureza, como si le hubiera leído el pensamiento, después siguió mirando hacia delante.

—No —respondió. Pero no sonaba convincente.

—No lo tengas —le dije—. Soy la última persona en el mundo que querría hacerte el menor daño.

Más pasos en silencio. Mi mente era como un péndulo que iba de la emoción a la razón. El corazón me decía que lo había logrado. Había atravesado el tiempo para poder tocarla y ahora que lo había conseguido, no debía perderla. La razón me avisaba de que yo era una incógnita para ella. Sin embargo, por qué habría preguntado «¿Eres tú?». Me tenía desconcertado.

—¿De dónde eres? —preguntó.

—Los Ángeles —dije. No era mentira, por supuesto, aunque, en aquellas circunstancias, tampoco era del todo cierto. Quería decirle más cosas, deseaba hacerle saber lo milagroso de nuestro encuentro; pero no me atreví. Cómo llegué a ella era un tema que nunca debería abordar.

Casi habíamos llegado a la pendiente. Unos segundos y estaríamos subiendo al paseo, unos minutos y habríamos llegado al hotel. No podía seguir andando como un pato a su lado. Tenía que pensar en algo, comenzar nuestro acercamiento. ¿Pero cómo preguntarle si podía verla aquella noche? Tenía que ensayar y después se acostaría temprano.

De repente, sin motivo aparente (a menos que el miedo a que Elise perdiera su interés en mí se hubiera magnificado al instante en pánico a perderla por completo) vi claro que estaba regresando a 1971. Me detuve, con los dedos clavados aún en su brazo. La playa empezó a dar vueltas a mi alrededor y la oscuridad me desbordó los ojos.

—No —murmuré sin darme cuenta—. No me dejes perderlo.

No recuerdo cuánto pudo durar; pudieron ser segundos o minutos. Lo primero de lo que me acuerdo es de Elise delante de mí, mirándome. Sabía que aquello sí le asustaba. Algo en su actitud lo dejaba claro.

—Por favor, no tengas miedo —le rogué.

Por su reacción supe que parecía que le había pedido que dejara de respirar.

—Lo siento —me disculpé—. No pretendía asustarte.

—¿Te encuentras bien? —preguntó. Me sentí embargado de gratitud cuando noté el tono de preocupación en su voz. Intenté sonreír y solté una risa débil para verlo con buen humor.

—Sí —respondí—. Gracias. Quizá más tarde pueda decirte por qué... —Me callé. Debía medir mejor mis palabras.

—¿Puedes seguir? —preguntó, como si no hubiera notado que yo escondía algo.

—Sí. —Asentí con la cabeza. Mi voz sonaba firme, creo, aunque me parecía increíble que estuviéramos hablando. Todavía no había asimilado la maravilla de tenerla delante, oyendo el sonido de sus palabras, sintiendo su brazo entre mis dedos.

Me estremecí cuando me di cuenta de lo hundidos que tenía los dedos en su brazo.

—¿Te he hecho daño? —le pregunté.

—No pasa nada —dijo.

Otra pausa silenciosa antes de seguir caminando hacia el hotel.

—¿Estás enfermo? —preguntó.

Sentí unas extrañas ganas de reír.

—No, sólo estoy... un poco cansado del viaje —me inventé. Me puse derecho—. ¿Elise?

Hizo un débil suspiro inquisitivo.

—¿Podemos cenar juntos esta noche?

Se quedó callada y enseguida mi confianza se evaporó de nuevo.

—No lo sé —respondió al fin.

Me sentí avergonzado por mi falta de decoro cuando, de repente, recordé que estaba en 1896. Los desconocidos no acostumbran a salir al paso de las jóvenes solteras en la playa, no las agarran del brazo, ni pasean junto a ellas sin que nadie los llame, ni mucho menos les piden salir a cenar juntos. Tal comportamiento era propio de la época de la que procedía; aquí estaba fuera de lugar.

Como para recordarme que era así, Elise me preguntó:

—¿Puedo conocer su apellido, señor? —La formalidad de sus palabras me chocó pero le respondí de la misma manera.

—Discúlpeme —contesté—. Debería habérselo dicho. Es Collier.

—Collier —repetió. Pareció intentar recordar algo a partir del apellido—. ¿Y usted sabe quién soy yo?

—Elise McKenna.

Sentí como tensaba levemente el brazo y me pregunté si pensaría que la había abordado sólo por ser una actriz famosa; que no había ningún misterio en absoluto: que yo sólo era un zascandil obsesionado o algún avisado cazafortunas.

—No se trata de eso —dije como sabiendo lo que estaba pensando—. No me he acercado a ti sólo porque seas... quien eres.

Al ver que no respondía empecé a angustiarme mientras la ayudaba a subir por la pendiente hasta el paseo. ¿Cómo pude pensar que llegar hasta ella me traería paz? Es cierto que no salió corriendo ni gritó para pedir auxilio pero su confianza en mí pendía de un hilo.

—Sé que todo esto parece... inexplicable —dije, con la esperanza de que en realidad no sonara descarado ni sospechoso—. Pero hay una razón y no es nada que deba esconder. —¿Por qué seguí por ahí? Aquello sólo serviría para que su desconfianza se agravara.

Habíamos subido ya al paseo serpenteante. Sentí cómo se me aceleraba el pulso de nuevo. En unos minutos estaríamos dentro. Podría dejarme, correr a su habitación y trancar la puerta, poniendo fin a todo. Y no había nada que yo pudiera hacer al respecto. Recordarle lo de la cena no me parecía apropiado. Ya no sabía de qué hablar.

Empezamos a subir los elevados escalones del porche. Las piernas me pesaban como el plomo y cuando abrí la puerta para que Elise pasara me pareció que pesaba una tonelada. Entonces entramos y nos detuvimos al mismo tiempo. La puerta o yo nos quedamos quietos, provocando que Elise hiciera lo propio; no me acuerdo bien. Lo único que recuerdo es que, por primera vez, pude admirar a plena luz el rostro de Elise McKenna.

Sus fotografías mentían. Es, con mucho, más hermosa aun de lo que dejaba ver cualquiera de ellas. Describir todos los detalles no sirve para expresar la magia de la combinación de los mismos. Sin embargo, debo resaltar que sus ojos son de un verde grisáceo, sus pómulos prominentes y delicados, su nariz perfecta, sus labios rojos sin necesidad de maquillaje, su piel la sombra de pálidas rosas bañadas por el sol, su pelo castaño claro, brillante y lozano; lo llevaba recogido en aquel momento en que me miraba con una expresión que reflejaba una curiosidad tal que estuve a punto de confesarle, allí mismo, en aquel preciso instante, que la amaba.

Creo que, durante unos pocos segundos, en medio de aquel pasillo inmerso en el silencio, nos quedamos contemplándonos el uno al otro a través de un vacío de setenta y cinco años. El aspecto de la gente es distinto según la época, supongo; la apariencia evoluciona con el tiempo. Creo que Elise vio eso en mi cara igual que yo lo vi en la suya. Es algo intangible, por supuesto y es difícil de explicar. Ojalá supiera describirlo con mayor detalle pero no puedo. Sólo sé que Elise captó el pulso de 1971 en mí igual que yo sentí el de 1896 en ella.

Pese a todo, no me quedó muy claro si esto explicaba por qué se me quedó mirando con una franqueza que yo no pensaba que una mujer de su época y condición mostraría normalmente. No exagero. Se me quedó mirando como si fuera incapaz de desclavar su mirada de mí y, por supuesto, ya la contemplaba a ella del mismo modo. Permanecimos mirándonos a los ojos durante más de un minuto, atrapados en una absorción mutua. Deseaba cogerla entre mis brazos y besarla, apretarla fuerte contra mí, decirle que la amaba. Me quedé inmóvil, paralizado. Quizá fuera por el precipicio temporal que existía entre nosotros, o puede que sólo se tratara de una simple barrera emocional. Fuera lo que fuera, no existía en todo el mundo nada más que Elise McKenna y yo, congelados, contemplándonos el uno al otro.

De nuevo, ella habló primero.

—Richard —dijo, aunque tuve la sensación de que más que pronunciar mi nombre intentaba poner a prueba mi identidad para comprobar que su mente podía asimilarla.

En vista de todo lo que había sucedido antes, me pareció extraño que, de repente, apartara la mirada y se ruborizara. Entonces me di cuenta de que su curiosidad se había esfumado por las

exigencias que la etiqueta acababa de recordarle.

—Debo irme —dijo.

Se giró. El corazón me dio un vuelco.

—No —supliqué. Volvió a darse la vuelta, angustiada, casi asustada—. No. Por favor. —Me temblaba la voz—. Por favor, no me dejes. Tengo que estar contigo.

De nuevo aquella mirada de absoluta y frágil sinceridad. Estaba realizando un esfuerzo enorme, titánico, por comprenderme.

—Por favor. Cena conmigo —dije.

Entreabrió la boca pero no dijo nada.

—Tengo que cambiarme —murmuró al fin.

—¿Te importa... le importa...? —me interrumpí. ¿Problemas de gramática precisamente ahora? Era de locos; quería reír y llorar al mismo tiempo—. Elise, por favor... déjame esperarte. ¿No hay alguna... sala o algún sitio? —Ahora le estaba suplicando—. ¿Elise?

Dejó escapar un gemido que, si no lo interpreté mal, quería decir «¿Por qué sigo hablando con usted? ¿Por qué no grito y salgo corriendo?». Todo mientras duró aquel breve gemido: incredulidad y desesperación por dar crédito a las incongruencias de un lunático.

—Sé que no te lo estoy poniendo fácil —dije—. Sé lo extraño que parece mi comportamiento, sé cuánto te he molestado en la playa. Pero por qué has sido tan amable conmigo no lo sé. Por qué no me tiraste un puñado de arena a los ojos y saliste corriendo tampoco...

Se me apagó la voz. La belleza de su rostro, cuando se quedaba seria, bastaba para hacerme llorar. Cuando sonreía, el resplandor que iluminaba su rostro parecía hacer que se me detuviera el corazón. La miraba con sumisa adoración, estoy seguro. Su sonrisa era tan exquisita, tan dulcemente enterrada en incomprensión y confusión.

—Por favor, —continué por fin—, prometo que sabré comportarme. Me quedaré sentado en una silla y... —Me quedé mudo mientras me esforzaba por encontrar un final para la frase. Sólo se me ocurrieron dos palabras. Sonaban absurdas pero las dije de todas formas—... seré bueno.

Elise cambió su expresión. Percibí cierta empatía en ella. Pero no pude adivinar qué forma acabaría tomando aquella identificación; quizá sólo se tratara de compasión por alguien que también sufría. Sólo sé que en aquel instante ella atendió mis plegarias.

Aquella expresión desapareció con la misma rapidez que vino, pero supe que por fin habíamos conectado, al menos por el momento. Elise suspiró como yo hice en la playa, un gemido de triste derrota.

—De acuerdo —dijo.

Agradecido, sin atreverme a hablar por miedo a que cambiase de opinión, caminé a su lado por el pasillo, hasta la entrada del salón público que daba a las habitaciones. Me puse nervioso cuando de repente se me ocurrió que quizá Elise había supuesto que yo antes me había referido a esta sala. Se me fueron pasando los nervios cuando salimos de allí sin que ella dijera nada y nos detuvimos en su puerta. Esperé mientras buscaba la llave en su bolso, la sacaba y después la introducía en la cerradura.

Mis ojos estaban clavados en la llave. Al ver que no la giraba, levanté la mirada y vi que Elise me miraba fijamente. ¿Qué quería decir aquella mirada? Quizá intentaba poner fin a lo que estaba ocurriendo. Después de todo, ¿qué era yo sino un desconocido que quería entrar en su habitación? En

cualquier caso, me pareció que eso era lo que Elise pensaba, así que le dije, sin que me preguntara:

—Me limitaré a quedarme sentado y esperar, te lo prometo.

Volvió a suspirar, sin saber qué hacer.

—Esto es... —No quiso decir lo que pensaba pero giró la llave y abrió la puerta. Puedo imaginar lo que estubo a punto de decir: «Esto es una locura». Así era. Y no sabía hasta qué punto.

Cuando entramos la luz era tenue; me quedé a un lado cuando cerró la puerta. Me fijé en que la chimenea estaba apagada y pude oír el siseo del vapor de un radiador que no podía ver. Vi una estatua de mármol blanco sobre la repisa, una ninfa alzando una cornucopia rebosante de flores. Por lo demás, la habitación era muy normal; enmoquetado espeso, muebles blancos, un espejo con el marco de oro colgado de la pared, un escritorio al lado de la ventana.

Era un escenario trivial en contraste con su elegante figura, que se movía por la habitación desabrochándose la chaqueta.

—Puedes esperar aquí —dijo, con la voz de una mujer que asume las consecuencias de sus actos sin que éstos la llenen de alegría.

—Elise —dije.

Al girarse, advertí con sorpresa que, debajo del abrigo llevaba la blusa que había visto en la fotografía de ella que aparecía en *Actores y actrices célebres*: blanca con una corbata oscura unida con una banda alrededor de la base del cuello alto. Entonces me di cuenta de que el abrigo también era el mismo: negro, con botonadura doble y amplias solapas, y tan largo que llegaba al suelo.

—¿Qué ocurre, señor Collier? —preguntó.

Estoy seguro de que hice una mueca de dolor.

—Por favor, no me llames así —le pedí. Me pareció que era una forma de defenderse contra mi presencia en su habitación, de levantar un muro de cortesía entre los dos. Aun así, me intimidaba.

—¿Cómo debería llamarle entonces? —quiso saber.

—Richard —respondí—. Y yo... —De repente me faltó el aire... yo podría llamarte Elise, ¿puedo? Es que no puedo llamarte señorita McKenna. No me sale.

Me escudriñó en silencio. Me pregunté si volvería a sospechar de mí. No me hubiera extrañado. Si hubiera pasado aquel momento por el tamiz de la razón sólo le hubieran quedado sospechas.

Pese a todo, su expresión era más amable.

—No sé qué decir —dijo.

—Lo entiendo.

Una afligida sonrisa atravesó su rostro como una estrella fugaz.

—¿De verdad? —dijo, y se alejó casi con gratitud, me pareció. Estaba seguro de que le gustaría quedarse sola un rato para meditar sobre aquel enigma en paz y tranquilidad.

Miró por encima del hombro mientras se dirigía a la puerta que comunicaba con la habitación contigua. ¿Pensaría que la acechaba? Vi un mechón de pelo rojizo meciéndose sobre su nuca y, de repente, sentí una oleada de amor por ella. Por lo menos, uno de mis miedos había carecido de fundamento. Encontrarme en su presencia no había reducido, en modo alguno, mi amor por ella. Lo sentía latir con más fuerza que nunca.

En ese instante me di cuenta, otra vez, de lo seca que tenía la garganta; pensé en la garganta estropajosa de un médium que estuviera teniendo una experiencia psíquica.

—¿Elise? —dije.

Se detuvo junto a la puerta del dormitorio y volvió la cabeza.

—¿Puedo beber un vaso de agua? —pregunté.

De nuevo, aquel suspiro mezcla de diversión y extrañeza. Tuve la sensación de que la estaba descolocando todo el tiempo. Dijo que sí con la cabeza y salió de la habitación.

Atravesé el salón y me detuve a la entrada. En el dormitorio pude ver una pesada cama de matrimonio, pintada de blanco, en un hueco de la pared cuyas cortinas estaban descorridas. A la derecha de la cavidad había una mesa de bordes blancos con una lámpara de metal encima, incrustada de piedras rojas.

Oí cómo Elise vertía agua en un vaso. *También hay baño privado*, pensé. En ese momento me empezaron a temblar las piernas. Tuve que sentarme enseguida.

Elise volvió con un vaso de agua que me puso en las manos, momento en que nos rozamos con los dedos por un instante.

—Gracias —dije.

Me miró a los ojos con un ansia tan intensa que me sorprendió. Parecía cuestionarse mi mera existencia, a ella misma y su reacción ante mi presencia, sin encontrar respuesta a ninguna de las preguntas.

Entonces se dio la vuelta, susurrando:

—Discúlpeme. —Me puse tenso cuando cerró la puerta del dormitorio, pensando que enseguida sonaría el cerrojo, pero poco a poco me fui tranquilizando cuando vi que no lo echaba.

—¿Elise? —llamé.

Silencio. Por fin, respondió:

—¿Sí?

—No irás a... salir por la ventana para escaparte, ¿verdad?

Me pregunté qué cara habría puesto. ¿Sonreiría? ¿Frunciría el ceño? ¿Se le habría pasado por la cabeza siquiera lo de huir? No quería darme cuenta pero, en aquel momento, mis miedos eran infantiles, irracionales.

—¿Debería? —preguntó por fin.

—No —contesté—. No soy ningún criminal. He venido sólo para... —*amarte*, pensé—... estar contigo —terminé.

No se volvió a oír nada. Me pregunté si seguiría al otro lado de la puerta o habría empezado a cambiarse de ropa. Me quedé mirando la puerta en angustioso silencio, deseando abrirla y volver con ella, pues empezaba a pensar que nuestro encuentro habían sido sólo imaginaciones mías. Estuve a punto de llamarla otra vez, pero me obligué a no hacerlo. Debía darle tiempo para pensar.

Recorrí con la mirada toda la habitación, que era una parte tangible de 1896 y me sentí un poco mejor. Había un calendario vertical de plata sobre el escritorio. Las letras de estilo antiguo de las tres ventanitas señalaban la fecha: «Jueves /19 / Noviembre». Me llamó la atención la ausencia del año, aunque entendía que no iban a utilizar un calendario tan caro durante sólo un año.

Entonces me di cuenta de que tenía el vaso de agua en la mano y me lo bebí de un trago, suspirando de alivio a medida que me bañaba la boca y la garganta, que las tenía abrasadas, pese a que el sabor era bastante salobre. Estoy bebiendo agua de 1896, pensé; aquello me fascinó de alguna manera porque era mi primera absorción física de la época, a no ser que contara el aire que había respirado.

Todavía tenía sed pero no quise pedirle otro vaso a Elise. Mejor me sentaría y descansaría un poco. Me acerqué a un sillón, que crujió cuando me dejé caer en él, y posé el vaso en una mesa que había al lado.

Justo entonces se me empezaron a cerrar los ojos, lo que me hizo retorcerme, consternado. No debo dormirme o, de lo contrario, ¡podría perderlo todo! Meneé la cabeza y estiré el brazo para alcanzar el vaso y cogerlo. Todavía quedaban unas gotas en el fondo. Me las eché en la palma de la mano izquierda, me las restregué por la cara y volví a posar el vaso.

Intenté permanecer alerta concentrándome en los detalles de la habitación. Vi un paño de encaje sujeto con adornos a la parte de atrás de un sillón cercano. Miré la mesa que había al lado de la pared y conté los grabados de flores que tenía en las patas. Observé con curiosidad el reloj de encima de la mesa. Eran casi las seis en punto; *el Tiempo I*, pensé. Miré la araña de luces de seis bombillas que colgaba del techo. Conté una y otra vez los colgantes de cristal que pendían de ella. *No te duermas*, me ordené a mí mismo. *No debes dormirte*.

Volví a mirar el calendario vertical. En ese momento me di cuenta de que formaba parte de un juego de escritorio: una bandeja de plata en la que había dos botecitos de tinta de vidrio tallado y una pluma de plata, aparte del propio calendario. *No hace falta que indique el año*, pensé. Sabía dónde estaba.

Era 1896 y la había encontrado.

Me desperté sobresaltado, gritando y mirando confuso a mi alrededor. ¿Dónde estaba?

Entonces la puerta del dormitorio se abrió rápidamente y Elise se quedó mirándome con una expresión de alarma en la cara. Sin pensarlo, le tendí la mano derecha. Estaba temblando como un poseso.

Elise vaciló, después se acercó y me la cogió; debía de dar una imagen patética. Sentir su cálida mano agarrando la mía fue como una transfusión. Al ver que contraía los músculos de la cara, aflojé mi mano.

—Lo siento —dije. Apenas podía articular palabra.

La miré con anhelo. Se había puesto un vestido de color rojo vino de sarga de lana. El cuello alto tenía ribetes de seda negra, las mangas largas no eran del tipo «pierna de cordero» sino que se ceñían a los brazos. El flequillo y los lados de la cabellera los llevaba sujetos con adornos de caparzones de tortuga.

En silencio, me devolvió la mirada con la misma expresión inquisitiva, recorriendo mi rostro en búsqueda de una respuesta.

Al final bajó la mirada.

—Lo siento —dijo—. Ya le estoy mirando otra vez.

—Yo también te miro.

Volvió a mirarme.

—Es que no lo entiendo —dijo con tono calmado.

Soltó un grito ahogado y sacudió la mano para liberarse cuando oyó que llamaban a la puerta. Ambos miramos al otro lado de la habitación. Su rostro expresaba una mezcla de desasosiego y... ¿qué? La primera palabra que se me ocurre es cautela; como si tuviera pensado lo que iba a decir para explicar mi presencia. Deseé que ya hubiera pensado en una excusa; y yo no tenía ninguna.

—Lo siento si te estoy poniendo en un compromiso —dije.

Me echó una mirada fugaz y vi que la sospecha asomaba a sus ojos. Quizá sin darme cuenta la había hecho pensar que yo escondía algún plan oscuro. Compromiso, molestias, por el amor de Dios, ¿incluso chantaje? Sólo pensarlo me horrorizaba.

—Disculpeme —dijo. Me puse tenso cuando de repente Elise se puso a cepillarme el pelo; hasta ese momento no me había percatado del peine que Elise llevaba en la mano izquierda. Me quedé mirándola, perplejo, hasta que me caí en la cuenta de que mi pelo debía de estar revuelto por el viento o por haber estado durmiendo. Elise intentaba que tuviera un aspecto más presentable para quienquiera que estuviese llamando a la puerta.

Cuando se inclinó sobre mí pude oler el perfume que llevaba. Tuve que contenerme para no echarme hacia delante y darle un beso en la mejilla. Me miró. Aún debía de parecer bastante alterado porque me preguntó en voz baja:

—¿Se encuentra bien?

Sabía que era un error pero no pude reprimirme y le susurré:

—Te quiero.

Agarró el cepillo con fuerza y vi cómo se le tensaba la piel de las mejillas. Antes de que pudiera disculparme, volvieron a llamar a la puerta y, desde el otro lado, dijo una voz:

—¿Elise?

Sentí un escalofrío.

Era la voz de una mujer mayor. *Allá vamos*, pensé.

Elise se había puesto tensa con mi confesión. Ahora miraba a la puerta.

—Lo siento —masculé.

Me miró sin contestar. Me costaba tragar saliva (necesitaba más agua), me senté derecho y después me levanté porque sabía que tendría que estar de pie cuando entrara la señora McKenna.

Como me levanté demasiado rápido perdí el equilibrio y casi me caigo antes de agarrarme al respaldo de la silla. Miré a Elise. Se había puesto al lado de la puerta y me miraba angustiada. Aquel debió de ser un momento terrible para ella.

—Estoy preparado —le dije asintiendo con la cabeza.

Entreabrió la boca para respirar hondo o, más probable, para decir una oración en voz baja. Se giró hacia la puerta, se puso firme y, por último, agarró el pomo.

La señora McKenna entró, empezó a decirle algo a su hija y después se paró en seco, con un gesto de desagrado estupefacto al verme al otro lado de la habitación. ¿Qué pensaría? De repente me acordé. Hasta este día su hija nunca había tenido nada que ver con ningún hombre, aparte de mantener conversaciones triviales con ellos. La única persona con quien mantenía una relación estrecha era el señor Robinson y sólo era por negocios.

Encontrarse con un perfecto desconocido en la habitación de hotel de Elise debió de ser paralizante para ella. Me di cuenta de que intentó disimular su reacción pero su sorpresa era mayúscula.

La voz de Elise sonaba templada; era la de una actriz recitando su parte del diálogo. Si yo no hubiera conocido la realidad de la situación, hubiera jurado que en su cabeza reinaba la calma.

—Madre, este es el señor Collier —dijo. Protocolo. Sobriedad. Locura.

Jamás sabré de dónde saqué las fuerzas para cruzar la habitación, coger la mano de la señora McKenna, estrechársela levemente, hacer una reverencia y sonreír.

—¿Cómo está? —dije.

—¿Cómo está? —respondió con frialdad. Fue un reconocimiento repentino y brusco de mi existencia, cuya validez era puesta en duda. Por extraño que parezca, la rigidez de su tono me ayudó a empezar a adaptarme.

A pesar de mis nervios, su rigidez y su indisimulada desaprobación me permitieron ver, más allá de aquella pose autocrática, a una veterana actriz que no sabía manejarse en aquella clase de situaciones.

No era que la señora McKenna interpretara conscientemente un papel por no montar un escándalo, sino que el efecto era similar. No dudo que le molestó de verdad el hecho de encontrarme allí. Sin embargo, su comportamiento excedía la impresión que me dio como persona; en otras palabras, parecía interpretar un papel. Se le veía el plumero. Provenía del maltratado teatro rural del siglo XIX y no era ninguna *grande dame*, por mucho que se esforzara en aparentarlo. Lo siguiente que haría sería girarse hacia su hija, con las cejas arqueadas, esperando una explicación. Entonces hizo exactamente eso y, pese a que no se me pasaban los nervios, tuve que contenerme la risa.

—El señor Collier se aloja en el hotel —dijo Elise para darle la tan esperada explicación—. Ha venido a ver la obra.

—Ah. —La señora McKenna me miró con frialdad. Sabía que deseaba hacerme preguntas: ¿Quién es y qué está haciendo en tu habitación? Pero no hubiera sido propio ser tan directa. Fue la primera vez que di las gracias por la reticencia social de 1896.

El silencio que se impuso me avisó de que tenía que ayudar a Elise; la estaba dejando sola, dejando que aclarase mi presencia sin ninguna ayuda. No habría manera de hacerlo si mi actuación no se ajustaba a la suya.

—Su hija y yo nos conocimos en Nueva York —mentí; no tengo ni idea de si me creyó o no. De repente me sentía inspirado—. Después de una representación de *Christopher, Junior* —añadí—. Venía de Los Ángeles, por trabajo, y decidí quedarme en el hotel para ver la obra de mañana por la noche. —Buena historia, Collier, pensé; sublime hipocresía.

—Ya veo —dijo la señora McKenna con voz de hielo; no veía nada en absoluto. No importaba qué historia le contara; yo no tenía ningún motivo para estar en la habitación de hotel de su hija.

—¿En qué trabaja? —preguntó.

No esperaba que me hiciera esa pregunta, así que me quedé mirándola boquiabierto con evidente consternación. Para cuando me di cuenta de que decir la verdad era más sencillo que fingir, estoy seguro de que pensaba que mi respuesta sería mentira.

—Soy escritor —contesté. El estómago se me revolió. Que Dios me asista si me pregunta qué escribo.

No lo hizo. Estoy convencido de que le daba igual quién o qué era y de que sólo quería que saliera corriendo de la habitación de su hija. Quedó patente en el tono de su voz cuando se volvió a Elise y le dijo entre dientes:

—¿Y bien, querida? —«¿No va siendo hora de que despaches a este rufián?».

Amé aun más a Elise por no volverse contra mí, pese a que tenía todos los motivos para hacerlo. Levantando la barbilla con un aire regio que, en un solo instante, me reveló más sobre su habilidad innata como actriz que todos los libros que había leído, dijo:

—He invitado al señor Collier a cenar con nosotras, madre.

Los segundos que transcurrieron antes de que su madre respondiera anticiparon su respuesta.

—¿Ah? —dijo. Intenté devolverle su mirada escalofriante pero resultaba demasiado difícil. Me esforcé por decir algo pero sólo pude soltar un ruido gutural; todavía tenía la garganta reseca. Carraspeé con fuerza.

—No me gustaría causar ninguna molestia —dije. *¡Error!*, gritó una voz dentro de mi cabeza. *Nunca debería haberle dado pie.*

Enseguida aprovechó la oportunidad:

—Bien —dijo. No necesitaba añadir ni una palabra más. Su actitud no podía dejarlo más claro. La señora McKenna esperaba que siguiera sus indirectas, igual que haría un auténtico caballero: disculparme, retirarme y desaparecer.

No hice nada de eso, sino que sonreí, aunque con languidez. De repente en su rostro se coaguló el típico gesto que hacen las refinadas damas de ilustre cuna atrapadas en una situación insostenible; otra escena de la misma obra.

—Estaré lista en un minuto —dijo Elise para empeorar la situación y se volvió hacia el dormitorio. Me quedé mirándola, pasmado. ¿Me estaba abandonando? Entonces vi el pelo que le colgaba lacio por debajo de la nuca y me sentí aun peor. No sólo la habían descubierto en la habitación del hotel en compañía de un desconocido, sino que se encontraba en desabillé.

No pretendo restar importancia a aquel momento. Sentí que estaba avergonzada de verdad. ¿Sería porque había empezado a familiarizarme con las costumbres de la época? Así lo esperé. Sería la parte positiva de aquella situación que ya no podía ir a peor.

La puerta del dormitorio se cerró de golpe y me quedé allí solo con la señora Anna Stuart Callenby McKenna, de cuarenta y nueve años, que me odiaba.

Nos quedamos como actores que hubieran olvidado su parte, inmóviles, mudos. Presentía que la siguiente escena iba a ser muy fría.

Enseguida me di cuenta de que la señora McKenna no tenía ninguna intención de iniciar una conversación, de modo que me aclaré la garganta y le pregunté qué tal habían salido los ensayos.

—Muy bien —respondió con sequedad. El diálogo había terminado.

Forcé una sonrisa y luego me puse a contar las arrugas de la alfombra. Levanté la vista otra vez. La señora McKenna apartó la mirada, que no era de amistad, precisamente. Sentía la necesidad de hacer algún comentario profético pero sabía que debía aguantarme las ganas. Debía aprender lo antes posible a dominar cualquier impulso de hacer comentarios desde mi antirreglamentario otero de presciencia. Debía comportarme como si no fuera ni más ni menos que lo que había dicho; también tenía que empezar a creérmelo. Ahora formar parte de esta época era de vital importancia. Mientras más me aferrara a este tiempo, menos tendría que temer perder el control.

Pues nada, espero..., empezó a maquinarse mi mente. *Con más finura, por favor*, le dije.

—Espero ansioso a la representación —dije. Se me hizo un poco raro no emplear palabras de relleno, pero supuse que me acostumbraría. Me acostumbraría.

—Elise...

La señora McKenna me paralizó con una mirada glacial. *¡Error!*, pensé otra vez. Estaba en 1896, un baluarte de corrección. Debería haber dicho «la señorita McKenna». *Santo Dios*, pensé, previendo la tormenta que se avecinaba. ¿Cómo sería lo de discutir con la señora McKenna y con Robinson al mismo tiempo? Me acobardé sólo de pensarlo y sentí un demencial impulso de entrar corriendo en el

dormitorio, cerrar la puerta con llave e implorarle a Elise que se quedara conmigo para que pudiéramos hablar.

Me fijé en el vestido que llevaba la señora McKenna. A una mujer menos corpulenta la hubiera hecho atractiva: un vestido largo de brocado amarillo ribeteado de negro, las mangas de cordero hechas de gasa negra, un chal oscuro cubriendo los hombros. Como Elise, llevaba el pelo sujeto con accesorios en forma de caparazón de tortuga. Al contrario que en Elise, en ella sólo veía repugnancia y rechazo.

—Precioso vestido —le dije, sin embargo.

—Gracias —contestó. Ni siquiera me miró. Deseé que se sentara. O que caminara de un lado a otro. Que mirara por la ventana. Cualquier cosa menos permanecer allí clavada como un guardia de palacio entrenado para reducir cualquier movimiento sospechoso por mi parte. De nuevo sentí deseos de precipitarme hacia el dormitorio. En esta ocasión mi intención era un tanto retorcida; quería ver cómo reaccionaba. Molesto conmigo mismo, descarté la idea. Había viajado a un tiempo circunspecto. Por tanto, debía comportarme con circunspección.

Me sentí tan aliviado cuando Elise salió del dormitorio que no pude reprimir un suspiro de liberación. La señora McKenna me miró frunciendo el ceño. Fingí no darme cuenta. Miré cómo Elise atravesaba la habitación. Con qué gracia se movía. Sentí otra oleada de amor por ella.

—Estás esplendorosa —dije.

Otro error; ¿cuántos cometería antes de aprender la lección? Pese a haberme expresado con sinceridad, pude ver que mis palabras le incomodaron en presencia de su madre.

—Gracias —murmuré, pero sus ojos evitaron los míos mientras me acercaba para abrir la puerta.

La señora McKenna pasó por mi lado, seguida de Elise, que llevaba un chal de encaje oscuro sobre los hombros y un pequeño bolso de noche en la mano derecha. El rastro de su exquisito perfume me hizo vibrar cuando pasó delante de mí y no pude evitar suspirar de placer otra vez. No hizo ninguna señal de haberme oído pero estoy seguro de que sí. *Compórtate*, me dije.

Pasé al salón de fuera y cerré la puerta. Elise me tendió la llave, la cogí, la eché y se la devolví. Entonces nuestras miradas se cruzaron y, por un instante, pude sentir cómo nos unía de nuevo aquella extraña sensación. No tenía ni idea de qué significaba para ella. Aunque debía de ser algo muy concreto. ¿Cómo si no explicar que me dejara acompañarla durante su paseo por la playa, que me permitiera entrar en su habitación y que aceptara mi invitación para cenar? Por no hablar de todas esas intensas e interminables miradas. No era por mi encanto precisamente, eso lo tengo muy claro.

Aquel momento terminó cuando ella se giró y se guardó la llave en el bolso. Su madre se puso a su lado para que yo no intentara caminar junto a ellas mientras las seguía por la sala de estar hasta salir al Salón Abierto.

Miraron hacia atrás cuando dejé escapar un suspiro de asombro. Aquel Salón era como un país de ensueño; estaba iluminado por centenares de bombillitas eléctricas de colores, la vegetación tropical recibía luz de todas direcciones, la fuente que había en el centro hacía brotar penachos de agua borboteante y luminosa.

—Estoy impresionado por el aspecto del patio —les confesé. *Salón Abierto*, pensé, irritado por mi incapacidad de recordar las cosas.

A partir de aquel momento, no pude caer más bajo para la señora McKenna. El grosor de sus carnes no me permitía colocarme junto a Elise, el paseo no era tan ancho. Tampoco podía hablar con

ellas, así que tuve que limitarme a oír cómo conversaban sobre la producción y acerca de actores y actrices que no conocía. Supuse que la señora McKenna intentaba alejar a Elise de mi «persuasión insidiosa» al discutir sobre aspectos de su mundo de los cuales yo no estaba al tanto. Me consolé, aunque sólo superficialmente, pensando que sabía mucho más sobre la vida de Elise de lo que su madre podría imaginar nunca. El hecho de que la señora McKenna estuviera ya intentando abrir una brecha entre Elise y yo me molestó mucho. No cabía duda de que también haría cuanto estuviera en su mano porque me sintiera lo más incómodo posible durante la cena y que después se llevaría a Elise si tenía oportunidad. Si Robinson también estuviera presente, el dilema sería doblemente asfixiante.

Mientras caminaba tras ellas por el paseo me preguntaba por qué no íbamos a la veranda de atrás por el camino hacia el vestíbulo por el que me había llevado el viejo botones. Ahora creo (sólo es una suposición pero, ¿qué otra explicación le puedo dar?) que me llevó por ahí porque se tardaba más y quería evitar volver al vestíbulo (y a ver al señor Rollins) mientras le fuera posible.

Ahora, aparte de lo incómodo que me sentía porque me apartaran de Elise, estaba la incomodidad añadida de volver al vestíbulo. *Descenso al remolino, capítulo dos*, pensé. Me enviaban de vuelta al debilitado núcleo de 1896. Intenté levantar una barrera mental pero sabía que una vez que me expusiera de nuevo a la energía pormenorizada de esta época quedaría prácticamente indefenso.

Mientras me preparaba para el siguiente asalto y abría la puerta para Elise y su madre, pude ver que el vestíbulo estaba abarrotado. Entonces oí la música de una pequeña orquesta de cuerda que tocaba en la terraza y el parloteo de una infinidad de voces. Me llevé una agradable sorpresa cuando comprobé que el efecto que aquello tenía sobre mí era mínimo comparado con la impresión que me dio la primera vez. Quizá el truco fuera aquella corta cabezada.

La sorpresa y el placer que me embargaban se esfumaron cuando vi que la cena contaría con la dificultad añadida de la presencia de William Fawcett Robinson. Lo miré con temor mientras atravesábamos el recibidor; Elise se había detenido al entrar así que ahora caminaba junto a ella.

Robinson mide poco más de metro y medio y es de complexión fornida. Me llevé una sorpresa cuando descubrí que, después de haber visto sus fotos, no me había percatado de su gran parecido con un Serge Rachmaninoff de barba oscura, de facciones angulosas y solemnes; en su rostro no se aprecia el menor rastro de buen humor. Tenía sus grandes y zainos ojos clavados en mí con gélido desagrado, con la misma expresión de aborrecimiento que la de la señora McKenna. Llevaba traje, chaleco y zapatos negros, pajarita negra y un reloj de cadena en el bolsillo del chaleco. Al contrario que Serge Rachmaninoff, tenía unas entradas tan profundas que sólo un ralo copete de pelillos negros, cepillado a conciencia, le tapaba la frente. Al igual que Rachmaninoff, tenía las orejas grandes. Al contrario que Rachmaninoff, dudo que tenga la menor idea sobre música.

Miré a Elise mientras nos acercábamos a su representante.

—William, este es el señor Collier —dijo, con una voz que ahora controlaba a la perfección. Empezaba a pensar que se había recuperado de la sorpresa inicial y que mi presencia ya no le inquietaba.

No pude aplicar la misma duda interpretativa al apretón de manos de Robinson; me la estaba estrujando mucho más de lo necesario.

—Collier —gruñó. Es la mejor descripción que encuentro para su gutural y desagradable voz.

—Señor Robinson —dije, retirando mis dedos magullados. *Cuando recupere la fuerza, Bill, pensé. Entonces yo también te estrujaré.*

Si la señora McKenna no se había arrancado a excluírme abiertamente de la cena, el señor Robinson no tuvo el menor reparo.

—Ahora tendrá que disculparnos —me informó para después volverse a Elise y su madre.

—El señor Collier cenará hoy con nosotros —dijo Elise. De nuevo, me quedé asombrado por la determinación de su voz. Aquello arrojaba más sombras sobre el verdadero motivo por el que me había invitado, puesto que no cabía duda de que si hubiera querido deshacerse de mí, podría haberlo hecho al instante. Decidí que Elise nunca había sentido ganas de gritar ni de escapar de mí. No era su estilo.

Sin embargo, todavía había que hacer frente a Robinson.

—Creo que nuestra mesa es para tres —le recordó a Elise.

—Pueden añadir un cubierto más —dijo Elise. Noté que se estaba empezando a incomodar y esperé que el hecho de que tuviera que defenderme todo el tiempo no la pusiera en mi contra. Si no hubiera sentido aquella necesidad imperiosa de permanecer junto a ella, me hubiera retirado enseguida.

Se puede decir que sólo miré a Robinson cuando añadió, sin rodeos:

—Estoy seguro de que el señor Collier tiene otros planes. —No tengo nada que hacer, estuve a punto de decirle, pero al final opté por guardar silencio, sonreír y coger a Elise del brazo para acompañarla hasta la Habitación de la Corona. Mientras nos alejábamos, oí que Robinson murmuraba:

—¿Es esta la explicación al ensayo de hoy?

—Lo siento, Elise —dije entre dientes—. Sé que te estoy causando muchas molestias pero necesito estar contigo. Por favor, quédate conmigo.

No respondió pero pude sentir cómo se le tensaba el brazo a medida que nos acercábamos a un petimetre bigotudo con traje de etiqueta que nos sonreía de oreja a oreja y que tenía el mismo aspecto que el maniquí de una tienda de ropa. Hasta su voz sonó artificial cuando nos dijo, chirriante:

—Buenas noches, señorita McKenna.

—Buenas noches —respondió Elise. No la miré para ver si le devolvía aquella horrenda sonrisa.

—El señor Collier cenará con nosotros.

—Cómo no, por supuesto —contestó el maître, con una voz que acariciaba el éxtasis. Volvió a sonreír.

—Un placer tenerle entre nosotros, señor Collier. —Giró sobre los talones como un bailarín y atravesó el comedor, con Elise y conmigo a remolque.

Sólo vi la Habitación de la Corona cuando atravesamos el vestíbulo. En realidad nunca había entrado, ni siquiera en 1971. Era increíblemente gigantesca, mayor de cuarenta y cinco metros de largo y veinte metros de ancho, con suficientes metros cuadrados para acoger cinco casas grandes. Sobre nosotros, el techo de madera oscura de pino tenía por lo menos diez metros de alto; su amplia y ornamentada bóveda semejava un casco de barco invertido. No había ni un poste ni una columna que echaran a perder la vasta superficie.

Imaginaos este descomunal recinto atestado de hombres y mujeres comiendo, charlando, siendo... la apretada muchedumbre de 1896 rodeándome. A pesar de mi notable mejoría, empecé a marearme un poco a medida que el maître nos adentraba en aquella vorágine de actividad. Como no había alfombrado, hasta el menor ruido resultaba ensordecedor para mis oídos: las conversaciones de grupo,

el penetrante tamborileo de las vajillas de plata chocando con los platos y las sordas pisadas del ir y venir de un ejército de camareros.

Nadie más parecía sentirse molesto por tanto alboroto, y eso que en esta ocasión todo parecía mucho más físico que la otra vez; más ruido, más movimiento, mayor relación con los principios básicos de la existencia.

Miré a Elise y vi que estaba saludando a la gente sentada a las mesas por las que pasábamos. La mayoría me miraba con curiosidad indisimulada. Hasta que no pasó un rato no me di cuenta de que eran miembros de la compañía. Estaba claro que me observaban. Quizá nunca habían visto a Elise acompañada de un desconocido.

El maître debía de haberle hecho una señal a alguien porque cuando llegamos a una mesa circular situada al lado de una de las ventanas del fondo, ya había una cuarta silla y un camarero terminando de colocar otro servicio de plata sobre el mantel de color crema. El maître retiró una silla para Elise, que se sentó con la elegancia de una actriz que hubiera ensayado cada pequeño gesto hasta alcanzar la perfección.

Me di la vuelta para mirar a la pareja de almas envenenadas que venía tras de nosotros y retiré una silla para la señora McKenna. Pero yo debía de ser invisible para ella, que esperó a que el maître le ofreciera otra silla para sentarse. Fingí no darme cuenta y me senté en la silla que había sacado, viendo cómo a Elise se le torcía el gesto por la grosería de su madre. El maître le dijo algo al oído a Robinson, que también se sentó entonces; después nos dieron la carta.

—Veamos qué hay en el programa, Elise —dijo la señora McKenna.

Leí todo el menú hasta que vi que al final ponía «Programa» y, debajo, el nombre «R. C. Kemmermeyer, Director Musical». Leí la lista de selecciones hasta que encontré el «Vals de Babbie», de William Furst. «Babbie» es el nombre del personaje que Elise interpreta en *El pequeño ministro*.

Mi servilleta estaba enrollada, sujeta por el medio con un anillo de madera de naranjo. *Igual que el de la exposición de historia*, pensé mientras abría la servilleta de un golpe y me la colocaba sobre el regazo. *Nada de historia*, me recordé a mí mismo; *ahora*. Volví a dejar el anillo en la mesa y miré la cubierta del menú, que llevaba impresas las palabras «Hotel del Coronado, Coronado, California»; debajo había un dibujo de una corona de flores con una diadema en el centro. Bajo la corona ponía el nombre «E. S. Babcock, Gerente». *Debe de andar por aquí*, pensé. El hombre que había dictado aquellas palabras desdibujadas, casi invisibles que yo había leído en aquella habitación ardiente como un horno. Me sentí extraño.

Repasé el menú, asombrado por la gran variedad de opciones. Recorrí el apartado de cena: Consomé Franklyn, *Petits Pâtés à la Russe*, Olivas, Higos Encurtidos, Filete de Salmón *à la Valois*, Filete Lardeado de Ternera *à la Condé*.

Las tripas me rugían sin parar. ¿Filete lardeado de ternera? Ni siquiera ahora que me encontraba mejor podía imaginar algo tan pesado. Intenté pasar directamente a los postres: Tarta de Merengue de Naranja, *Gâteau d'Anglais*.

Levante la vista de la carta en cuanto Elise dijo algo.

—¿Perdón? —dije.

—¿Qué le apetece? —preguntó.

Tú, pensé; *nada más que tú*.

—Bueno, la verdad es que no tengo demasiado apetito —contesté. *¿Qué hacemos aquí?* pensé.

Deberíamos estar solos, en otra parte. Elise volvió a mirar su carta y yo hice lo propio. Entonces vi claro que aquella sería la cena más larga a la que tendría que enfrentarme en toda mi vida.

Volví a levantar la mirada cuando llegó el camarero para tomar nota; se asombré cuando la señora McKenna empezó a pedir cosas como Sopa de Ternera *au Xerxes*, *Canapé Rex*, Mollejas *Truffe Montpelier* y otras cosas repulsivas. A medida que iba pidiendo, me parecía que una nube de olores se condensaba a mi alrededor. En aquel momento pensé que ella misma la estaba levantando. Ahora creo que mi sentido del olfato también debía de ser hipersensible y que por eso detectaba todos los olores de la comida y la bebida que me rodeaba. No me hizo ningún bien.

La orquesta de cámara de la Rotonda terminó de tocar «Los vales de Seutiers Fleuris» y, sin detenerse por los aplausos, inició la «Isla del Champán», de la ópera cómica de Chassalgne; al menos, eso es lo que ponía en el programa... yo no puedo saberlo. Para escapar a la influencia de la comida, cerré la carta y miré la tapa de atrás. «Lugares de Interés en las Proximidades del Hotel», leí, fijándome en palabras como «Baños», «Museo» y una «Granja de Avestruces» en la Décima con la B, «entretenidas vistas para la hora de comer». Yo también debía de parecer muy entretenido a la hora de comer, pensé.

—¿Collier?

Miré a Robinson.

—¿No va a pedir? —preguntó.

—Sólo un poco de consomé y una tostada —contesté.

—No tiene buen aspecto —me dijo—. Quizá prefiera que le acompañen a su habitación.

Mi habitación, pensé. Claro, eso sería genial, señor Robinson. Sonrei.

—No. Gracias. Estaré bien —dije. Ahí voy de nuevo, pensé. *No. Gracias. Estaré bien.*

Robinson desvió su atención al camarero y se me volvió a revolver el estómago mientras intentaba no oírle pedir Criadillas *à la Villeroi*, Ganso a la Bostoniana con Compota de Manzana, Fideos con Migas, Ensalada *Italienne* y una jarra de cerveza; por supuesto, oí hasta la última palabra.

—He estado hablando con Unitt —le dijo Robinson a Elise cuando se fue el camarero; entonces me di cuenta de que no me enteré de qué había pedido ella—. Ha hablado con Babcock y está de acuerdo en que encender un fuego en el escenario no sería buena idea, teniendo en cuenta la estructura del hotel. Unitt y los tramoyistas están pensando en otra solución. No conseguiremos el efecto de un fuego real pero, dadas las circunstancias, supongo que tendremos que colaborar en ese aspecto.

—De acuerdo —dijo Elise asintiendo con la cabeza.

—Debemos irnos mañana por la noche, en cuanto los trenes estén cargados —añadió, creo que más para mi información que para la de Elise.

No va a marcharse, dije para mí; tú sí que te irás. Aunque no conseguí creérmelo del todo.

Estaba a punto de decirle algo a Elise cuando Robinson me preguntó de sopetón:

—¿A qué se dedica usted, Collier?

¿Sería una trampa aquella pregunta? me pregunté. ¿Sabría ya lo que le dije a la señora McKenna?

—Soy escritor —contesté.

—Oh. —Estaba claro que no se lo había creído—. ¿Artículos periodísticos?

—Obras —dije.

¿Sería mi imaginación o, por un instante, había notado un tono de respeto auténtico en su voz cuando repitió «Oh»? Podría ser. Si Robinson fuera capaz de atribuirme una sola virtud, ésta debería

tener que ver con el teatro.

Mi ilusión se esfumó cuando preguntó:

—¿Y le han producido alguna? No conozco ningún dramaturgo con su nombre, y eso que creo que conozco a los principales —dijo, recalcando «principales».

Le devolví su aguijoneante mirada en silencio, con la tentación de responderle pero, gracias a Dios, no sucumbí a las ganas de decirle: Pues sí, conseguí una «Película de la Semana» en el Canal Siete en septiembre; ¿la viste, verdad? Aquello no hubiera significado ninguna victoria para mí. Después de la confusión inicial, me hubiera tomado por loco.

—No trabajo con la élite —me inventé.

—No —dijo. No le costó creer eso.

Miré a Elise. Quería impresionarla y supe que mi respuesta sólo podía haberla decepcionado, ya que para ella el teatro era primordial en la vida. Con todo, mejor eso que enredarme en una mentira de la que luego no podría escapar.

—¿De qué género son esas obras, señor Collier? —preguntó Elise, intentando sin duda mitigar el apuro que estaba pasando.

Antes de poder contestarla, Robinson dijo:

—Apuesto a que son dramas, dramas de calidad. —No hizo el menor esfuerzo para esconder una sonrisa socarrona. Sentí cómo empezaba a inundarme de ira, pero me comedi, refugiándome en una sucia, aunque no asestada, puñalada: no sería tan arrogante de saber que iba a morir en el *Lusitania*.

—Depende —le dije a Elise—. Unas son comedias, otras dramas. —*No me hagáis más preguntas, pensé; no habrá respuesta.*

Elise no insistió en el tema y entonces sentí, para mayor angustia mía, que su actitud, aunque obviamente no era tan dura como la de Robinson, era similar: creía que yo era un aficionado y no había nada que pudiera decir para hacerla cambiar de opinión.

En ese momento perdí la noción del tiempo. No sé si transcurrió mucho o poco. Sólo recordaba algunos pormenores de la conversación y demasiado de toda la comida que pedimos.

Elise apenas comió (también un plato de consomé, media rebanada de pan y un poco de vino tinto). Supongo que siempre comía con frugalidad en los días previos a las actuaciones. Quizá ya lo hubiera leído.

Robinson y la señora McKenna compensaron de sobra el escaso apetito de Elise. Creo que fue el verles manos a la obra sobre sus respectivos platos lo que le asestó el *coup de grâce* a mi estómago... y a mi paciencia.

Fue sobre todo Robinson el que me puso enfermo. Aquel hombre devoraba con ansia de depredador. Las náuseas me invadieron a medida que se llenaba la boca de comida y la masticaba. Aparté la vista para no ser testigo de su despiadada glotonería... aun así, me seguía llegando el ruido de su masticación. Fue todo cuanto podía hacer para evitar levantarme de un brinco y dando voces antes de saltar por la ventana. Solo ahora puedo apreciar lo tragicómico de aquella escena. Ah, belleza, ah, romance; ah, dulce idilio de pasión desaforada. Mi estómago burbujeara como un foso de lava mientras ellos tragaban y conversaban; hablaban y devoraban; mordían y engullían. Elise no decía nada. Yo no decía nada. Ella daba sorbitos al vino y a la sopa y parecía incómoda. Yo me tomaba el consomé, daba pequeños bocados a la tostada y sentía como si hubiera entrado en fase terminal.

Hubo un momento en que Robinson habló de mí en su conversación con la señora McKenna; o,

más que hablar de mí, me mencionó. ¿Que si disparé? preguntó después de sacar el tema de la caza de aves en Coronado. Cuando meneé la cabeza, dijo:

—Muy mal. Me han dicho que hay buenos chorlitos... y agachadizas y los zarapitos abundan también... como el ánsar negro. —Juro que eso es lo que dijo.

—Suenan emocionante —dije. No quería que sonara a burla pero me salió así. Robinson frunció el ceño por mi irreverencia pero por lo menos Elise se tuvo que contener la risa, lo que para mí fue un alivio momentáneo.

Entonces el alcalde de San Diego (de nombre, si mal no recuerdo, Carlson) se acercó a nuestra mesa para presentarse y dar la bienvenida a Elise a la ciudad. Me pareció jovencísimo, a pesar del bigote de manillar. Al igual que Robinson, me aplastó los dedos al estrecharme la mano.

Apenas me quedaban fuerzas cuando Carlson y Robinson empezaron a conversar; Robinson se quejaba sobre la disminución de la calidad y la cantidad de los puros desde que estallaran las revueltas en Cuba, a lo que Carlson le sugería que cogiera el tren que salía por las tardes del hotel hacia México, donde podría comprar todos los puros de calidad que quisiera. No había tiempo, contestó Robinson; de nuevo para mí información, supongo. La compañía saldría para Denver en cuanto finalizara la producción.

En ese momento, ya no aguanté más. ¿Qué demonios estaba haciendo allí sentado con Robinson y la señora McKenna después de haberme obligado a mí mismo a saltar un precipicio de setenta y cinco años para estar solo con Elise?

Estaba a punto de insistir para que saliera a dar un paseo conmigo, pero la razón se impuso. Elise no estaba para que le dijeran lo que tenía que hacer. Aun así, tenía que sacarla de allí.

Se me ocurrió una idea; me incliné hacia ella y susurré su nombre tan suavemente como pude.

Levantó la vista del plato de sopa, con los ojos tensos. Entonces recordé que debería haberla llamado señorita McKenna; después me lancé.

—No me encuentro bien, creo que debería salir a tomar el aire —le dije—. ¿Te importaría...

—Ordenaré que le acompañen a su habitación —interrumpió Robinson; se veía que no había susurrado lo suficiente.

—Bien...

Me corté cuando se giró para llamar al maître. ¿Es que al final iba a salirse con la suya? ¿Descubriría que yo no tenía ni habitación, ni equipaje, ni nada?

—Sólo necesito respirar un poco de aire fresco... —le dije.

Me miró con apatía.

—Usted verá —dijo.

—Elise, por favor, acompáñeme —dije, consciente de que sólo apelando a su empatía podía, quizá, derribar la resistencia de Robinson.

—La señorita McKenna —rugió en respuesta— debe mirar por su salud.

Decidí ignorarle; era la única manera.

—Por favor, ayúdeme —le pedí.

Robinson empezó a levantar la voz y a decirme que estaba abusando.

—Ya es suficiente —dijo Elise, cortándolo. Nuestras miradas se encontraron mientras nos levantábamos y supe que mi éxito era dolorosamente circunstancial. Iba a acompañarme, pero no por simpatía sino sólo para evitar una escena y, quizá (la idea me puso la carne de gallina), para

deshacerse de mí en alguna otra parte.

—Elise —dijo la señora McKenna, más estupefacta que ofendida. Yo sabía, en aquel momento, que sus convicciones no eran ni de lejos tan firmes como las de Robinson, que era el único enemigo al que debía temer.

Su ceñuda presencia se hizo más molesta.

—Yo le ayudaré —declaró. No era tanto una proposición como una orden.

—No tiene importancia —le dijo Elise, con tanto desconcierto en la voz que me pregunté si no habría retrocedido más de lo que había avanzado.

—Elise, no puedo permitir esto —dijo.

—No puedo... —se le apagó la voz y de pronto se le tensaron los pómulos.

Nadie dijo nada más. Sentí la rigidez de sus dedos en mi brazo mientras dejábamos la mesa atrás. Cuando miré a Robinson me impresionó la malicia que delataba su rostro: la boca, un blancuzco, estrecho y prieto tajo y los negros ojos, clavados en mí. Si alguna vez he visto una mirada de «oscuro propósito», sin duda fue aquella.

Iba a decirle algo a Elise para que se tranquilizara cuando recordé que le había dicho que no me encontraba bien. ¿Hasta cuándo podría seguir con aquel teatro? me pregunté; considerando que, en conciencia, al final tendría que confesarle la verdad, me decanté por guardar un incómodo silencio mientras abandonábamos el salón. Incómodo porque, en ese momento, tenía la sensación de que la mirada de hasta el último de los comensales, aparte de la de Robinson, nos seguía. Ahora estoy seguro de que eran imaginaciones mías.

Cuando salimos al pasillo que llegaba a la veranda, me pregunté a dónde iba a llevarme Elise; sus dedos me guiaban, de eso no me cabe la menor duda.

—Vas a tirarme al mar —dije.

No contestó. Siguió mirando adelante, con una expresión que me turbaba; ya no le quedaba ni pizca de empatía.

—Te pido perdón de nuevo —dije—. Sé... —No continué, enfadado conmigo mismo. *Basta de disculpas*, pensé. Quería sacarla de la Habitación de la Corona y lo había conseguido. *En el amor y en la guerra todo vale*, recitó una voz en mi interior. *Ya podías ser más original*, le pedí.

Cuando abrió la puerta de la veranda y vi las oscuras y empinadas escaleras que bajaban, me eché atrás inconscientemente.

—Agárrese a la barandilla —me aconsejó, al pensar que había retrocedido asustado, supongo. Añadí su reacción a mi cajón de culpas y, asintiendo, empecé a bajar.

Vi que había dos tramos de escalones que descendían hasta el Paseo del Mar; uno en dirección sur y otro hacia el norte; bajamos por estos últimos. Intenté bajar por las escaleras como si la brisa marina en mi cara me estuviera sentando bien. No tenía sentido fingir también abajo del todo; tampoco quería que me considerara un debilucho. Pese a todo, tampoco podía parecer que mejoraba por arte de magia; además, la patética verdad era que me agradaba que me agarrara del brazo, la presión de su hombro contra el mío.

Ya estábamos en el paseo y, con su continua ayuda, nos dirigimos hacia otra pequeña escalera que bajaba por una pendiente de unos dos metros de ancho, cubierta de pequeñas palmeras cuyas duras frondas se mecían al viento. Ante nosotros el mar atronaba amenazador, tan cerca que me asustaban. La luna se había escondido detrás de unas nubes y apenas podía ver cómo las olas se

retiraban con premura. Parecía como si, de un momento a otro, nos fueran a embestir a nosotros.

Bajamos los escalones y atravesamos otro paseo. Convencido ya de que en un abrir y cerrar de ojos la espuma nos alcanzaría, si no lo hacían las propias olas, dije con cierta preocupación:

—Se te estropeará el vestido.

—No. —Fue toda su respuesta.

Entonces, poco después, comprobé que la marea estaba mucho más baja de lo que había pensado y que el borde del paseo estaba unos dos metros por encima de un rompeolas. Cerca del borde había un banco en el que Elise me aconsejó que me sentara. Así lo hice, obediente; después de pensárselo, Elise se sentó a mi lado y me dijo que respirara hondo.

Entonces apoyé la cabeza en su hombro, arriesgándome a sentirme culpable de nuevo. *Pillastre*, pensé, esbozando una sonrisa. En realidad no me importaba. Me acordé de todas las horas de trabajo que me costó llegar a este punto. Me lo había ganado y no iba a dejarlo escapar sólo por hacer una dura confesión. Al menos, no en aquel momento.

Cuando puse la cabeza sobre su hombro se puso tensa. Después, poco a poco, se fue relajando.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

—Sí. Gracias. —Quizá debería mostrar una mejora paulatina en lugar de admitir sin más que me encuentro bien, lo que sin duda la enfurecería.

—¿Elise?

—¿Sí?

—Cuéntame algo.

Siguió callada.

—¿Por qué estás siendo tan amable conmigo? Desde que nos encontramos no he hecho otra cosa que molestarte. No merezco tanta bondad. Te lo agradezco, —añadí apresuradamente—, Dios sabe que me encanta, pero... ¿por qué?

Como no contestó empecé a pensar que existía una respuesta y que lo único que había conseguido era ponerle las cosas más difíciles.

Tardó tanto tiempo en responder que terminé por pensar que no lo haría cuando, de repente, habló.

—Te contaré una cosa —me dijo— y después no diré más. Por favor, no me pidas que te lo explique ahora, porque no puedo.

Esperé de nuevo, sintiendo que mi corazón jamás había latido con tanta ansia.

—Te estaba esperando —dijo.

Me sobresalté tanto que Elise se asustó.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

No podía articular palabra. Inconsciente, levanté la cabeza hasta que mi mejilla rozó la suya. Elise empezó a apartarse cuando, al oírme soltar un débil gemido, se detuvo. Pensé que me acababa de morir, su mejilla pegada a la mía, sus palabras grabadas en mi cerebro, le hubiera dado mi vida sin pensarlo.

—¿Richard? —preguntó.

—¿Sí? —Aparté la cabeza para mirarla. Estaba contemplando el océano con expresión sombría.

—Antes, cuando estábamos en la playa, dijiste «No me dejes perderlo». ¿A qué te referías?

Me quedé mirándola en desventurado silencio. ¿Qué iba a decirle? No podía ser la verdad; eso lo

tenía muy claro. «¿Desde dónde viniste a mí?» me acordé. «¿A dónde...».

No. Descarté la idea. Ella nunca escribiría ese poema. Su jardinero nunca encontraría aquel trozo de papel.

—Como tú has dicho, —respondí—, por favor, no me pidas que te lo explique ahora. —Vi cómo se le endurecía el rostro y añadió, apresurado—. No es nada inconfesable. Es sólo que... bueno, todavía es pronto para hablar de ello.

Elise siguió mirando al mar y empezó a mover la cabeza adelante y atrás, demasiado lentamente como para decir que la meneaba, aunque sin duda no se encontraba bien.

—¿Qué? —pregunté.

El ruido que hizo parecía una mezcla de tribulación y de humor irónico.

—Todo esto es una locura —dijo, como si pensara en voz alta—. Estoy aquí sentada con un completo desconocido y ni siquiera sé por qué. —Me miró—. Si pudieras entenderlo —dijo.

—Lo entiendo —dije.

—Imposible.

—Pero sí —insistí—. Lo entiendo, Elise.

—No —murmuró, apartándose de mí otra vez.

—Entonces quédate conmigo —le pedí—. Conóceme y decide... —Me interrumpí justo antes de añadir «... si puedes amarme». No le daría esa opción. Debía amarme; no cabía otra posibilidad—. Sólo quédate conmigo todo el tiempo que puedas —concluí.

Se quedó callada un buen rato, contemplando el mar. Después dijo:

—Ahora tengo que volver adentro.

—Cómo no. —Me levanté y la ayudé, deseando estrecharla entre mis brazos, aunque me resistí. Paso a paso, me dije a mí mismo; no lo estropees ahora. Cuando nos dimos la vuelta, vi las luces del hotel, el gigantesco tejado de tablillas rojas, la bandera ondeando en lo alto de la torre del salón de baile, y sentí una oleada de cariño por aquel milagroso edificio que me había permitido llegar a Elise. Le ofrecí el brazo y caminamos hacia el hotel.

—Ahora debo confesarte algo —le dije mientras subíamos los escalones de la pendiente de las palmeras.

Me soltó el brazo cuando nos paramos.

—Sigue andando —dije—. Cógeme del brazo. Mira hacia delante y respira hondo porque lo que te voy a decir es increíble. —Era consciente de que intentaba quitar hierro a lo que estaba a punto de revelarle a pesar de todo el temor que me invadía.

—¿De qué se trata? —preguntó con desconfianza sin hacer caso de mis instrucciones.

Cogí aire.

—No me encontraba mal.

—No te...

—Te dije que no me sentía bien sólo para que me acompañaras afuera.

¿Qué significaba aquella expresión? ¿Aprobación? ¿Asombro? ¿Indignación?

—¿Me engañaste? —preguntó.

—Sí.

—Pero eso es detestable.

Pensé que el tono de su voz contradecía la dureza de sus palabras y me sentí obligado a

responder:

—Sí, lo es. Y lo haría de nuevo.

Una vez más, aquella mirada, como si pretendiera llegar a lo más profundo de mi ser recorriendo mi rostro. Entonces de pronto, se sobresaltó, suspirando de impaciencia. Se dio media vuelta y siguió caminando hacia el hotel, conmigo al lado.

—Supongo que va siendo hora de pedir una habitación.

Me miró. Por el amor de Dios, ¿es que también parecía que aquello lo decía con segundas?, pensé.

—¿No tienes habitación? —preguntó.

—No tuve tiempo —contesté—. En cuanto llegué empecé a buscarte.

—Entonces te resultará complicado —dijo—. El hotel está abarrotado.

—Oh —murmuré. Otro aspecto que no había tenido en cuenta. Aun así, me dije para infundirme algo de confianza seguro que quedaba alguna habitación disponible. Después de todo, era la temporada de invierno.

Cuando entramos en la Rotonda Robinson estaba de pie al lado de una columna, obviamente esperando a que volviéramos.

—Disculpa —dijo Elise, y pude ver que las ventanas de la nariz se le ponían blancas a medida que se acercaba a su representante. Saltaban chispas entre ellos, saltaba a la vista. Los libros no se equivocaban en eso.

Me pregunté cuándo la volvería a ver, ya que no habíamos quedado en nada. Entonces caí en la cuenta de que primero debía reservar una habitación, así que me fui derecho al mostrador de recepción. ¿Pero cómo conseguir una habitación? Aquel dilema me sacaba de quicio. Según el destino, no consigo habitación hasta mañana, no esta noche.

La respuesta no tardó mucho en llegar. Rollins, el recepcionista, que no dejaba de observarme con gélido desprecio, se relamió de gusto al informarme de que ya no quedaba ni una sola habitación libre. Quizá mañana.

Mañana seguro que sí, estuve a punto de decirle. Sin embargo, me limité a darle las gracias, a dar media vuelta y alejarme del mostrador. Elise y Robinson continuaban enzarzados en lo que, desde luego, no parecía una discusión amistosa. Aminoré el paso, después titubeé y al final me detuve. *¿Y ahora qué?*, pensé. *¿Voy a pasar toda la noche en una silla del vestíbulo?* Sonreí sin darme cuenta. El enorme sillón del entresuelo no estaría mal del todo. Sí, sería cómodo, pero apenas podría pegar ojo. Quizá podría preguntarle a Elise si podría dormir en su vagón privado, sólo por esta noche. Descarté la idea enseguida. Ya había hecho bastante para que sospechara de mí. No me arriesgaría más.

Me puse un poco nervioso cuando terminó de hablar con Robinson y se dio la vuelta, con el rostro endurecido por una expresión de cólera que hasta a mí me atemorizaba. Al verme cambió de dirección y se me acercó.

—¿Has conseguido ya una habitación? —preguntó. No podría afirmar si era preocupación o acusación lo que se desprendía de su voz.

—No, están todas ocupadas —contesté—. Tendré que reservar una por la mañana.

Se me quedó mirando en silencio.

—No te preocupes por eso, ya pensaré en algo —le dije. La verdad es que no parecía muy preocupada sino que, más bien, estaba un poco furiosa; por la riña con Robinson, esperé—. Lo que

deseo es poder verte... —empecé a decirle, pero me detuve cuando se dio la vuelta y volvió con Robinson. ¿Y ahora qué pasa?, pensé. ¿Le ordenaría que me rompiera la nariz? Me quedé mirando con recelo cómo se paraba ante él y le decía algo. Él sacudía la cabeza y me miraba enfadado, después volvía a mirar a Elise y le contestaba con furia manifiesta. ¿Qué demonios le habría dicho Elise? quise saber. Fuera lo que fuera, la reacción abiertamente contraria de Robinson me llevó a pensar que Elise le había pedido que me ayudara.

Entonces, de pronto, Robinson la agarró del brazo. Elise se zafó, de nuevo con aquella imponente mirada de dominio. Me quedé asombrado, una vez más, por el hecho de que aquella mujer, capaz de semejante posesión monárquica, hubiera sido tan amable conmigo. Si Elise hubiera querido, se hubiera deshecho de mí en menos que canta un gallo; de eso no me cabía la menor duda.

Tampoco era que Robinson pareciera sometido a su autoridad. Sin embargo, Elise lograba imponerse y jugaba con mejores cartas; Robinson se quedó callado, con el ceño fruncido mientras ella le seguía hablando. Al cabo de un rato, Elise dio media vuelta y atravesó la Rotonda para venir a donde estaba yo, todavía con el rostro teñido de rabia, intimidándome. ¿Me ordenaría ahora que desapareciera?

—En la habitación de Robinson hay una cama de sobra —me dijo—. Puedes dormir en ella esta noche. Mañana tendrás que buscar otra solución.

Quise negarme; decirle que prefería dormir en la playa antes que pasar la noche en compañía de su representante. Pero no podía hacer eso; sería como insultarla después de todas las molestias que se había tomado por mí.

—Perfecto —contesté—. Gracias, Elise.

Entonces, durante un momento, volví a quedar atrapado bajo su intensa mirada, con sus ojos ahondando en los míos y su expresión de profunda incertidumbre, como si después de haber decidido mandarme a hacer puñetas no tuviera el valor para hacerlo. Me quedé mudo, pues me di cuenta de que lo que Elise sentía era lo único que hasta el momento jugaba en mi favor.

De pronto, murmuró:

—Buenas noches. —Y se dio media vuelta.

Quedarme allí como un pasmarote, viendo cómo se alejaba de mí, debió de ser la experiencia más trágica de toda mi vida. Hube de hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no salir corriendo detrás de ella, cogerla del brazo y suplicarle que se quedara conmigo. De no haber estado convencido de que aquello la hubiera causado una grave ofensa lo hubiera hecho. Me quedé allí, como un niño asustado, viendo cómo la única persona que quería en este mundo desaparecía de mi vista.

No oí sus pasos; nunca me di cuenta de que se acercaba. Solo supe que estaba allí cuando carraspeó para aclararse su viscosa garganta. Cuando me di la vuelta me topé con su semblante pétreo. Sus ojos oscuros me observaban, no nos engañemos, con odio asesino.

—Sepa usted de una vez —comenzó— que hago esto por deferencia a la señorita McKenna y por ningún otro motivo. Si de mí dependiera, ahora mismo lo echaría a patadas del hotel.

Hasta ese momento, nunca hubiera creído que ningún comentario que viniera de él podría resultarme divertido. Sin embargo y pese a la desdicha que sentía por la ausencia de Elise, sus palabras me hicieron gracia; sonaba como si lo hubieran sacado de la época victoriana. Tuve que aguantarme la risa.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó.

La diversión desapareció ante la amenaza física. Era un hombre fornido, aunque bajo; y o le sacaba diez centímetros sin problemas y apostaba a que era mucho más fuerte, aunque más valía que no lo provocara si no quería liarme a puñetazos con él.

—Desde luego usted no —contesté.

Pretendía sonar conciliador, aunque más bien parecí insultarle. Quizá sólo fuera una ilusión óptica pero fue como si el traje de Robinson se hinchara de golpe, con cada músculo de su cuerpo tensándose de rabia.

—Mire —dije. Empezaba a sacarme de mis casillas—. Señor Robinson. No quiero discutir con usted ni tener ningún tipo de problema. Sé lo que piensa ü, mejor dicho, no sé lo que piensa de mí, excepto que, como es obvio, no le caigo muy bien. Pese a todo, ¿qué le parece si por el momento acordamos una tregua? No tengo ningún plan secreto.

Se me quedó mirando un buen rato con aquellos ojos negros y fríos que tenía. Después dijo, con los ojos entrecerrados:

—¿Quién es usted, señor, y a qué está jugando?

Suspiré con cansancio.

—No juego a nada —respondí.

Su sonrisa era estrecha, desdenosa.

—Eso ya lo veremos —sentenció—, como que la sangre es roja.

Esa expresión sonaba bien, pensé, a pesar de que sabía que era una amenaza. La mente del escritor jamás descansa.

—Sólo se lo diré una vez —continuó—. No sé qué le habrá dicho a la señorita McKenna para que se preocupe por usted con tanta credulidad. Pero está muy equivocado si piensa que con su estratagema, sea cual sea, me puede engañar a mí. Ni por asomo.

Me dieron ganas de aplaudirle pero no lo hice. No le reté en ningún momento porque sabía que el señor William Fawcett Robinson siempre tenía que decir la última palabra. Si no hubiera aceptado eso y actuado en consecuencia nos podríamos haber pasado toda la noche en la Rotonda. De modo que le dejé apuntarse el tanto.

—¿Podemos subir ya a su habitación? —pregunté.

El rostro se le deformó con un gesto de desprecio.

—Podemos —respondió.

Dio media vuelta sobre los talones y echó a caminar deprisa. Durante unos instantes, no supe qué pretendía. Entonces, de repente, comprendí que no tenía ninguna intención de acompañarme. Si yo no podía seguir su ritmo, Robinson le diría a Elise que aunque había intentado llevarme a su habitación, yo había preferido no seguirle.

Empecé a seguirle todo lo rápido que podía. *Maldito hijo de puta*, pensé. Si me hubiera sentido un poco más atrevido, creo que hubiera corrido detrás de él para partirle la cara. En cierto modo, tuve suerte de no perderlo de vista. Empezó a subir las escaleras de dos en dos escalones, sin duda con la intención de dejarme atrás y de hacerme darme cuenta de que no me había recuperado tanto como pensaba.

Gracias a Dios por el sentido del humor. Siempre lo he dicho, pero nunca he estado tan convencido como en estos momentos. Si no hubiera sido capaz de apreciar lo ridículo de aquella persecución, creo que me hubiera venido abajo. Sin embargo, supe que me vendría bien (una vez que

había empezado). Debí de dar un espectáculo patético, dando tumbos mientras subía las escaleras, agarrándome al pasamanos, intentando no perder a Robinson de vista mientras saltaba por los escalones como una repulsiva gacela obesa. En más de una ocasión mis piernas flaquearon y me choqué con la barandilla, a la que me agarraba como si se estuviera produciendo un terremoto. Hubo un momento en que pasó un hombre por mi lado pero, al contrario que el primer caballero con el que me crucé, este se quedó mirando con indignada desaprobación cómo intentaba subir. La verdad es que solté una carcajada cuando le dejé atrás, aunque a él le debió de sonar como el hipo de un borracho.

Cuando llegué a la tercera planta, Robinson había desaparecido. Renqueando, me asomé al pasillo y miré en ambas direcciones; después de no ver a nadie me di la vuelta raudo y volví tambaleándome hasta las escaleras para seguir subiendo. Las paredes parecían desvanecerse a mi paso y entonces supe que no llegaría lejos antes de desmayarme. Y eso que pensaba que había superado por completo los efectos secundarios de mi viaje a través del tiempo. Otro error.

Por fortuna, di con Robinson en la cuarta planta. ¿Qué demonios estará haciendo aquí arriba?, me pregunté un tanto mareado cuando salí hacia la derecha desde el descansillo de la escalera y lo vi avanzando por el pasillo, hablando con otro hombre. No sé, ni siquiera ahora, si se había puesto a hablar deliberadamente con aquel tipo para darme la oportunidad de alcanzarle; no porque le cayera simpático, bien lo sabe Dios, sino porque se habría pensado mejor lo de enfrentarse a Elise después de que yo le dijera que me había dejado atrás. Por otra parte, quizá se hubiera cruzado con aquel hombre sin haber podido evitar entablar conversación.

En cualquier caso, a medida que me acercaba a ellos pude oír que hablaban sobre la representación. Cuando ya casi los hube alcanzado me detuve y me pegué a la pared, resollando y resoplando, sacudiéndome las nubes de oscuridad. Robinson no me presentó y menos mal porque no podría haber hecho otra cosa que jaderarle mi nombre al otro caballero. Eso sí, aquel señor debía de preguntarse quién diantres sería ese tipejo desconocido y sudoroso que boqueaba pegado a la pared.

Por fin, la conversación terminó y el hombre se puso a caminar a mi lado, analizándome con oscura curiosidad. Robinson se metió en un pasillo lateral y yo, impulsándome con la pared, lo seguí. Su habitación quedaba a la izquierda. Mientras él abría la cerradura yo iba dando tumbos hasta alcanzarlo, demasiado al borde del desmayo como para esperar a que me invitara a pasar.

Robinson farfulló algo en tono malhumorado cuando lo aparté de un empujón para poder entrar; no distinguí ni una palabra de lo que dijo. Mi vista desenfocada, con lo atropellado que iba, distinguí dos camas al otro extremo de la habitación. Una tenía un periódico encima, de modo que seguí a tientas hasta la otra, calculé mal la distancia y di con la sien contra el estribo de la cama. Entre gritos ahogados de dolor, fui cojeando hasta el borde de la cama y me dejé caer con torpeza sobre el colchón, con la mano derecha por delante para amortiguar la caída. Con el choque se me resbaló la palma y sentí cómo se me estampaba la mejilla derecha. La habitación empezó a girar como un tenue y silencioso tiovivo. ¡*Me voy!*, pensé. Aquel grito asustado de mi conciencia fue lo último que salió de mi mente antes de que la inconsciencia me devorara.

Un ruido me despertó. Abrí los ojos y miré a la pared. No tenía ni idea de dónde estaba. Diez o quince segundos después sentí una punzada de pánico y giré la cabeza.

Quién hubiera dicho que ver a Robinson me tranquilizaría. Lo hizo, no obstante, porque quería decir que no había regresado. A pesar del tiempo que permanecí inconsciente, mi cuerpo se quedó donde estaba. Esto solo podía significar que había empezado a echar raíces.

Miré a Robinson, confundido por tenerlo allí de pie, de espaldas a mí, mirando lo que parecía una pared vacía. Sostenía algo ante sí. No podía ver lo que era pero, por los crujidos que oía, era algo de papel.

Por fin se movió; se produjo un ruido atronador y empezó a darse la vuelta. Cerré los ojos porque no me atrevía a enfrentarme a él otra vez. Pasado un rato los abrí, sólo un poquito, y descubrí que se había apartado de mí. Miré al lugar donde había estado antes y pude distinguir la puerta de una caja fuerte.

Miré a Robinson de nuevo. Estaba sentado en una silla de mimbre, descalzándose junto a las ventanas. Le colgaba la colilla apagada de un puro de la comisura izquierda de los labios. Se había quitado la chaqueta, el chaleco y la corbata y pude ver que, alrededor de las mangas de la camisa de rayas, llevaba unas bandas elásticas cuyos enganches estaban hechos de lo que parecía plata de ley. Los adornos de los tirantes negros también parecían de plata.

La silla crujía mientras Robinson se quitaba el segundo zapato (que más bien parecía una bota), suspiraba de alivio y apoyaba los pies, embutidos en unos calcetines negros, sobre un taburete. Alargó el brazo hasta el escritorio, que estaba junto a la silla, y cogió una ornamentada navaja de plata. La abrió y empezó a hurgarse con la punta de la hoja bajo las uñas. Había tanto silencio en la habitación que podía oír aquel leve y áspero sonido con nitidez. Me fijé en el anillo que llevaba en el dedo corazón derecho, ónice negro con un emblema de oro incrustado.

Quería inspeccionar toda la habitación pero los párpados se me hicieron pesados otra vez. Me sentí abrigado y cómodo, incluso en presencia de Robinson. Después de todo, ese hombre solo hacía lo que consideraba mejor para Elise.

Empecé a darle vueltas a lo que me había dicho detrás del hotel; que me había estado esperando. ¿Cómo era eso posible? La respuesta se hacía imposible a menos que pensara en términos de percepción extrasensorial. ¿Sería esa la clave? Me sentí perdido aunque, al mismo tiempo, muy agradecido. Fuera cual fuera la explicación, el hecho de que me estuviera esperando lo cambiaba todo. Todavía le quedaba mucho para aceptarme del modo en que yo deseaba que lo hiciera pero, por lo menos, había dado el primer paso.

Mi mente se escabullía de nuevo. Esta vez no perdí los nervios. Estaba seguro de que cuando despertara todavía seguiría en 1896. De regreso a las sombras, volví a desviar la atención al enigma que me atormentaba. ¿Estaba ya todo escrito: ver la fotografía de Elise, enamorarme de ella, decidir salir en su busca y conseguirlo al final? ¿Sería posible que todo aquello solo funcionara si estuviera equilibrado por el hecho de que ella aguardara mi llegada?

Estaba demasiado atontado para verle el menor sentido a aquella cuestión. Me olvidé del tema y, poco a poco, me fui durmiendo.

20 de noviembre de 1896

Sé que los sueños pueden reflejar las percepciones de los sentidos puesto que había estado soñando con unas cataratas hasta que me desperté y descubrí que estaba diluviando.

Giré la cabeza y al mirar por la ventana vi una cortina de agua que caía del alero; se podía oír el estrépito que hacía al caer sobre el tejado de más abajo.

Entonces pude oír los ronquidos de Robinson, que competían con aquel estruendo, y miré a su cama. Se había dormido con las luces encendidas, aún vestido, despatarrado como si hubiera sido asesinado, abriendo la boca como si fuera una caverna bostezante de la que escapaban unos ensordecedores ronquidos que parecían espasmódicos rugidos de leopardo. Había estado fumando un puro que ahora estaba tirado sobre la almohada, junto a su cabeza. Gracias a Dios que estaba apagado cuando se durmió. Hubiera sido una horripilante ironía retroceder hasta 1896 sólo para morir en el incendio de un hotel.

Me incorporé con el mayor sigilo para no despertarlo. En realidad no hacía falta tener tanto cuidado. Robinson es de los que siguen roncando en medio de un huracán. Lo miré y me acordé de lo mal que se había portado conmigo. No le guardo rencor por lo que he leído de él. Poseer una clarividencia divina a veces es una ventaja.

De repente sentí un hambre punzante de Elise y me pregunté qué cara pondría si llamara a su puerta a estas horas. De todas formas, sabía que era imposible. Las buenas costumbres de esta época no lo permitían, por no hablar de la paliza que Robinson querría darme para dejar claro cuál era mi sitio.

No obstante, me tranquilizaba saber lo cerca que la tenía ahora, después de haber estado a setenta y cinco años de distancia de ella. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Estaría durmiendo echa un ovillo y calentita bajo las sábanas? ¿O (deseé esto poco caritativa aunque humanamente) estaría junto a ventana de su habitación mirando cómo lloraba la noche y pensando en mí?

Sólo tenía que salir de puntillas de la habitación y bajar para comprobarlo.

Me quedé un rato en babia imaginando que me dejaba entrar en su habitación. En mi fantasía llevaba puesto un camisón y una bata y al abrazarla (como era una fantasía me dejó hacerlo) pude sentir la calidez de su cuerpo contra el mío. Incluso nos besamos; sus labios eran suaves y se abrían receptivos, sus dedos se aferraban a mis brazos. Juntos, entramos en el dormitorio, agarrados el uno al otro.

En ese momento, enfadado conmigo mismo, me obligué a quitarme aquello de la cabeza. *Paso a paso*, me dije. *Esto es 1896; no seas idiota*. Respiré hondo y miré de un lado a otro para ver si podía distraerme con algo.

Las pertenencias de Robinson que había sobre el escritorio eran el juguete perfecto. Me levanté, me acerqué a la mesa y vi el reloj abierto. Marcaba las tres y siete. *Una hora ideal para llamar a la puerta de una dama*, pensé mientras examinaba la ornamentada caja de la máquina. Era de oro y en los bordes llevaba minuciosos grabados. En el centro tenía el dibujo de un león; no de los que rugen sino de los de tipo estatua, como los de la entrada de la Biblioteca Pública de Nueva York.

Cuando miré la chaqueta de Robinson, que había tirado sobre el respaldo de la silla, vi que de uno de los bolsillos interiores sobresalía la punta de una pluma y la saqué. Para mi sorpresa descubrí que

era una estilográfica. No sé por qué me empeñé en pensar que esta sería una época primitiva. Primero me sorprendió la luz eléctrica; ahora la estilográfica. Después de todo, esto no es precisamente la Edad Media. No hay que olvidar que incluso tienen su propia versión del reloj digital.

Retiré la silla, me senté con sigilo y abrí el cajón del escritorio. Dentro había un montón de artículos de escritorio del hotel. Aparté las cosas de Robinson (una cartera y una caja de cerillas de plata) y me puse a escribir, haciendo las letras tan pequeñas como podía y recurriendo a lo que recordaba de un curso de taquigrafía, porque tenía mucho que contar y no quería quedarme sin papel; también para evitar que quien pudiera leerlo lo supiera interpretar.

Ya llevo varias horas escribiendo. La lluvia ha parado y empieza a amanecer, creo; parece que el cielo va cobrando un tono grisáceo.

Me llama la atención el hecho de que parece que me ha cambiado la letra, como si intentara adaptarla al estilo de esta época. Los guiones para la tele deben ser lo más claros posible. Dictarlos no hace sino incrementar su falta de adorno.

Ahora parece que me esparzo en la relajada locuacidad de este tiempo. No es una sensación desagradable. Aquí sentado, con el garabateo de la punta de la estilográfica sobre el papel como único sonido, a excepción del lejano tronar del mar (incluso Robinson se ha apaciguado un poco, al menos por el momento), me siento como el típico caballero de 1896.

Espero haber anotado todo lo importante. Sé que me he dejado en el tintero incontables momentos y emociones. Se dijeron palabras, incluso entre Elise y yo, que no puedo recordar. Así y todo, creo haber recuperado los momentos esenciales.

Ya casi ha amanecido. Ahora los aleros sólo gotean. Al otro lado de Glorietta Bay se ven unas cuantas luces desperdigadas y del cielo cuelgan todavía algunas estrellitas de diamante. Puedo ver la negra silueta de la chimenea de la lavandería al otro lado de los jardines, la playa por la que se puede llegar a México y, a mi derecha, el fantasmal perfil del embarcadero de metal adentrándose en el océano.

Me pregunto si será poco aconsejable, incluso temerario, meditar sobre la paradoja que representa lo que he hecho. Supongo que lo mejor sería centrarse de lleno en el Tiempo 1, 1896. Presiento que intentarlo de otra manera sólo me traerá dolor de cabeza.

No obstante, es difícil no analizar dicha paradoja, aunque sólo sea por encima. ¿Qué sucede, por ejemplo, el 20 de febrero de 1935? Intento seguir donde estoy. En tal caso, ¿qué ocurre durante ese día futuro? ¿El yo adulto se desvanece espontáneamente? ¿El yo niño vive o muere cuando nace o es que ni siquiera es concebido? Peor aún, ¿mi regreso dará lugar al grotesco enigma de dos Richard Collier existiendo al mismo tiempo? Es algo preocupante y ojalá nunca hubiera pensado en ello.

Quizá la respuesta sea más sencilla, es decir, que, al quedarme, iré adoptando poco a poco otra identidad, de manera que para 1935 no habrá, literalmente, ningún Richard Collier al que reemplazar.

Acabo de pensar en algo extraño; extraño sólo porque hasta ahora no había caído en ello.

El caso es que los hombres y mujeres célebres sobre los que tanto había leído ahora están vivos.

Einstein es un adolescente suizo. Lenin es un joven abogado cuyos días de revolución aún quedan lejos. Franklin Roosevelt es estudiante en Groton, Gandhi abogado en África, Picasso un jovenzuelo, Hitler y De Gaulle unos mocosos. La Reina Victoria todavía ocupa el trono de Inglaterra. Teddy Roosevelt todavía está por conquistar la Loma de San Juan. H. G. Wells acaba de publicar *La máquina del tiempo*. McKinley ha sido elegido este mismo mes. Henry James acaba de huir a

Europa. John L. Sullivan se ha vuelto a retirar del cuadrilátero. Crane, Dreiser y Norris están empezando a dar forma al naturalismo literario.

Además, mientras escribo estas líneas, en Viena, Gustav Mahler empieza a tomar las riendas de la Ópera Imperial.

Mejor que lo deje o...

Dios santo.

La mano me tiembla tanto que apenas puedo agarrar la pluma.

He dormido durante horas y no tengo dolor de cabeza.

Es como si todavía me costara respirar; el cambio fue tan electrizante que me da miedo pensar en ello.

Al principio no lo pensé. Con mucho cuidado, me concentré en los detalles de mis movimientos. Doblé las hojas de papel muy despacio, sintiendo su textura entre mis dedos, oyendo cómo crujían al metérmelas en el bolsillo interior de la chaqueta. Volví a mirar el reloj de Robinson. Sólo eran las seis y media pasadas. Me levanté y me estiré. Miré a Robinson, que aún dormía y cuando respiraba se le formaban pompas en la garganta. Me permití preocuparme por las arrugas de mi traje.

Encendí la luz del cuarto de baño y me miré en el espejo. Me había crecido una sombra de barba en las mejillas. Vi la palangana y la brocha de afeitar de Robinson en el lavabo. No tenía tiempo. Necesitaba salir de allí, concentrarme en los detalles, no mirarme en un espejo. Debía olvidarme de aquella obsesión. Todavía no estaba preparado para hacerle frente.

Sin darle más vueltas, me mojé la cara con agua fría y me sequé. Después intenté, con poco éxito, peinarme con los dedos. Tendría que comprarme un peine y una navaja, una palangana y una jarra de afeitar, una camisa y, sobre todo (me dio vergüenza sólo pensarlo) unos calcetines y ropa interior.

Salí de la habitación lo antes que pude, confiando en que el coma de Robinson impidiera que oyera el ruido de la puerta cuando la cerrara; al cerrarla me fijé en que en su placa ponía el número 472. Caminé hacia la izquierda y llegué al final del pasillo de la parte corta, volví a girar a la izquierda y, al ver que iba en la dirección equivocada, me di la vuelta.

Cuando bajaba por la escalera fui consciente de lo tranquilo que estaba el hotel. No se oía el ruido de los automóviles, ni el rugido de los aviones a punto de aterrizar. Excepto por el constante rugido que emitía el mar, el silencio era total; mis pasos resonaban claramente.

Ya en la segunda planta, atravesé el pasillo que daba a las escaleras de fuera para no pasar por la Rotonda. Al acercarme a la puerta de la calle recordé que a las nueve y dieciocho firmaría en el registro y me darian la habitación 350.

Déjà vu, pensé cuando salí al mirador y vi el Salón Abierto. Aunque tenía un aspecto muy distinto puesto que no había tanta variedad de plantas tropicales (higueras, limeros, naranjos, plataneros, guayabos, granados y demás), la sensación que experimenté fue la misma que la que tuve la primera mañana que estuve en el hotel. Sólo que por lógica, por supuesto, no se puede decir que sea *déjà vu* porque eso significaría que había estado aquí con anterioridad cuando, en realidad, no pisaré este sitio hasta dentro de setenta y cinco años.

La paradoja me inquietaba así que me olvidé del tema, bajé por la escalera de la calle y atravesé el Salón, que estaba empapado por la lluvia; pasé junto a arriates y sillas blancas, bajo arcos abiertos en medio de setos altos y espesos y junto a la fuente chorreante en cuyo centro se alzaba la estatua de una mujer desnuda sosteniendo un cántaro sobre la cabeza. Me sobresalté cuando un canario pasó

como un rayo por mi lado y se perdió dentro de un arbusto. Cuando pasé junto a un olivo algo se movió entre sus ramas y me llamó la atención y, para mi sorpresa, vi un loro de brillante plumaje sentado en una de las ramas bajas, arreglándose las plumas con el pico. Sonreí, primero por el animal y después por este nuevo mundo mientras una oleada de dicha se adueñaba de mí. Había dormido, no había dolor de cabeza y, lo mejor de todo, iba de camino a ver a Elise!

Entré eufórico en el sombrío y silencioso salón, deseando romper el silencio y ponerme a silbar alegremente. Hasta que no me paré delante de la puerta de Elise no me volvieron a asolar las dudas. ¿Sería todavía demasiado pronto? ¿Le molestaría y llegaría incluso a enfadarse si ahora llamase a su puerta? No quería despertarla. Sin embargo, aun sabiendo que podía ocurrir, me di cuenta de que no podía marcharme y esperar para verla más tarde. Si esperaba hasta que todos estuvieran despiertos, su madre y Robinson volverían a cruzarse en mi camino. Respiré hondo, acerqué los nudillos a la oscura puerta de paneles, me quedé un rato mirando el número de su placa y, por fin, llamé.

Demasiado flojo, pensé. No debe de haberlo oído. El caso es que no me atrevía a llamar más fuerte por temor a despertar a alguien de las otras habitaciones y hacer que salieran a ver qué pasaba. Por lo que sabía, su madre se alojaba en la habitación contigua; era probable que se despertara. *Cielo santo*, pensé. ¿Y si la señora McKenna hubiera insistido a Elise en pasar la noche en la habitación de ésta?

Me estaba haciendo todas esas preguntas cuando oí la voz de Elise al otro lado de la puerta, preguntando con delicadeza:

—¿Sí?

—Soy yo —respondí. No reparé en que quizá Elise no sabía quién era «yo».

Sin embargo, lo sabía. Oí cómo abría la cerradura, con cuidado, y se quedó delante de mí, con una bata aun más bonita que la que había imaginado en mi fantasía: rojo vino claro, con el cuello bordado y dos columnas de adornos bordados en forma de volutas por delante. Llevaba el pelo suelto, reposando sobre los hombros formando una catarata dorada y sus ojos verde grisáceo me miraban sombríamente.

—Buenos días —dije.

Se me quedó mirando en silencio. Por fin, murmuro:

—Buenos días.

—¿Puedo pasar? —pregunté.

Se lo pensó, pero sentí que no era la incertidumbre de una dama que dudaba si era apropiado dejar pasar a un hombre en su habitación bajo circunstancias cuestionables. Más bien, era la incertidumbre de una mujer que no estaba segura de si quería implicarse más de lo que ya estaba.

Sus dudas desaparecieron y, haciéndose a un lado, me dejó entrar. Cerró la puerta, se dio la vuelta y me miró. Parecía tan cansada, pensé, tan triste. ¿Qué le estaba haciendo?

Estaba a punto de decir algo para disculparme cuando Elise habló antes de que yo tuviera oportunidad.

—Por favor, siéntate —dijo.

Se dice que se puede sentir cómo el corazón se hunde. Yo doy fe de ello porque lo sentí en ese momento. ¿Sería esto la escena final, el ensayado adiós? Con la garganta seca, me acerqué a una silla y me giré.

No había ninguna luz encendida en toda la habitación; estaba enterrada en tétricas sombras.

Temblaba pensando en lo que me iba a decir mientras esperaba a que se sentara. Cuando se sentó en el borde del sofá me dejé caer en la silla, como si fuera un figurante de la siguiente escena que no sabe ninguna frase del guión ni cuál es la trama.

Alzó la vista y me miró.

—¿Qué ocurre? —pregunté al ver que no decía nada.

Un pesado y cansado suspiro. Meneó la cabeza con pesar.

—No sé por qué hago esto —dijo con aflicción—. Jamás en toda mi vida he hecho nada ni remotamente parecido.

Lo sé, pensé. Gracias a Dios que no dije eso en voz alta. Pero me esperabas, estuve a punto de decirle. Decidí callarme eso también. Mejor no decir nada.

Noté cierto tono de confusión en su voz.

—La cabeza me dice que nos encontramos por primera vez anoche en la playa —dijo—, que, hasta entonces, éramos extraños. La cabeza me dice que no tengo ningún motivo para portarme contigo de la manera en que lo hago. Ningún motivo en absoluto. —Se quedó sin palabras y se quedó mirándose las manos. Después de unos segundos que parecieron horas, sin levantar la vista, añadió:

—Pero lo hago.

—Elise. —Hice ademán de levantarme.

—No, no te muevas —dijo, alzando la mirada enseguida—. Es mejor que sigamos... separados. Ni siquiera quiero verte bien. Ver tu cara... —Se calló y dejó escapar un gemido entrecortado—. Necesito pensar —concluyó.

Me quedé mudo, dándole tiempo para ponderar la situación, para que atara cabos y tomase una postura. Al ver que no llegaba a ninguna conclusión me di cuenta de que hablaba de un deseo, no de un plan.

Al cabo de un buen rato, levantó la cabeza y me miró.

—¿Cómo demonios voy a actuar esta noche? —preguntó.

—Lo harás —dije—. Estarás magnífica.

Pareció sacudir la cabeza.

—Podrás hacerlo —le dije—. Estaré viéndote.

Soltó un gemido lastimero.

—Eso no me ayudará en absoluto —dijo. Me miró en silencio durante unos instantes, después estiró la mano hacia la derecha y tiró del interruptor de cadena de una lámpara de mesa. Cerré fuerte los ojos cuando se encendió la bombilla.

Siguió mirándome a la luz de la lámpara, sin que yo pudiera adivinar sus pensamientos. Pese a la gravedad de su semblante, esperaba sentir que me aceptaba. Quizá sea una palabra demasiado fuerte; dejémoslo en «toleraba». Al menos ya no estaba estancado.

Volvió a bajar la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Ya te estoy mirando otra vez. No sé por qué no puedo dejar de hacerlo —balbució—. Claro que lo sé —continuó—. Es por tu rostro. —Me miró a la cara—. Algo se esconde más allá de su expresión noble. ¿Pero qué?

Yo quería hablar o hacer algo pero no se me ocurría el qué. Tenía miedo de meter la pata.

Se quedó mirándose las manos otra vez.

—Pensé que sabía qué clase de mundo era este —dijo—. Mi mundo, en cualquier caso. Creía que

estaba sincronizada con su ritmo. —Meneó la cabeza—. Y ahora esto.

Quise obedecerla, mantener las distancias, pero, antes de darme cuenta me había levantado y caminaba hacia ella. Me miró mientras me acercaba, no con desasosiego, por lo que pude ver, pero tampoco con demasiada ilusión. Me senté junto a ella en el sofá y sonreí con todo el cariño que pude.

—Siento que no hayas podido dormir —le dije.

—¿Tanto se nota? —preguntó y entonces me di cuenta de que hasta ese momento no me había fijado.

—Yo tampoco he dormido mucho —le dije—. He estado... pensando casi toda la noche. —No consideré apropiado mencionar todo lo que había escrito.

—Igual que yo —dijo. Sonaba como si quisiera hacer ver que teníamos algo en común pero yo aún sentía que un muro nos separaba.

—¿Y...? —pregunté.

—Y —contestó— parece tan complicado que no acabo de entenderlo.

—No —dije con vehemencia—. No tiene nada de complicado, Elise. Es bien sencillo. Estamos destinados el uno al otro.

—¿Cómo? —preguntó, con la voz y la mirada ansiosas por saber.

No sabía cómo explicárselo.

—Dijiste que me estabas esperando —dije para desviar la conversación—. A mí eso me suena a destino.

—O a increíble coincidencia —respondió ella.

Sentí una insoportable punzada en el pecho.

—No puedes pensar eso —dije.

—No sé qué pensar —protestó.

—¿Por qué me esperabas? —pregunté.

—¿Me dirás de dónde vienes? —replicó.

—Ya te lo he dicho.

—Richard. —Hablabas con calma pero era obvio que no le gustaba mi actitud.

—Te prometo que te lo diré en el momento adecuado —dijo—. Ahora no puedo hablarte de ello porque... —Rebusqué en mi cabeza las palabras apropiadas—... podría alarmarte.

—¿Alarmarme? —Soltó una breve carcajada teñida de amargura—. ¿Cómo quieres que me alarme más de lo que ya estoy?

Esperé, callado. Tardó tanto en seguir hablando que pensé que habría terminado. Entonces, por fin, rompió el silencio preguntando de sopetón:

—¿No te reirás?

—¿Es gracioso? —No pude evitar contestarle así, aunque me arrepentí en cuanto esas palabras salieron de mi boca.

Por suerte, se lo tomó como yo pretendía pues su cara se relajó con una sonrisa cansada.

—En cierto modo —dijo—. Por lo menos extraño.

—Ya te lo diré luego —le dije.

Más meditación silenciosa. Por fin, se puso derecha como para afrontar la historia que iba a contar y comenzó:

—Se divide en dos partes —anunció—. A finales de los ochenta, no recuerdo el año exacto, mi

madre y yo actuamos en Virginia City.

Noviembre de 1887; la fecha me vino sola a la cabeza.

—Una noche, después de la actuación —prosiguió—, alguien trajo a una anciana india al hotel en que nos alojábamos. Nos dijo que podía predecir el futuro, así que, para divertirnos, le pedí que me adivinara el mío.

Sentí que el corazón se me convertía en plomo.

—Me dijo que a los veintinueve años conocería al... —Vaciló—... a un hombre —rectificó—. Que vendría a mí... —Respiró hondo—... en circunstancias muy extrañas.

Admiré su hermoso perfil, esperando. Como ya no dijo más, pregunté:

—¿Y la segunda parte?

Continuó de inmediato.

—La madre de la encargada del vestuario de nuestra compañía era gitana. Dice que tiene... cómo se dice... ¿poderes adivinatorios?

El corazón me latía con extrema pesadez.

—¿Y? —murmuré.

—Hace seis meses me reveló que... —Hizo una pausa incómoda.

—Por favor, dímelo —le rogué.

Vaciló unos momentos, después prosiguió.

—Que conocería a ese... hombre en noviembre. —Pude oír como tragaba saliva—. En una playa —concluyó.

Me quedé mudo, atónito por lo que acababa de escuchar. El milagro que había acontecido en mi vida ahora parecía equilibrarse con el milagro que había iluminado la suya. No es que creyera que era el único hombre en el mundo para ella; nada de eso. Era sólo que sentía asombro ante el hecho de que nos encontráramos.

Elise volvió a hablar antes que yo. Hizo un gesto con la mano derecha; un gesto de confusión.

—En aquel momento —dijo— no tenía ni idea de que traeríamos el *Ministro* aquí para probarlo. La invitación nos llegó meses más tarde. Además nunca relacioné Coronado con lo que Marie me había contado.

Pareció rebuscar entre sus recuerdos.

—Hasta que no llegamos al hotel no volví a acordarme de todo aquello —continuó—. El martes por la tarde estaba mirando por aquella ventana de allí cuando de repente, al ver la playa, me vino a la cabeza la predicción de Marie... después recordé lo que predijo la india.

Giró la cabeza y me lanzó una mirada acusadora, aunque, quién sabe, quizá era una acusación dulce.

—Desde entonces me he comportado de un modo extraño —me confesó—. El ensayo de ayer me daba un miedo espantoso. —Me acordé de lo que dijo Robinson la noche anterior—. Se me olvidaba una frase sí y otra también, me bloqueaba... de todo. Y nunca me había pasado algo así. Jamás. —Meneó la cabeza—. Pero así era. Nada me salía bien. Sólo podía pensar en que era noviembre, que estaba al lado de la playa y que me habían dicho, no sólo una vez sino dos, que conocería a un hombre por estas fechas, en un lugar como este. No quería conocer a ningún hombre. Quiero decir...

Se interrumpió y noté que se había arrepentido de haber dicho más de lo que pretendía. Hizo un gesto con las manos como para retirar lo que había dicho.

—En cualquier caso, —continuó—, por eso es por lo que te pregunté «¿Eres tú?», algo que nunca hubiera hecho en circunstancias normales. —De nuevo, agitó la cabeza, esta vez con un gemido de aflicción—. Casi me desmayé cuando me respondiste que sí.

—A mí casi me dio algo cuando me preguntaste que si era yo.

Volvió la cabeza rápidamente hacia mí.

—¿No sabías que te estaba esperando?

Confíe en no haber cometido un error irreparable pero sabía que ya no podía echarme atrás.

—No —dije.

—¿Entonces por qué dijiste que sí? —inquirió.

—Para que no me rechazaras —le expliqué—. Estoy convencido que estamos destinados el uno al otro. Pero no sabía que me esperabas.

Se me quedó mirando, succionándose con los ojos.

—¿De dónde vienes, Richard? —quiso saber.

Estuve a punto de confesar. En aquel momento me parecía tan apropiado contárselo que casi se me escapa. Algo me lo impidió en el último segundo; me di cuenta de que una cosa era que una india y una encargada de vestuario de madre gitana te adivinaran el futuro y otra muy distinta que alguien que ha viajado en el tiempo hasta dicho futuro te lo pusiera delante de las narices.

Como no me salían las palabras Elise gimió con tanta desesperación que me sentí morir.

—Aquí está otra vez —dijo—. Esta niebla en que me envuelves. Este misterio.

—No pretendo envolverte —me excusé—. Tan sólo quiero protegerte.

—¿De qué?

De nuevo no supe darle ninguna respuesta a la que pudiera verle el menor sentido.

—No lo sé —contesté. Cuando se empezó a apartar de mí añadí enseguida—: Siento que sólo serviría para hacerte daño y eso es lo último que deseo. —Estiré el brazo para cogerle la mano—. Te quiero, Elise.

Se puso de pie antes de que llegase a rozarla y se apartó del sofá dando cortos y nerviosos pasos.

—No seas injusto —replicó.

—Lo siento —me disculpé—. Es que... —¿Qué podía decirle?—... Me he implicado tanto que me resulta imposible...

—Yo no puedo implicarme en nada —me interrumpió.

Me quedé sentado en paralizado y derrotado silencio, sin dejar de mirarla. Elise estaba junto a la ventana, de brazos cruzados, la mirada perdida en el mar. Sentí que una tensión insoportable la martirizaba, que ocultaba algo bajo llave con todas sus fuerzas. Algo a lo que yo no podía esperar llegar, incluso aunque supiera qué era. Sentí que aquella sensación de afinidad que me había embargado con tanta intensidad sólo unos momentos antes había desaparecido ya por completo.

Creo que Elise se dio cuenta de que me sentía hundido; por lo menos debió de pensar que me había hablado con demasiada dureza, dado que habló con más suavidad cuando dijo:

—Por favor, no te ofendas. No es por ti. No es que no me... atraigas; claro que me atraes.

Refunfuñó delicadamente y se volvió hacia mí.

—Si supieras la vida que he llevado —me dijo—. Si supieras hasta qué punto me comporto contigo de una forma tan distinta a como me había comportado nunca con nadie...

Lo sé, pensé. Pero de nada me servía saberlo.

—Ya viste cómo reaccionó mi madre anoche ante tu presencia —dijo—. Ante mi invitación a que cenaras con nosotros. Ya viste cómo se comportó mi representante. Se quedaron pasmados; no se puede decir de otra manera. —Soltó una carcajada irónica—. Aunque no más pasmados de lo que me quedé yo.

Me quedé callado. Pensé que ya no podía añadir nada más. Había hecho mis declaraciones, había expuesto mi caso. Todo lo que podía hacer ahora era retirarme y darle tiempo. Tiempo, pensé; siempre tiempo. El tiempo que me había conducido a ella. El tiempo que ahora debía ayudarme a ganármela.

—Me... halagas queriendo comprometerte conmigo —prosiguió, aunque aquella expresión sonó demasiado formal como para tranquilizarme—. Aunque apenas te conozco, hay algo en ti que nunca he visto en otros hombres. Sé que no pretendes hacerme daño, de hecho, incluso... confío en ti. —Sus palabras sonaban confusas, lo que ponía de manifiesto que su actitud con respecto a los hombres había sido la misma durante muchos años—. Pero... ¿Compromiso? No.

Debía de parecer un perro abandonado porque cuando Elise volvió a mirarme se compadeció y vino a sentarse junto a mí. Me sonrió, aunque yo apenas fui capaz de devolverle el gesto.

—¿No te das cuenta...? —comenzó—. No, no puedes, pero créeme cuando te digo que es así, que suena inconcebible que haya un hombre sentado a mi lado en mi habitación de hotel. Y yo en ropa de dormir. Sin nadie más en la habitación. Es... sobrenatural, Richard. —Sonrió para intentar hacerme comprender lo paranormal de la situación. Pero, por supuesto, yo ya lo sabía, así que no encontraba consuelo en ello.

De repente puso cara de desconcierto.

—No puedes quedarte aquí —dijo—. Si viniera mi madre y te encontrara aquí a estas horas, conmigo en camión y bata, no sé... estallaría.

Parece que los dos nos imaginamos al mismo tiempo a su madre explotando porque nos reímos a la vez.

—Para —me pidió de repente—. Está en la habitación de al lado y podría oírnos.

En cualquier historia de amor, cuando el hombre y la mujer comparten la risa siempre acaban intercambiando miradas nerviosas, abrazándose fervientemente y besándose con irrefrenable pasión. No fue nuestro caso. Ambos volvimos a reprimirnos. Elise se levantó y dijo:

—Ahora debes irte, Richard.

—¿Podemos desayunar juntos? —le pregunté.

Dudó unos instantes antes de que asintiera con la cabeza y dijera:

—Voy a vestirme. —Intenté sentir cierta victoria por el hecho de que aceptara pero la cabeza no me lo permitía. La miré caminar hacia el dormitorio, entrar y cerrar la puerta tras ella.

Me quedé mirando la puerta, esforzándome todo lo posible por encontrar la menor posibilidad de que mi relación con Elise saliera a flote. Pero fracasé. Su pasado y su estilo de vida se alzaban como una muralla entre los dos; lo que Elise era. Aquello complicaba mucho las cosas. La fantasía me había empujado a enamorarme de una fotografía y a viajar en el tiempo para reunirme con ella. La imaginación quizá incluso podría haber predicho mi encuentro con ella.

Aparte de eso, la situación era, y es, absolutamente real. Ahora sólo las acciones reales pueden decidir nuestro futuro.

En la placa de la puerta ponía «Sala de Desayunos». En cuanto pasamos bajo el arco de la entrada

un hombre bajo con un impoluto traje negro nos llevó a una mesa.

Aquella sala no podía ser más distinta de aquella que fue o, mejor dicho, que será. Sólo el panelado del techo es el mismo. No hay arcos periféricos y la estancia es mucho más pequeña de lo que recordaba. Las ventanas son más bajas y más estrechas y sobre ellas cuelgan persianas de madera; hay mesas redondas y cuadradas con sillas de tablillas alrededor, están cubiertas por manteles blancos y coronadas en el centro con jarrones de flores recién cortadas.

Cuando pasamos junto a una de las mesas, un hombre menudo y fornido de pelo rubio y ondulado se puso de pie de un salto, cogió a Elise de la mano y se la besó entre florituras; *otro actor, no cabe duda*, pensé. Elise me presentó al señor Jepson. El señor Jepson me miró rebosante de curiosidad antes y después de que siguiéramos nuestro camino, ya que no aceptamos su invitación a sentarnos en su mesa.

El camarero nos condujo a una mesa junto a la ventana, nos dedicó una forzada sonrisa mecánica y desapareció. Al sentarme descubrí la razón por la que la sala parecía más pequeña. Donde recordaba haber estado sentado anteriormente ahora había una veranda al aire libre repleta de mecedoras.

Cuando miré a los lados vi que, aunque de reojo, los pequeños y brillantes ojos del señor Jepson aún nos controlaban.

—Me parece que de nuevo te estoy poniendo en un compromiso —dije—. Lo siento.

—Lo hecho, hecho está, Richard —contestó Elise. Debo decir que parecía bastante tranquila al respecto, lo que me dio la impresión de que no le importaba demasiado la opinión de la gente; otro tanto a su favor. Como si necesitara ninguno.

Cuando cogí la servilleta que había en mi plato, oí que un hombre sentando cerca de nosotros decía en voz alta:

—El país tiene setenta y cinco millones de habitantes, señor. —Aquel número me sorprendió. *Con un exceso de cien millones de habitantes dentro de setenta y cinco años*, pensé. *Cielo santo*.

Mientras pensaba en aquello no me enteré de que Elise me estaba preguntando algo. Le pedí disculpas.

—¿Tienes hambre ya? —repitió.

—Un poco —le respondí con una sonrisa—. ¿Tienes ensayo hoy? —pregunté.

—Sí —dijo asintiendo con la cabeza.

—Y... —me costó decirlo—... vuestra idea sigue siendo... ¿marcharos del hotel para continuar con las actuaciones?

—Esos son los planes —dijo.

Me quedé mirándola con una angustia espontánea e irreprimible. Sé que se dio cuenta pero esta vez no permitió que le afectara. Se puso a mirar por la ventana y yo intenté concentrarme en el menú, pero las letras se me seguían emborronando. Por lo que sabía, aquellos quince minutos podrían ser los últimos que pasáramos juntos.

No. No quise sucumbir a aquel temor. Todavía no estaba preparado para rendirme. Tranquilo, queda tiempo de sobra, me decía a mí mismo para animarme. Reprimí una sonrisa. Durante años tuve clavada en la pared de mi oficina de Hidden Hills una tarjeta en la que ponía aquellas palabras. Siempre me ayudó no sólo mental sino también emocionalmente. También ahora me eran de gran ayuda. Todo va a salir bien, me prometí; lo vas a conseguir.

De nada servía. El menú volvió a desenfocarse cuando a mi vil mente de escritor le dio por improvisar un desolador melodrama Victoriano titulado *Mi destino*. En él, Elise abandona el hotel esta noche, abandonándose. Arruinado, consigo un trabajo en la cocina del hotel, de lavaplatos. Treinta años más tarde, soy un viejo chocho de pelo canoso que se pasa el día farfullando sobre el amor que hace tanto tiempo perdió, me caigo de cara en el agua espumosa y me ahogo. Epitafio: aquí yace el mayor perdedor del siglo. Cementerio de pobres. Los perros entierran sus huesos con los míos. La visión me pareció tan ridícula y, al mismo tiempo, tan horripilante que no sabía si reír o romper a gritar. Al final no hice nada.

—Richard, ¿estás...

Apenas había empezado a hablar cuando la interrumpió una voz de hombre que decía:

—Ah, buenos días, señorita McKenna.

Un hombre corpulento —¿Serían todos los hombres fornidos en aquella época?— se acercaba a la mesa, sonriendo a Elise con afectación.

—Confío en que todo esté a su gusto —dijo.

—Sí. Gracias, señor Babcock —contestó Elise.

Le miré, sorprendido a pesar de lo afligido que me sentía. Elise nos presentó y nos dimos la mano; y os puedo asegurar que pocas experiencias son tan intensas como sentir el enérgico apretón de mano de alguien que hasta ese momento llevaba décadas muerto en tu cabeza.

Mientras Babcock le contaba a Elise lo «ilusionado» que estaba todo el mundo por la actuación de esa noche, yo me veía a mí mismo sentado en aquella tórrida habitación del sótano, leyendo borrosas páginas mecanografiadas, en algunas de las cuales Babcock ni siquiera ha pensado aún ni, mucho menos, dictado. Esa visión enigmática, al igual que otras muchas, me dejó descolocado y tuve que esforzarme por sacármela de la cabeza.

Una vez que Babcock se largó volví a mirar a Elise. Cuando vi su reacción ante la mía me di cuenta de lo poco que la estaba ayudando a quererme. Si me quedaba allí sentado, melancólico, se cansaría de mí fueran cuales fueran sus sentimientos.

—Vaya carrera que me di anoche —le dije, intentando teñir mis palabras de jovialidad.

—¿Sí? —Una leve sonrisa de lo más seductora se paseó entre sus labios.

Cuando le conté lo de la persecución de Robinson aquella sonrisa le iluminó toda la cara.

—Lo siento —dijo—. Debería haber imaginado que haría algo parecido.

—¿Por qué su habitación está en una planta tan alta? —pregunté.

—Siempre lo pide así —respondió—. Corre por las escaleras todo lo deprisa que puede, arriba y abajo, para conservar lo que él llama su «vigor físico».

Sonreí y casi tuve que agitar la cabeza al recordar su aspecto.

—¿Qué crees que piensa de mí? —pregunté. Levanté la mano e hice un gesto para que no dijera nada—. No importa, prefiero no saberlo —dije—. Cuéntame lo que piensa tu madre. Seguro que es un poco más benévola.

—¿Ah sí? —reprimió otra sonrisa.

—Qué mal —dije.

—Si de verdad quieres saberlo... —ladeó levemente la cabeza y, por un instante, recordé las palabras de John Drew acerca de la gracia y magnetismo que destilaba sobre el escenario... opina que eres un gusano y un tordo.

—¿De verdad? —Asentí con la cabeza con burlona gravedad—. Qué desalentador. —Así, eso estaba mejor. Sin duda Elise preferiría mis chanzas que un dolor obsesivo—. ¿Y qué le dijiste?

—Que por eso era por lo que estaba sedienta de tu dulzura.

Me quedé boquiabierto. ¿Se estaría burlando de mí? pensé con repentino temor.

—¿No sabes lo que son los gusanos y los tordos?

—Pensaba que sí —dije pestañeando.

—Los caramelitos.

—¿Caramelitos? —Ahora sí que estaba confundido.

Elise tuvo que explicarme que los gusanos son unos dulces amarillos y alargados que por dentro son blancos y que los tordos son parecidos pero de forma cuadrada. Entonces me sentí idiota.

—Lo siento —dije—. Creo que no estaba bien informado al respecto. —*Pero sí sobre ti y tu vida*, pensé después.

—Háblame de lo que escribes —dijo.

Me pareció que me lo pidió por cortesía, aunque en aquel momento yo no estaba en posición de pedirle explicaciones.

—¿Qué podría contarte? —le pregunté.

—¿Qué has escrito?

—He estado trabajando en un libro —respondí. Me puse nervioso, después me obligué a tranquilizarme. Seguramente no tendría por qué haber problemas por decirle eso.

—¿De qué trata? —inquirió.

—Es una historia de amor —le dije.

—Me gustaría leerla cuando la termines —dijo.

—La leerás —respondí— cuando sepa cómo acaba.

—¿Aún no lo sabes? —preguntó sonriendo un poco.

Presentí que ya me había adentrado en el tema todo lo que podía permitirme. Me cubrí las espaldas diciendo:

—No, nunca lo sé hasta que pongo el punto final.

—Curioso —confesó—. Hubiera pensado que hacía falta saber exactamente hacia dónde se desvía la historia.

Eso es porque pensabas que tenías muy claro hacia dónde se desviaba tu historia, pensé.

—No siempre —dije.

—Bueno, en cualquier caso, —me dijo—, me gustaría leerla cuando la tengas terminada.

¿Leerla?, pensé; si la estás viviendo.

—La leerás —le confirmé. Pese a todo, me preguntaba si me atrevería de verdad a dejar que la leyera. Hay tiempo para cambiar el argumento, me dije.

—¿Puedo ir a verte ensayar hoy? —pregunté.

Se le apagó la mirada. ¿Qué habría dicho ahora?

—¿Te importaría esperar hasta la noche? —preguntó por fin.

—Si lo prefieres así —respondí.

—No pretendo ser desagradable —me explicó—. Es sólo que yo... bueno, nunca me ha gustado que los desconocidos estén presentes en mis...

Se interrumpió al ver la cara que puse.

—Esa no es la palabra —rectificó—. Lo que intento decir es que... —Empezó a sofocarse—... qué situación tan violenta. No sería capaz de concentrarme contigo mirando.

—Entiendo —dijo—. Sé lo que necesitas como actriz. De verdad. —En cualquier caso, esa era la pura verdad—. Me hace ilusión esperar hasta la noche. No, no es cierto. No me hace ninguna gracia, pero esperaré. Por ti.

—Eres tan comprensivo —dijo.

No, no lo soy, pensé; lo que quiero es pasar cada segundo de mi vida pegado a ti.

Poco más se puede decir de aquel desayuno. En primer lugar, apenas hablamos dado que el ruido era cada vez mayor a medida que iban entrando más huéspedes. No cabe duda de que en aquella época se comía mucho. Lo primero que hacía la gente por la mañana era ponerse a engullir, cosa que seguían haciendo hasta el anochecer. Pensaba que mi estómago se estaba recuperando hasta que aquel conglomerado de olores a jamón, bacón, filetes, salchichas, huevos, gofres, panqueques, cereales, pan y galletas recién horneados, leche, café y demás empezó a saturar el aire de la sala. De modo que me alegré de que Elise no comiera mucho más que yo y de que nos levantáramos pronto de la mesa.

Cuando salimos de la sala de desayunos y volvimos a pasar por la Rotonda, Elise dijo:

—Ahora debo prepararme para ensayar. Empezamos a las nueve y media.

Creo que, por primera vez, conseguí que la puñalada de pánico que sentí no se me reflejara en la cara.

—¿Crees que hoy podrás sacar algo de tiempo libre? —pregunté. Creo que mi voz sonó serena.

Me miró como considerando la pregunta; quizá incluso un lugar para mí en su vida.

—Si puedes —le pedí—. Sabes que necesito verte.

—¿Tienes algo que hacer a la una? —dijo por fin.

—Tengo una agenda muy apretada —contesté sonriendo—. Debo estar a tu lado a todas horas.

De nuevo aquella mirada; aquel profundo sondeo de mi rostro, como si esperase encontrar en él una respuesta a todas las preguntas que le atormentaban. No sé cuánto tiempo duró pero sí sé que fue un buen rato. No hice nada para ponerle fin pues presentía que los momentos como aquel eran cruciales para ella y que cualquier cosa que yo pudiera decir podría echarlos a perder.

Por fin, dejó de mirarme, giró la cabeza hacia el Salón Abierto y después otra vez hacia mí.

—¿Allí fuera? —preguntó—. ¿Junto a la fuente?

—A la una junto a la fuente —resumí.

Elise alargó el brazo y yo, cogiéndole la mano con toda la delicadeza que pude, la acerqué a mis labios y se la besé.

Me quedé inmóvil, adorando cada paso que daba para atravesar el Salón Abierto; cuando desapareció de mi vista tuve un escalofrío. Más de cuatro horas. No concebía estar separado de ella durante tanto tiempo. Ciertamente, la pasada noche pasó más tiempo, pero estaba dormido.

Dormido, pensé. Por primera vez desde que me desperté, me permití a mí mismo ser plenamente consciente de mi estado físico. Cerré los ojos y recé para dar las gracias a lo que quiera que fuera que me había permitido recuperarme, puesto que, por lo que recordaba, ya no había vuelto a sufrir aquellas punzadas en la cabeza. No sabía expresar con palabras lo que sentía. Sólo alguien que haya pasado por una experiencia similar puede llegar a hacerse una idea de lo que sentía entonces y siento todavía. Ayer por la mañana, aunque era otra época, me desperté con la típica ceguera, con un dolor de cabeza insoportable, los síntomas normales de mi estado.

Esta mañana ya no quedaba ni rastro de eso. Sonriendo, me acerqué al mostrador de recepción y le pregunté al recepcionista dónde podía comprar artículos de aseo. Me dijo que había una tienda en el sótano, al fondo del pasillo de la escalera. Pero no abría hasta las nueve.

Durante unos instantes, sentí el irracional impulso de reservar una habitación y firmar en el registro. ¿Sería capaz? ¿O habría algo que me echase para atrás? Decidí no arriesgarme a forzar el destino, así que le di las gracias al recepcionista, di media vuelta y me dirigí hacia las escaleras.

Mientras bajaba pensaba en Elise y llegué a la conclusión de que sólo había pensado en ella en términos de su relación conmigo. Ahora debo empezar a considerar también su vida personal. Si quiero ganármela, no puedo presuponer que vayamos a mantener un idilio. La conozco de sólo unas pocas horas. Su pasado se compone de veintinueve años a los que tengo que adaptarme.

La tienda está donde recuerdo que antes había una oficina de bienes inmuebles. Esperé en la puerta durante unos seis minutos antes de que abriera. Durante ese rato pasaron por delante de mí varios pinches chinos hablando en su lengua materna. Por fin, el encargado quitó la cerradura y abrió la puerta. Era bajo, de pelo oscuro, llevaba una camisa de cuello alto que parecía hecha de celuloide, una corbata delgada negra y una americana de muselina blanca y de solapas estrechas. Pude ver que se estaba empezando a dejar bigote, pues más bien parecía que tenía el labio superior manchado de hollín en lugar de cubierto de pelo hirsuto. Aquello me hizo darme cuenta de lo joven que era.

No resultaba fácil adivinarlo de otra manera porque, al igual que otros muchos hombres de todas las edades de esta época, parecía tremendamente serio, como si supiera que cargara a sus espaldas con una insostenible cantidad de trabajo; lo que es más, lo aceptaba. El «Buenos días» que me dedicó, pese a que no sonó desagradable, fue brusco y preciso, para no desperdiciar ni un segundo. Este joven llegará lejos. Tenía el mismo aspecto que debería de haber tenido Horatio Alger, si es que este tipo existió de verdad.

Mientras el muchacho me atendía —compré una navaja de barbero (no porque me gustara más sino porque no había de otra clase), una brocha de afeitarse, un cuenco, jabón, un peine, un cepillo para el pelo y otro de dientes, polvos para los dientes y una estilográfica— tuve oportunidad de echar una ojeada por toda la tienda.

Las paredes estaban cubiertas de carteles publicitarios: «Tinte para el Pelo Damschinsky», «Calmante-Tónico-Cura Orangeine», «Bromo-Quinina para los Resfriados», «Apio / Cura el Estreñimiento»; este último problema debe de ser común aquí, teniendo en cuenta cómo come la gente. Había decenas de otros artículos, pero tampoco voy a enumerarlos todos; esto no es un documental de historia sino mi propia historia. Basta con decir que las estanterías y las vitrinas estaban a reventar de botellas y cajas de todas las formas y tamaños.

Cuando miré el reloj de la pared me sorprendió comprobar que pasaban once minutos de las nueve. Apresurado, le pregunté al dependiente si por allí cerca había algún lugar donde pudiera comprar algo de «ropa íntima de caballero»; utilicé esa misma expresión (supongo que, en el fondo, una parte de mí se siente victoriana).

Además, quizá me excedí porque el muchacho pareció aguantarse la risa mientras me explicaba que había un «Mundo del Caballero» al lado de la tienda, sólo que aún no había tenido tiempo de encender las luces.

Enseguida me compré un traje interior y calcetines y después, en el último momento, una camisa blanca; después saqué mi billete de diez dólares y lo puse sobre el mostrador.

—Hmm... —gruñó el dependiente—. Hacía tiempo que no veía uno de estos.

Oh, Dios mío, pensé; ¿habría comprado el dinero equivocado? Empezaba a ponerme nervioso. Sabía que se suponía que firmaría en el registro a las nueve y dieciocho, por lo que sentí la creciente angustia de que si no conseguía hacerlo exactamente en ese momento sucedería algo terrible, que los criminales que sostenían mi presencia en 1896 se desmoronarían como un castillo de naipes.

Por fortuna, el dependiente no prestó mayor atención al billete, me envolvió la compra y me dio el cambio. A pesar de la ansiedad que me asfixiaba no pude evitar asombrarme por el hecho de que el precio total de todo lo que había comprado no llegaba a cinco dólares. Salí de la tienda sacudiendo la cabeza y recorrí el pasillo como una centella de camino a las escaleras.

Para entonces me encontraba ya tan nervioso ante la posibilidad de no registrarme a tiempo que subí los escalones de dos en dos, atravesé la Rotonda dando rápidas zancadas y me detuve ante el mostrador de recepción, con el corazón a punto de estallarme. Una rápida mirada al reloj me indicó que eran justo las nueve y cuarto.

El recepcionista se acercó a mí y le pedí una habitación.

—Cómo no, señor. ¿Acaba de llegar? —quiso saber. Por la manera en que su desdeñosa mirada revoloteaba sobre mí, supe que hizo aquella pregunta con más altanería que curiosidad; mi aspecto le debió de parecer bastante desaliñado.

Me quedé perplejo ante la facilidad con la que mentí; se me ocurrió una historia espontáneamente, sin que mi voz, mis gestos ni la forma de expresarme desenmascararan mi mentira. La pasada noche, cuando llegué, estaba tan enfermo que me vi obligado a dormir en la habitación de otra persona y hasta ahora mi estado físico no había sido lo bastante bueno para reservar una habitación propia.

Puede que al recepcionista mi cuento no le sonara tan convincente como yo pensaba pero, al menos, no se sintió tan seguro como para seguir indagando. Se retiró, miró las casillas de las llaves, regresó al poco y puso sobre el mostrador una llave con etiqueta.

—Aquí tiene —dijo—. Una individual; tres dólares por noche; privilegios de cuarto de baño aparte. ¿Le importaría firmar en el registro, señor? —Me alargó una pluma.

Me quedé desconcertado contemplando la llave. Era para la habitación 420. De repente, me volví a sentir desorientado; ver aquella llave me despojó al instante de toda la confianza en mí mismo que pensaba que había adquirido hasta ahora.

—Er... ¿Está seguro? —mascullé por fin.

—¿Señor?

No sé por qué aquel momento me pareció tan espantoso. Estaba allí, en 1896. Iba a reunirme con Elise a la una en punto y, pese a que todavía quedaba mucho camino por recorrer, nuestra relación estaba tan asentada como cabía esperar. No obstante, las posibles consecuencias de un número de habitación distinto me trastornaron hasta tal punto que me vi paralizado de miedo.

—¿Está seguro de que esa es la buena? —pregunté. Me temblaba la voz y sabía que hablaba demasiado alto.

—¿La buena, señor? —El recepcionista pensó que estaba mal de la cabeza.

Dios sabe qué habría dicho o hecho de no haber aparecido en aquel momento otro recepcionista que viera la llave y la cogiera por casualidad.

—Oh, disculpe, señor Beals —dijo—. Esta habitación ya está reservada. Olvidé dejar el aviso en

la casilla.

No pude reprimir un sonoro suspiro de alivio. El recepcionista que me había atendido hasta entonces miró irritado a su compañero y, después de dedicarme una mirada que me puso nervioso, fue a por otra llave. En aquel momento me di cuenta de lo vulnerable que era ante cualquier suceso que tuviera que ver con mi viaje a través del tiempo. No sabía cuándo desaparecería aquella sensación de vulnerabilidad pero sin duda era mi inseparable y, quizá, mortal compañero.

El recepcionista volvió, todavía con aquella expresión de recelo en la cara. Pensé que si aquella llave tampoco era la correcta querría que me tragase la tierra.

En cuanto vi el número de la llave no pude contener otro suspiro, acompañado esta vez de una sonrisa involuntaria. *Bingo*, pensé. Mis nervios se disiparon cuando el recepcionista cogió y me alargó la pluma.

La cogí y miré la página que tenía bajo mis narices. Me emocioné otra vez, como cuando le di la mano a Babcock. Entonces recordé que un día este lujoso registro acabaría, ajado y cubierto de una espesa y cenicienta capa de polvo, en aquella asfixiante habitación del sótano donde yo volvería a airear sus páginas.

Dejé de pensar en eso y leí el último nombre de la página: «Canciller L. Jenks y esposa, San Francisco». Me empezó a temblar la mano cuando me di cuenta de que, si no firmaba inmediatamente, todavía podía llegar tarde. Aquella idea me espeluznaba. No tenía más que quedarme allí sin hacer nada para que todo se fuera al traste. *Lo inquietante de las estrellas*, pensé, sin recordar dónde lo había leído.

Miré cómo mi mano escribía «R. C. Collier, Los Ángeles». Las consecuencias de aquello también me preocupaban. Debería haber puesto «Richard Collier». Así era como había firmado siempre. En 1971 había visto mi nombre escrito de una forma muy atípica, de modo que al regresar al momento de firmar copié lo que había visto setenta y cinco años después de que la firma se convirtiera en un enigma tan relacionado e interrelacionado que me mareaba.

—Gracias, señor —dijo el recepcionista. Dio la vuelta al libro y vi cómo escribía «Habitación 350» y la hora. Doble bingo, pensé, tiritando.

—¿En qué habitación tiene su equipaje, señor? —preguntó el recepcionista—. Ordenaré que se lo recojan.

Me quedé mirándolo mientras él esperaba que le respondiera. Sonreí; debió de notarse a una legua que era una sonrisa de lo más artificial.

—No importa —contestó R. C. Collier—. Ya lo recogeré yo mismo. No es tanto. —*Como que no existe*, pensé.

—Muy bien, señor. —El recepcionista volvió a sospechar pero como ahora yo era un huésped no le convenía que se le notara. Chasqueó los dedos (lo que me sobresaltó) y enseguida apareció un botones. El señor Beals le dio la llave y el botones me saludó con la cabeza.

—Por aquí, señor —me indicó.

Me condujo hasta el ascensor y entramos. Se cerró la puerta, entre escalofriantes chirridos, y nos pusimos en marcha. Mientras subíamos, el botones y el operador charlaban sobre las luces eléctricas que habían instalado hacía poco en el ascensor. Yo no me había fijado porque me quedé pensando en el arriesgado estado en que todavía me encontraba. Creía que sus efectos ya no me influían tanto pero entonces supe que era más peligroso que nunca. Psíquicamente, caminaba por la cuerda floja. En

cualquier momento podía ocurrir cualquier cosa (una palabra, un suceso, incluso un pensamiento) que desmoronara todos mis planes. Un derrumbamiento de ese calibre sólo podría tener una consecuencia: el regreso a 1971. Lo tenía muy claro y me daba pánico.

Al llegar a la tercera planta salimos del ascensor y el botones (olvidé mencionar que, al igual que el primero, más que un muchacho parecía un bisonte) me condujo por la veranda hacia la parte del hotel que daba al mar. Vi dos palomas de cola de abanico saltando por la escalera de la calle hacia la cuarta planta, dejando pequeñas huellas a su paso, y recuerdo que el botones dijo algo acerca de que pertenecían a la gobernanta y que el señor Babcock se ponía de muy mal humor por los estropicios que ocasionaban.

Cuando íbamos otra vez por el pasillo interior, vi que había un periódico en el suelo, a la puerta de una habitación; lo cogí, fingiendo no darme cuenta de que el botones me estaba viendo. De nuevo el *déjà vu* (al revés, por supuesto). El diario era el *San Diego Union*.

El pomo de la puerta de la habitación 350 era de metal oscuro con grabados florales. Lo observé mientras el botones desbloqueaba la cerradura con su llave maestra y abría la puerta. Por un momento me acordé de la habitación de la que había salido a golpes la tarde del día anterior y me pregunté si ya habrían resuelto el misterio.

El botones me extendió la etiqueta ovalada de la llave, que era de color marrón rojizo, y preguntó:

—¿Ordena algo más, señor?

—No gracias. —Le di veinticinco centavos, creyendo que sería lo normal; quizá me pasé. Pareció mirar la moneda un poco extrañado mientras se daba la vuelta y murmuraba:

—Gracias, señor.

—Espera, sólo una cosa más. —Acababa de tener una idea. El botones se detuvo y se giró—. ¿Puedes esperar aquí un minuto?

—Sí, señor.

Cerré la puerta y, apresurado, me quité la chaqueta y los pantalones, obligado a quitarme corriendo las botas antes de poder sacármelos. Me acerqué a la puerta y le di la ropa al botones.

—¿Podrán lavármela y devolvérmela antes de una hora? —pregunté.

—Sí, señor. —Su voz resonó por todo el pasillo. No sé qué pensaría. ¿Un huésped del Hotel del Coronado que sólo utiliza un traje? Que Dios nos ampare.

En cuanto se hubo marchado, examiné toda la habitación.

Era pequeña, no le eché más de tres metros y medio por cuatro. Tenía los muebles precisos: una cama de madera oscura y su mesilla de noche, rectangular, con dos cajones, colocada sobre un pesado pedestal de cuatro patas; una enorme cómoda oscura cuyas patas parecían las garras de algún animal; una silla de mimbre y un espejo con un marco de estilo rococó que colgaba de la pared, sobre la cómoda. Puesto que no había lámparas, la iluminación provenía de unos focos colocados en el techo similares a los de la habitación donde me desperté el día anterior. La chimenea quedaba en la esquina derecha del fondo, según se entraba a la habitación. ¿Olvido algo? Ah, sí; una escupidera de porcelana aguardando con paciencia junto a la silla de mimbre, paradigma de la elegancia de *fin de siècle*. Debí haberle regalado mi mejor escupitajo.

Antes de quitarme el traje, tiré sobre la cama el paquete con la compra. Lo cogí y me acerqué a la cómoda; lo abrí y saqué los artículos, colocándolos uno a uno sobre el mueble. Después, cuando me fijé en el ruido del oleaje, me asomé a la ventana.

Una vez más, me sorprendió lo cerca que estaba el hotel del mar. La marea estaba alta, las crestas blancas rompían en la arena con un siseo constante. Vi un hombre en el rompeolas; un huésped del hotel, supuse. Llevaba un sombrero de copa y un abrigo largo y fumaba un imponente puro con la vista perdida en el mar; huelga decir lo corpulento que era. Al parecer había un barco anclado a la entrada de la bahía.

Miré a la derecha y vi la playa en que Elise y yo nos encontramos por primera vez. Me quedé mirándola largo rato, pensando en ella. ¿Qué andaría haciendo? El ensayo estaba a punto de empezar. ¿Estaría pensando en mí? Sentí un hambre repentina de Elise e hice cuanto pude por contenerme. Todavía debía sobrevivir sin ella durante tres horas y media más. Nunca lo conseguiría si no dejaba de darle vueltas a cuánto la necesitaba.

Así pues, me dirigí hacia la cómoda, cogí pluma y papel del primer cajón y continué mi relato de cuanto había acontecido.

Ahora estoy sentado en la cama, vestido sólo con mi nueva y flamante ropa interior (la cual no calificaría de demasiado insinuante) mirando el *Union*, leyendo las noticias del día que, ayer (mi ayer), formó parte del lejano pasado.

Sin embargo, a pesar de lo interesante que resulta eso, debo decir que las noticias en sí no parecen tan emocionantes. Los detalles acerca de la vida en 1896 son sobriamente familiares. Aquí, por ejemplo, viene un titular: A dmitió su culpabilidad / U n pastor confiesa haber intentado asesinar a su esposa / Envenenándola. Subtítulo: El Indeseable es Sentenciado a Seis Años de Prisión. Eso es lo que yo llamo periodismo objetivo.

Los demás titulares son también señal de que 1896 y 1971 distan mucho cronológicamente pero también de que van muy parejos en las cosas del día a día: E l fin de un político / Muerte de un Ciudadano de Denver en Nueva York. U na fatal caída / Se Derrumba una Plataforma sobre la que Había Treinta Personas. Y mi favorito: D evorado por los caníbales.

Un pequeño artículo me dejó intrigado o, más bien, helado. Dice así, íntegramente: «Krupp, el fabricante prusiano de armamento, disfruta de unos ingresos de 1.700.000 dólares al año. De esta manera pueden inflarse las arcas de los fondos de corrupción de determinados países».

Tengo que dejar de pensar en todo eso; me enfrento a los aspectos más oscuros de lo que ahora es el futuro para mí. Podría ser peligroso. Debo intentar vaciar mi mente. Así ya no sabré más que nadie acerca de esta época. Es la única salida; estoy seguro. La clarividencia sería un tormento. A menos, imagino, que «patente» algo y me haga increíblemente rico. Como el imperdible, por ejemplo.

No. Olvidémonos también de eso. No debo entrometerme en el curso de la historia más de lo que ya lo he hecho. Deja ya el periódico, Collier. Piensa en Elise.

Debo tener esto muy presente: mi vida, en estos momentos, es muy sencilla. Ya no tengo el lastre de un «pasado». Sólo tengo una necesidad: conquistar a Elise. Todas las demás cosas que podría hacer son algo secundario para mí.

Con ella es distinto. Quizá el hecho de que yo me cruzase en su camino la haya descolocado pero, aparte de eso, Elise sabe muy bien lo que quiere hacer con su vida. Durante veintinueve años, ha ido trazando el curso de su vida, si es que no lo tenía trazada desde el principio. A partir de ahora yo podría ser una juguetona brisa pero es la corriente la que sigue marcando el rumbo de su barco, el soplo de los vientos de la vida todavía hace ondear sus velas. Es un símil pésimo, pero vale. Lo que intento decir es que los detalles de su existencia siguen ahí, mientras que los de la mía han

desaparecido. Elise tiene que vivir con ellos al tiempo que aprende a vivir conmigo. En consecuencia, no debo presionarla demasiado.

Cuando el mozo me subió el traje recién planchado, me puse los pantalones y las botas, cogí mis cosas de afeitar, el cepillo de dientes y los polvos y salí hacia el cuarto de baño que había al fondo del pasillo.

Una vez allí, procedí a dejarme la cara hecha una máscara de jirones sangrientos. A pesar de mi deseo de no volver a 1971, ahora me lamento: ¡Mi reino por una maquinilla eléctrica!

Mientras seguía con mi encarnizado afeitado, con sangre brotando de once cortes distintos mientras la navaja de afeitar iba abriendo un duodécimo, me empecé a preguntar muy en serio qué sucedería primero: que terminara con aquella orgía de piel y sangre o que necesitara una transfusión masiva. Si no se me hubiera notado tanto la sombra de la barba —sabía que a Elise no le gustó cuando se fijó, a pesar de que fue demasiado educada para decírmelo— me hubiera dado por vencido.

Otra idea. Quizá al final acabe por dejarme barba. Sin duda en esta época resulta muy oportuno y me ayudaría a fabricarme una imagen distinta, tanto para mí como para los demás.

En cualquier caso, me maldije entre dientes a mí mismo por no haberseme ocurrido antes practicar el afeitado con navaja de barbero. Es una habilidad que cuesta desarrollar, aunque estoy seguro de que con el tiempo puedo llegar a dominarla si Elise prefiere que me afeite.

Me empecé a desternillar cuando me vi la cara en el espejo, tallada a golpe de navaja. Al final, tuve que parar si no quería rajarme el cuello. Me vi llamando a la puerta de la habitación 527 y preguntando a quien se alojara allí que me diera un puñado de parchecitos para los cortes. Imaginar la cara que pondría aquel hombre si se lo pidiera y si le contara que había sido yo el que había destrozado su navaja de afeitar con la jamba de la puerta no hacía más que empeorar mi ataque de risa. Supongo que era una forma de relajarme. Con todo, parecía suicida, por así decirlo, estar allí zangoloteando con mi mano paralítica aquel arma asesina. Para cuando dejé de reírme y terminé con aquella chapuza, una red de hilos de sangre había cubierto mi rostro despellejado. Me lavé la cara.

Cuando salí, había un hombre esperando en el pasillo; había olvidado que no era un cuarto de baño privado. Seguramente estaría de mal humor después de llevar tanto rato esperando. Quizá también me había oído reírme, pues mientras yo salía me miraba con el mismo desdén que el cuidador de un zoológico miraría a una bestia repugnante. Intenté mantener la compostura, pero en cuanto lo dejé atrás se me escapó un resoplido por la nariz y seguí andando a trompicones hacia mi habitación, perseguido, sin duda, por su mirada enfurecida.

De vuelta en mi habitación, me puse la camisa limpia, me anudé la corbata, limpié las botas con la camisa sucia y me peiné; con un peine resultaba más sencillo. Me miré al espejo. *No estás demasiado atractivo*, R. C., pensé al ver las costras de sangre seca que me cubrían el rostro como si fueran las cordilleras de un mapa topográfico. «Lo hice por ti, Elise», le dije al descascarillado reflejo, que me sonrió como el loco enfermo de amor que era.

Salí de la habitación sin saber qué hora era, pero estaba seguro de que aún faltaba mucho para la una; quizá ni siquiera era mediodía. Fui hasta la puerta de la calle y salí a la veranda al aire libre.

Me quedé allí un buen rato, contemplando el exuberante Salón Abierto, que quedaba abajo, dejando que la atmósfera de 1896 penetrara en mí y me hiciera efecto. Cada vez estoy más convencido de que el secreto para viajar en el tiempo es pagar un precio, que es acabar perdiendo la noción del tiempo. Mi intención es perder lo antes posible cuanto sé de «aquel otro año».

Mi anhelo de Elise me estaba mortificando tanto que no pude resistirlo. Bajé las escaleras, atravesé la Rotonda para llegar a la entrada del salón de baile y me quedé allí, escuchando. En el interior resonaba una voz con la artificialidad del diálogo teatral, por lo que deduje que aún seguían ensayando. Quería colarme, sentarme en la última fila y mirarla pero me aguanté. Me había pedido que no fuera y sus deseos eran órdenes para mí.

De regreso al Salón Abierto, me senté en una mecedora y me quedé mirando la fuente, viendo cómo el agua caía a chorros sobre la náyade. Pensé que si podía retroceder setenta y cinco años en el tiempo, ¿por qué no iba a poder viajar hacia delante una hora y media? Enfadado conmigo mismo, me quité aquella idea ridícula de la cabeza. Me miré el dorso de la mano izquierda, sorprendido de que un mosquito se hubiera posado en ella. ¿En noviembre? Lo aplasté con la mano derecha y me froté los restos. Me pregunté si no habría cambiado el curso de la historia, ya que aquello me hizo recordar la fábula de Bradbury sobre cómo se puede cambiar el destino machacando una mariposa.

Solté un suspiro y meneé la cabeza. Debería echar una cabezada; ésa era otra forma de viajar en el tiempo. Ya no tenía miedo de dormirme, así que cerré los ojos. Sabía que haría mejor dando una vuelta y familiarizándome con este nuevo mundo pero no tenía ganas. Estaba un poco cansado. Después de todo, me había levantado temprano para anotarlo todo. Me pesaban los párpados. Relájate, queda mucho tiempo, me dije a mí mismo. Una siesta te vendrá muy bien ahora. A pesar de todos los sonidos del entorno, no pude evitar dormirme.

Sentí una mano sobre mi hombro y abrí los ojos. Elise estaba delante de mí, despeinada y con la ropa toda desgarrada.

—Oh, Dios mío, ¿pero qué te ha pasado? —pregunté aturdido al verla allí.

—Quiere matarme —dijo con un roto hilo de voz. Me va a matar.

Iba a responderle cuando dio un grito y echó a correr por el Salón Abierto hacia la entrada norte del hotel. Me giré y vi a Robinson corriendo hacia mí con un bastón en la mano y con el negruzco flequillo colgándole sobre los ojos. Me quedé inmóvil, viéndole acercarse.

Para mi sorpresa, pasó de largo, tan resuelto a atrapar a Elise que ni siquiera me vio. Me puse en pie de un salto.

—¡No puedes hacer eso! —grité y salí corriendo tras ellos. Ya se habían alejado demasiado.

Salí como un rayo por la entrada lateral y bajé las escaleras hasta el aparcamiento para buscarlos. *Espera*, pensé; no podía ser un aparcamiento. Tuve que saltar para no pisar un grupo de ratones blancos que correteaban por el suelo. Entonces vi a Robinson persiguiendo a Elise por la playa.

—¡Que Dios se apiade de ti si le haces daño, Robinson! —grité. Lo mataría si le tocaba un pelo.

Entonces llegué a la playa e intenté correr por la arena, pero fui incapaz. Vi cómo sus siluetas se hacía cada vez más diminutas. Elise corría muy cerca del agua. Vi que una ola muy grande se iba a abalanzar sobre ella y grité para avisarla. No me oyó. ¡Tiene tanto miedo de Robinson que no sabe lo que hace!, pensé. Me esforcé por correr más deprisa, pero apenas podía arrastrar los pies.

Elise parecía correr directamente hacia la ola, que se la tragó rugiendo y liberando espuma en todas direcciones. Se me doblaron las piernas y me caí en la arena. Levanté la cabeza y miré horrorizado toda la playa. Robinson también había desaparecido. El mar se los había llevado a los dos.

Sentí una mano sobre mi hombro y abrí los ojos. Elise estaba delante de mí.

Por un momento, no supe distinguir entre sueño y realidad. Debí de quedarme mirándola

extrañado porque dijo mi nombre alarmada.

Miré alrededor esperando ver aparecer a Robinson corriendo hacia nosotros. Como no lo vi, volví a mirar a Elise, y solo entonces me di cuenta de que había tenido una pesadilla.

—Dios... —murmuré.

—¿Qué te pasa?

Me quedé sin aliento.

—Un sueño... —dije—. Una pesadilla espantosa... —Me interrumpí al darme cuenta de que todavía seguía sentado, y me puse de pie enseguida.

—¿Qué le ha ocurrido a tu cara? —preguntó horrorizada.

Al principio no sabía a qué se refería, después se me encendieron las luces.

—Me temo que no se me da muy bien lo de afeitarme —dije.

Me miró a los ojos con incredulidad; su mirada era la de una mujer que acababa de descubrir que su pareja había perdido la razón. ¿Un hombre que a su edad no sabe afeitarse?

—¿Y tú qué tal? —pregunté—. ¿Estás bien?

Asintió tan levemente con la cabeza que apenas me pareció una respuesta.

—Sí, pero vamos a dar un paseo —dijo.

—Desde luego. —La cogí del brazo sin pensarlo y, entonces, al ver que me miraba extrañada, la solté y le ofrecí mi brazo. Cuando íbamos andando por el paseo hacia la entrada norte, vi cómo miraba por encima del hombro. Sentí un escalofrío al recordar mi pesadilla con todo detalle—. ¿Te escondes de alguien? —pregunté intentando sonar divertido.

—En cierto modo —respondió.

—¿Robinson?

—Por supuesto —murmuró, volviendo a mirar por encima del hombro.

Al llegar a la puerta lateral, la abrí para que Elise saliera primero. Ahora brillaba un poco el Sol, calentando el ambiente. Mientras bajábamos por las escaleras vi a mi izquierda un grupo de trabajadores chinos barriendo las hojas secas y los hierbajos del Paseo del Mar; cogían montones entre los brazos y los bajaban a la playa, donde había otro grupo quemándolos.

Cuando llegamos al final de la escalera, Elise dijo:

—¿Y si tomamos este camino? —sugirió señalando hacia Orange Avenue; entonces tuve la impresión de que estaba más acostumbrada a tomar la iniciativa que a dejarse llevar. Seguimos andando por el paseo que daba la vuelta a la cara este del hotel.

—¿Cómo ha ido el ensayo? —pregunté. De todas las preguntas que le podría haber hecho probablemente aquella era la más inapropiada.

—Pésimo.

—¿Tan mal?

—Tan mal —suspiró.

—Lo siento.

—Fue culpa mía —dijo—. La compañía lo ha hecho muy bien.

—¿Y el señor Robinson?

Forzó una sonrisa.

—Digamos que no derrocha empatía —admitió.

—Lo siento otra vez —le dije—. Seguro que fue culpa mía.

—No, no. —No sonaba demasiado convincente—. Siempre ha sido así.

—Es sólo que se preocupa por tu carrera —dije.

—Eso es justo lo que él me dice siempre —contestó—. Me lo ha repetido tantas veces que he perdido la cuenta.

Me hizo sonreír.

—Será que es verdad.

Elise me miró sorprendida al oírme hablar bien de Robinson a pesar de lo mal que me había tratado. ¿Acaso podía hacer otra cosa? Para Robinson la carrera de Elise era sagrada; yo lo sabía mejor que ella. Otra cosa era que hubiera cierta implicación personal por parte de Robinson, de lo cual no me cabía la menor duda.

—No sé, supongo que sí —dijo—. Pero hay veces que parece un tirano. Será un milagro si mañana sigo teniendo representante, después de todo lo que nos hemos dicho.

Sonreí y asentí pero en realidad sentí celos por aquella relación tan larga que mantenían, por mucho que se basara más en las rencillas que en la comprensión. Puede que le diese demasiada importancia a los vínculos que los unían. No consigo imaginarme a Elise enamorada de Robinson, aunque a este sí que podía verlo adorándola desde una distancia «prudencial» y convirtiendo esa devoción secreta en una especie de tiranía sobre la vida de Elise.

De repente, me soltó el brazo y volvió a sonreír, esta vez con los ojos brillantes, y, eso sí que no me lo esperaba, con cariño.

—Pero no estoy siendo una compañía muy divertida —se disculpó—. Perdóname.

—No hay que perdonar —dije devolviéndole la sonrisa.

Me miró con avidez mientras seguimos caminando hasta que, con un quejido de remordimiento, se apartó.

—Ahí voy otra vez —dijo.

Se dio la vuelta con agilidad.

—Richard, me pregunto si de verdad eres consciente de lo excepcional que es el hecho de que hable contigo con tanta confianza —dijo—. Nunca antes me había comportado así con un hombre. Quiero que sepas que para ti es un gran cumplido que yo pueda hacer esto.

—Y yo quiero que sepas que puedes hablar conmigo de cualquier cosa —contesté.

De nuevo aquella mirada. Sacudió la cabeza desconcertada.

—¿Qué? —pregunté.

—Te he echado de menos —respondió. Su voz titubeante me hizo sonreír.

—Qué extraño —contesté. La miré con adoración—. Yo no te he echado nada de menos.

Su sonrisa brilló aun más y me volvió a soltar el brazo. Entonces, como si necesitara expresar toda su alegría de golpe, miró hacia delante y exclamó:

—¡Ahh, mira!

Volví la cabeza y vi un grupo de hombres y mujeres montados en bicicleta en el camino de la entrada del hotel, en dirección a Orange Avenue. No pude contenerme la risa porque era una imagen tan divertida como curiosa. Todas las bicicletas tenían una rueda del diámetro del neumático de un camión (unas delante y otras detrás) y otra tan pequeña como las ruedas del triciclo de un niño. Esa era la parte divertida. Lo curioso es que sobre cada bicicleta iba una pareja; los hombres llevaban pantalones cortos y gorra o sombrero mientras que las mujeres vestían falda larga y blusa o suéter,

aparte de sombrero tipo gorra. En todos los casos, la mujer iba delante, aunque no siempre contribuían al pedaleo. Siete parejas en total que se alejaban del hotel en fila discontinua, charlando y riendo.

—Parece divertido —dije.

—¿Nunca has montado en bicicleta? —me preguntó Elise.

—Nunca... —Me interrumpí antes de decir «Nunca en bicis como esas»... por la ciudad —me inventé—. Pero me encantaría dar una vuelta en bicicleta contigo.

—Puede que lo hagamos —dijo, y entonces conocí la emoción de oír de labios de la persona amada la promesa insinuada de pasar más momentos juntos en el futuro.

Me fijé en que Elise llevaba la falda y las enaguas recogidas con la mano derecha mientras caminaba y en ese momento me di cuenta de que en 1896 todas las mujeres que iban andando por la calle sólo podían utilizar una mano porque la otra no podía dejar nunca que los dobladillos se ensuciaran con el polvo, el barro, la nieve, la lluvia o lo que fuera. Sonreí para mis adentros. Al menos eso pensé, pero Elise se dio cuenta y me preguntó por qué sonreía.

Supe de inmediato que decirle la verdad sólo serviría para recrear una atmósfera tensa, de modo que le dije:

—Me estaba acordando de la cara que puso anoche tu madre al verme.

Sonrió.

—Nunca explota —dijo—, sin embargo siempre acaba haciendo daño.

Aquello me hizo gracia.

—¿Tuvo éxito como actriz? —pregunté. En ningún libro había leído nada al respecto.

Se le fue apagando la sonrisa.

—Sé lo que estás pensando —dijo— y supongo que es normal. Pero jamás me obligó a subirme a un escenario. Me metí en este mundo de una forma muy natural.

No pretendía pisar el pantanoso terreno de la no tan aclamada madre y actriz que vive indirectamente de los triunfos de la hija exitosa, pero me callé y me limité a sonreír mientras Elise añadía:

—A su manera sí que triunfó.

—Estoy seguro de ello —dije.

Caminamos un rato sin hablar. No sentía que hiciera falta decir nada y creo que a Elise le pasaba lo mismo; quizá hasta estaba más segura de eso que yo, ahora que lo pienso. Aire fresco, silencio y la tranquilizante sensación de pasear bajo el cielo; por eso a Elise le gusta tanto andar. Le da la oportunidad de evadirse de las tensiones del trabajo.

Empecé a fantasear sobre mi futuro con Elise. Para empezar, no había ningún motivo para que yo no siguiera con ella. De acuerdo que seguía ansioso por permanecer en 1896, pero sentía que era un miedo infundado. ¿No había dormido ya tres veces sin perder el contacto? Ansioso o no, todo indicaba que a medida que transcurrieran las horas, mis raíces profundizaban más y más en esta época.

Por consiguiente, no me parecía de locos pensar que me quedaría a su lado. Con el tiempo nos casaríamos y, puesto que era escritor, me pondría a estudiar y después a escribir obras de teatro. No esperaba que Elise me ayudara a que me las produjeran. Tarde o temprano todo el mundo quería producirlas. No me cabía la menor duda de que Elise se ofrecería a ayudarme. Sin embargo, me juré que nuestra relación nunca se basaría en algo así. Nunca más me arriesgaría a ver la sombra de la duda

en sus ojos.

No me importaba que todos los libros que había leído sobre ella fuesen distintos. Ahora me divertía el haberme preocupado por interactuar en este nuevo medio, incluso sólo por haber destrozado el marco de aquella puerta. Decidí que, después de todo, la historia debía permitir cierta flexibilidad en los detalles. Porque tampoco es que pretendiera cambiar el curso de ninguna batalla de Borodino.

Entonces me llamó la atención un vagón de tren que había en un apartadero a unos cien metros de la esquina sureste del hotel. Me imaginé que podría ser el de Elise y se lo pregunté. Respondió que sí. No dije nada pero me resultó extraño ver una prueba tangible de su riqueza. Sabía que sospechaba de mí; quizá todavía sospeche, aunque creo que no. Estuve a punto de preguntarle si podía ver el vagón por dentro pero me di cuenta a tiempo de que no sería la pregunta más prudente.

Cruzamos la calzada, pasamos por una florida isleta redonda y llegamos a un claro. A nuestra izquierda había una larga barrera de madera para atar los caballos y más adelante se veía una floresta de árboles y arbustos. Nos abrimos paso a través de la maleza y llegamos a un paseo de tablas que bajaba hasta la playa de Glorietta Bay.

Cuando empezamos a bajar, miré al mar y vi el cielo azul a lo lejos, blancas nubes llevadas por el viento hacia el norte. A unos doscientos metros de nosotros se veía el museo, con su anguloso tejado, y los baños; al otro lado de la estrecha playa estaba el cobertizo de los botes, conectado con los otros dos edificios por otro paseo de tablas. Más adelante, a nuestra derecha, se extendía la inmensa estructura de hierro, adentrándose tétricamente en el mar, formada por lo que parecían uves invertidas y con media docena de hombres y una mujer encima, pescando. La playa era muy estrecha (no más de diez metros de ancho) y no estaba muy bien cuidada, pues estaba cubierta de algas, conchas y algo que parecía ser basura, aunque me extrañaba que lo fuera.

Después de caminar unos setenta metros más, nos detuvimos junto a la valla del paseo y miré la mar revuelta. El viento del mar soplaba fuerte y un poco frío, y hacía que se nos posaran en la cara minúsculas y delicadas partículas de espuma.

—¿Elise? —dije.

—¿Richard? —Imitó tan bien mi tono que me hizo sonreír.

—No hagas eso —le pedí con falsa severidad—. Tengo algo importante que decirte.

—*Vaya* por Dios.

—Bueno, no tan importante que no puedas soportarlo —le aseguré, aunque luego perdí un poco de credibilidad al añadir:

—Espero.

—Eso espero y o también, señor Collier —dijo.

—Esta mañana, mientras hemos estado separados, he estado pensando acerca de nosotros.

—¿Ah? —Ya no sonaba tan chistosa, de hecho parecía nerviosa.

—Y me he dado cuenta de lo desconsiderado que he sido.

—¿Desconsiderado por qué?

—Por creer que debía obligarte...

—No sigas.

—Por favor, déjame acabar —insistí—. No es tan terrible.

Me miró preocupada y después suspiró.

—De acuerdo.

—Lo que quiero decir es que sé que necesitas tiempo para hacerte a la idea de que yo pase a formar parte de tu vida, así que voy a darte todo el tiempo que necesites. —Al darme cuenta de lo arrogante que había sonado eso, añadí sonriendo:

—Siempre que aceptes que a partir de ahora seré parte de tu vida.

Mal momento para hacer bromas. Elise miró al mar, de nuevo con aquella expresión de agobio. Santo cielo, *¿por qué no aprenderé a callarme la boca?*, pensé.

—No pretendo presionarte —dije—. Perdóname si lo hago.

—Por favor, déjame pensar —respondió. No era ni una orden ni un ruego, sino una mezcla de ambos.

La tensión no desapareció ni siquiera cuando pasaron dos hombres hablando sobre el aspecto deplorable de la playa. Gracias a ellos me enteré de que aquello que vi era basura. La gabarra de los desperdicios del hotel no solía llegar a algo que llamaban el «punto de lastre». Por tanto, todos los «detritus vertidos» regresaban arrastrados por el mar para «deslucir costa».

Miré bruscamente a Elise.

—¿Tienes que irte esta noche? —pregunté.

—El día veintitrés tenemos que estar en Denver —contestó. No respondía a mi pregunta pero serviría.

Alargué el brazo, le cogí la mano y la apreté fuerte.

—Perdóname otra vez —le rogué—. No he acabado de decirte que no te quiero presionar cuando ya lo estoy haciendo de nuevo. —Sentí una punzada de desasosiego cuando se me ocurrió que la expresión «presionarte» podría sonarle muy rara.

Mi inquietud se acrecentó cuando empezamos a caminar hacia el hotel. Quería decir algo para recuperar la sensación que habíamos tenido mientras habíamos caminado en silencio, pero no se me ocurrió nada que no agravara todavía más la situación.

Nos cruzamos con una pareja. El hombre llevaba una larga levita negra, sombrero de copa, bastón y un puro en la boca; la mujer vestía un vestido largo azul con una gorra a juego. Nos sonrieron al llegar a nuestra altura; el hombre dobló hacia atrás el ala de su sombrero y dijo:

—Esperamos ansiosos la actuación de esta noche, señorita McKenna.

—Muchas gracias —contestó Elise. Entonces me sentí aun peor, porque aquello me hizo recordar, por enésima vez, que me había enamorado de nada menos que de una «célebre actriz americana».

Me devané los sesos para decir algo que aliviara aquella creciente sensación de alejamiento.

—¿Te gusta la música clásica? —pregunté. Cuando me respondió que sí, le dije de inmediato:

—A mí también. Mis compositores preferidos son Grieg, Debussy, Chopin, Brahms y Tchaikovsky.

Error. Por la manera en que me miró supe que debería haber cerrado el pico; más que un melómano parecía un pretendiente demasiado bien informado.

—Sin embargo, ninguno de ellos iguala a Mahler —añadí.

Al principio se quedó muda. La miré durante unos segundos antes de que su respuesta me hundiera la moral.

—¿Quién?

Me quedé atónito. Había leído que Mahler era su favorito.

—¿Nunca has oído nada de Mahler? —pregunté.

—Nunca he oído su nombre —respondió.

Volví a sentirme perdido. ¿Cómo era posible que Elise no supiera nada de Mahler cuando aquel libro decía que era su compositor preferido? No reaccioné hasta que se me ocurrió que, quizá, fui yo quien le dio a conocer la música de Mahler. Si esto fuera cierto, ¿pasaríamos más tiempo juntos o el tema de Mahler quedaría ya zanjado?

Me encontraba inmerso en este dilema cuando Elise me miró y sonrió; no era en absoluto una sonrisa de enamorada, sin embargo me infundió ánimo.

—Lo siento si he estado un poco distante —se disculpó—. Es que estoy tan confundida. Como si tuviera que caminar en dos direcciones al mismo tiempo. Las circunstancias de nuestro encuentro y esa parte de ti que no alcanzo a comprender y que tampoco me puedo sacar de la cabeza me empujan hacia un camino. Mi... bueno... desconfianza hacia los hombres me empuja hacia otro.

—Te seré sincera, Richard. Durante años me han cortejado muchos hombres; a los que no he hecho el menor caso, debo añadir. Contigo... —Se le apagó un poco la sonrisa— me resulta tan complicado que me cuesta creer que sea la misma persona que siempre he sido. —Vaciló, después prosiguió—. Sé que comprendes que las mujeres están hechas para sentirse inferiores en lo que se refiere a logros objetivos.

Aquello me dejó de piedra. No sólo era incongruente sino que lo decía alguien que en 1896 apoyaba el movimiento por la liberación de la mujer.

—Por lo tanto —continuó—, las mujeres quedan relegadas a un estado de subjetividad; es decir, a dar más importancia al «yo» de la que debería tener; se preocupan por la imagen y lo vano en vez de cultivar la mente y sus capacidades.

—Yo he escapado a todo eso gracias a que he triunfado como actriz... a costa de una respetabilidad básica. En el teatro los hombres desconfían de las mujeres. Ponemos su mundo en peligro cuando tenemos éxito. Incluso cuando nos elogian por nuestros logros lo hacen a la manera en que los hombres siempre han alabado a las mujeres. Los críticos siempre escriben sobre las actrices exaltando su encanto o su belleza, sin mencionar nunca su capacidad para meterse en el personaje. A menos, claro, que la actriz en cuestión sea lo bastante mayor para que la crítica no pueda hablar de otra cosa.

Mientras Elise hablaba, dos sentimientos se enfrentaban en mi interior. Uno era la comprensión de todo lo que Elise estaba diciendo. El otro era una especie de pavor a quedar desprotegido de repente ante la profundidad de aquella mujer de la que me había enamorado. Sin duda, no podía haber atisbado dicha profundidad en una fotografía desvaída y, aun así, Elise posee eso que busco más que nada en una mujer: una individualidad progresista contenida por un carácter discreto. Seguí escuchándola fascinado.

—Al igual que el resto de las actrices, —continuó—, estoy limitada por el hecho de que los hombres exigen que sólo se muestren los atributos aceptables de la mujer. He interpretado a Julieta pero no he disfrutado haciendo el papel porque nunca me han permitido mostrarla como un ser humano atormentado, sino sólo como una dulce jovencita que suelta floridos discursos.

—Lo que intento decir es que, dada mi condición de mujer y, en concreto, de actriz, con el paso de los años he ido tejendo una red de defensa emocional frente a la actitud de los hombres. Mi

riqueza no ha hecho más que engrosar esa red, añadiendo otra capa de sospecha cada vez que se me acerca un hombre. Así que entiéndeme, por favor, compréndeme: el hecho de que haya pasado contigo todo este tiempo es, teniendo en cuenta mi pasado, un milagro de dimensiones insospechadas. Haberte confesado esto es algo que trasciende lo milagroso.

Suspiró.

—Siempre he intentado mantener ocultas mis preferencias porque, como mujer, sentía que se interpondrían en mi camino, que empaparían de credulidad una mente que necesitaba mantenerse firme y despierta; en definitiva, que me harían vulnerable.

—A pesar de todo, sólo puedo atribuir mi comportamiento contigo a esa debilidad. Siento —y eso sí que no puedo evitarlo— como si estuviera envuelta en algún misterio inefable; un misterio que me asola más de lo que puedo explicar y, sin embargo, al que no quiero dar la espalda. —Sonrió con tristeza—. No sé si tiene sentido nada de lo que he dicho.

—Todo cuadra, Elise —dije—. Comprendo... además respeto mucho... cada palabra que has dicho.

Gimió como si le hubieran liberado de un peso insoportable.

—Bueno, hemos avanzado algo —dijo.

—Elise, ¿por qué no vamos a tu vagón y hablamos sobre esto? —pregunté—. Nos estamos acercando a lo más importante, no debemos parar ahora.

Esta vez ya no vaciló. Noté que estaba muy dispuesta cuando dijo:

—Sí, sentémonos a hablar. Debemos desentrañar el misterio.

Al salir del bosquecillo de árboles y matorrales, caminamos hacia el apartadero. Frente a nosotros se alzaba un pequeño edificio blanco de madera con una cúpula en la parte superior. Al otro lado estaban las vías, con una hilera de árboles a cada lado. Pasamos por una pequeña isleta sembrada de flores y caminamos hacia el vagón, que quedaba a la izquierda. Cuando llegamos ayudé a Elise a subir por la plataforma de atrás.

Cuando abrió la puerta dijo (no en tono de disculpa sino como algo que se dice sin más):

—Está muy recargado. El señor Robinson lo diseñó para mí. Me hubiera gustado igual con una decoración más sencilla.

Su comentario no me preparó para el espectáculo que se abrió ante mis ojos. Debí de quedarme boquiabierto un buen rato.

—¡Caramba! —dije, sonando por completo antivictoriano.

Su suave risa me hizo mirarla.

—¡Caramba? —repetió.

—Estoy impresionado —me corregí.

Lo estaba de verdad. Mientras Elise me enseñaba el vagón, me sentía como rodeado de un esplendor regio. Paredes con paneles y techo taraceado. Una mullida moqueta en el suelo. Sillas ricamente tapizadas y sofás con grandes e hinchados cojines, todo en principescos tonos verdes y dorados. Las lámparas eran como las de los barcos, pensadas para que permanecieran en su sitio por mucho que se meneara el vagón. Las cortinas tenían flecos dorados por debajo. Se veía que sobraba el dinero, aunque los tonos no estaban muy bien combinados. Me alegré de que me avisara de que lo había decorado Robinson.

Más allá del compartimento del salón estaba su sala privada. Allí, la «decoración» se hacía

agobiante. Las alfombras eran naranjas, las paredes y techo acolchados; este último tenía además cierto tono dorado, las paredes eran de un púrpura regio, a juego con el morado del sofá y las sillas, recargadamente tapizados. Junto a la pared había un escritorio y una silla de respaldo recto sobre los cuales colgaba una pequeña lámpara, cubierta por una cortinilla del mismo color que el techo. Al fondo del cuarto había una puerta forrada de color claro que tenía una estrecha ventana con una cortinilla. Si antes había malinterpretado el comportamiento de Robinson hacia Elise, ahora lo tenía muy claro. Para él, Elise era una reina; sin embargo, con un poco de suerte, iba a reinar sola.

Me pregunto si aquella sensación empezó a florecer cuando nos encontrábamos junto a la puerta abierta de su habitación.

Me cuesta creer que ver una señal tan obvia como era su enorme cama de metal podía haber sido determinante en un momento como ese, después de todo lo que habíamos hablado sobre nuestra mutua necesidad de comprensión.

Por otra parte, puede que fuera precisamente ese simbólico recordatorio de la atracción instintiva entre nosotros lo que nos hizo quedarnos en absoluto silencio allí parados, el uno al lado del otro, mirando aquel sombrío compartimento.

Muy poco a poco, me empecé a girar hacia ella y, como obligada a moverse por el mismo impulso mudo, Elise, también, se giró hasta que nos miramos cara a cara. ¿Sería porque, por fin, estábamos solos del todo, ajenos a todo lo que ocurriera en el mundo exterior? No lo sé. Sólo puedo hablar con seguridad de la atmósfera de sensaciones que se formó, poco a poco pero imparablemente, a nuestro alrededor.

Levanté los brazos con el mismo cuidado con el que nos habíamos girado y la cogí por los hombros. Respiró hondo; señal del miedo que sentía o, quizá, porque reconocía su necesidad. Todavía lenta, muy lentamente, la apreté contra mí y apoyé mi frente en la suya. Sentí cómo el aroma de su respiración entrecortada me calentaba los labios; nunca en toda mi vida había sentido una tibieza tan fragante. Pronunció mi nombre, susurrándolo como si estuviera asustada.

Me retiré un poco y seguí subiendo con las manos, muy poco a poco, hasta rodear su cabeza con ellas para inclinarla hacia atrás con toda la delicadeza que pude. Sus ojos excavaron los míos. Miró dentro de mí otra vez, desesperada, anhelante; como si supiera que, encontrara o no la respuesta, ya no podía echarse atrás.

Me incliné sobre ella y la besé en los labios con dulzura. Se estremeció y su aliento fluyó ligero en mi boca como vino tibio.

Entonces la rodeé con los brazos y la apreté mientras ella murmuraba, casi con tristeza:

—Ojalá supiera qué me está pasando... Dios, ojalá lo supiera.

—Te estás enamorando.

Respondió con fragilidad, derrotada.

—No he podido resistir —dijo.

—Elise. —La estreché entre mis brazos, con el corazón a punto de estallarme—. Oh, Dios, te amo Elise.

El segundo beso fue apasionado. Me rodeó con los brazos y se quedó pegada a mí, con una fuerza que me costó creer que tuviera.

Entonces, de repente, apretó su frente contra mi pecho y las palabras empezaron a fluir de su boca.

—La única vida que he conocido es la de los escenarios, Richard; crecí sobre ellos. Creía que el teatro era mi única opción, que si concentraba todos mis esfuerzos en él todo lo demás llegaría después y, si no era así, es que no sería importante. Pero lo es, lo es, sé que lo es. Lo necesito tanto ahora; necesito renunciar a... ¿cómo llamarlo?... ¿poder?, ¿libertad?, ¿recursos? Todo eso en lo que he encerrado mi vida. Aquí, contigo, en estos momentos me hace tanta falta sentirme débil, de entregarme por completo, de que me quieran, de quitarme de la cabeza a esa mujer maniatada, la mujer que he mantenido prisionera durante tantos años porque pensaba que eso era lo que necesitaba. Ahora quiero liberarla, Richard, dejar que la protejan.

Gimió.

—Santo Dios, no puedo creer que haya dicho todo eso. No puedes hacerte una idea de todo lo que me has trastornado en tan poco tiempo. Ni por asomo. Nunca ha habido nadie; jamás. Mi madre siempre me dijo que algún día me casaría con un hombre rico, de alta alcurnia. Nunca la creí. Yo sabía que no habría nadie en mi vida. Pero ahora tú estás aquí; de la noche a la mañana, de repente. Despojándome de voluntad, de determinación, quitándome el aliento, Richard. Y robándome, me temo, el corazón.

Se apartó de repente y se me quedó mirando, con su hermoso rostro inundado de rubor y los ojos rebosantes de unas lágrimas a punto de caer.

—Lo diré: debo decirlo —dijo.

Justo entonces ocurrió lo más desesperante que podía suceder. ¿Quizá lo único? ¿Qué podía pasar aparte de que nos interrumpieran desde fuera?

Llamaron a la puerta de atrás; ahí estaba William Fawcett Robinson —quién si no— gritando:

—¡Elise!

Elise se puso muy nerviosa. En cuanto oyó la voz de su representante volvió a acordarse de todos los motivos de la habían mantenido apartada de los hombres durante tantos años y se apartó de mí de un salto, dando un grito ahogado y echando a correr hacia la parte de atrás, aturdida.

—No le respondas —dije.

El ruego cayó en saco roto. Cuando Robinson volvió a gritar su nombre, Elise fue corriendo a mirarse en el espejo de la pared y, al verse, suspiró de dolor y se puso las palmas sobre las mejillas coloradas, como si quisiera esconderlas. Miró en todas direcciones y se lanzó hacia la cómoda, vertió un poco de agua de un jarro en un cuenco y se mojó las yemas de los dedos para después humedecerse las mejillas. *Comprometido*, pensé, y me asomé por sentirme así de verdad.

Estaba inmerso en un quizá absurdo pero, eso sí, muy real e inquietante drama Victoriano en el que una mujer de renombre se ve atrapada en una trampa intolerable, situación que amenazaba con hacerla —como se solía decir— «descender en el podio» de su condición social. No era divertido; no tenía ninguna gracia. Me quedé inmóvil, mirando cómo se secaba la cara, con los labios apretados, no sabía si de pura rabia o para que no le temblaran.

—¡Sé que estás ahí dentro! —gritó Robinson.

—¡Dame un minuto! —respondió Elise, con una voz tan templada que me asustó. Pasó por mi lado sin decir nada y salió al salón. La seguí aturdido. Ha debido seguirnos, pensé. Es la única explicación.

Me encontraba a unos pasos del compartimento del salón cuando me pregunté si Elise no preferiría que me escondiera. Pero enseguida descarté la idea. Si Robinson nos había estado espiando,

eso sólo serviría para empeorar las cosas. En cualquier caso —y aquí empecé a enfurecerme— ¿quién era él para hacer que me escondiera? Seguí adelante hasta que me quedé a sólo unos pasos por detrás de Elise cuando abrió la puerta.

El rostro de Robinson era una máscara que desprendía tanta hostilidad que me dio un escalofrío. Si tenía un revolver en el bolsillo de la chaqueta, había llegado mi hora. Me imaginaba el titular: «Representante de famosa actriz dispara a un hombre». ¿O pondría «Dispara a su amante»?

—Creo que es mejor que vayas a descansar —le dijo a Elise en voz baja y temblorosa.

—¿Me has estado siguiendo?

—No es momento para discutir —respondió con firmeza.

—Soy tu cliente, no tu felpudo, señor Robinson —dijo, con un tono tan autocrático que, de haberse dirigido a mí, me hubiera desarmado—. Que no se te ocurra limpiarte las bolas en mí. —Así se hablaba, con firmeza: el trasfondo que con tanta paciencia me había explicado y que ahora empleaba contra Robinson con toda su virulencia.

Robinson se quedó pálido, si es que se podía ser más pálido de lo que ya era de por sí. Sin decir ni una palabra, se dio la vuelta y bajó los escalones de la plataforma de atrás. Elise salió y yo la seguí. Me quedé mirando cómo cerraba la puerta con llave y luego caí en la cuenta de que un caballero la hubiera cerrado por ella. Ya era demasiado tarde; bajaba la escalerilla delante de mí. Robinson le tendió la mano pero Elise lo ignoró. A Robinson se le petrificó la cara de rencor.

Cuando bajé yo, Robinson me lanzó una mirada tan envenenada que casi me echó atrás.

—Señor Robinson —dije.

—Váyase, señor —me interrumpió con voz estruendosa—, o tendré que enseñarle. —No sabía muy bien a qué se refería pero me imaginaba que tendría que ver con la violencia física.

Robinson miró a Elise y le ofreció el brazo. Madre mía, qué mirada le echó. Ni una diosa envenenada de furia divina la hubiera igualado.

—El señor Collier me acompañará —dijo.

Creo que podría haber jugado al squash al squash con la cara de Robinson, de tan duras que se le pusieron las mejillas. Los ojos, hinchados como huevos, amenazaban con salirsele disparados. No había visto a un hombre tan airado en toda mi vida. Se me empezaron a tensar los brazos y a cerrar los puños solos, preparándome para defenderme. De no haber sido por el incondicional respeto que Robinson sentía por Elise, estoy seguro de que aquello hubiera desembocado en una sangrienta refriega.

Entonces Robinson dio un rápido giro con los talones y empezó a caminar hacia el hotel dando largas y furiosas zancadas. En vez de ofrecerle el brazo a Elise, lo que hice fue cogerle el suyo, sintiéndolo temblar mientras nos alejábamos del vagón. Sabía que Elise no quería hablar, de modo que guardé silencio y la seguí agarrando con fuerza mientras caminaba a su lado, manteniendo su paso sobresaltada mirando de vez en cuando la blancura marmoleña de su cara.

No dijimos ni una palabra hasta llegar a la puerta de su habitación. Allí, se volvió y me miró intentando sonreír, pero logrando sólo una leve mueca.

—Siento lo que ha sucedido, Elise —dije.

—No tienes nada por lo que disculparte —respondió—. Es culpa de Robinson. Ahora está jugando sucio. —Me enseñó un poco los dientes, lo que por un momento me dio la impresión (inesperada, por otro lado) de que era como una tigresa acechando bajo su cuidadosamente comedida piel—. Qué se habrá creído —murmuró—. No permitiré que me dé órdenes.

—Se da cierto aire regio —dije para quitar hierro al asunto.

Elise, en vez de darme la razón, resolló como burlándose.

—Se necesitaría una epidemia para convertirlo en rey.

No pude evitar sonreír por el comentario. Al verme, se puso tensa al pensar, supongo, que me reía de ella, pero después se dio cuenta de por qué sonreía y entonces ella también lo hizo, aunque sin muchas ganas de reír.

—Siempre he sido la más maleable (y la más remunerativa) de sus estrellas —dijo—. No tiene ningún motivo para portarse conmigo como lo hace. Como si hubiéramos firmado un contrato de matrimonio en vez de uno de trabajo. —De nuevo, aquel resoplido de burla—. En realidad todo el mundo piensa que estamos casados en secreto —añadió—. Nunca ha querido hacer ver a la gente su error.

Le cogí ambas manos y las apreté con delicadeza, sonriéndole. Noté que se esforzaba por ocultar su ira pero, sin duda, lo que Robinson había hecho la había afectado demasiado y no se calmaría tan fácilmente.

—Bien, está equivocado —dijo—. Si piensa que esto es escandaloso y sórdido, peor para él. Es mi corazón, mi vida. —Respiró hondo—. Dame un beso, tengo que irme —dijo.

Quizá me lo pidiera, pero más bien sonó como una orden. No me paré a discutirlo. Me incliné sobre ella y rocé mis labios con los suyos. No reaccionó de ninguna manera, por lo que pensé que me dijo que la besara sólo para desobedecer a Robinson y no porque de verdad lo deseara.

Acto seguido ya no estaba, había desaparecido como por arte de magia y yo me quedé mirando su puerta cerrada, pensando en que no habíamos quedado para vernos más tarde. ¿Significaría eso que ya no quería saber nada de mí? No podía creerlo, a juzgar por lo que había pasado en el vagón. Aun así, tampoco es que rebosara seguridad en mí mismo.

Suspiré, di media vuelta y salí del salón público al Salón Abierto. Caminé hasta las escaleras de la calle y subí penosamente hasta la tercera planta en dirección a mi habitación. Abrí la cerradura, entré, me quité la chaqueta y las botas y me tiré boca abajo sobre la cama. Allí repantigado me di cuenta de lo cansado que estaba. *Gracias a Dios que no nos peleamos*, pensé. *Robinson me hubiera matado*.

Todo lo que había pasado con él me había agotado. Con qué fiera la protege. Sin duda, lo que siente por ella va muchísimo más allá de la mera preocupación de un representante por su cliente. Me cuesta culparle por ello.

Debía pensar en la manera de volver a verla. Certo, ahora Elise debía descansar pero, ¿y más tarde? ¿Se habría dispuesto algo para que yo fuera a ver la obra? Probablemente no. Me angustiaba pensar que me impedirían cruzar la puerta del salón de baile. Aunque podría ocurrir.

Intenté recordar toda la escena que había tenido lugar en el vagón, pero mi mente sólo recordaba una cosa: Elise murmurando, débil y derrotada: «No he podido resistir». Se lo oí repetir una y mil veces, estremeciéndome cada vez. Me amaba. Había conocido a Elise McKenna y me amaba.

Cuando me desperté ya había anochecido. Angustiado, miré en todas direcciones. Al no ver nada que me permitiera orientarme, me senté sobre la cama de un brinco intentando recordar dónde estaba el interruptor de la luz. No podía recordar haberlo visto pero sabía que tenía que estar cerca de la puerta, de modo que me puse en pie y caminé a trompicones en esa dirección. Palpé con torpeza la pared hasta que por fin toqué el interruptor.

Aquella explosión me inundó de alivio; seguía en 1896. Sonreí con confianza. Había conseguido

dormir cuatro veces sin perder el contacto con esa época, y cuatro veces me desperté sin dolor de cabeza.

Después me alarmé porque había dormido más de la cuenta; la actuación había comenzado ya. Aunque no con tanta angustia como en la anterior ocasión, me quedé consternado y me pregunté cómo podría saber qué hora era. *Llamaré a recepción*, pensé. Pero enseguida me lo pensé mejor. *¿Lo cogerían alguna vez?*

Abrí rauda la puerta. Entonces vi dos pequeños sobres sobre la alfombra, uno blanco y el otro amarillento. Los recogí y miré lo que traían escrito por fuera. En ambos la letra era bonita y equilibrada pero el de color mantequilla traía un sello de lacre verdoso, grabado con el dibujo de una delicada rosa. Era tan representativo de la elegancia de aquella época —y, además, me emocionaba tanto porque sabía que tenía que ser de Elise— que me quedé mirándolo con una sonrisa en la cara, feliz como un colegial.

Deseaba leerlo en aquel instante pero primero debía averiguar la hora. Salí al pasillo y miré en ambas direcciones. No se veía ni un alma. Me entró el pánico porque pensé que todo el mundo estaría viendo la obra. Eché a correr por el pasillo y salí a la terraza.

El Salón Abierto se había convertido de nuevo en un paisaje de cuento de hadas plagado de lucecitas de colores. Temblando por el frío aire de la noche que se me metía por la camisa, miré en todas direcciones hasta que por fin vi un hombre que pasaba por allí. Lo llamé varias veces hasta que se detuvo y me miró extrañado.

Debía de parecerle un tipo bastante estrafalario, en mangas de camisa y apretando dos sobres en la mano, con el pelo revuelto después de haber estado durmiendo. Sin embargo, no hizo ningún comentario sobre mi desaliño. Le pedí la hora y se sacó el reloj que llevaba en el bolsillo del chaleco, levantó la tapa y me comunicó que eran las seis horas, trece minutos y veintidós segundos; muy preciso, aquel buen hombre.

Después de darle gracias mil regresé a mi habitación. Tenía tiempo de sobra para asearme, cenar y asistir a la representación. Cerré la puerta, me senté en la cama y abrí primero el sobre blanco, dejando a Elise para el final.

Dentro del sobre venía una tarjeta blanca de unos diez por doce centímetros en que venían escritas las palabras: «La dirección del Hotel del Coronado solicita el honor de su presencia el (lo siguiente venía escrito a mano) Viernes, 20 de noviembre de 1896, a las 8:30 p.m.». Más abajo venía escrito a mano: «En el salón de baile —El Pequeño Ministro— actuación estelar de la señorita Elise McKenna». Sonreí agradecido. Se había encargado de que nos volviéramos a ver.

Ávido, abrí el otro sobre intentando no romper el sello, aunque no pude evitarlo. Era de ella; confieso que me quedé atónito ante la calidad de su caligrafía. ¿Dónde habría aprendido a escribir con tanta exquisitez? Mis garabatos debían de ser como un insulto para sus ojos.

Además, lo que decía en aquella carta sonaba mucho más efusivo (y sincero) que lo que me había dicho antes. ¿Se sentiría menos cohibida al no tenerme delante? Quizá en 1896 las cartas eran la única manera de que las mujeres expresaran con libertad sus sentimientos.

Richard —había escrito—. Por favor, perdóname por utilizar este sobre tan estropeado —olvidé mencionar que estaba un poco arrugado—. Es el único que tengo. Así te haces una idea de la frecuencia con que escribo a los hombres.

Perdóname si en esta nota se entremezcla la emoción con lo que te quiero decir. Desde que nos

conocimos en la playa he vivido sumida en una especie de locura lúcida, la percepción de todos mis sentidos se ha intensificado, todo lo oigo con mayor claridad y nitidez, todo lo veo más definido. Lo que quiero decir es que desde que te conozco siento más el mundo.

¿Estaba muy pálida cuando te miré anoche después de la primera vez que entramos en el hotel? Supongo que sí. Sentía que no me quedaba sangre en las venas. Me sentía débil y sobre todo me sentí como en otro mundo (como me imagino que te diste cuenta) esta tarde cuando estábamos en el vagón.

Confieso que, a pesar de que lo percibo todo con mayor agudeza desde que llegaras a mi vida, al principio sentía que no eras más que un habilidoso y artero cazafortunas (¡Perdóname por pensarlo! Sólo te lo digo porque quiero que lo sepas todo). Que Dios me perdone por mi carácter desconfiado, pero incluso había llegado a sospechar que Marie (la encargada del vestuario, como recordarás) y tú habíais urdido algún plan para estafarme. Te pido un millón de disculpas por ello. No quería decírtelo pero debo ser honesta.

Esta tarde, cuando estábamos juntos, me sentía tan inundada de felicidad que casi me ahogo de emoción. Aún conservo esa sensación, sentada en mi habitación, escribiéndote (aunque el maremoto, gracias a Dios, se ha convertido en un río fluido y constante).

Pese a que me comporté de manera muy inestable mientras estuvimos hablando, debes saber que disfruté mucho. No, eso es decir poco. Debes saber que me sentí dichosa. Tanto que estar lejos de ti me ha llenado de una tristeza que contrasta con mi mencionada riada de felicidad. Qué trastornado tengo hoy el corazón.

Sigo pensando en todo lo que he hecho mal. Después de haber buscado tu culpa (en vano, debo admitirlo), ahora sólo alcanzo a ver la mía. Siento que debo ser mucho mejor de lo que soy para merecer tu devoción.

Richard, nunca antes había tenido una relación sentimental con otros hombres. Ya te lo dije, y quería recalcarlo escribiéndolo. Nunca ha habido nadie; y estoy contenta, muy feliz. Excepto en mis infantiles sueños, jamás imaginé que un hombre podría hacerme sentir así. Bien, señor Collier, estoy empezando a reconocer lo equivocado de mi comportamiento.

Las mujeres como yo, que por naturaleza son incapaces de entregarse a más de un hombre en toda su vida, son o las más felices o las más desdichadas del mundo. Yo soy de las dos clases al mismo tiempo. Que me ames y que me sienta viva porque cuentes siempre conmigo me hace feliz.

Mis oscuros pensamientos me hacen sentir miserable.

Incluso ahora me resulta extraño el hecho de que nos encontráramos; todavía me pregunto, en lo más profundo de mi ser, de dónde vienes. No, prometo no preguntártelo. Cuando estés preparado me lo contarás; además, por supuesto, no me importa tanto como el hecho de que ahora estés a mi lado. De hoy en adelante creeré en los milagros.

Asimismo, a partir de este día, siento que mi corazón es libre. Pero está muy confundido. Unas veces desea gritar a los cuatro vientos todo lo que siente. Otras, quiero guardármelo todo con gran celo muy dentro de mí. Espero no volverte loco. Intentaré ser constante y dejar de oscilar como un planeta que se hubiera salido de su órbita. Porque, por fin, he encontrado mi sol.

Ahora debo serenarme y ser paciente; terminaré de preparar la obra, después intentaré descansar un poco. He pedido que te hagan llegar una invitación. Si no te llega, por favor, pregunta en recepción. Les he dicho que reserven un asiento en primera fila para ti, lo cual es un error, estoy segura. Si te veo, aunque sea una sola vez, no me cabe la menor duda de que me olvidaré desde la

primera hasta la última línea y de lo que tengo que hacer.

Bien, hay que asumir el riesgo. Quiero que estés todo lo cerca de mí que sea posible.

Aquel hombre despreciable nos interrumpió justo cuando estaba a punto de confesarte lo que jamás imaginé que le diría a un hombre en toda mi vida. Ahora lo escribo. Tenlo siempre en cuenta, pues siempre será verdad. Te quiero.

Elise.

Imaginad a un hombre saturado de amor sentado en su cama, ajeno a todo mientras lee esta carta para releerla una vez más y después otra vez y mil veces más... hasta que las lágrimas le empañan los ojos y lo inundan de dicha, dejándole pensar sólo en una cosa.

Gracias Dios mío por regalármela.

Eran las seis y cuarenta y cinco cuando entré en la Rotonda en dirección a la Habitación de la Corona. En la terraza de la segunda planta la orquesta de cuerda estaba tocando una especie de marcha y, como me sentía tan eufórico, estuve a punto de entrar bailando al ritmo de la música. Miré con deleite todo lo que había en la sala; de repente vi un pez cuya captura llevó una hora y mil vueltas en alta mar (según la placa). Resultaba extraño, por así decirlo, ver un animal tan enorme colgando en el vestíbulo de un hotel de lujo como aquel.

Cuando me senté vi que no había ningún miembro de la compañía. Sin duda, andarían todos en sus habitaciones o en el salón de baile, preparándose para la actuación. Sin embargo, no me sentí extraño allí solo. Estaba empezando a encajar de verdad en aquel mundo. Qué distinto me sentía entonces respecto a la noche anterior.

Pedí sopa, pollo troceado, pan, queso y vino y me quedé allí sentado mirando toda la Habitación de la Corona con gozo, escuchando con descaro. Estuve a punto de soltar una carcajada al oír lo que le dijo un hombre de la mesa de al lado a su compañero; vendedores, no cabía duda. «Esa mujer cada vez va a más y a más y debemos pararle los pies a toda costa».

Conteniéndome la risa, me giré para mirarlos y vi que ambos eran bajos y rechonchos. ¿Sería mi imaginación o es que la gente de aquellos días era más pequeña de lo normal? Me decanté por lo último. Le sacaba una cabeza a la mayoría de los hombres con los que me había cruzado.

Siguieron conversando; a veces decían cosas divertidas, otras informativas y otras completamente inexplicables. Recuerdo que decían: «Ese chico es un lince» (¿Porque consigue lo que quiere o porque corre mucho?); «Los negros son bastos y belicosos, pero puedes aprender de ellos» (Eso encajaba bien en la categoría de «inexplicable»); «¿Sabías que emplearon dos millones de tablillas para construir el tejado de este hotel?» («Informativo»); «Es una mina de oro, te lo digo yo; una mina de oro» (Se refería al hotel).

Uno de los hombres dijo algo acerca de que el progreso de la civilización estaba alcanzando su «punto álgido». Reflexioné sobre aquello y sobre la manera en que lo había dicho.

La conclusión fue que en 1896 parecían tomárselo todo mucho más en serio. La política y el patriotismo. El hogar y la familia. Los negocios y el trabajo. No son simples temas de conversación sino arraigadas convicciones personales que exaltan a la gente.

En cierto modo, no me parece bien. Puesto que soy liberal por naturaleza y semasiólogo general por afición, creo en la filosofía de que las palabras no son cosas. El hecho de que lo que se dice puede

desatar la ira y, de una manera menos evidente, conducir a la muerte y la destrucción es, para mí, un fenómeno lamentable y aterrador.

Al mismo tiempo, hay algo de fascinante en el hecho de que el ser humano crea en algo con tanta efervescencia. No pretendo analizar la época de la que procedo. Sólo diré que imperaba la indiferencia respecto a muchas cuestiones, entre ellas la propia vida.

Por lo tanto, pese a que en 1896 la actitud de la gente era un tanto pretenciosa y, en algunos casos, violenta, al menos se regían por sus principios. Se prestaba atención y se daba importancia a las cosas. La preocupación era una actitud, no una palabra que hubiera perdido su significado.

Lo que quiero decir es que el otro extremo es alentador porque equilibra la balanza. En algún punto intermedio entre la férrea rigidez de pensamiento y la apatía total se encuentra la motivación que puede salvar el alma de los hombres.

Le estaba dando vueltas a todo eso cuando me fijé en un hombre que se acercaba a mí. Las piernas se me pusieron rígidas bajo la mesa; era Robinson.

Me quedé mirándolo sin saber muy bien qué pensar. Me costaba creer que fuera a atacarme en una sala abarrotada. Con todo, no las tenía todas conmigo y sentí que los músculos del estómago se me agarrataban. Decidí posar la cuchara de la sopa y esperé en guardia a ver qué intenciones traía.

Para empezar, no me pidió permiso para sentarse a mi mesa sino que, sin más, retiró una silla y se sentó frente a mí, sin que su expresión me revelara qué pretendía hacer después.

—¿Sí? —dije, preparado para hablar o, si fuera necesario, arrojarle la sopa a la cara si se sacaba una pistola del bolsillo; reconozco que tenía una visión muy cerrada de cómo la gente resolvía los problemas en 1896.

—He venido para hablar con usted —comenzó—. De hombre a hombre.

Espero que no se me notara mucho en la cara el alivio que sentí cuando vi que no corría peligro de que me disparara.

—De acuerdo —dije, sereno y templado, o eso creía. Demasiado tranquilo, decidí.

—¿Cómo? —preguntó.

—De acuerdo —repetí, echando por tierra mi intento de apaciguarlo nada más abrir la boca.

Me miró fijamente; no como lo hacía Elise, claro. Era una mirada de fría sospecha en lugar de franca curiosidad.

—Quiero saber quién es usted exactamente —dijo—. Quiero que me confiese de una vez qué anda buscando.

—Me llamo Richard Collier —contesté—. Y no ando buscando nada. Da la casualidad de que soy...

Me interrumpí cuando Robinson empezó a resoplar desdeñoso.

—No intente dármele con queso, señor —bufó—. Su comportamiento puede resultar interesante para algunas mujeres pero a mí no me engaña. Usted quiere ganar.

—¿Ganar? —le miré extrañado.

—Dinero —gruñó.

Aquello me cogió desprevenido. Tuve que reírme. Si hubiéramos estado un poco más cerca le habría salpicado de saliva.

—No lo dice en serio —dije, incapaz de reaccionar de otra manera, aunque sabía, por supuesto, que no bromeaba.

Se le volvió a petrificar la cara y dejé de reírme.

—Se lo aviso, Collier —dijo con voz retumbante (juro que aquella voz te hacía vibrar)—. La ley está ahí y no dudará en recurrir a ella.

Aquello sí que me molestó. Empezaba a enfurecerme.

—Robinson...

—Señor Robinson —me corrigió.

—Sí. Cómo no —dije—. Señor Robinson. No sabe de qué demonios está hablando.

Se crispó como si le hubiera dado un puñetazo en plena cara. Volví a ponerme nervioso. En aquel momento no tuve duda de que quería golpearme y de que si perdiera el control se me echaría encima.

No es que me preocupara demasiado. Nunca he sido ningún gallo de pelea; en ese aspecto no tengo muchas anécdotas que contar. Sin embargo, estaba preparado para «enseñarle» (como él mismo decía) allí mismo; confieso que sentía un impulso casi irreprimible de despachurrarle la nariz. Me incliné un poco hacia él y dije:

—Preferiría no llegar a las manos, Robinson, pero no piense, ni por asomo, que saldría corriendo. Ahora mismo, para su información, me estoy conteniendo para no partirle la cara. No me gusta. Es usted un matón y yo detesto a los matones; no me gustan ni un pelo. ¿He hablado claro?

Nos arrimamos como nunca antes habíamos hecho, a punto de estallar. Nos miramos como leones en un campo donde se libraría una batalla inminente. Entonces Robinson esbozó una leve sonrisa; nunca me habían sonreído con tanto desdén.

—Tienes mucho valor en una sala llena de gente —dijo.

—Podemos salir fuera —propuse. ¡Dios, me moría de ganas de darle una paliza! Nunca había conocido a nadie que me hiciera sentir tanta hostilidad.

El camarero alivió un poco la situación cuando se acercó a la mesa para preguntar si Robinson iba a cenar conmigo.

—No —respondí—. No va a cenar. —Estoy seguro de que fui más frío de lo necesario. El camarero debió de pensar que me había enfadado con él. Aun así, dadas las circunstancias, no supe responderle de otra manera.

Cuando el camarero se fue, Robinson me dijo:

—Nunca se aprovechará de la señorita McKenna, eso se lo puedo asegurar.

—Tiene toda la razón —respondí—. Jamás me aprovecharé de ella. Todo lo contrario que usted. Se volvió a quedar petrificado. De nuevo se le achicaron sus ojos de acero.

—A ver si nos entendemos —dijo—. ¿Cuánto quiere?

Me dejó atónito. Tenía que reírme otra vez, me daba igual cuánto le molestara.

—No quiere entenderlo, ¿verdad? —dije, sin acabar de creer lo que me acababa de preguntar.

Volvió a sorprenderme. En lugar de sentirse ofendido, me sonrió glacialmente.

—Qué mala interpretación, Collier —dijo—. Por lo menos, ahora sé que no es usted un actor sin trabajo que anda buscando fortuna.

Suspiré al no poder creer lo que oía.

—Ya estamos otra vez —dije. «Buscando fortuna». Sacudí la cabeza—. No lo ve. Es incapaz de distinguir lo que está bien aunque lo tenga delante de las narices.

Otra sonrisa cubierta de escarcha.

—Lo que veo delante de mis narices es un gusano —dijo.

—Y un tordo, no me diga más —añadí, recordando lo que Elise me había contado. Suspiré—. ¿Por qué no se esfuma?

—He conocido cientos de tipejos como usted —dijo—. Y siempre los he despachado como se merecían.

—Hmm, hmm... —Asentí con la cabeza, aburrido.

Entonces me volví a acordar otra vez y se me pasó el mal genio al instante. Era injusto, en cierto modo; un debilitante efecto de la precognición. Porque, al recordar cómo iba a morir aquel hombrecillo, sentí una lástima repentina por él. Se hundiría en las gélidas aguas del Atlántico sin haber conocido nunca el amor de la mujer que tan indudablemente adoraba. ¿Cómo odiar a un personaje tan infeliz?

Sin esperarlo (hasta ese momento no le hubiera creído lo bastante sensible), vio que me había cambiado la cara, lo cual le desconcertó. Podía defenderse de alguien que le plantase cara, pero no de alguien que se apenara de repente. Creo que, en cierto modo, se asustó, porque cuando volvió a hablar su voz ya no sonaba tan firme.

—Haré que Elise corte por lo sano antes de que sea tarde, señor. Ya lo verá.

—Lo siento, señor Robinson —dije.

Fue como si no hubiera abierto la boca.

—Si eso no funciona, —añadió para no dejarme hablar— le aseguro que soy más que capaz de mandarle al otro barrio.

No le estaba prestando atención. Me llevó medio minuto enterarme de que me estaba amenazando con matarme.

—Como vea —contesté.

De repente, frunciendo el ceño, echó su silla hacia atrás, cayéndose casi. Se levantó, giró sobre los talones y salió con paso acelerado. Me pregunto qué sentiría en aquel momento. A pesar de que me deseaba lo peor, seguí sintiéndolo por él; otra mala costumbre de escritor que anula algo tan básico como el instinto de supervivencia. No obstante, no había manera de evitarlo. Amaba a Elise tanto como yo, además desde mucho antes.

¿Cómo no iba a entenderlo?

Apenas eran las siete y media cuando le di la tarjeta al portero del salón de baile para que me condujera a mi asiento de primera fila. Como apenas había gente tuve oportunidad de escribir un poco sin que nadie se diera cuenta. Ahora, por fin, puedo echar una mirada alrededor.

El salón de baile no es ni de lejos tan espectacular como lo recuerdo. Es bastante oscuro y lúgubre, el techo está muy elevado (asciende a base de empinadas secciones rectas soportadas por vigas transversales). Las ventanas son altas y estrechas, las paredes están paneladas con madera oscura, el suelo está hecho de tablas y no tiene adornos. Hasta la silla en la que estoy sentado es una de esas plegables de madera. No es demasiado suntuoso que digamos.

Además, el escenario, aunque es grande (unos doce metros de ancho) no tiene un aspecto muy elegante. El proscenio es curvo y carece de escalones para subirse a él. No sé qué profundidad tendrá el escenario porque el telón está echado. Detrás se oye un murmullo como de colmena: voces, pasos, raspaduras, golpes secos. Ojalá pudiera entrar allí y desearle suerte pero sé que es mejor que no me vea. La noche de estreno ya es bastante dura de por sí. Espero que se encuentre bien.

Ahora estoy mirando el programa. En la portada aparece el título de la obra y una fotografía de

Elise. ¿Una fotografía? La fotografía. Qué extraño se me hace verla y darme cuenta de todo lo que me impactó.

En la parte inferior de la cubierta está impreso lo siguiente: «Hotel del Coronado —E. S. Babcock, Gerente— Playa de Coronado, California». Le doy la vuelta al programa y veo un anuncio que ensalza «la cantidad y la diversidad de los atractivos» del hotel. De todos, el más grande y con mucho es, para este humilde escribiente, una menuda y esbelta actriz llamada Elise.

Abro el programa y leo en la página de la izquierda: «El Sr. William Fawcett Robinson presenta a / La Srta. Elise McKenna / en una Producción Original de una Nueva Comedia, en Cuatro Actos, Titulada / *El Pequeño Ministro* / de J. M. Barrie / basada en su novela homónima». Debajo vienen dos fragmentos del pentagrama de una melodía compuesta por William Furst, titulada *La Música de Lady Babbie (tempo di valse)*. Intento hacerla sonar en mi cabeza echando mano de lo poco que recuerdo de las lecciones de piano de mi juventud.

Debajo de las notas vienen los nombres de los personajes, como Gavin Dishart, Lord Rintoul o el Capitán Halliwell. El cuarto nombre es Lady Babbie, hija de Lord Rintoul y, al otro lado de la línea de puntos, Elise McKenna. Me estremezco (creo que es la palabra más acertada) solo con pensar que voy a verla actuar.

Era un momento único: ser testigo de la interpretación de una inmortal de los escenarios americanos. Incluso si todavía no había alcanzado la cumbre de su carrera, verla sobre las tablas era algo maravilloso. El que aquella mujer me escribiera una tierna nota que acababa diciendo «Te quiero» me llena tanto de alegría que me entran ganas de gritar. Mis sentimientos son los mismos que los de ella: por un lado, me gustaría abordar a todas las personas con que me cruzo y contárselo todo; por otro lado, quiero guardarlo todo para mí y protegerlo bajo llave.

Sólo tenía que cerrar los ojos y dejarme inundar de dicha. ¿Se puede ser tan feliz? Supongo que sí, puesto que yo lo soy. Ni siquiera las amenazas de Robinson me afectan en absoluto.

Miro a todos los rincones del salón de baile mientras se va llenando de gente. Allí, veo una mujer mirando, con unos gemelos de teatro, la estrecha y, en apariencia, todavía sin estrenar galería que queda sobre la parte más alta del escenario. Más allá, veo (sin poder evitar sonreír) cómo un hombre da un trago furtivo a su petaca. Vuelve a metérsela con disimulo en el bolsillo y se mesa nervioso la barba. Creo que voy a dejar ya de escribir.

El espectáculo está a punto de comenzar. Las luces se van apagando; la orquesta deja de tocar. Siento como si el corazón me pendiera de un hilo, latiendo como un tímpano que tocan muy despacio. Ya apenas puedo ver para escribir bien.

¡Atención! Se abre el telón. La orquesta empieza a tocar de nuevo; según el programa, la melodía se titula *Luna Llena de Abril*. Aparte de escribir más deprisa, voy a abreviarlo todo para poder anotar mis impresiones mientras veo la obra.

Un bosque pintado. Iluminado por la luna. Ahí está el fuego de pega del que hablaba Robinson; no resulta muy creíble. Hay dos hombres sentados al lado, dormidos. Un tercer hombre monta guardia. Ahora un cuarto hombre baja de un árbol. Están hablando de «el pequeño ministro».

—Ninguna tentación terrenal arrastrará a Gavin... —No oí el resto. ¡Señor, qué voces tan pastosas!

Siguen hablando y hablando. ¿Cuánto faltará para que salga Elise? Me empiezo a acalorar...

Aparece el ministro. Quiere que se marchen. Le responden con quejas sobre los fabricantes. La

trama se va enredando. ¡¿Dónde está Elise?!

Murmullo de los condestables fuera del escenario, Lord Rintoul entre ellos, Capitán Halliwell. Vistazo rápido al programa. Lord Rintoul, padre de Babbie. El Capitán Halliwell quiere casarse con ella. De ahí que colabore con Lord Rintoul para atrapar a los cabecillas de las revueltas. Los hombres que hay sobre el escenario planean dar la alarma cuando aparezcan las tropas para que los cabecillas puedan escapar. Me enteré de todo, a pesar de que las voces eran tan densas que se podían cortar.

Una mujer canta fuera del escenario. ¿Será ella? ¿Es que también sabe cantar? Qué voz tan melodiosa. Dios, la amo tanto. Tiemblo esperando a que salga.

¡Ha salido! ¡Bailando! Señor, qué hermosa es, qué gracia. Vestida de gitana, nada menos. El pelo suelto, una blusa blanca larga, un chal de flecos sobre el hombro izquierdo que le llega hasta los bajos de la falda oscura. Lleva un gran pañuelo de flecos a modo de delantal, un collar de cuentas negras. ¿Cómo decían los libros? ¿Etérea? ¿Radiante? Oh, sí.

¡Está descalza! (No utilizo signos de exclamación, restan espontaneidad) ¿Cómo es posible que sus pies me exciten tanto? He visto infinidad de mujeres en la playa, casi en cueros. Y nada. Pero esos pies desnudos... sus pies. Es increíble. La estoy mirando, extático. He perdido el hilo de la obra.

Ha salido bailando del escenario después de tirarle un beso al ministro. ¿Eso es todo? No, por supuesto que no, Elise es la protagonista. Pero qué decepción, el escenario se queda vacío sin ella.

Ahora se ha quedado vacío de verdad, todo el mundo ha desaparecido. Aparece un hombre y empieza a trepar a un árbol. ¡Allí! Ha vuelto.

Hablan. Tiene una voz maravillosa: un instrumento exquisito. ¿Qué dicen? Ah. Él sabe quién es ella; la vio en el castillo de Rintoul cuando... ¿contagiaba lunares? Me parece que eso no lo oí muy bien.

Ella le pide que no diga nada (ha venido a avisarlos de que se acercan los soldados), oyó hablar a su padre con Halliwell; ha decidido ser más lista que ellos. Pero los soldados bloquean el camino. La única forma de avisar a los cabecillas es con el cuerno que lleva el hombre; debe soplarlo tres veces. El hombre tiene miedo. Los soldados lo atraparán si lo sopla.

El hombre desaparece. Elise —Babbie— intenta soplar el cuerno. Encantadora. No puede. Sus mofletes resplan en vano. Deliciosa. ¿Cómo puede ser la misma mujer que me miraba con tanta gravedad? Ahí arriba es toda vida y alegría.

Ahí sale el ministro. La regaña, cree que es una gitana. Babbie le dice... (Por Dios Santo, ¿qué le está diciendo? Ahora a ella también se le ha espesado la voz). También podían poner subtítulos. Aunque tampoco es que preste demasiada atención a los diálogos cuando Elise está en escena. Me he quedado embelesado viéndola y oyéndola; la gracia de sus movimientos; la melodía de su voz.

Venga, presta atención. Dicen algo sobre... ¿me lo he perdido? ¡Ah! Babbie le pide que sople el cuerno tres veces para que su padre pueda encontrarla.

¡Y va y sopla! Qué gracia. El ministro advierte que la gente se revuelve en la plaza (fuera del escenario). Está confundido. Babbie le comunica que ha sonado la alarma.

—¿Después de que yo lo prohibiera? —dice.

Se queda pasmado. Babbie acaba de decirle que él mismo la ha hecho sonar. Se pone furioso, tira el cuerno y empieza a perseguir a Babbie.

Entran Lord Rintoul y el Capitán Halliwell. El actor que interpreta a Rintoul es el de la sala de desayunos. Jepson, si mal no recuerdo. «Miran» fuera del escenario y dicen que ven al ministro

exhortando a la muchedumbre a que corra a por sus armas. Una gitana grita entre la multitud que hay que luchar. Halliwell le promete a Rintoul que esa mujer estará entre rejas antes del amanecer. Lo dudo.

Vuelve Gavin. Rintoul le da las gracias. Entra un soldado. Los cabecillas han escapado. Rintoul y Halliwell desaparecen airados. El ministro se queda solo.

Ha vuelto, mi adorada Elise. Me seguiré perdiendo la trama si la sigo mirando. Está tan entregada. Ahora mismo no es Elise, es Babbie... en cuerpo y alma. Ese debe de ser su secreto, la completa identificación con su personaje.

¿Por dónde iba? Olvidé mencionar que lleva un gorrito y va envuelta en una capa. La persiguen. ¡Socorro! Pide *ayuda* al ministro. ¡Dejadme en paz!, grita. Aparecen dos soldados.

Qué gracioso. Babbie le coge del brazo y, con un acento perfecto, le dice «Preséntame, mi alma». El ministro, Dishart, la miran boquiabiertos. Babbie le dice al sargento que, en una noche como esa, una mujer no pinta nada si no es «al lado de su marido». El ministro se queda sin palabras. Ahora se separa de ella.

—Sargento, debo informarle...

—Sí, sí, mi amor —interrumpe Babbie apresurada.

—De la gitana vestida de gitana.

El ministro se queda confundido cuando Babbie señala fuera del escenario.

—Vino a robar aquí y después salió corriendo por allí —le dice al sargento.

Dishart lo intenta de nuevo.

—Sargento, debo...

—Cariño, déjanos irnos a casa —interrumpe Babbie.

—¡Cariño! —grita el ministro. Babbie sonríe. Cómo adoro esa sonrisa.

—Sí, mi vida —dice Babbie.

Los soldados se han ido.

—Has dicho que eras mi esposa —dice Dishart.

—No lo desmentiste —dice Babbie.

—No, no lo hice —murmura él.

Babbie dice que cargará con las culpas si los soldados descubren la «deplorable conducta» de Dishart. Este se opone. No quiere que la arresten. Ya no puede más. ¿No es maravilloso? No es que yo esté enamorado de Elise, es que todo el público lo está. Por todo el salón se oyen comentarios de afecto hacia Elise. Nadie se resiste a su encanto. Va más allá del proscenio. Es magnética.

Elise le da una de las flores que lleva en el talle... mientras va saliendo. No te vayas, Elise.

Gavin mira la flor. Entra un hombre corriendo y se la quita, la tira al suelo.

—¡Recógela si te atreves! —grita.

Dishart la recoge y se la coloca en la solapa mientras abandona el escenario. Cae el telón. Fin del primer acto.

Descanso. Estoy pensando en lo bien que ha actuado. Pone mucho de sí misma. Esa franqueza. Honestidad. Sencillez de estilo. Nada de florituras. Temía que fuera como algunos de los otros actores de la obra: extravagantes, sobreactuados. Nada de eso. Sin trucos. No va de diva. Su sentido de lo divertido es una maravilla. Es encantadora y deliciosa porque te atrapa y te seduce. Rebosa una alegría sincera y picara. Su coquetería surge a borbotones y fogonazos, cuando menos te lo esperas.

Siempre transmite esa confianza en sus armas de mujer, una fuerte (aunque tolerante) conciencia de la vulnerabilidad del ministro; ¿será por eso que a las mujeres del público les gusta tanto? Hasta el menor de sus gestos lo hace con una intensa delicadeza. Y, de vez en cuando, se da alguna pista de que están sucediendo más cosas de las que se ven, lo que da más profundidad a la obra. Posee todos los requisitos de una actriz trágica, no me cabe la menor duda. Sin embargo, van saliendo con naturalidad. Yo no tengo nada que ver.

¿Qué más puedo decir? Que por mucha intensidad que le dé a su papel, siempre te quedas con la sensación de que esconde algo más, mucho más. Y así es. En uno de los libros que leí se decía... no, debo dejar de pensar en todo eso.

Bueno, sólo esta vez, pero porque viene muy al caso. En aquel libro se hablaba del campo energético que desprenden los actores y las actrices; una extensión de la llamada aura. Dicho *campo*, decía el libro, en las condiciones adecuadas (una buena conexión entre actor y espectador), se puede expandir tanto como para atrapar a todo el público; esto es algo que los videntes han comprobado. Después de haber visto actuar a Elise, me lo creo.

Nos ha obnubilado a todos.

Y ahora...

Dejé de escribir cuando una voz me llamó y, al girarme, vi al hombre que me había cogido la entrada sosteniendo un papel doblado.

—Esto es para usted, señor —dijo.

Le di las gracias, cogí la hojita y se marchó. Me guardé la pluma y las cuartillas en el bolsillo interior de la chaqueta, desplegué el papelito y lo leí: «*Collier, debo hablar con usted inmediatamente sobre la salud de la señorita McKenna. Se trata de un asunto de vida o muerte, de modo que no me falle. Le espero en el vestíbulo. W. F. Robinson*».

Me quedé pasmado. ¿Un asunto de vida o muerte? Aterrorizado, me levanté, salí corriendo por la puerta y atravesé el pasillo. ¿Qué podría haberle pasado a Elise? Acababa de verla actuando y había estado radiante. Así y todo, si había algo que le preocupara a Robinson, era el bienestar de Elise.

Salí al vestíbulo y miré en todas direcciones. Ni rastro de Robinson. Me mezclé con la muchedumbre, buscándolo; quizá me esperaba en algún rincón. Miré a todas partes. Que Dios me perdone por mi ingenuidad; ni siquiera lo pillé cuando dos hombres corpulentos me salieron al paso.

—¿Collier? —preguntó uno de ellos; era un tipo ya entrado en años, de dientes amarillentos y retorcidos y bigote tupido y lánguido.

—¿Sí? —respondí.

Me agarró del brazo derecho con tanta fuerza que me hizo boquear.

—Vamos a dar un paseo —me ordenó.

—¿Cómo? —farfullé, mirándolo. ¿Cuán crédulo puedo llegar a ser? Ni siquiera entonces entendí nada.

—Vamos a dar un paseito —repitió, levantando el labio superior para esbozar una sonrisa inerte. Me condujo hasta la entrada principal; el otro me agarraba del brazo izquierdo con igual fuerza.

Primero me sorprendí porque Robinson me había tendido una trampa y luego me enfadé conmigo mismo por haber sido tan inocente. Intenté liberarme pero me tenían atenazado.

—Yo no me resistiría —murmuró el más viejo—. Te arrepentirás.

—Tenlo por seguro —añadió el otro. Lo miré. Era de mi edad más o menos, estaba recién

afeitado, tenía las mejillas coloradas y agrietadas. Al igual que su compañero, era fornido y el traje le quedaba muy ceñido. Me miraba con sus ojos azul deslavado.

—Será mejor que te tranquilices —sugirió.

Volví a sentirme confundido porque primero no podía creérmelo pero después me hizo gracia. Era demasiado ridículo.

—Suéltense —dije. Casi me entraron ganas de reírme.

—Dentro de poco no te hará tanta gracia —dijo el más viejo. Lo que dijo me quitó las ganas de reírme. Lo miré, percibiendo el olor a whisky de su aliento.

Ya casi habíamos llegado a la puerta principal. En cuanto saliéramos estaría perdido.

—Suéltense o gritaré para pedir auxilio —les avisé—. Ahora.

Me quedé sin aire cuando el más joven se apretó contra mí, con la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta; entonces noté algo duro en el costado.

—Inténtalo y eres historia, Collier —dijo.

Me fijé en su rostro inexpresivo mientras nos aproximábamos a la puerta. *Esto no puede estar ocurriendo*, pensaba. Era la única manera de defenderme que me quedaba. Aquellos pésimos actores tenían que ser mentira. ¿Secuestrado por un par de matones mantecosos? Demasiado absurdo para ser verdad.

El caso es que debía creérmelo porque estaba ocurriendo: la puerta se abrió y aquellos dos tipos me sacaron al porche. Entonces reaccioné. ¿Había retrocedido setenta y cinco años en el tiempo para conocer a Elise e iba a permitir que todo acabara así?

—No —dije, y me revolví para soltarme. Conseguí liberar el brazo izquierdo—. No vais a...

Solté un grito ahogado cuando el más viejo se giró de inmediato y me hundió su puño de hierro en el estómago. Me lancé contra él, doblado, con punzadas de dolor atravesándome el pecho y el estómago y los ojos desbordados de oscuridad. Noté que me levantaron casi en vilo para bajar la escalera. Guardo un vago recuerdo de la gente que pasaba y a la que intentaba pedir ayuda sin conseguirlo porque me habían dejado sin aliento. No podía articular palabra.

Después andamos, serpenteando por el camino de la entrada que baja hasta la playa mientras el viento fresco que me daba en la cara me hizo revivir. Empecé a boquear.

—... estado muy mal, Collier. —Empezaba a recuperar el sentido del oído.

—Suéltense —dije. Por un momento pensé que había empezado a llover. Después me di cuenta de que estaba llorando de dolor—. Suéltense.

—No tan rápido —replicó el más viejo.

Íbamos por el camino de tablas hacia los baños. Intenté tranquilizarme y pensar. Debía haber alguna forma de escapar. Tragué, tosi.

—Si se trata de dinero, —propuse—, les pagaré más de lo que les ha dado Robinson.

—No conocemos a ningún Robinson —contestó el más joven, oprimiéndome el brazo.

Durante un rato le creí, pero más tarde me acordé de la nota que me había metido en todo esto.

—Sí, le conocen —insistí—. Y les digo que les pagaré más si...

—Vamos a dar un paseo, joven caballero —interrumpió el más viejo.

Miré por encima del hombro al hotel y me entró el pánico.

—Por favor —rogué—. No me hagan esto.

—Se lo estamos haciendo —dijo el más viejo en un tono que me hizo temblar. Entonces me di

cuenta de lo distinto que era de mí. Por muy enemigos que fuéramos, había ciertos aspectos de Robinson con los que me identificaba. Este hombre (y su compañero) era un perfecto desconocido para mí, un tipejo de 1896 con quien yo no tenía absolutamente nada en común. Me resultaba tan extraño que bien podría haber llegado de Marte. Por lo que sabía, era capaz de matarme. Aquello era espantoso. Respiré hondo y le pregunté a dónde pensaban llevarme.

—Lo sabrá a su debido tiempo —contestó—. Ahora cállese si no quiere que le golpeemos otra vez.

Tuve un escalofrío. ¿Sería posible que Robinson les hubiera ordenado asesinar-me? Era horrible pero no increíble. ¿Qué mejor manera de deshacerse de mí? ¿Lo habría juzgado mal, creyéndole no más que un matón de tres al cuarto cuando en realidad no permitiría que nada se interpusiera entre Elise y él?

Quise decir algo pero me callé cuando me volvieron a clavar los dedos. Descarté la idea de resistirme; eso me quedó espantosamente claro. Si quería escapar de esa situación tendría que emplear la maña y no la fuerza.

Cuando pasábamos junto a la casa de baños giré de golpe la cabeza; se abrió la puerta y salió una pareja de jóvenes. En el interior, se veía una galería y, más allá, dos gigantescas piscinas de hormigón, en una de las cuales se hundía un enorme tobogán de madera. En la piscina de agua caliente (se veía el vapor que emanaba) había dos niños subidos a un tonel con forma de caballo; sus risas resonaban por todo el edificio. Había un anciano observándolos desde el borde de la piscina. Tenía la barba blanca y llevaba un traje de baño de dos piezas; la parte superior era de cuello alto y tenía mangas hasta los codos, mientras que la parte inferior le cubría hasta los tobillos.

Entonces la puerta se empezó a cerrar y la pareja empezó a caminar hacia nosotros. Yo miraba al muchacho, preguntándome si podría ayudarme. Al parecer, el matón que tenía a la derecha me adivinó el pensamiento porque me volvió a estrujar el brazo, haciéndome retorcerme de dolor.

—Ni una palabra —me avisó.

Jadeaba frustrado mientras la pareja nos iba dejando atrás, de camino al hotel.

—Chico listo —dijo el más viejo.

—¿A dónde me llevan? —pregunté.

—A México —dijo el más joven.

—¿Qué?

—Le llevamos allí para cortarlo en *pedazos* que después tiraremos a un pozo muy hondo.

Me estremecí.

—Muy divertido. —Aunque no estaba muy convencido de que estuviera bromeando.

—¿No me cree? —insistió—. ¿Cree que le mentaría?

Desconsolado, volví a mirar al hotel.

—¿Lo cree? —preguntó, empujándome por el costado.

—Váyase al infierno —mascullé.

Me clavó tanto los dedos que tuve que gritar.

—No me gustan los caballeretes que me hablan de esa manera —dijo—. Me parece que quieres que te vuelva a acariciar la barriga. —Volvió a apretar la tenaza—. ¿No es así, Collier?

—De acuerdo —dije—. Lo que usted diga.

Aflojé un poco el torniquete.

—¿Sabes lo que vamos a hacer con usted? —preguntó, aunque no esperaba una respuesta—. Lo vamos a meter en una barca, le vamos a atar un ancla a los tobillos y lo vamos a arrojar al mar para que se lo coman los tiburones.

—Ya basta, Jack —dijo el más viejo—. Deja de asustarle. Harás que se le encanezca el pelo antes de que le llegue la hora.

—Su hora ya le ha llegado —dijo Jack.

Hasta ese momento no me di cuenta de lo horrible que era aquella situación. Volví a mirar al hotel, incapaz de reprimir un quejido de miedo al comprobar lo lejos que quedaba ya.

—Está gimiendo, Al —dijo el más joven—. ¿Crees que estará enfermito?

No le presté atención, tragué saliva desesperado. ¿Entonces este era el final? ¿El largo viaje que había hecho para conocer a Elise iba a terminar con un brutal asesinato en una playa? ¿Cómo podía haber subestimado a Robinson tan a la ligera? Lo último que me dijo fue que era capaz de «mandarme al otro barrio». Podía hacerlo —lo estaba haciendo— y yo perdería a Elise para siempre, después de haber pasado un tiempo demasiado escaso con ella. Los libros seguirían diciendo lo mismo, su vida sería igual que lo que había leído. El «escándalo de Coronado» ya era historia. Ya nunca nos volveríamos a ver hasta aquella noche de 1953, cuando, sentada en la fiesta de Columbia, Missouri, Elise reconocería mi rostro en un chico de diecinueve años para, pocas horas después, morir. Esto era todo lo que mi periplo había dado de sí: un infinito círculo de desgracias, un incesante ir y venir para, al final, morir asesinado y más tarde nacer y vivir hasta el día en que retroceda en el tiempo para que me vuelvan a matar.

Miré al más viejo.

—Por favor —supliqué—. No me hagan esto. No lo entienden. Vengo del año 1971 para estar con la señorita McKenna. Nos queremos y...

—¿No te parte el corazón? —dijo Jack fingiendo compasión.

—Es la verdad —dije, ignorándolo—. Lo hice de verdad. He viajado en el tiempo para...

—¡Buah! ¡Buah! —se rió Jack.

—¡Maldito sea! —grité.

—¡No, maldito sea usted! —replicó. Se me heló la sangre cuando vi que hundía la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta. *Soy hombre muerto*, pensé.

—Aquí no. —El más viejo me soltó para agarrar al otro—. ¿Te has vuelto loco? ¿Tan cerca del hotel?

—¡No me importa! —respondió Jack—. Quiero llenarle los sesos de plomo.

—Guárdate esa pistola en el bolsillo, Jack, o si no, Sabe Dios que te la haré tragar —dijo el más viejo, en un tono que me hizo comprender que tenía la cabeza más fría, si bien también resultaba más amenazador.

Jack lo miró, inmóvil. El más viejo le dio unas palmadas en el hombro.

—Venga, chico —dijo—. Piensa un poco. ¿Quieres que la bofia se nos eche encima?

—Ningún caballerete me insulta y se queda tan ancho —murmuró Jack.

—Está alterado, Jack. No puedes culparlo.

—Dentro de poco también estará muerto, por estas —respondió Jack.

—Así será —dijo Al—. Ahora sigamos. —Me quedé más helado cuando oí eso que por lo que dijo Jack, porque sabía que hablaban de lo que tenía que ocurrir, que no eran sólo fanfarronadas. Si

quería matarme lo haría, sin más.

Seguimos caminando y miré confundido a Al cuando empezó a reírse entre dientes.

¿Qué fue lo que dijo? —preguntó—. Nunca antes había oído a ningún hombre rogar por su vida de esa manera. —Entonces me di cuenta de que llevaba muchos años cargándose a gente y me puse a tiritar.

No pensaba responderle pero después decidí que callándome no ganaba nada.

—Les digo la verdad —dije—. Llegué a este hotel hace setenta y cinco años... en 1971. Me propuse...

—¿Cuándo nació? —me interrumpió.

—En mil novecientos treinta y seis.

Soltó una carcajada queapestaba a whisky.

—Muy bien, —dijo—, entonces, si todavía no ha nacido, ¿cómo puede estar caminando a nuestro lado?

—Está chalado, deshagámonos de él —sentenció Jack.

Cuando me di cuenta de lo complicado que resultaría explicarles el enigma de lo que había hecho me desmoralicé. Pese a todo, no me quedaba otra opción.

—Escúchenme —dije—. Llegué a este hotel el 14 de noviembre de 1971. Vi una fotografía de la señorita McKenna y me enamoré de ella.

—Pobre —dijo Jack.

Apreté los dientes y continué.

—Estudí las teorías sobre el tiempo y me decidí a viajar a 1896. Lo conseguí —añadí enseguida al ver que Al sonreía—. Juro que lo conseguí. Nací el 20 de febrero de 1936. Fui...

Me interrumpí cuando Al me dio una palmada demasiado fuerte en el hombro.

—Es usted un buen tipo, Collier, pero le falta un tornillo. —Entonces acepté lo inútil que sería intentar hacerles comprender. La única posibilidad que me quedaba era que, al haberme alejado tanto del hotel, podría romperse el vínculo que me unía a 1896 y así escapar de ellos; aunque era poco probable.

Cuando el paseo de tablas llegó a su fin nos adentramos en la arena en dirección sur. Volví a mirar al hotel. Me dio la sensación de que quedaba a varios kilómetros de distancia. Entonces, de repente, lo vi claro. No acabarían conmigo tan fácilmente.

—No es necesario que me sigan agarrando —dije—. No voy a escaparme. —Intenté disfrazar mi voz con la amargura del que se sabe derrotado.

—Cierto, no puede escaparse —corroboró Al. Me soltó el brazo. Al principio Jack no quería dejarme. Esperé impaciente. Al cabo de un minuto más o menos él también me soltó.

En cuanto me vi libre eché a correr tan rápido como pude, esperando a que a los pocos segundos sonara el disparo de la pistola de Jack y a sentir el taladrador impacto de la bala en la espalda.

—¡No, Jack! —oí gritar a Al y supe que mi miedo tenía justificación. Corrí en zigzag, levantando las piernas todo lo que podía, pues sabía que sólo tendría una oportunidad si me alejaba lo suficiente de ellos; parecía razonable, ya que ambos eran mucho más corpulentos que yo.

Miré adelante todo el tiempo porque me daba miedo mirar atrás. Delante de mí no se veía ningún sitio en el que refugiarme: ni casas, ni ninguna señal de que hubiera nadie. Empecé a describir un amplio semicírculo hacia la izquierda para que mi última carrera fuese hacia el hotel. Me pareció

oirlos correr justo detrás de mí pero no estaba seguro. Todavía no disparaban. Aún quedaba esperanza.

De pronto me quedé sin aire. Algo me había enganchado de las piernas desde atrás haciéndome caer y tragar arena. Me di la vuelta y vi a Jack inclinado sobre mí. Me maldijo y levantó el brazo para darme un puñetazo pero yo fui más rápido y me protegí con el brazo izquierdo. Jadeé de dolor cuando su puño me golpeó el brazo; era como de piedra. En cuanto me diera un par de golpes más me dejaría inconsciente y ensangrentado.

Entonces llegó el más viejo y antes de que Jack me diera otro puñetazo Al lo derribó y lo apartó de mí. Apenas me dio tiempo a respirar porque Al se inclinó sobre mí y me agarró de la chaqueta. Cuando me quise dar cuenta, Al ya me había levantado y pude ver cómo preparaba el brazo para estamparme el puño. Intenté desviar el golpe pero tenía tanta fuerza que me apartó el brazo a su paso y me alcanzó en la mejilla con la palma, haciendo que me ardiera la cara entre el ojo y la mandíbula.

—Ya basta —dijo. Me sacudió como haría un adulto con un niño, con una fuerza increíble—. Otra jugada como esa y es hombre muerto.

Me tiró al suelo y después tuvo que pararle los pies a Jack, agarrándolo sin ningún problema.

—¡Déjame a mí! —exigía Jack rabioso—. ¡Déjame a mí, Al!

Me puso en pie, y aunque medio ciego, pude ver cómo el más viejo mantenía a raya a su compañero y lo apaciguaba.

—Calma, muchacho —decía—. Tranquilízate.

No iban a matarme en aquel momento. Al principio me sentí aliviado pero después me hundí. De haberlo sabido podría haber esperado una mejor oportunidad para escapar de ellos. Después de esto ya no volverían a ponérmelo tan fácil.

Jack no dejó de hostigarme hasta que el más viejo se enfureció y le recordó que él estaba al mando y que mejor que no se le olvidara. Al poco, ya me tenían otra vez apresado por los brazos, arrastrándome por toda la playa. Ahora Jack me presionaba con los dedos sin piedad pero no abrí la boca. Apreté los dientes y le pregunté a Al qué pensaban hacer conmigo.

—Matarle —se adelantó Jack—. Le desgarraremos como a una momia.

—No, Jack —dijo Al, casi hastiado—. Yo no soy de los que van por ahí matando y lo sabes.

—¿Entonces qué van a hacerme? —pregunté.

—Le impediremos que regrese al hotel —me informó Al—. Hasta que se vaya el tren.

—¿Es eso lo que les ordenó Robinson?

—Creo que ese era el apellido del caballero —asintió Al—. Puede darle las gracias por seguir vivo. Insistió mucho en que no le hiciéramos daño, que nos limitáramos a mantenerle lejos del hotel durante unas cuantas horas. —Chasqueó la lengua con pesar—. Y no le hubiéramos hecho ningún daño si no se hubiera resistido. Supongo que son cosas de la juventud. Mi Paul también era así.

Cuando se calló me pregunté por qué Robinson había ordenado que no me mataran cuando no parecía desear otra cosa que mi deceso inmediato. ¿Lo habría juzgado mal de nuevo? Descarté la idea. ¿Qué más daba? Perder a Elise era lo mismo que perder mi vida. Ciertamente, había leído que se quedaba en el hotel pero, ¿cómo podía apoyarme sólo en eso? ¿Tenía algún sentido que Elise se quedara sola cuando se fuera el resto de la compañía? ¿Tenía algún sentido que su madre y, sobre todo, Robinson la dejaran allí? ¿Por qué iba Robinson a organizar todo esto si luego se iba a ir sin ella?

Además, mi repentina desaparición sólo podía hacer pensar a Elise que había desaparecido igual que había llegado: misteriosa e inexplicablemente. Jamás se le ocurriría que Robinson había ordenado que me secuestraran. Se marcharía con la compañía. Todo lo demás era absurdo. Así me quedaría una opción: ahorrar el dinero suficiente para seguirla hasta Nueva York, lo cual parecía una quimera. ¿Qué trabajo no me exigiría varios meses de ahorro para poder pagar un billete con el que cruzar el país? Meses durante los que Elise podría cambiar de parecer sobre mí. Por no hablar de la eterna sensación (ahora ya estoy casi convencido) de que mi vínculo con 1896 quedaría limitado, durante algún tiempo, al hotel y sus cercanías. Si tenía perder contacto con el hotel aun viéndolo, ¿cómo iba a atreverme a alejarme tantos miles de kilómetros de él? ¿Qué iba a hacer? ¿Cartearme con Elise? Suponiendo que me contestara. Robinson interceptaría todo el correo que le llegara. Nunca le llegarían mis misivas.

Me sobresalté cuando el más viejo dijo:

—Ahí está. —Enfoqué la vista y vi un poco más adelante la silueta baja y negruzca de un cobertizo—. Ese será su hogar durante las próximas horas, Collier —sentenció Al.

—Más bien para siempre —dijo Jack en voz baja. Le miré asustado.

—¿Qué has dicho? —preguntó Al.

Jack no dijo nada y yo tragué con la garganta seca.

—Pretende matarme —dije.

—Nadie va a matarle —me corrigió Al.

Pero Jack tiene la pistola, pensé. ¿Y si su deseo de acabar conmigo era tan fuerte que mataría también a Al para quedarse tranquilo? *No la tomes con estos matones*, pensé. Otra vez melodramático hasta el ridículo. Otra vez realista hasta el escalofrío.

Llegamos al cobertizo y la puerta chirrió cuando Al la abrió para empujarme dentro. Entré dando tumbos, recuperé el equilibrio y me retorcí por la punzada de dolor que me dio en el ojo izquierdo. El interior estaba oscuro como la boca del lobo. Al principio se me ocurrió buscar a tientas algún objeto del suelo con el que golpearles. Pero me lo pensé mejor al acordarme de la pistola de Jack. Al poco, encendieron una cerilla cuya llama emitió un tembloroso destello que les alumbró la cara: la típica cara que tienen los hombres que han llevado una vida de perros que les ha petrificado el corazón.

Vi cómo Al se sacó una vela del bolsillo, encendió la mecha y la incrustó entre la porquería del suelo hasta que se quedó derecha. La llama era larga y amarilla y me permitía ver un poco mejor; eché un vistazo alrededor. No había ventanas, sólo paredes de madera agrietadas.

—De acuerdo, átalos —ordenó Al a su compañero.

—¿Para qué molestarlos? —replicó Jack—. Un balazo en la sesera nos ahorraría el trabajo.

—Jack, haz lo que te digo —dijo Al—. No hagas que pierda la paciencia.

Farfullando, Jack fue a una de las esquinas del cobertizo, se agachó y recogió un rollo de cuerda muy sucio. Cuando vino hacia mí me di cuenta, aterrado, de que ya no podía hacer nada. Si no conseguía escapar ahora, ya nunca más volvería a ver a Elise. Sólo pensarlo me hizo tensar todo el cuerpo de manera que, haciendo acopio de mis últimas y desesperadas fuerzas, cerré el puño y lo lancé con toda la violencia que pude al rostro de Jack. Dio un grito sobrecogedor y se golpeó con torpeza con la pared. Me giré y vi que el más viejo iba a hacer algo. Sabía que no me daba tiempo a derribarle de modo que cogí impulso, me lancé contra la puerta y la destruí. Me caí, di una vuelta en el suelo y empecé a ponerme de pie.

Entonces sentí cómo la tenaza de la enorme zarpa de Al me agarraba de la chaqueta y volvía a meterme en el cobertizo, tirándome al suelo; grité de dolor cuando se me torció el brazo izquierdo bajo el peso del cuerpo.

—No quiere aprender, Collier, ¿verdad? —dijo furioso.

—Maldito sea, ahora sí que es hombre muerto. —Oí la áspera voz de Jack detrás de mí y, al darme la vuelta, vi que se sostenía en pie, aunque mareado, con la mano hundida siempre en el bolsillo.

—Espera fuera —le ordenó Al.

—Es hombre muerto, Al. —Jack se sacó la pistola del bolsillo y extendió el brazo para dispararme. Lo miré sin poder pensar ni reaccionar; me había quedado paralizado.

En ningún momento vi acercarse a Al. Sólo sé que derribó a Jack de un golpe en la cabeza y que la pistola salió volando. Al la cogió y se la guardó en el bolsillo, después se inclinó sobre Jack, lo cogió del cuello de la chaqueta y del cinturón, lo arrastró hacia la entrada y lo arrojó fuera como si fuera un saco de patatas.

—¡Intenta entrar y serás tú el que acabe con la cabeza como un colador! —gritó.

Volvió adentro, jadeando y se me quedó mirando.

—Es duro de pelar, jovencito —dijo—. Muy duro de pelar.

Tragué saliva, sin quitarle ojo, temeroso de hacer el menor ruido. Empezó a respirar más despacio, después, con un preciso movimiento, agarró el rollo de cuerda y lo desenrolló. Se agachó y me ató todo el cuerpo, el rostro inexpressivo.

—Le sugiero que no intente jugárnosla otra vez —dijo—. Sigue vivo por los pelos. Le aconsejo que no se arriesgue más.

Mientras me ataba permanecí inmóvil, mudo, intentando no hacer muecas de dolor cada vez que tensaba la cuerda. Ya no volvería a intentar escapar. Tampoco seguiría rogando que me soltaran. Afrontaría lo que viniese ahora.

Entonces, sin venir a cuento, se rió entre dientes y me dejó perplejo. Durante unos segundos desesperados pensé: *¡Oh, Dios mío! Todo ha sido una broma, van a soltarme.* Pero Al se limitó a decir:

—Tiene agallas, muchacho. Es un tipo duro. Jack es como un oso y casi lo deja seco. —Volvió a reírse—. Jamás olvidaré la cara de imbécil que puso. —Alargó la mano y me frotó el pelo—. Me recuerda a mi Paul. También tenía agallas, le sobraban. Apuesto a que se llevó por delante más de una docena de salvajes antes de que lo derribaran. Malditos apaches.

Vi cómo terminaba de anudar la cuerda. ¿Los apaches mataron a su hijo? No lo entendía; me parecía demasiado extraño. Sólo sabía que seguía vivo gracias a él y que no me dejaría marchar por mucho que le suplicara. Tendría que confiar en poder desatarme yo mismo en cuanto se marchara.

Ató un último nudo de marinero y se puso en pie soltando un gruñido y sin quitarme ojo.

—Muy bien, Collier, —dijo—, aquí nos despedimos. —Se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y hurgó para poder coger algo. Le miré; se me empezaba a acelerar el pulso. Me quedé de piedra cuando vi aquella cosa. Ahora sí que no podría aflojar los nudos ni regresar al hotel antes de que saliera el tren.

Se colocó detrás de mí.

—Puesto que no tengo intención de quedarme aquí cruzado de brazos durante tantas horas, —

dijo—, tendré que desearle dulces sueños.

—No lo haga —murmuré. No pude evitarlo. Nunca antes había visto una cachiporra. Era un arma fea y espantosa.

—No queda más remedio, muchacho —dijo—. Ahora no te muevas. Si te quedas quieto, acertaré en el punto exacto. Si te resistes, podría darte en el lugar equivocado y partirte el cráneo.

Cerré los ojos y esperé. *Elise*, pensaba. Durante un instante me pareció ver su cara, sondeándome con sus penetrantes ojos. Entonces en mi cabeza se produjo un estallido de dolor y me sumí en la negrura.

Recuperar la conciencia fue un auténtico martirio: un dolor palpitante en el codo, punzadas en los músculos del estómago, rigidez de piernas y brazos, un hormigueo anestésico por todo el cuerpo. Por fin, abrí los ojos e, inmerso en la oscuridad, intenté recordar dónde estaba. Sentía cómo las cuerdas me presionaban las extremidades y el tronco; de modo que todavía seguía en 1896, no podía ser de otro modo. ¿Pero qué hora sería?

Intenté sentarme. En vano; me habían atado con tanta fuerza que me dolió todo el pecho. Seguí mirando al frente, pestañeando. Poco a poco, la oscuridad fue desapareciendo y conseguí distinguir la escasa luz que se colaba por las grietas de la pared. Entonces sin duda era 1896; estaba inmovilizado en el cobertizo. Intenté mover las piernas y no pude evitar gemir de dolor, pues de tan prietas que estaban apenas me llegaba la sangre.

—Venga —me dije para obligarme a pensar o a hacer algo. Si consiguiese ponerme en pie, podría dar saltos hasta la puerta y golpearla hasta que se abriera, después quizá podría pedir auxilio a alguien en la playa. Hice un esfuerzo por levantar la espalda del suelo; entonces me di cuenta de lo frío que estaba. Mi traje debía de estar hecho una piltrafa. Mientras luchaba por sentarme me enfadé conmigo mismo por tener aquel pensamiento tan trivial.

Me dejé caer dando un golpe seco y gritando débilmente por las llamaradas de dolor que me abrasaban la cabeza. ¿Y si Al me había aplastado el cráneo a pesar de que no me moví? Al menos a mí me lo parecía. Tuve que quedarme un buen rato con los ojos apretados hasta que el dolor remitió un poco.

Entonces me fijé en el olor del interior del cobertizo; era una mezcla de madera podrida, humedad y mugre fría. El olor de la tumba, pensé. Se me volvió a hinchar la cabeza. Relájate. Cerré los ojos. ¿Habría salido ya el tren?, me pregunté. Elise podría retrasar un poco su salida por si volvía; cabía la posibilidad. Debía escapar de allí.

Abrí los ojos y miré a mi alrededor para orientarme. Cuando creí distinguir el contorno de la puerta comencé a luchar contra el renovado bombardeo de dolor para arrastrarme hasta ella. Me vi a mí mismo retorciéndome y serpenteando por el suelo; era ridículo pero no divertido. *Como un pez fuera del agua*, pensé. En aquellos momentos me sentía así en todos los aspectos.

Tuve que parar porque me resultaba tan difícil respirar que el pecho me dolía cada vez que tomaba aire y se me nublaba la cabeza. *Relájate, relájate*, pensaba; ahora era más una plegaria que una orden. Intenté controlar la respiración y convencerme a mí mismo de que era una obra de teatro muy larga, de cuatro actos; que les llevaría mucho tiempo preparar el equipo y cargar los vagones; que, incluso después de que todo estuviera listo, Elise podría ordenar no salir aún. Podría ocurrir. Debía confiar en ello. No quedaba...

Cogí aire y me quedé quieto; entonces, durante varios minutos —¿Serían seis, siete, más?— tuve

la misma sensación que cuando estaba tumbado sobre la cama de la habitación 527, justo antes de volver atrás en el tiempo: una sensación de viajar a la deriva, hacia el limbo, de no estar en ningún lugar concreto, sino de viaje. *Dios, no, pensé; no, por favor.* Como un niño aterrado por la oscuridad, me quedé allí, rezando por que desapareciera el monstruo que se escondía en el armario, tiritando en la frontera entre dos tiempos.

Después se pasó, había vuelto al cobertizo y me sentía bien arraigado en 1896. No encuentro una manera mejor de describirlo. Es algo que se siente más en el cuerpo que en la mente; una sensación física de existir. Esperé hasta cerciorarme de que esa seguridad no desaparecía, después continué reptando hacia la puerta. Esta vez seguí, aunque al no poder inflar los pulmones tenía que retener el aire, por lo que se me hinchaba la garganta y me daban arcadas.

Cuando por fin llegué a la puerta, el pecho estaba a punto de partirse de dolor. Pensé que estaba sufriendo un ataque al corazón; la sensación debía de ser similar. Me quité aquella tonta ocurrencia de la cabeza. Seguro que hice alguna mueca. Sólo me faltaba eso, pensé. Apoyé la cabeza en la puerta para que se me pasara el dolor. Poco a poco fue desapareciendo, junto con los latidos que me presionaban la cabeza. *Ahora, pensé.* Levanté los hombros todo lo que pude y me dejé caer contra la puerta.

Ni se movió.

—Oh, no —gemí. ¿La habrán cerrado? Me quedé mirando la puerta sin querer creerlo. Podría quedarme atrapado en el cobertizo durante días. Empecé a temblar. Santo cielo, podría morir deshidratado. La sola idea me aterró. Aquello no podía estar ocurriendo. Debía de ser una pesadilla de la que pronto despertaría. Pese a todo, sabía muy bien que no podía estar más despierto.

Pasó un rato hasta que me calmé un poco. Tuve que dejar que se disipara el miedo para poder pensar con claridad. Poco a poco, empecé a darme la vuelta, con los dientes apretados, hasta que conseguí apoyar las suelas de las botas en la puerta. Descansé un par de minutos y entonces doblé las piernas todo lo que pude para poder estampar los pies contra la puerta.

No pude evitar suspirar de alivio cuando, a la tercera arremetida, la puerta se desencajó entre chirridos. Me quedé allí tirado, jadeando, sonriendo a pesar del dolor que me presionaba la cabeza. Brillaba la luna, que me bañó con su pálida luz. Me miré. La cuerda me apretaba los brazos contra el pecho y me inmovilizaba las piernas desde los muslos hasta los tobillos. La verdad es que Al había hecho un buen trabajo.

Entonces, muy despacio, empecé a arrastrarme; me chocó verme a mí mismo como un gusano gigante. Después comprobé que habían trancado la puerta con un pestillo de madera, que fue lo que partí a patadas. *Menos mal que no echaron un candado,* pensé. Me lo quité de la cabeza. *No desperdicies el tiempo con miedos inútiles,* me recomendé a mí mismo. Ya tenía bastante de lo que preocuparme. Me volví a mirar. Tenía que intentarlo por la parte de la mano derecha. La estiré y conseguí alcanzar un nudo; era como una pequeña piedra. Lo agarré sin fuerza —y a no me quedaba— y no conseguí nada. Me pregunté por qué me dolía tanto esa mano y entonces recordé que era con la que había golpeado a Jack.

Agarré el nudo sin conseguir nada. Entonces, de repente, me quedé quieto, inmovilizado de rabiosa frustración y angustia.

—¡Auxilio! —grité. Fue un grito forzado y ronco.

—¡Socorro! —Me quedé quieto para ver si oía algún grito en respuesta. Sólo se escuchaba el

incesante estruendo de las olas. Volví a gritar una y otra vez, hasta que me dolió la garganta. Era inútil. No había nadie por allí cerca. Debía liberarme yo solo. Me di la vuelta para mirar al hotel pero desde allí no se veía. *Elise, no te vayas*, pensaba. *Espérame, por favor, espérame*.

Por un momento tuve la sensación de desvincularme de nuevo, de escurrirme hacia la frágil barrera que separa los tiempos. Me quedé inmóvil hasta que se me pasó; esta vez duró menos. ¿Por qué me pasaba aquello?, me preguntaba. ¿Por el golpe que recibí en la cabeza? ¿Porque estaba lejos del hotel? ¿O porque me sentía angustiado por todo aquel cúmulo de circunstancias?

No me atrevía a darle muchas vueltas, no fuera que todo empezara de nuevo. Me examiné con cautela, pensando en la manera de desatar los nudos. Tuve una idea; empecé a separar las rodillas para tensar la cuerda que me rodeaba las piernas. Junté los pies para hacer más fuerza. No pude esconder una sonrisa cuando noté que había conseguido aflojar la cuerda; ahora ya podía separar las piernas.

Sin hacer caso al tambor en que se había convertido mi cabeza ni a las punzadas que me perforaban el pecho, continué tensando la cuerda hasta que pude levantar la punta de la bota derecha y enganchar con ella el cabo de inferior. Tiré hacia abajo con el pie pero se me resbaló. Tenaz, lo intenté de nuevo; entonces sí que sentí que la cuerda se aflojaba alrededor de mis piernas.

No sabía decir cuánto tardé pero, poco a poco, conseguí llevar los nudos hacia abajo, hasta que me quedaron todos alrededor de los tobillos. Intenté sacar la bota derecha por la abertura pero no pude. Tensé todo el cuerpo (la cuerda que me rodeaba el pecho debió de aflojarse también con el esfuerzo porque ya no me dolía tanto al respirar) hasta que pude apretar la bota izquierda contra la derecha hasta que conseguí sacarme esta última. Metí el pie derecho entre las cuerdas, después la bota izquierda. ¡Por fin podía mover las piernas!

Enseguida volví a desmoralizarme cuando me di cuenta de que la segunda parte del trabajo iba a ser mucho más complicada. Pero no me dejé amedrentar, de modo que me esforcé por ponerme en pie. Como se me habían dormido las piernas tardé más de un minuto; las primeras cinco veces me caí. Entonces, a medida que el renovado flujo de sangre me iba provocando hormigueo y punzadas, fui recuperando la sensibilidad y pude ponerme en pie, aunque muy despacio y tambaleándome.

Miré a mi alrededor. ¿Y ahora qué? ¿Echaría a correr hacia el hotel, con medio cuerpo atado y con un pie descalzo? Era una idea grotesca. Debía liberarme del todo. La base del cobertizo me llamó la atención: piedras unidas con argamasa desmigajada. Había una zona en que la pared quedaba un poco por encima de la base y por donde el filo de la argamasa parecía bastante áspero. Caminé deprisa hacia esa parte y al llegar me dejé caer de rodillas, me incliné hacia delante y empecé a frotar las cuerdas contra el borde.

Al cabo de unos minutos, las cuerdas se empezaron a desgastar y respiré tan hondo como pude para aflojarlas un poco más. No surtió efecto. Seguí frotándome contra el borde de mortero, esta vez más rápido.

Tuve que detenerme y apoyar la cabeza en el cobertizo; me daba vueltas y sabía que estaba a punto de desmayarme. *Ahora no*, pensaba; no cuando estaba a punto de liberarme. Empecé a jadear. *No te vayas, Elise*, rogaba. No dejes que salga el tren. Pronto estaré ahí. Muy pronto.

En cuanto se me pasó el mareo volví a restregar la cuerda contra el filo de mortero. Alrededor de un minuto más tarde, la cuerda se había desgastado lo suficiente para que pudiera aflojarla, dejarla caer por la cadera y zafarme de ella. Me llené los pulmones de aire. Tenía la cara y el cuello bañados

de sudor. Saqué el pañuelo y me lo pasé por todo el cuerpo, después volví a respirar hondo y empecé mi regreso al hotel.

Al principio pensaba que iba en la dirección equivocada porque no vislumbraba ni una sola luz. Me detuve y me di la vuelta. Tampoco se veían luces en la dirección opuesta. Tuve un escalofrío. ¿Cómo saber qué camino tomar? *Espera*, pensé. La entrada al cobertizo estaba más o menos de cara al mar. Debía de ir bien encaminado. Me volví a dar la vuelta y atravesé la playa a paso ligero.

Me di cuenta de que estaba subiéndome por una pequeña pendiente; antes debía de estar tan desesperado que no me di cuenta. Intenté mantener el ritmo pero las piernas me pesaban como el plomo. Debía pararme a descansar, pensaba mientras me apretaba con la mano izquierda en el codo para calmar los latidos de dolor. Me asusté por el chichón que me había salido. Era como si me hubieran incrustado bajo el cuero cabelludo la mitad de una pelota de *baseball*. Sólo con rozar aquel bulto se me escapaba un siseo de dolor.

Unos minutos después me obligué a seguir caminando. Cuando llegué a lo alto de la pendiente pude ver el hotel a lo lejos; debía de estar a un kilómetro o, probablemente, dos. Con un suspiro de desaliento por todo lo que tenía que andar, empecé a bajar el otro lado de la duna, dando pequeños saltos. Al llegar abajo, caminé con pesadez por la arena seca hasta llegar a la orilla de la playa, donde la arena estaba mojada y dura, y troté, intentando no clavar mucho los talones. Me concentré en la cúpula del hotel para no pensar en el dolor y la angustia que me invadían. *No se ha ido*. Era lo único en lo que me permitía pensar.

Cuando llegué al camino de tablas me costaba tanto respirar y me dolían tanto las piernas que me vi obligado a detenerme a pesar de mi determinación. Después hubo momentos en los que la sensación de desorientación venía y se marchaba al ritmo de mi respiración. Intenté analizarla con la esperanza de así poder repeler sus constantes efectos. La causa de que me pasara aquello debía de ser la traumática situación de la que acababa de escapar. Desaparecería cuando viese de nuevo a Elise, cuyo amor era mi ancla en esta época.

Antes de que se me ocurriera pensar que quizá Elise ya no estuviera en el hotel me puse a trotar con torpeza por el paseo de tablas, con los dientes apretados y la mirada clavada en el hotel. *Todavía no se ha marchado*, pensaba. No se iría. El vagón seguiría ahí. Elise habría dicho que no saldrían hasta que...

Un nuevo mareo me impidió continuar. No puede ser, pensaba. Sin embargo, podía ver la realidad con mis propios ojos. El apartadero estaba vacío.

—No. —Agité la cabeza. De acuerdo, el vagón no está. Elise se ha quedado, por ilógico que parezca. Lo había leído, ¿no? Había ordenado que la compañía partiera hacia Denver sin ella. Elise se habría quedado.

Seguí corriendo; no recuerdo el momento en que empecé. Apenas podía ver las luces del hotel por las ventanas; debían de ser las tres o las cuatro de la mañana. No importa, me decía a mí mismo. Está en su habitación, despierta. Me está esperando. No me permitiría a mí mismo pensar en ninguna otra posibilidad; no debía. En el fondo de mi corazón yacía un miedo tan descomunal que si lo dejaba asomarse acabaría consumiéndome. *Elise está ahí*, pensaba. Me concentré en esa idea, que utilicé como barrera contra mis temores. *Está ahí, está ahí*.

Hubo un momento en que reparé en la pinta que tenía, todo sucio y desaliñado. Si entraba en el vestíbulo con este aspecto no me dejarían pasar y yo tenía que hablar ya con Elise. Seguí hacia la

izquierda, bajé hasta el Paseo del Mar y doblé la esquina del hotel. Entonces su fachada enorme y blanca quedó a mi derecha; oía mis propias pisadas. El pecho me dolía y me pinchaba cada vez que tomaba aire. *No te detengas*, me decía una vocecilla dentro de mi cabeza. *Elise signe aquí, vamos. Ya casi has llegado. Corre.* Jadeante, tuve que bajar un poco el ritmo. Llegué a la escalera sur y empecé a subir agarrándome al pasamanos. Parecía que había transcurrido un siglo desde que Elise y yo subiéramos juntos esos escalones; y un millón de años desde que nos encontráramos en la playa. *Elise sigue aquí*, insistía la voz. *Ánimo. Elise sigue aquí.*

La puerta de la veranda. La abrí gimiendo de dolor, entré atropellado y corrí hacia el pasillo lateral. *Elise sigue aquí, esperándome en su habitación. Tal como leí.* Mis pisadas resonaban en las tablas del suelo. Se me empezaba a nublar la vista.

—Noviembre de 1896 —murmuraba trastabillando—. Es noviembre de 1896.

Salí al Salón Abierto y atravesé el paseo corriendo. Sigue aquí, me seguía diciendo a mí mismo. Eran las lágrimas lo que no me dejaba ver bien, según comprobé cuando me empezaron a correr por las mejillas.

—Sigue aquí —decía—. Aquí. —Llegué al salón público y caminé a trompicones hasta la puerta de su habitación, donde me dejé caer antes de llamar—. ¡Elise!

Esperé, intentado percibir algún sonido, con la cabeza a punto de estallar. Volví a llamar.

—¿Elise? —No se oía ningún ruido en el interior. Tragué saliva y pegué la oreja derecha a la puerta. Elise tenía que estar allí. Estaría durmiendo. Dentro de poco se levantaría y correría a la puerta para abrirme. Volví a llamar una y otra vez. Acabaría abriéndome para entregarse a mis brazos; mi Elise. No se marcharía. No después de haberme escrito aquella carta. *Seguro que viene corriendo a abrirme. Ahora. Ahora. Ahora.*

—¡Dios! —Entonces me barrió una súbita oleada de desolación. Elise se había ido. Robinson la habría convencido para que se marchara. Estaría de camino a Denver. Ya nunca más volvería a verla.

Ya no me quedaban fuerzas. Me apoyé de espaldas contra la puerta y me dejé caer poco a poco hasta sentarme en el suelo, perdido en la nube que me empañaba la vista. Apoyé la cabeza entre las palmas y me puse a llorar. Igual que lloré hacía toda una vida, en aquella tórrida y asfixiante habitación del sótano. Sólo que entonces lloraba de alegría, de alivio y de dicha, porque sabía que acabaría conociendo a Elise. Ahora lloraba sumido en una tristeza amarga y desesperanzadora ante la certeza de que ya jamás volvería a verla. Que el tiempo hiciera de mí lo que se le antojara. No me importaba en qué año muriera. Ya todo me daba igual. Había perdido a Elise.

—¡Richard!

Levanté la cabeza sobrecogido, demasiado confundido para saber cómo reaccionar. Literalmente, no podía creer lo que estaba viendo cuando vi que Elise venía corriendo por el salón público.

—¡Elise! —Intenté ponerme en pie pero ni las piernas ni los brazos me hacían caso. Volví a gritar:

—¡Elise!

Entonces llegó, se arrodilló ante mí y nos fundimos en un abrazo desesperado.

—Amor mío, amor mío —susurraba Elise—. Oh, amor mío. —Hundí mi mirada en sus cabellos y me refugié en su sedosa y fragante calidez. No se había marchado. Al final me había esperado. Le besé el pelo, el cuello.

—Oh, Dios, Elise. Pensé que te había perdido.

—Richard. Amor. —Se apartó y empezamos a besarnos; sus dulces labios nadando entre los míos. Se retiró, jadeando, y entonces una mirada de inesperada ansiedad le petrificó el rostro mientras me acariciaba la mejilla.

—Te han hecho daño —dijo.

—Me encuentro bien, me encuentro bien. —Le sonreí, acerqué sus manos a mis labios y se las besé.

—¿Pero qué te ha ocurrido? —preguntó, con su hermosa cara ensombrecida de preocupación.

—No importa. Deja que te abraze —dije.

Se apretó contra mí y volvimos a quedarnos soldados en otro abrazo, sus dedos acariciándome el pelo.

—Richard, mi Richard —murmuraba. Se me crispó todo el cuerpo cuando me rozó el chichón del cogote. Se sobrecogió y se apartó de nuevo, alertada.

—Santo cielo, ¿qué te ha pasado? —preguntó.

—Me... cogieron —respondí.

—¿Te cogieron?

—Me secuestraron. —Me hacía gracia esa palabra—. No pasa nada, no pasa nada —le dije, acariciándole la mejilla—. Me encuentro bien. No te preocupes.

—Cómo no voy a preocuparme, Richard. Te han molido a palos. Tienes la cara amoratada y estás pálido.

—¿Tan mal aspecto tengo? —le pregunté.

—Ay, amor mío. —Me acunó la cara entre ambas manos y me besó con ternura en la boca—. Eres lo más dulce que mis ojos hayan visto nunca.

—Elise —apenas podía hablar. Nos abrazamos y le besé toda la cara y el cuello, su cabello.

Se me escapó una carcajada entrecortada.

—Apuesto a que tengo muy mala pinta —dije.

—No, nada de eso. Es que me preocupo por ti. —Me devolvió la sonrisa cuando le pasé un dedo por el carrillo para enjugarle sus cálidas lágrimas—. Vamos dentro y deja que te ponga un trapo mojado en la cara.

—Estoy bien —insistí. Ni todo el dolor del mundo conseguiría hacerme sentir mal ahora.

Había recuperado a mi amor.

21 de noviembre de 1896

Elise me quitó el abrigo para cepillarlo; estaba todo cubierto de arena y tierra. Incansable, me senté en el sofá de su habitación y me quedé mirándola con adoración mientras ella me lavaba dulcemente las manos y la cara con agua caliente. Cuando me tocó el brazo derecho hice una mueca de dolor y, cuando lo miré, vi por primera vez lo magullado que lo tenía, con los nudillos agrietados.

—¿Por qué tienes así la mano? —preguntó Elise asustada.

—Tuve que atizarle a un tipo —contesté.

Pareció afligirse aun más mientras me seguía lavando las manos.

—Richard, —dijo por fin—, ¿quién te... secuestró?

Advertí lo preocupada que estaba.

—Dos hombres —contesté. Vi cómo tragaba saliva. Entonces miró hacia arriba, con su cara de azúcar seria y pálida.

—¿Los envió William? —preguntó con voz queda.

—No —dije sin vacilar, lo cual a Elise la tranquilizó y a mí me sorprendió. ¿Por qué protegía a Robinson?, me pregunté. Pensé que quizá porque en aquel momento no quería enfurecerla ni preocuparla más y porque no quería hacer añicos aquel sentimiento tan tierno que nos unía.

Elise me miraba con aquella expresión que yo conocía ya muy bien, cargada de una curiosidad insaciable.

—¿No vas a contarme la verdad? —preguntó.

—Claro —dije—. Fui a dar un paseo durante el primer descanso y aquellos... dos hombres me atacaron para robarme, supongo. —Sentí una punzada de miedo; ¿habría visto Elise el dinero intacto que llevaba en el bolsillo de mi abrigo?—. Después decidieron atarme en un cobertizo para que les diera tiempo a escapar antes de que yo avisara a la policía.

Sabía que Elise no me creía pero también que debía seguir adelante con aquella mentira. Robinson seguía siendo decisivo para su vida profesional; se quedaría muy consternada si se viera obligada a considerar a Robinson un traidor después de tantos años. Pero Robinson lo había hecho por lo que él consideraba lo mejor para ella; había actuado con lealtad, aunque no de la manera más acertada. Quizá era que yo siempre había sabido que Robinson moriría en el *Lusitania*, sin haber visto jamás correspondida su adoración por Elise. No estaba seguro. Sólo sabía que no podía permitir que Elise empezara a odiarlo con tanta crueldad. No por mi culpa.

—Él no tiene nada que ver —dije. Me di cuenta de que quería convencerse a sí misma de ello; no me cabía la menor duda de que Elise se negaba a pensar que Robinson era culpable, lo cual me hizo alegrarme de haberle mentido. No podía permitir que nuestro reencuentro se echara a perder por algo así.

—No, no fue Robinson —dije. Sonreí con tristeza—. Si él fuera el culpable te lo diría.

Sonrió un poco.

—Estaba segura de que había sido él —me dijo—. Tuvimos una discusión muy fuerte antes de que se marchara. Por la forma en que me aseguraba que no volverías pensé que se habría encargado de ello de algún modo. Tuve que amenazarle con romper nuestro contrato antes de que se marcharan sin mí.

—¿Y tu madre?

—Sigue aquí —contestó. Mi cara debió de decirselo todo porque sonrió con dulzura y me besó la mano—. Está en su habitación; se ha tomado un somnífero para poder dormir. —Soltó una risita—. También me montó un número —dijo.

—Te he hecho tanto daño —dije.

Entonces Elise metió el trapo en la palangana que había sobre la mesa y se arremolinó entre mis brazos, apoyando la cabeza en mi hombro y cruzando el brazo derecho sobre mi pecho.

—Has hecho lo más hermoso que nadie ha hecho por mí en toda mi vida —dijo—. Me has enseñado lo que es el amor.

Se inclinó hacia delante, me besó la mano izquierda y me la pasó por su cara.

—Cuando miré al público en el segundo acto y vi que tu asiento estaba vacío quise pensar que no te habría pasado nada serio. Después, a medida que pasaba el tiempo y veía que no volvías me fui asustando más a cada minuto. —Su suave risa sonaba casi angustiada—. El público debió de pensar que me había vuelto loca por la manera en que les miraba, algo que ni se me ocurriría en circunstancias normales. No sé cómo pude actuar durante el tercer y el cuarto acto. Debía de parecer una máquina.

Volvió a reírse, pero ahora sin ganas, con tristeza.

—El resto del reparto pensó que había perdido la cabeza cuando vieron que no dejaba de mirar por el telón durante los descansos. Hasta envié a Marie a buscarte porque me imaginé que te encontrabas mal y que te habrías ido a tu habitación. Cuando volvió y me dijo que no aparecías por ninguna parte me entró el pánico. Sabía que si te hubieras marchado me hubieras dejado alguna nota. Pero no aparecía ninguna nota. Sólo apareció Robinson diciendo que habías desaparecido para siempre porque te había amenazado con revelar a todo el mundo que no eras más que un cazafortunas.

—¿Ah, sí? —Miré al techo. William no me lo estaba poniendo muy fácil para seguir protegiendo su nombre. En fin, lo hecho, hecho estaba. De nada servía ya seguir atacándonos.

—No sé cómo pude seguir adelante con la comedia mientras pasaba todo esto —dijo Elise—. Estoy convencida de que ha sido la actuación más espantosa de toda mi carrera. Si hubieran repartido tomates entre el público, no me cabe la menor duda de que me los hubieran tirado todos.

—Estoy seguro de que estuviste magnífica —dije.

—Ah, qué va. —Se puso derecha y me miró; me acarició la mejilla—. Ay, Richard, si te hubiera perdido... después de tantos años esperando... después de cómo nos conocimos, de aquella sensación tan extraña, de esforzarme tanto por asimilarla. Si te hubiera perdido después de todo eso no hubiera sobrevivido.

—Te quiero, Elise —le dije.

—Y yo te quiero a ti —respondió—. Richard. Mi Richard. —Me besó con ternura en los labios.

Entonces fui yo quien se rió con ironía.

—Si me hubieras visto —le dije—. Tirado en un cobertizo oscuro como las entrañas de una mina, atado tan fuerte que apenas podía respirar. Revoleándome en el suelo mugriento como un pez recién pescado. Conseguí abrir la puerta a patadas y después las pasé canutas para quitarme las cuerdas. Al final pude sacármelas por las piernas. Para aflojar la cuerda que me apretaba el pecho tuve que frotarme contra el borde de un muro de argamasa. Entonces eché a correr como un poseso hacia el hotel. Vi que el vagón ya no estaba y que no había nadie en tu habitación. —Ya no tenía ganas de reír,

sólo recordaba el dolor. Abracé a Elise y nos apretamos el uno contra el otro como dos niños asustados que se vuelven a encontrar después de haber pasado largas y horribles horas separados.

Entonces, de pronto, Elise se acordó de algo; se puso en pie de un salto, atravesó corriendo la habitación y cogió un paquete que había sobre el escritorio. Lo trajo y me lo tendió.

—Con amor —dijo.

—Soy yo el que debería inundarte de regalos —dije.

—Ya habrá tiempo. —La forma en que lo dijo me llenó de una súbita alegría porque, por un instante, pude imaginarme todos los años que nos quedaban por delante.

Abrí el paquete. El papel escondía una cajita de cuero rojo. Levanté la tapa y vi un reloj de oro enganchado a una cadena del mismo metal. Me quedé sin palabras.

—¿Te gusta? —Su voz era la de una niña emocionada.

—Es una maravilla —contesté.

Lo cogí por la cadena y miré la tapa del reloj, que llevaba unas exquisitas inscripciones en los bordes y en cuyo centro tenía grabados unos dibujos de flores y de sinuosos remolinos.

—Ábrelo —dijo.

Apreté el botón y la tapa se abrió del golpe.

—Oh, Elise —susurré.

La esfera era blanca y tenía unos majestuosos números romanos alrededor y, encima de cada uno de ellos, su correspondiente en árabe. En la parte inferior de la esfera había un círculo más pequeño, el segundero, cuya manecilla no era más gruesa que un cabello. Era un Elgin; el peso y el tamaño eran los típicos de la época.

—Deja que te lo ponga en hora, amor mío —me pidió. Sonreí, se lo tendí y vi cómo sacaba una palanquita de la parte inferior del aparato para colocar las manecillas después de mirar al otro lado de la habitación; era casi la una menos cuarto. Ya estaba; volvió a meter la palanquita y dio cuerda al reloj, toda absorta y tan encantadoramente concentrada que no pude evitar inclinarme y besarle la nuca. Tuvo un escalofrío y se apretó contra mí, después se dio la vuelta y me ofreció el reloj con una sonrisa de amor—. Espero que te guste —dijo—. Era lo mejor que pude conseguir con tan poco tiempo. Te prometo que te regalaré el mejor reloj cuando pueda.

—Éste es ya el mejor reloj —dijo—. Nunca querré otro. Gracias.

—Gracias —murmuró.

Me acerqué el reloj a la oreja y me quedé embelesado con su delicioso y preciso tictac.

—Póntelo —me pidió.

Sonó un clic cuando cerré la tapa. Elise hizo una mueca que me llamó la atención.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada, amor mío.

—No, dime.

—Es que... —Se sentía un poco violenta—. Si pulsas el botón al cerrar la tapa... —No pudo acabar de decirlo.

—Lo siento —dije, desconcertado al recordar otra vez lo poco que me fijaba en los detalles de 1896.

Cuando empecé a colocarme el reloj y la cadena en el chaleco me di cuenta de lo curioso que era que Elise, sin saberlo, hubiera decidido hacerme el regalo que más tenía que ver con el tiempo.

Era incapaz de colocármelo. Miré a Elise avergonzado.

—Supongo que no soy muy habilidoso —dije.

Enseguida me desabrochó uno de los botones del chaleco y pasó la cadena por la abertura para que se aguantara en su sitio. Me devolvió la sonrisa y volvió a mirar a la caja.

—No has leído la tarjeta —dijo.

—Perdón, no la había visto. —Volví a abrir la cajita y vi una tarjeta clavada en la parte interior de la tapa. La cogí y leí lo que Elise había escrito con su espléndida letra: «Y el amor, lo más dulce».

Me quedé helado, no pude evitarlo. Sus últimas palabras; se me partió el alma. Me obligué a no pensar en ello.

Elise vio la cara que puse.

—¿Qué ocurre, amor mío? —preguntó.

—Nada. —Nunca había mentido tan mal.

—Sí, algo te pasa. —Me cogió la mano y me miró muy seria—. Dímelo, Richard.

—Es por la tarjeta —dije—. Me ha emocionado.

Empecé a quedarme sin aire.

—¿Cómo se te ocurrió? —insistí—. ¿Es un verso propio?

Negó con la cabeza y noté que ella también quería deshacerse de un presentimiento.

—Es de un himno. ¿Has oído hablar de Mary Baker Eddy?

No sabía qué responder. Antes de decidirlo siquiera, oí mi propia voz contestando:

—No, ¿quién es?

—La fundadora de una nueva religión que se llama «ciencia cristiana». Oí aquel himno en una misa. Lo escribió ella misma.

Nunca te diré que entendiste otras palabras, pensé; y nunca, jamás, te diré cómo sigue el poema.

—La conocí después de la misa —dijo.

—¿Ah, sí? —exclamé sorprendido, aunque enseguida me callé la boca. Si nunca había oído hablar de la señora Eddy no era lógico que me mostrara extrañado por que Elise la hubiera conocido.

—Hará unos cinco años —dijo. Si se había dado cuenta de mi metedura de pata, y lo más probable era que se la hubiera dado, entonces había preferido no decir nada—. Por aquel entonces tenía setenta años y todavía... si yo tuviera todo el magnetismo de aquella mujer, Richard, llegaría a ser la mejor actriz del mundo. Tenía la presencia más imponente que jamás he visto en una mujer... ni en un hombre. Cada vez que decía algo la gente se quedaba embelesada escuchándola. Era menudita y no tenía una voz muy potente... pero su presencia, Richard, su presencia. Me cautivaba. Era como si todo lo que hubiera sobre el estrado se esfumara excepto ella. Y ya no se oía nada más que su voz.

Me dio la sensación de que siguió hablando porque todavía se sentía incómoda por mi reacción. De modo que para poner fin a aquella situación la abracé y la apreté contra mí.

—Adoro mi reloj —dije—. Y adoro a la persona que me lo ha regalado.

—Esa persona te adora a ti —dijo. Sonaba un poco triste.

Después forzó una sonrisa.

—¿Richard?

—¿Sí?

—¿Te enfadarías conmigo si... —Se detuvo.

—¿Si qué? —No sabía por dónde saldría.

Vaciló y pareció avergonzarse.

—¿Sí, Elise? —Sonreía pero sentía que los músculos del estómago se me anudaban.

Elise respiró hondo.

—Tengo hambre de algo más que amor —espetó.

Yo seguía sin entender nada; esperé con aprensión a que se explicara.

—Antes pedí que subieran algo de comida y vino... galletitas saladas, queso, fruta. —Miró a la esquina de la habitación, donde había un carrito con platos tapados, una botella de vino sobresaliendo de un cubo de plata; hasta ese momento no me había fijado. Me reí aliviado—. ¿Quieres decir que tienes hambre? —pregunté.

—Ya sé que no es muy romántico —se disculpó, sonrojándose—. Lo que pasa es que siempre me entra hambre después de una actuación. Y ahora que ya estoy más tranquila me siento el doble de hambrienta. ¿Podrás perdonarme?

La apreté contra mí y volví a reírme.

—¿Te disculpas por eso? —pregunté. Le besé la mejilla—. Venga, tienes que comer. Y ahora que lo pienso, yo también estoy famélico. Tanto ajetreo me ha abierto el apetito.

Su sonrisa, llena de vida, me envolvía. Me abrazó tan fuerte que me dolió.

—¡Ay, te quiero tanto! —exclamó—. ¡Soy tan dichosa que podría estallar como unos fuegos artificiales! —Me besuquéo por toda la cara y después se apartó.

—¿Querrá usted acompañarme a una más que tardía cena, mi querido señor Collier?

Estoy convencido de que mi sonrisa no podía expresar más que adoración.

—Tendré que consultarlo en mi agenda —respondí.

Volvió a estrujarme, esta vez tan fuerte que se me escapó un gemido de dolor.

—Oh. —Se apartó enseguida—. ¿Te he hecho daño?

—Si eres tan fuerte cuando tienes hambre, —dije—, ¿qué no me harás después de cenar?

—Espera y verás —murmuró y esbozó una pícaro sonrisa. Se levantó y me tendió la mano. Me levanté y la acompañé hasta el carro, junto al que coloqué una silla para que se sentara—. Gracias, amor mío —dijo. Me senté enfrente de ella y miré cómo destapaba los platos y descubría un paraíso de galletitas saladas, queso y frutas—. ¿Por qué no descorchas el vino? —preguntó.

Saqué la botella del cubo y leí la etiqueta.

—¿Cómo es que no has pedido Bordeaux tinto del tiempo? —dije sin pensar.

Se le endurecieron las mejillas y se puso derecha en la silla.

—¿Qué pasa? —pregunté. Intenté sonar como si no supiera por qué se había puesto así pero su mirada me dejó consternado.

—¿Cómo sabes que ese es mi vino preferido? —preguntó—. Nunca se lo he dicho a nadie más que a mi madre. Ni siquiera el señor Robinson lo sabe.

Me quedé callado unos segundos pensando una respuesta antes de darme cuenta de que no la había. Se me pusieron los pelos de punta cuando apartó la mirada.

—¿Por qué tengo miedo de ti? —murmuró.

—No, Elise. —Le tendí la mano pero no quiso cogérmela—. No tengas miedo; por favor, no me temas. Te amo. Jamás te haría ningún daño. —Mi voz, al igual que la suya, sonaba débil y temblorosa—. No me temas, Elise.

Cuando me volvió a mirar vi, con gran disgusto, que el miedo desbordaba sus ojos; no podía

esconderlo.

—Cuando llegue el momento te lo contaré todo —dije—. Te lo prometo. No quiero alarmarte antes de tiempo.

—Cómo no vas a alarmarme, Richard. Esas cosas que dices. La cara que pones a veces. Me asustas. —Se le puso la carne de gallina—. A veces me cuesta creer... —se interrumpió con una sonrisa involuntaria.

—¿El qué?

—Que seas humano.

—Elise. —Mi risa también fue involuntaria—. Soy excesivamente humano. —Tragué saliva—. Lo que ocurre es que... no puedo decirte de dónde vengo; no aún. Tampoco es tan catastrófico —añadi enseguida al ver que le volvía a cambiar la cara—. Ya te lo he dicho. No tiene nada de malo. Es sólo que... creo que no sería acertado decírtelo ahora. Intento protegerte a ti. Y proteger lo nuestro.

La forma en que me miró me trajo a la cabeza lo que decía Nat Goodwin acerca de cuándo Elise clavaba sus enormes ojos grises en los de otra persona, «como si pudieran llegar hasta el último recoveco de su alma».

—Te quiero, Elise —dije—. Siempre te querré. ¿Qué más puedo decir?

Suspiró.

—¿Estás seguro de que no puedes decírmelo?

—Sí —respondí. Estaba muy seguro—. Todavía no.

Permaneció en silencio durante lo que a mí me pareció una eternidad antes de volver a hablar.

—De acuerdo —dijo por fin. Ojalá supiera describir lo que sentí cuando oí aquello. No sabía muy bien cuánto significaba esto para ella, pero me imaginaba que probablemente sería una de las cosas que más le había costado aceptar en toda su vida.

—Gracias —dije.

Eché un poco de vino para los dos. Elise me pasó unas pocas galletas y algo de queso y comimos sin hablarnos durante un minuto o así; yo quería darle tiempo para reflexionar. Al final dijo:

—Durante muchos años no he sabido qué camino debía seguir, Richard. Sabía que debía renunciar a los hombres y dedicarme en exclusiva a mi trabajo. El hombre con el que soñaba parecía no llegar nunca. —Posó su copa y me miró—. Entonces apareciste —dijo—. Saliste de la nada. Envuelto en misterio.

Se miró las manos.

—Lo que más miedo me da es no poder con toda esa... incertidumbre. Está siempre ahí. Incluso en este mismo instante, tu aspecto y tu comportamiento me resultan tan fascinantes que creo que jamás terminaré de conocerte del todo, que no sabré cómo eres de verdad. De ahí mi temor ante tu secretismo. Respeto tu deseo y sé que no quieres hacerme daño. Sin embargo...

Hizo un gesto de impotencia.

—¿Por dónde empezaremos? ¿Cómo empezaremos a conocernos de verdad? Es como si, en ti, mis deseos más íntimos se hubieran hecho realidad... como si mis sueños más inconfesables hubieran cobrado vida. Estoy intrigada y fascinada... pero no puedo basar mi vida sólo en eso. No quiero ser como la Dama de Shalott, para la que el amor sólo podía ser un reflejo en el espejo. Quiero mirarte, quiero conocerte. Del mismo modo que quiero que tú me mires y me conozcas... tal como soy, sin fantasías. No sé si piensas igual. Sé que me ves con la misma fascinación con que yo te miro a ti.

Somos personas de verdad, Richard. Vivimos en el mundo real y debemos afrontar nuestras vidas tal como son si queremos compartirlas.

A pesar de lo incómoda que parecía, recuperé la confianza al ver que había sentido lo mismo que yo. Preferí no decírselo en aquel momento porque no quería que pensara que me limitaba a repetir lo que ella decía, de modo que sólo añadí:

—Sí, estoy de acuerdo.

—Por ejemplo, —continuó—, hablemos de mi trabajo; ¿me pedirías que renunciara?

—¿Renunciar a tu carrera? —La miré estupefacto—. Puede que esté ciego de amor, pero no he perdido la cabeza del todo. ¿Negarle al mundo todo lo que puedes regalarle? Por Dios santo, jamás se me ocurriría algo así. Eres magnífica.

Su alivio no fue completo.

—Entonces, ¿esperarías que actuase sólo en tus obras?

Tuve que reírme.

—Elise... —la reprendí. Me hizo gracia pero a ella debí de parecerle muy serio porque se mostró un tanto desconcertada—. ¿No habrás estado pensando todo este tiempo que detrás de todo lo que he dicho y hecho se escondía la artera ambición de un dramaturgo muerto de hambre?

Una súbita pena le ensombreció los ojos. Apoyó los brazos en la mesa y le cogí la mano.

—Oh, amor mío, perdóname —dijo.

Le sonreí.

—No hay nada que perdonar. Son cosas de las que tenemos que hablar. No debemos ocultarnos nada. La verdad es que ahora mismo no sé cómo me voy a ganar la vida pero no será a base de escribir obras en las que esperaré que actúes tú, de eso puedes estar bien segura. Quizá ya no vuelva a escribir más teatro. Igual escribo novelas. No se me da mal del todo.

—Seguro que lo harás muy bien —dijo—. Pero...

—¿Qué? —pregunté cuando vi que no iba a seguir.

Me apretó un poco la mano.

—Hagas lo que hagas —continuó— y vengas de donde vengas, ahora que estás aquí... —me miró con ojos desesperados—... por favor, no me dejes nunca.

Apenas soplaba la brisa mientras paseábamos por la playa, con mi brazo alrededor de su cintura.

—Primero te digo que debemos ser realistas —dijo— y luego sigo pensando que todo esto es como un sueño. ¿Te parezco muy inconstante, Richard?

—No —dije—. Claro que no. Nuestra relación es como un dulce sueño. Yo también lo veo así.

Suspiró y se apoyó en mí.

—Ojalá no despierte nunca —dijo.

Sonreí.

—No despertaremos.

—Soñaba contigo de verdad —continuó—. Dormida y despierta también. Me decía a mí misma que sólo era una forma de dar salida a mis deseos, pero eso no hizo que dejara de soñar. Me decía que era por culpa de la profecía de aquella mujer india y después de las predicciones de Marie. Incluso durante los últimos días, cuando era consciente de que te esperaba, deseando encontrarme contigo cada vez que paseaba por esta playa, me obligaba a convencerme de que sólo eran imaginaciones mías. Pero nunca lo creí del todo.

—Me alegro.

—Ay, Richard, —dijo—, ¿cuál será ese misterio que nos ha unido? Por un lado quiero averiguarlo y por otro no; de hecho, me sorprende ante mi propia locura al pretender descubrirlo. ¿Por qué tendría que saberlo? ¿Qué puede ser más importante que estar a tu lado? ¿Qué puede importar más que mi amor por ti y tu amor por mí?

Sus palabras barrieron todas mis preocupaciones.

—Nada más importa, Elise. El mundo puede esperar.

—Sí —dijo con vehemencia—. ¡Sí, que espere!

Nos detuvimos y nos miramos, nos abrazamos y nos besamos y ya nada más importó en el universo.

Hasta que se acabó el beso.

—Un momento —dijo con simulada seriedad—. Si voy a ser la señora de Collier, insisto en que sepa usted lo horrible que es la persona con que contraerá matrimonio.

—Veamos. —Intenté sonar tan serio como ella—. Oh, dímelo ya, querubín mío.

Hice una mueca de dolor y después me reí cuando me pellizcó el brazo.

—Será mejor que se ponga serio, jovencito —dijo bromeando, aunque yo sabía que, en el fondo, era algo muy importante para ella—. Apuesto a que cree que seremos felices y comeremos perdices.

—¿Me equivoco?

—No. —Me apuntó con el dedo con aire amenazador—. Será usted el marido de una perfeccionista enfermiza que le obligará a darse a la bebida. —Reprimió una sonrisa traviesa que amenazaba con echar su discurso por tierra—. ¿Se da usted cuenta, estimado compañero, que hasta he diseñado un anteproyecto de matrimonio por si acaso? ¡Un anteproyecto! Planifiqué hasta el menor detalle de ese matrimonio, del mismo modo que un arquitecto traza los planos de una casa. —No pudo retener más aquella sonrisa juguetona—. Una casa que se habría desplomado enseguida, sin duda alguna; suponiendo que llegara a construirse.

—Prosiga —dije.

—Muy bien. —Levantó la barbilla y me miró con austeridad. No sabía decir si se parecía más a Lady Bárbara o a Lady Macbeth.

—Me siento muy implicada con el papel de la mujer en nuestra sociedad —dijo.

—Explíquese.

Me dio un golpecito en el brazo.

—Ahora escúcheme —me regañó.

—Sí, señorita.

—Continúo: no creo que esta sociedad deba imponer tantas limitaciones a las mujeres.

—Yo tampoco.

Me miró muy de cerca.

—¿Se está usted burlando? —preguntó, confundida de verdad.

—No.

—Está sonriendo.

—Porque te adoro, no porque no esté de acuerdo contigo.

—¿Crees... —se interrumpió y me miró otra vez.

—¿Sí?

—¿De verdad piensas que las mujeres deberían...

—... exigir su liberación? Por supuesto. No sólo lo creo sino que estoy seguro de que al final la obtendrán. —*Por fin pude sacar partido de la «otra época»*, pensé.

—Oh, Dios mío... —dijo.

Esperé a que continuara. Enseguida se le empezaron a achicar los ojos y una mirada de deliciosa sospecha le bañó todo el rostro de forma que tuve que esforzarme para no soltar una carcajada.

—Lo único que debe hacer toda mujer es encontrar un marido y obedecerlo —dijo. No era una afirmación, sólo me estaba poniendo a prueba—. La única misión de las mujeres es repoblar la especie. —Aguardó—. ¿No es cierto?

—No.

Me analizó en cauteloso silencio. Por fin, suspiró, dándose por vencida.

—Ahora sí que no me cabe duda de que eres distinto, Richard.

—Acepto ser distinto mientras me sigas amando —le dije.

No se inmutó.

—Debo amarte —dijo perpleja—. Sólo podría hablar con tanta confianza a alguien a quien amo. Sé que es cierto.

—Bien. —Asentí con la cabeza.

—Nadie ha llegado a conocerme de verdad —prosiguió—. Ni siquiera mi madre. Aun así, tú ya te has asomado tan dentro de mí que... —Meneó la cabeza—... apenas puedo creerlo.

—Lo entiendo, Elise —dije.

—Lo sé —dijo con la boca chica. No acababa de creérselo.

Caminamos unos minutos en silencio, después nos detuvimos y nos quedamos un rato contemplando Punta Loma y el intermitente resplandor del faro. Después miré el círculo plateado de la luna y las diamantinas estrellas derramadas por todo el cielo. No podía existir nada más bello, pensaba. El cielo ya no podía regalarme más.

Parecía como si Elise me hubiera leído el pensamiento porque, de pronto, se dio la vuelta y me rodeó con los brazos, aferrándose a mí.

—Casi me da miedo tanta felicidad —dijo.

Le cogía la cabeza entre las manos y se la eché un poco hacia atrás. Cuando levantó la mirada pude ver que tenía los ojos llorosos.

—Ya no debes tener miedo nunca más —le dije. Me incliné, la besé en los ojos, sentí sus cálidas lágrimas en mis labios y las saboreé.

—Te querré siempre.

Tuvo un escalofrío y se acurrucó en mí.

—Olvida lo que dije sobre las mujeres —murmuró—. No, no quiero decir que lo olvides. Sólo... recuerda que es parte de lo que siento y lo que necesito. La otra parte es lo que siento ahora, la que ha estado descolgada durante demasiados años. Siempre he fingido no saber cuál era pero siempre lo supe. —Sentí cómo me apretaba con los brazos—. Era mi naturaleza femenina, que estaba vacía; más bien hambrienta, Richard.

—Eso se acabó —dije.

Empezamos nuestro regreso al hotel y parecía como si ambos supiéramos por qué volvíamos. Ya no hablamos más; caminamos en silencio, pegados el uno al otro. ¿Su corazón latiría con tanta ansia

como el mío? No lo sabía. Sólo tenía claro —y Elise también lo sabía— que no importaba cómo el destino nos había empujado a conocernos, que daba igual si yo era su más íntimo deseo hecho realidad o si Elise era el mío. Como ella misma había dicho, bastaba con que estuviéramos juntos, compartiendo nuestras vidas. Porque, por mucho que la razón intenté encontrar una lógica a todo, siempre llegará un día en que el corazón grite mucho más fuerte. Ahora nuestros corazones querían estar y no había forma de oponerse a sus órdenes.

Ante nosotros, la descomunal silueta del hotel se recortaba contra el cielo nocturno. Curiosamente, había dos nubes blancas flotando por encima. Resultaba curioso porque dichas nubes tenían la forma de dos gigantescas cabezas de perfil.

—La de la izquierda eres tú —dije, seguro de que Elise también había visto las cabezas y de que sabía a qué me refería.

—Soy yo —dijo—. Tengo estrellas en el pelo. —Apoyó su cabeza contra mí y seguimos caminando—. Y la de la derecha eres tú, claro.

Durante el resto del silencioso regreso al hotel no dejamos de mirar aquellas enormes testas fantasmagóricas que colgaban sobre el tejado del edificio: la de Elise y la mía.

Cuando llegamos a su habitación, sin decir una palabra, Elise sacó la llave de su bolso y me la dio con una sonrisa que expresaba una paz onírica. Abrí la puerta y entramos. Cerré la puerta, volví a echar la cerradura y regresé a su lado. Elise dejó caer el chal al suelo y se abrazó a mí. Nos quedamos inmóviles, fundidos en un abrazo.

—Qué extraño —susurró.

—¿El qué, amor?

—Que al darte la llave no tuve ningún miedo de que te sorprendieras. Ni siquiera lo pensé.

—No hay nada que pensar —dije—. Sabes que ni se me ocurriría dejarte sola esta noche.

—Sí, —murmuró—, lo sé. No sobreviviría sola a esta noche.

Se retiró un poco, me pasó las manos por el pecho y me rodeó el cuello. La apreté contra mí y nos besamos como un hombre y una mujer que se aceptan totalmente, en cuerpo y alma.

Se acurrucó entre mis brazos, susurrando palabras que parecían brotar de sus labios como si fueran un manantial de agua tibia.

—Ayer, cuando nos encontramos en la playa, pensé que me moría... que me moría de verdad. Me quedé muda, no podía ni pensar. El corazón me latía tan fuerte que apenas lograba respirar. He vivido atormentada desde que vi la playa y empecé a pensar en que podrías aparecer de un momento a otro. He estado inquieta, nerviosa, irritable y siempre al borde del llanto. Durante esta semana he derramado más lágrimas que en toda mi vida. Me encerré en el trabajo, intentando olvidar, y le exigía demasiado al resto de la compañía; seguro que pensaban que me había vuelto loca. Hasta ahora siempre lo había tenido todo bajo control, estaba segura de lo que hacía y tenía las ideas claras. Esta semana todo ha cambiado. Oh, Richard, he perdido la cabeza... la he perdido por completo.

Sus labios ardían entre los míos. Sentí cómo me agarraba la cabeza y me clavaba los dedos.

Tiró de mí hacia sí, jadeante, con mirada temerosa.

—Me lo he guardado todo tan dentro —dijo—, que tengo miedo de dejarlo salir.

—No temas —dije.

—No puedo evitarlo. —Se agarró a mí desesperada—. Amor, oh, cariño, mi amor, estoy asustada. Tengo miedo de hacerte daño. Es tan vil, tan...

—No es vil —dije—. Es natural; hermoso y natural. No debes reprimirte. Da rienda suelta a tu corazón. —Le besé la nuca—. Y a tu cuerpo.

Su aliento me abrasaba las mejillas.

—Oh, Dios —susurró. Estaba totalmente muerta de miedo. El volcán que escondía dentro amenazaba con entrar en erupción y temía destaparlo, pues pensaba que arrasaría con todo—. No quiero preocuparte, Richard. ¿Y si te atrapa? Es tan fuerte, tan irreprimible. Jamás he dejado ver a nadie ni la señal más sutil. Es como si a lo largo de toda mi vida hubiera ignorado esta terrible inanición. —Me acarició la cara con manos trémulas—. No quiero que te trague vivo. No quiero que me aborrezcas ni...

La interrumpí con un beso. Se aferró a mí como un náufrago que se resistiera a hundirse. Parecía incapaz de recobrar el aliento. Tiritaba sin poderlo evitar, entre convulsiones.

—Déjalo salir —le dije—. No tengas miedo. Yo no lo tengo. No es nada que debas temer. Es hermoso, Elise. Eres tú. Eres una mujer. Deja que esa mujer goce su libertad. Libérala.

Desátala... y disfruta de ella. No te resistas más. No es indecente. No es repugnante. Es maravilloso... un milagro. No lo reprimas ni un segundo más. Es amor, Elise. Amor.

Rompí a llorar. Eso era bueno; empezaba a aliviarse. Se apretó muy fuerte contra mí, sollozando, respirando entre torturadores jadeos. Lo sentí llegar, todos esos años de cruel confinamiento tocaban a su fin. Elise abría por fin la puerta de las mazmorras subterráneas en que había mantenido prisionera su propia naturaleza. Podría haberla acompañado en el llanto, de tan dichoso que me sentía por su liberación. Un interminable río de lágrimas le bañó las mejillas, le temblaron los labios y su cuerpo, apretado contra el mío, tiritaba sin cesar.

Entonces sus labios se refugiaron entre los míos, lentos, seguros, exigentes al tiempo que generosos, recogiendo su cosecha con honesta necesidad. Sus manos correteaban inquietas por mi espalda y mi cuello, se enredaban en mi pelo, me acariciaban, me masajeaban, las yemas de sus dedos abrasándome la piel. Me deleitaba con aquel dulce dolor. No quería que se acabase nunca.

—Te amo —susurró—. Te amo. Te amo. Te amo. —No podía dejar de repetirlo. Las palabras caían de su boca como un diluvio, con el cual inundó las cámaras secretas de su necesidad.

No hizo ningún ruido, sólo el de su pesada y vibrante respiración, cuando la levanté para llevarla al dormitorio; era tan ligera, tan leve. La dejé sobre la cama, me senté a su lado y empecé a desenredarle las horquillas del pelo. Una a una, se las fui quitando hasta que su pelo dorado como el trigo se le derramó sobre la espalda y los hombros. Me miró en silencio hasta que le quité la última horquilla y empecé a besarla en las mejillas, en la boca, en los ojos, en la nariz, en las orejas, en el cuello mientras le iba desabrochando los lazos del vestido. Entonces pude ver sus pálidos y cálidos hombros. Los besé una y otra vez; la besé en los brazos, en la nuca. Seguía sin decir nada, no podía sino respirar entrecortadamente y gemir tímida, suplicante. Cuando le desabroché el corsé y vi su piel me sorprendí tanto que no pude evitar gritar alarmado. Elise me miró asustada cuando me quedé pasmado mirando las marcas rojas que tenía en el cuerpo.

—¡Oh, santo cielo, no te pongas esto! —grité—. No dejes marcas en tu preciosa piel. —Su sonrisa de amor resplandeció cuando me tendió los brazos.

Entonces nos tendimos juntos en la cama, anudándonos con fuerza con los brazos y con los labios. Me aparté un poco y le besé el cuello, la cara, el pecho y los hombros. Me llevó a sus senos y me refugié entre su calidez y suavidad, los besé y saboreé sus duros y sonrosados pezones. Sus

gemidos eran agonizantes. Arrastrado por el deseo, me levanté de un salto y me quité la ropa dejándola caer, mirando todo el tiempo a Elise, tendida ante mí, sin preocuparse en absoluto por ocultarme su cuerpo desnudo. Cuando terminé de desvestirme me tendió los brazos.

—Ámame, Richard —susurró.

Me sentí dentro de ella, sentí su cuerpo febril bajo el mío, sentí su respiración ardiente derramarse en mi rostro. Oí sus gemidos de angustiosa pasión. Exploté en su vientre y sentí sus espasmos, tan violentos que parecía como si se le fuera a partir la espalda, sin dejar nunca de clavarme las uñas en la carne con una expresión de delicioso éxtasis en el rostro mientras experimentaba lo que podría haber sido la primera auténtica liberación de su vida... todo aquello era más de lo que cualquier simple mortal podía soportar. La oscuridad me arrolló y me empujó al borde de la inconsciencia. El aire se saturó de calor y energía vibrantes.

Tras el temporal todo quedó en calma. Elise estaba tendida a mi lado, llorando con dulzura, de alegría. Susurraba:

—Gracias. —Una y otra vez—. Gracias. Gracias.

—Elise. —La besé con ternura—. No tienes nada que agradecerme. Yo estaba en el cielo, a tu lado.

—Oh —susurró. Fue como si dejara escapar un suspiro contenido—. Sí, eso es lo que era. El cielo.

Me pasó las manos alrededor del cuello y me miró con una sonrisa de azucarada satisfacción.

—Si no hubiéramos pasado juntos esta noche me habría muerto, Richard. —Hizo un ruidito leve—. Ahora que lo pienso, sí que he muerto —dijo. Me besó en la mejilla—. Y he rejuvenecido entre tus brazos. Reencarnada en mujer.

—Oh, pero ya eras una mujer —le dije—. Y menuda.

—Espero que sí. —Me pasó un dedo ligero como una pluma por el pecho—. Me dejé llevar tanto por la... locura que desataste en mí, que no sabía si te estaba gustando.

—Fuiste una delicia. —Sonreí ante su mirada incrédula—. Si quieres, puedo jurarlo sobre la Biblia.

Me devolvió la sonrisa, con amor y después se miró todo el cuerpo.

—¿No estaré demasiado delgaducha? —preguntó.

Me aparté un poco y miré sus pequeños y juguetones pechos, su estómago plano, su cintura (tan estrecha que pensé que no tendría problemas para rodearla con ambas manos), sus esbeltas piernas de porcelana, deliciosas para la vista.

—Demasiado —contesté.

—Oh. —Pareció tan consternada que me reí y sollocé al mismo tiempo, besándole las mejillas y los ojos con pasión—. Adoro tu cuerpo —le dije—. Ni se te ocurra considerarlo otra cosa que no sea perfecto.

Nos dimos un beso largo, dulce y pleno. Me miró al terminar, con una expresión de devoción absoluta.

—Quiero serlo todo para ti, Richard —dijo.

—Lo eres.

—No. —Acepto mi comentario con una dulce sonrisa—. Sé lo inexperta que soy en lo que respecta a... hacer el amor. ¿Pero cómo podría ser de otra manera? —Esbozó una sonrisa un tanto

traviesa—. No he conocido a otros, señor, ni he podido ganar experiencia. Me muevo con torpeza y se me olvidan las frases. No recuerdo ni el nombre de la obra, de tanto que me meto en el papel. —Cerró poco a poco los dedos en mi espalda—. Todo se me olvida —confesó—. Pierdo los estribos cuando subo al escenario y me encanta cada segundo que estoy arriba. —Ahora su mirada desprendía verdadera sensualidad—. Se me arrimó de golpe y nos dimos un largo beso, cada uno hambriento del sabor de los labios del otro.

Al apartarnos sonreí.

—El papel es suyo —dije.

Su risa infantil me encandiló tanto que me pareció como si fuera a reventar de pura felicidad. La apreté fuerte contra mí.

—Elise, Elise.

—Te quiero, Richard, te quiero tanto —me susurró al oído—. Sé que vas a odiarme pero me muero de hambre otra vez.

Solté una carcajada y la dejé libre, después me hizo levantarme para descubrir la cama. Entonces corrió a la otra habitación y regresó con dos manzanas y nos echamos el uno al lado del otro sobre las sábanas frescas para comérmolas. Sacó una pepita de su manzana y me la pegó en la mejilla; no pude evitar sonreír y preguntarle qué estaba haciendo.

—Espera —dijo.

Al cabo de unos segundos la semilla se desprendió.

—¿Qué significa?

Su sonrisa se tornó melancólica.

—Que pronto me dejarás —respondió.

—Jamás.

Al ver que no se le alegraba la cara, le di un suave pellizco en el brazo.

—¿Qué crees que soy? —pregunté—. ¿Yo o una pepita de manzana?

Para mi disgusto, la luz no volvió a su rostro. De nuevo, sus ojos sondearon los míos.

—Creo que me partirás el corazón, Richard —dijo.

—Ni hablar. —Intenté sonar todo lo convencido que pude—. Nunca, Elise.

Estaba claro que se esforzaba por quitarse del pecho aquella angustia.

—De acuerdo —dijo. Asintió con la cabeza—. Te creo.

—Me alegro, es lo que debes hacer —dije, haciéndome el enfadado—. En mi vida había oído que las pepitas de manzana predijeran el futuro.

Así, eso estaba mejor. Por fin su sonrisa había recuperado su fuego.

—Espero que escribas una obra para mí —dijo—. Me encantaría actuar en una obra escrita por ti.

—Lo intentaré —dije.

—Bien. —Me besó en la mejilla—. Suponiendo, claro está —añadió con otra sonrisa—, que decida seguir actuando después de hoy.

—Seguirás.

—Si sigo, —explicó—, y sé que siempre seguiré, por supuesto, seré otra cuando me suba al escenario; seré una yo mujer. —Suspiró y se me arrimó, cogiéndome fuerte del cuello con los brazos—. Hasta ahora siempre me había sentido desorientada —dijo—. Este conflicto me ha atormentado toda la vida... la cabeza contra el corazón. El peso de tu amor ha equilibrado por fin la balanza. Si

anoche u hoy he sido fría contigo...

—No lo has sido.

—Sí, sé que sí. Pero era mi último intento de resistir a lo que sabía imparable; a aquello que tanto temía: la liberación, a través de ti, de todo lo que he reprimido durante tantos años.

Me llevó la mano a sus labios y la besó con ternura.

—Te estaré eternamente agradecida por ello —dijo.

Entonces surgió de nuevo en ella aquel hambre que no había podido apaciguar durante tantos años y que necesitaba satisfacer en aquel instante. Esta vez ya no se resistió sino que, dichosa por haber roto sus propios grilletes, se entregó y tomó de mí, haciendo ahora el amor con una honestidad tan apasionada que, cuando al poco llegó su liberación, echó atrás la cabeza, extendió los brazos a ambos lados con las palmas abiertas hacia arriba mientras temblaba violentamente y gemía abandonándose a la plenitud. De nuevo, volví a derramarme en sus entrañas, esperando que concibiera a nuestro hijo dentro de aquel cuerpo puro y hermoso.

Después, lo primero que dijo cuando nos quedamos allí tendidos, acurrucados y satisfechos — pensé complacido —, fue:

—¿Te casarás conmigo, verdad?

No pude evitarlo; tuve que reírme.

—¿No quieres? —preguntó sorprendida.

—Por supuesto que sí —respondí—. Me río de la pregunta y de cómo me las has hecho.

—Uf... —Sonrió con alivio primero, después con amor.

—¿Cómo puedes pensar, ni por un instante, que no me casaría contigo?

—No sé... —se encogió de hombros—. Pensé que...

—Pensaste que...

—Que... bueno, que quizá te parecía tan horrible cómo hago el amor que...

Puse un dedo, sin apretar, sobre sus labios.

—Elise McKenna, —le informé—, es usted la mujer pagana más magnífica y excitante de este mundo.

—¿De verdad? —La luz afloró a su voz y su sonrisa—. ¿De verdad, Richard?

—Claro que sí. —La besé en la punta de la nariz—. Y, si lo deseas, lo cincelaré en la corteza de un árbol.

—Ya está cincelado —dijo, colocando una mano sobre mi corazón—. Aquí.

—Bien. —La besé con fuerza en la boca—. Y, una vez que nos casemos, viviremos... —La miré con socarronería—... ¿Dónde?

—En mi hacienda, por favor, en mi hacienda, Richard —me pidió—. Me gusta tanto, quiero que sea nuestra.

—En tu hacienda pues.

—¡Ah! —Jamás había visto un rostro tan henchido de felicidad—. Me siento... ¡No puedo describirlo con palabras, Richard! ¡Inundada de amor! —De pronto, empezó a sonrojarse de pura alegría—. Por dentro y por fuera.

Se tendió boca arriba y se miró el cuerpo con expresión incrédula.

—Me cuesta creerlo —dijo—. Me cuesta creer que ésta sea yo de verdad... echada en la cama, sin nada de ropa, junto a un hombre también desnudo que conocí ayer. ¡Ayer! ¡Y ya estoy llena de

¿! Soy yo? ¿Seré yo de verdad... Elise McKenna? ¿O acaso los sueños se han convertido en espejismos?

—Eres tú. —Sonreí—. La «tú» que siempre ha estado a la espera... aunque la tenías un poco maniatada.

—¿Maniatada? —Meneó la cabeza—. Más bien apresada dentro de una dama de hierro. ¡Oh! —Se le puso la carne de gallina e hizo una mueca—. Qué espantoso. Y qué real.

Se giró, me miró con ansia y nos abrazamos con fuerza, entrecruzando piernas y brazos al tiempo que nos besábamos una y otra vez.

—¿Alguna vez quisiste a Robinson? —pregunté.

—Como hombre no —respondió—. Acaso como a un padre. En realidad nunca tuve padre; la última vez que lo vi era muy pequeña. Así que supongo que Robinson hizo de padre para mí. —Suspiró como si hubiera descubierto algo—. Qué curioso que me dé cuenta de eso ahora, después de tantos años. Mira que me estás abriendo los ojos.

Me besó como si nada, como una mujer que saborea a su antojo los labios de su amante.

—Lo que te comenté antes —dijo—, sobre que soy una perfeccionista. Creo que no se debe tanto a una necesidad de sobresalir como a una tremenda insatisfacción. Nunca me he sentido del todo a gusto con mi trabajo ni a través de él. Nada me ha llenado de verdad en la vida; ese es el quid de la cuestión. Siempre me ha faltado algo. ¿Cómo no supe darme cuenta de que era el amor? Ahora me parece tan obvio. Ya no me veo como una perfeccionista. Ahora sólo deseo estar a tu lado; entregarme a ti por completo. —Sonrió, sorprendida por ella misma—. Bueno, eso ya lo he hecho, ¿verdad?

Al responderle con una sonora carcajada, me miró otra vez con expresión de fingida seriedad.

—Se lo aviso, señor Collier —dijo—, soy una persona muy celosa. Aplastaré a cualquier mujer que ose siquiera mirarlo.

Sonreí feliz.

—Aplástalas a todas.

Me pasó un dedo por los labios, trazando su contorno con delicadeza.

—¿Has amado a otras mujeres, Richard? No —añadió de inmediato—, no me lo digas, no quiero saberlo. No importa.

Le besé la yema del dedo cuando lo posó.

—No ha habido ninguna otra —le dije.

—¿De verdad?

—De verdad. Ni una sola. Lo juro.

—Ay, amor mío, mi amor. —Apretó su mejilla contra la mía—. ¿Cómo puede existir tanta felicidad?

Permanecimos pegados un rato hasta que Elise se retiró y me miró con ojos espejeantes.

—Háblame de ti —me pidió—. Quiero decir, hasta donde me puedas contar. Quiero amar todo lo que tú amas.

—Entonces ámate.

Me besó en la boca y luego analizó mis facciones.

—Me encanta tu cara —dijo—. Tus enormes ojos. Tu pelo dorado por el sol. Tu voz y tu *tacto* suaves. Tu forma de ser... —se contuvo una risita—... y tus recursos.

Sonreí y le revolví su pelo sedoso.

—También me encanta tu sonrisa —añadió—. Como si no quisieras compartir algo gracioso con los demás. Me muero de ganas porque compartas conmigo aquello de lo que te rías, pero adoro esa sonrisa. —Se apretó contra mí y me besó en el hombro—. ¿Cómo se llamaba aquel compositor?

—Mahler.

—Aprenderé a amar su música —dijo.

—No te resultará difícil —le dije. Y, quizá, pensé, algún día, cuando ya seamos viejos, te confesaré que su Novena Sinfonía sirvió para que nos conociéramos.

Rodeé su cara con mis manos y la miré; el rostro de aquella fotografía en carne y hueso, su calidez entre mis manos, desprendiendo paz en lugar de angustia.

—Te quiero —dije.

—Te quiero —respondió—. Ahora y para siempre.

—Eres tan dulce.

—Dotada de una belleza, una gracia y un encanto delicados y refinados —dijo con expresión de total seriedad.

—¿Cómo?

Babbie no pudo seguir reprimiendo su risa traviesa. Empezó a carcajearse.

—Dijo —jadeó.

Debí de sonreír confundido porque se pegó a mí y me sembró la cara de besos.

—Oh, debo dejar de decir tonterías —dijo—. Es que me siento tan desbordada de felicidad que me cuesta no reírme. Y parecías tan serio cuando has dicho que era dulce. —Me besó cinco veces en los labios, rápida y suavemente—. En realidad es un cumplido —dijo—. Sólo podría bromear con el hombre al que amo. Nadie conoce esta faceta mía; siempre la reservo para mí. Bueno, quizá la deje ver sobre el escenario de cuando en cuando.

—Siempre.

Suspiró con fingido remordimiento.

—A partir de ahora sólo podré actuar en tragedias —dijo—, porque voy a devorar tanta felicidad en la vida que no me quedará nada cuando suba a los escenarios. —Me acarició la mejilla—. Me perdonas, ¿verdad? ¿No te importa si bromeo?

—Bromea cuanto quieras —le dije—. A mí también me gusta decir tontadas.

—Las que quieras, amor mío —dijo abrazándose a mí.

Esta tercera vez empezamos besándonos. Su hermoso rostro se ruborizó y de nuevo puso aquella mirada de entrega que me excitaba al tiempo que me inundaba de alegría. Cuando abrí sus labios con los míos para introducir la lengua en su boca, se estremeció y empezó a lamerla con furia con la suya y a tirar de ella con los dientes hacia su garganta. Enseguida volví a penetrar en ella otra vez y, de nuevo, empezó a encorvarse frenéticamente contra mí, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, con mirada de abandono absoluto. Al liberarse por tercera vez, exclamó:

—¡Es imposible!

Entonces acabamos y nos fundimos en un abrazo, su cuerpo ardiente y húmedo pegado al mío, su dulce aliento en mis labios mientras se dormía. Yo intenté permanecer despierto y seguir mirándola pero no pude. Embargado por una calma extática, me sumí en un sueño insondable.

Cuando abrí los ojos Elise seguía dormida pero ya no estaba acurrucada entre mis brazos.

Estábamos tendidos el uno al lado del otro, bajo las mantas y una sábana. Debe de haberse despertado para taparnos, pensé.

Seguí un buen rato en mi lado, contemplando su rostro. Ahora esta mujer es mi vida, seguí pensando. La verdad es que, a modo de experimento, intenté recordar Hidden Hills, a Bob y a Mary, pero descubrí que me resultaba poco menos que imposible; todo aquello parecía ya un universo paralelo. La sensación de desorientación está empezando a desaparecer. Dentro de poco habrá desaparecido por completo; estoy convencido de ello. Mi presencia en 1896 es como la de un grano de arena que se hubiera escurrido dentro de una ostra. Poco a poco, como invasor de esta época, me iré cubriendo de un protector (y absorbente) capullo, hasta aislarme por completo en su interior. Al final, me habré envuelto tanto en este período que me transformaré en otra persona que habrá olvidado su procedencia y que vivirá como ciudadano de este tiempo.

Supongo que ese debe de ser el verdadero sentido de viajar en el tiempo. Si Ambrose Bierce, el juez Crater y todas aquellas personas desaparecidas llegaron a retroceder en el tiempo, a estas alturas ya no deben de recordar nada sobre sus orígenes. La naturaleza los protege. Si se rompe alguna regla o si se produce un accidente en el orden de la existencia, hay que compensarlo de alguna manera, se debe utilizar un contrapeso para equilibrar la balanza. De esta manera, el curso de la historia nunca se ve alterado más que temporalmente por aquel que vaya en su contra. Por tanto, la razón por la que nadie ha regresado jamás de su destino es porque ha realizado un viaje sólo de ida.

Pensaba en todo eso mientras estaba allí echado, mirando a Elise. Cuando dejé de darle vueltas, estaba ya bien despierto y no quería seguir durmiendo sino que prefería saborear aquellos valiosos momentos: mi amor durmiendo a mi lado, el recuerdo de nuestra mutua entrega tatuado en la mente y en el cuerpo. Salí de la cama en silencio y muy despacio. No era necesario que tuviera tanto cuidado. Elise dormía como un tronco. No me extrañaba. El desgaste físico y emocional de las últimas veinticuatro horas debía de haberla dejado exhausta.

Al levantarme y descubrir que mi ropa ya no estaba en el suelo, miré alrededor. La vi colgando del armario, que estaba abierto; me acerqué y comprobé el bolsillo interior de mi chaqueta. Los papeles estaban donde los había dejado. Debe de haberlos visto, pensé; abultaban demasiado como para no darse cuenta de que estaban ahí. Aun así, si los había leído, ¿cómo podía dormir tan plácidamente? Aunque hubiera sido incapaz de entender nada por culpa de la escritura taquigráfica, ¿no se habría extrañado al ver todos aquellos signos irreconocibles? La miré. Fuera lo que fuera, no parecía muy preocupada. Decidí que no habría visto ningún papel y que, en caso contrario, que no les habría dado la menor importancia.

Decidí que era la ocasión adecuada para continuar con aquellas notas. Me senté en el escritorio, pero después volví al armario, atraído por la ropa de Elise. Acaricié los vestidos uno por uno. Cuando llegué al conjunto que había llevado poco antes, levanté la falda con ambas manos y me la pasé por la cara para deleitarme con su suavidad. Elise, pensé. Que el tiempo me haga otro favor y se detenga por completo en este glorioso momento para que pueda disfrutarlo para siempre.

Por supuesto el tiempo ni se paró ni podía detenerse, así que al poco dejé la falda en su sitio con un frufú y volví al escritorio.

Había una carta encima, dos hojas plegadas, con mi nombre escrito por detrás de una de ellas. Me dejé llevar por la ansiedad. ¿Había Elise leído y traducido mis notas entonces? Sin pensarlo más, desplegué las hojas y empecé a leer.

Ya desde la primera frase parecía evidente que Elise no había descubierto mi secreto.

Estimado Señor,

Sus impagables favores del día 21 del corte, han sido bienvenidos y lamento no estar entre sus brazos en estos momentos. ¿Qué locura me empujaría a abandonar su abrazo?

La hora de las brujas queda ya muy atrás... y ahora las beatas (y las actrices soñolientas) bostezan. Debería estar en la cama, a su lado; acabo de mirar su precioso rostro, al que no he sabido negar un beso, pero debo, como mujer que soy, cepillarme el pelo un centenar de veces antes de retirarme de nuevo a su lado.

Me estaba peinando cuando de repente pensé: «¡Te quiero, Richard!». El corazón me dio tal vuelco que tuve la necesidad de escribir lo que sentía. Podía hacer eso o despertarte de un empujón para decírtelo, pero ni por todo el oro del mundo interrumpiría tu plácido sueño.

Te amo, Richard de mi corazón. Te quiero tanto que si estuviera en la calle me pondría a bailar y llamaría la atención de la gente y me reiría de un policía y me detendrían y me buscaría la ruina por culpa de tanta felicidad. Aporrearía un tambor y soplaría un cuerno y cubriría las paredes de todo el mundo con carteles gigantes en los que pondría cuánto te quiero, te quiero, te quiero.

Sin embargo, a pesar de todo, no soy tan feliz como quiero ser, tan feliz como debería sentirme. Una plomiza nube parece cernerse siempre sobre mí. ¿Por qué nuestro amor no la espanta?

Hay algo que me asusta y que me hace levantarme ojerosa después de darle mil vueltas. Que te perderé de la misma manera en que viniste a mí... extrañamente, como tú dices, entre sombras y sin que yo pueda impedirlo. Tengo tanto miedo, mi vida. Imagino cosas horribles y tanta preocupación no me permite descansar. Dime que no me preocupe. Sé que debes repetírmelo una vez y otra y otra, hasta que el temor desaparezca gracias a la seguridad con la que me inundas. Dime que todo va a ir bien. No dejo de pensar que no podremos casarnos por culpa de algo terrible.

No, debo dejar de pensar en este tenebroso fantasma y concentrarme sólo en nuestro amor. Estamos hechos el uno para el otro y para nadie más. Sé que esto es así. Creo que esta noche he sabido lo que es el amor de verdad (ahora mismo podría hacer una perfecta interpretación de Julieta). Es la llave que abre el corazón y tu amor ha descerrajado el mío para siempre. Para mí, este mundo empieza y acaba contigo.

Ya no escribiré más. Corazón mío, dulces sueños. Acaso estés soñando conmigo en este instante. Espero que sí, porque te amo con todo mi corazón y toda mi alma. ¡Ay, quién viviera dentro de ese sueño!

Estoy demasiado adormilada y cansada para escribir ni una palabra más. Aunque escribiré un par más antes de acostarme.

Te quiero.

Elise.

Entre lágrimas de alegría vi que un poco más abajo de su firma ponía «P.D.: Te quiero, Richard». Después leí la segunda hoja y seguí sonriendo. «P.D.A.: No estaba segura de haberlo comentado».

Se me borró la sonrisa. Había escrito unas líneas más.

No pretendía mencionar esto pero la verdad es que creo que debo hacerlo. Cuando recogí tu chaqueta se cayó al suelo un fajo de papeles que llevabas en el bolsillo. No pretendía leerlos (no se me ocurriría sin tu permiso) pero no pude evitar ver algunas cosas que ponía en ellos. Presiento que la respuesta al hecho de que estés a mi lado se esconde en esos papeles y espero que a su debido tiempo me cuentes lo que has escrito en ellos. No puedo cambiar mi amor por ti. Nada podría cambiarlo.

E.

Ya he escrito todo lo que ha ocurrido hasta el momento. Mientras lo anotaba todo he llegado a esta conclusión: jamás le enseñaré lo que he escrito. Ahora me vestiré, bajaré a la calle, compraré cerillas, me esconderé en algún rincón de la playa y quemaré estos papeles para que el viento desperdigue sus cenizas en la inmensidad de la noche. Elise lo entenderá cuando le diga que lo hice para derribar la última barrera que quedaba entre nosotros, de manera que así nada de este mundo ni de ningún otro pueda separar nunca a Elise y Richard.

Me levanté sin hacer ruido, llevé su carta y mis notas hasta el armario, donde las doblé y las metí juntas en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Durante un buen rato no supe si proceder de inmediato con mi plan o si volver a la cama y acurrucarme junto a Elise. Me acerqué a la cama y me quedé allí de pie, mirándola. Dormía con la misma inocencia que un niño, con una mano apoyada en la almohada, las mejillas coloradas como pétalos de rosa y la boca entreabierta. El intenso deseo que sentía de inclinarme y besar aquellos labios me dio el impulso que necesitaba. La amaba tanto que no podría descansar hasta romper mi última cadena con mi pasado. Me di la vuelta, fui hasta el armario y empecé a vestirme.

En el espejo vi reflejado un hombre de 1896, aunque, eso sí, todo magullado y con un ojo enrojecido. Me puse el traje interior y los calcetines, la camisa, los pantalones y después las botas. Me anudé la corbata, me puse el chaleco y me peiné. Señor don R. C. Collier, he aquí su reflejo. Le hice una leve reverencia con la cabeza, sonriendo con aprobación. Se acabaron las dudas, me dije. Perteneces al ahora.

Me acerqué al escritorio, cogí el reloj y me lo coloqué; ya estaba completo. Sonriendo, crucé la habitación con el máximo sigilo sin dejar de mirar a Elise.

—Estaré de vuelta enseguida, mi vida —susurré.

Quitó la cerradura con suma cautela para no despertarla, abrió la puerta y salió. Cerró la puerta sin hacer el menor ruido, volvió a echar la cerradura y me fui; volvería en menos que canta un gallo. Fui silbando desde el salón público hasta el Salón Abierto.

Acababa de girar a la izquierda cuando por el rabillo del ojo vi que algo se movió a mi derecha y me hizo volver la cabeza en esa dirección. Con el pulso acelerado, me giré y vi a Robinson pararse en seco.

Su mirada rebosaba cólera; en cuanto lo vi supe que había venido para matarme. Me abalancé hacia él, nos enzarzamos y le agarré la muñeca derecha con todas mis fuerzas. Tenía la cara de piedra, tan inexpresiva que sólo la abultada vena que le sobresalía junto al ojo derecho delataba que estaba vivo. No hablaba, tenía los labios retraídos contra los dientes apretados, resollaba con pesadez y boqueaba mientras intentaba meter la mano en el bolsillo derecho de su chaqueta para coger la pistola

que yo sabía que llevaba.

—No puede matarme, señor Robinson —dije lenta y claramente—. Vengo del futuro y lo sé todo sobre usted. No le colgarán por asesinato porque se hundirá en el Atlántico Norte dentro de veinte años.

Se quedó lo bastante confundido para darme la oportunidad que necesitaba. Lo empujé tan fuerte como pude y se tambaleó hasta caer al suelo. Dando tumbos, eché a correr hacia el salón y de ahí hasta la puerta de la habitación de Elise. Entré y cerré la puerta, con sumo cuidado. El mareo hizo presa de mí. Tuve que apoyarme en la pared; el corazón me latía tan rápido todavía que apenas podía respirar. Me pareció oírlo corretear por el salón y me asusté. ¿Qué pensaría hacer Robinson ahora? ¿Aporrearía la puerta hasta despertar a Elise? ¿Reventaría la cerradura de un disparo y se abalanzaría sobre mí? Caminé hacia la cama dando bandazos. No la despiertes, pensaba. Cambié de dirección y fui a trompicones hasta el armario. Tenía la sensación de que no me llegaba suficiente aire a los pulmones; ahora la sensación de desorientación había reaparecido con toda su intensidad. Debía volver a meterme en la cama con Elise y abrazarla bien fuerte.

No le quitaba ojo a la puerta mientras me desvestía. Robinson no aporreó la puerta ni gritó para que Elise le abriera. ¿Por qué? ¿Acaso sabía cómo reaccionaría Elise? De pronto, miré para abajo al palpar algo duro y redondo por fuera del bolsillo derecho de la chaqueta. Un agujero, pensé. Una de las monedas del cambio que me habían dado en la tienda se había colado por el forro.

No le di mayor importancia; no debía obsesionarme. Aun así, sentí el impulso de rebuscar en el bolsillo con dedos temblorosos hasta que encontré el agujero; después, con la otra mano, que también me tiritaba, fui sacando la moneda hasta que por fin pude tocarla. La agarré, la saqué y la miré.

Era un centavo de 1971.

En aquel instante algo oscuro y horrible empezó a presionarme el pecho. Imaginé de qué se trababa e intenté tirar el centavo lejos de mí pero no pude porque parecía pegarse a mí como si desprendiera un magnetismo fatal. Miré aterrorizado cómo se me adhería a los dedos con una pegajosidad de pesadilla que no podía entender y contra la que no podía hacer nada. Empecé a jadear y a tener espasmos al verme invadido por una oleada de frío. El corazón me latía despacio pero muy fuerte mientras intentaba, en vano, gritar, pero tenía un nudo demasiado opresivo en la garganta. Me desgañaba, pero sólo dentro de mi cabeza.

No había nada que pudiera hacer. Eso era lo más espantoso. Estaba indefenso, mudo y paralizado y sabía que los tejidos conjuntivos se estaban desgarrando, separándose de 1896 y de Elise. Intenté con toda mi voluntad apartar la mirada de los números grabados en aquella moneda pero era incapaz. Parecían clavarse en los ojos y el cerebro como púas de energía negativa. 1971. 1971. Sentí cómo me escurría. 1971. No, supliqué, paralizado por una consternación enfermiza. ¡No, por Dios, no! ¿Pero quién iba a escuchar mis ruegos? Había retrocedido en el tiempo gracias este mismo método de concentración y ahora, durante aquellos infernales momentos, me estaba obligando a regresar al quedarme mirando la moneda. 1971. 1971. Desesperado, intenté convencerme de que era 1896, 21 de noviembre de 1896. Pero era inútil, no había manera de permanecer. No mientras siguiera agarrando aquel centavo, que me recordaba mi procedencia. 1971. 1971. 1971. ¿Por qué no podía arrojarlo fuera de mi vista? ¡No quería regresar! ¡No quería!

Entonces una especie de oscuridad hirviente me envolvió como si fuera una nube. Helado, petrificado, ya no fui capaz de mirar hacia la cama. No; ¡Oh, Dios, santo Dios! ¡Apenas podía ver a

Elise! La veía difuminada a través de la niebla. La angustia empezó a rugirme en el estómago. Intenté caminar hacia ella pero no podía dar ni un paso; una losa negra y monstruosa me tenía apresado. ¡No! Intenté resistirme. ¡No me apartaría de Elise! Hice acopio de las escasas fuerzas que me quedaban para intentar deshacerme de aquella moneda malévol. ¡No era 1971! ¡Era 1896! ¡1896!

De nada sirvió. La moneda siguió pegada a mi mano como un tumor repulsivo. Derrotado, levanté la mirada para volver a mirar a Elise. Un grito de pavor me perforó el alma. Elise ya casi había desaparecido del todo en aquella oscuridad que me iba tragando, y que me adormecía como si de un sedante se tratara. Por algún motivo que jamás conoceré, en aquel momento me acordé de una mujer que una vez me habló sobre qué se siente cuando te sobreviene un colapso mental. Lo describía como «algo» que crece dentro; algo que escapa a la lógica y a la voluntad; algo oscuro y agitado que se expande sin cesar, como una araña que hubiera anidado en tus entrañas y que estuviera tejiendo una gélida y fatídica telaraña que no tardará en asfixiar el cerebro y el resto del cuerpo. Así era como me sentía; impotente, a la espera, indefenso, sintiéndolo crecer inexorablemente dentro de mí, sabiendo que nunca podría detenerlo.

Abrí los ojos. Estaba tirado en el suelo. Podía oír el lejano murmullo *del* oleaje. Me senté muy despacio y recorrí con la mirada la oscura habitación en la que una vez se alojó Elise. La cama estaba vacía. Agotado, me puse en pie y me miré la mano derecha. Todavía tenía la moneda. Con un grito de repugnancia, la tiré lejos de mí y la oí rebotar en el suelo. *¡Ahora me dejas!*, pensé, mareado y ahogado por el odio. *Después de que me has obligado a regresar.*

No sé cuánto tiempo me quedé allí, inerte, fuera de mí. Me parecieron horas, aunque sospecho que no pasaron más de diez o quince minutos. Por fin, atravesé la habitación penosamente, quité la cerradura y salí al pasillo. No había nadie. Me acordé del traje que llevaba puesto. Tuve un escalofrío. El disfraz, querrás decir, dije para mí con amargura.

Me puse a andar y solo podía pensar que había perdido a Elise por culpa de un centavo que se había colado por un agujero del bolsillo en el forro de la chaqueta y había viajado conmigo. Por lo demás, lo acepté bien; había sido por culpa de la moneda por lo que al final acabé regresando. Como si de una máquina lenta y defectuosa se tratara, mi cerebro le siguió dando vueltas, intentando analizar lo horroroso de la situación. La moneda no era mía; estaba claro que era del último hombre que había alquilado el disfraz. Y por eso —¡Sólo por eso!— había perdido a Elise. Apenas hacía unos minutos estaba a su lado; la suavidad y el olor de su cuerpo aún me acompañaban. Si me hubiera quedado en la cama con ella esto no hubiera sucedido. Al querer reforzar el vínculo que me unía a 1896 lo acabé rompiendo por completo. Y todo por culpa de un centavo que se había colado en el forro de la chaqueta. No dejé de darle vueltas, hasta marearme, sin llegar a ninguna conclusión. No podía entenderlo.

Jamás lo comprenderé.

Cuando llegué a mi habitación —la de 1971— me di cuenta de que no tenía la llave. Me quedé un rato largo mirando la puerta. El viaje de vuelta a 1971 parecía haberme arrebatado la lucidez. Cuando por fin encajé las piezas del puzzle mental que tenía, di media vuelta y me dirigí hacia las escaleras. Sabía que no debía ir a recepción, no podría hablar ni explicar nada; no podía comportarme racionalmente. Confundido y vacío, bajé las escaleras y me dirigí a la entrada trasera. Hacía escasos minutos había estado con Elise. Pero ahora era setenta y cinco años más tarde. Elise había muerto.

Yo también. Lo tenía muy claro. Bajé los escalones del porche con la idea de meterme en el mar y

ahogarme para así acabar con el cuerpo, puesto que mi mente ya había dejado de existir. Pero me faltaba valor o arrojo. Di vueltas por el aparcamiento como un animal aturdido. Caía una lluvia tan débil que apenas sentía las gotas rociarme la cara; más bien parecía una neblina que se cernía sobre mí.

Me paré al lado de un coche y lo miré un buen rato hasta que me di cuenta de que era el mío. Me hurgué los bolsillos con dedos torpes. Por fin, me di cuenta de que no podía tener las llaves en ellos, así que me arrodillé, metí el brazo bajo el coche y tanteé hasta que di con la cajita metálica que había pegada al bastidor con un imán. La saqué y me apoyé en la manecilla de la puerta para levantarme. Se me habían empapado las rodillas de los pantalones pero me dio igual. Con gran lentitud, destapé la caja y saqué la llave.

El coche estaba frío, las ventanillas estaban empañadas. Fui palpando con la llave hasta encontrar el ojo del interruptor de arranque, donde después la introduje. Quise girar la llave pero caí rendido contra el respaldo. No me quedaban fuerzas para conducir hasta el puente y atravesarlo. No era capaz de sacar el coche del aparcamiento, ni siquiera de ponerlo en marcha. Apoyé la cabeza en el volante y cerré los ojos. Se acabó, pensé. Aquellas palabras resonaron en mi cabeza con infinita y desoladora certeza. Se acabó. Elise ya no estaba. La encontré pero la volví a perder. Se acabó. Todo lo que leí en aquellos libros era cierto. Se acabó. No sería necesario rescribirlos. Se acabó. Ocurrió lo que me estuve temiendo desde el principio. Lo que juré que nunca sucedería. Se acabó. Elise me regaló su corazón y yo se lo rompí.

¡Se acabó!

Al abrir los ojos vi la cadena del reloj enrollada en él chaleco. Bajé el brazo, saqué el reloj del bolsillo y lo miré. Al cabo de un rato, pulsé el botón y me quedé contemplando la esfera. La luz de la farola de al lado se colaba por la ventana y me permitía ver. Apenas pasaban de las cuatro en punto. Arropado por el silencio del coche, podía oír el fuerte y mecánico tictac del reloj. Mientras contemplaba la esfera me asoló un pensamiento horrible. La moneda que eché a cara o cruz al iniciar el viaje me trajo a San Diego. Una moneda me llevó a Elise. Una moneda se la llevó: se llevó mi amor, mi único amor, mi amor perdido.

Mi Elise.

Epílogo de Robert Collier

Richard llegó a casa el lunes por la mañana. 22 de noviembre de 1971. Estaba pálido y hablaba poco, no quería contarnos dónde había estado ni qué le había sucedido. En cuanto llegó, se echó en la cama y ya no se levantó más.

No tardó en empeorar. Al cabo de un mes ya estaba ingresado en el hospital. Allí, al igual que en casa, permaneció siempre en silencio, con la mirada perdida en el techo y el reloj de oro en la mano. En una ocasión, una enfermera intentó quitárselo y entonces Richard pronunció las únicas palabras que se le oyó decir durante sus últimos meses de vida.

—No lo toque.

No es de extrañar que Richard desarrollara la fantasía de haber retrocedido en el tiempo para reunirse con Elise McKenna.

Sabía que la muerte lo visitaría dentro de poco. No le cabía la menor duda y el shock tuvo que ser tremendo para él. Sólo tenía treinta y seis años y debía de sentirse traicionado. A lo largo de su vida nada le había llenado pero veía que el tiempo se le iba a acabar antes de lo previsto. Debía escapar de aquella situación... ¿y qué mejor refugio que el pasado? Como estaba demasiado dolido para retroceder a su propio pasado, decidió inventarse otro distinto.

Esta decisión se hace patente desde el principio en su manuscrito, cuando visita el *Queen Mary* y deja que su consciente se empape de la atmósfera de lo que ese barco fue en su día.

Cuando llega por accidente al Hotel del Coronado, el proceso se cristaliza. El pasado no tarda en convertirse, en su cabeza, en algo accesible, pues sus emociones giran en torno a la convicción de que todo lo que ya no existe, de algún modo, existió de manera que se puede recuperar.

No es de extrañar que Richard redujera su existencia a Elise McKenna, símbolo perfecto que representa su necesidad de escapar lo antes posible del insostenible presente y de sentirse pleno por medio del amor. Tengo la fotografía que Richard enmarcó y puedo decir que Elise era tal como él decía: una mujer de extraordinaria belleza. Es fácil entender la obsesión que Richard tenía de que si se esforzaba lo suficiente podría viajar de verdad hasta ella. También es sencillo ver por qué tomó la investigación que realizó sobre la vida de Elise como indicativo de que ya había llegado a su amada. No cabe duda de que su mente se encontraba en proceso de fermentación, infectada de miedo y de una necesidad insatisfecha. En aquellas circunstancias, no cabe extrañarse de que se comportara como lo hizo. El diagnóstico del doctor Crosswell subraya lo aquí expuesto. Me contó que el tipo de tumor que tenía Richard podía provocar «estados de sueño», así como «alucinaciones ópticas, gustativas y olfativas».

¿Quién sabe cuántos elementos disparatados contribuyen en la fabricación de una alucinación? ¿Qué maraña de circunstancias debe entretejerse para urdir un tapiz de fantasías? Sólo sé que Richard estaba desesperado por escapar de su destino y que lo consiguió, al menos durante un día y medio. Tirado en su habitación, quizá en un estado similar a la hipnosis, vivió su fuga a 1896 con todo detalle.

Esto, relatado con minuciosidad en su manuscrito, lo consiguió, sin lugar a dudas, a través de sus investigaciones; su subconsciente convertía en realidad los hechos que Richard había escondido en él tras su «colisión» con el pasado. Es curioso que por aquel entonces el hotel fuera el escenario de una

convención de accidentes automovilísticos. Estoy seguro de que poco a poco fue fabricando la fantasía en su cabeza. Prueba de esto es el hecho de que, después de hablar conmigo por teléfono, la perdiera temporalmente cuando su alma «chocó de frente con la realidad», por utilizar sus propias palabras.

Para iniciar el autoengaño —de alguna manera debía empezar— «descubrió» que en el registro del hotel de 1896 aparecía su nombre, por lo que aceleró el proceso alucinatorio a través de una insistente sugestión mental con la que quería convencerse de que ya no estaba en 1971 sino en 1896. Resulta revelador que durante aquellas sesiones escuchaba música de un compositor que, por lo que escribió, podía «transportarlo» a otro mundo.

Para mantener la pureza de aquella fantasía, alquiló un traje típico de 1896, consiguió dinero de la época para llevar en el bolsillo, hizo que le imprimieran artículos de escritorio a imitación de los que había en el hotel a finales de siglo e incluso se escribió a sí mismo dos cartas cuyo remitente era, en apariencia, Elise McKenna; debió de esforzarse mucho para conseguir una letra tan bonita. El reloj está claro que tuvo que comprarlo en alguna joyería. Parece demasiado nuevo para ser tan antiguo pero estoy seguro de que hoy en día se siguen vendiendo todo tipo de relojes y de que si uno busca bien acaba encontrando el que quiere. Como dijo el doctor Crosswell, no existen límites para la increíble paciencia y precisión del subconsciente cuando se pone a tejer una fantasía.

Cuando ya era obvio que Richard estaba al borde de la muerte, hice algo en lo que ni el hospital ni el doctor Crosswell habían reparado. Llevé a Richard a casa y lo acosté en su propia cama, coloqué la fotografía enmarcada de Elise McKenna sobre la mesilla de noche, le puse el reloj en la mano y me encargué de que sonara música de Mahler las veinticuatro horas. Creo que no fue coincidencia que falleciera mientras sonaba el adagio de la Novena Sinfonía, la cual Richard pensaba que le había ayudado a encontrarse con Elise. En aquel momento yo estaba sentado a su lado y puedo dar fe —gracias a Dios— de que, al menos físicamente, se sentía en paz cuando cerró los ojos por última vez.

¿Qué más puedo decir? Sí, Elise McKenna estuvo en el Stephens College en 1953. Ciertamente, murió de un ataque al corazón una noche después de asistir a una fiesta y sus últimas palabras fueron: «Y el amor, lo más dulce». Es verdad, Richard estaba en Columbia, Missouri, por aquel entonces. Sí, Elise quemó aquellos papeles y se pudo rescatar ese fragmento del poema. También es cierto que todavía no se ha resuelto el enigma sobre el cambio de personalidad que sufrió después de 1896.

¿Qué quiero decir con esto? Quizá que, a pesar de cuanto he escrito, me gustaría creer, aunque sólo fuera por Richard, que todo aquello sucedió de verdad. De hecho, necesito tanto creerlo que nunca iré a ese hotel para ver el registro por miedo a que su nombre no aparezca.

El dolor por la muerte de mi hermano me sería mucho más soportable si pudiera convencerme de que en efecto retrocedió en el tiempo y conoció a Elise. Una parte de mí quiere creer a toda costa que en ningún momento se trató de un espejismo. Que Richard y Elise estuvieron juntos tal y como él lo describió.

Que, si Dios quiere, están paseando, ahora mismo, cogidos de la mano, en algún lugar del tiempo.

Guía para el grupo de lectura

En algún lugar del tiempo

Richard Matheson

«Creo que el trabajo de Richard Matheson es excepcional [...]. La originalidad es su sello personal. Esto se puede apreciar continuamente en frases sueltas, en párrafos y en conceptos de su propia cosecha, así como en la oblicuidad y elegancia con que trata otros ya establecidos».

—Jack Finney, autor de *Ahora y siempre* y *From time to time*.

«*En algún lugar del tiempo* es mi mejor novela». —Richard Matheson.

Richard Collier, quien a sus treinta y seis años aún no ha conocido el amor verdadero, recibe la noticia de que padece una enfermedad terminal, por lo que decide escribir un diario sobre sus últimos meses de vida mientras se dedica a viajar. Sin saber muy bien por qué, decide visitar el Hotel del Coronado, a las afueras de San Diego, donde descubre el retrato de la célebre actriz de finales de siglo Elise McKenna, momento en que, sorprendentemente, se enamora de una mujer que murió hace casi dos décadas. Poco a poco, se va convenciendo a sí mismo de que no necesita más que su fuerza de voluntad para retroceder hasta 1896 y conocerla.

Pero lo que lo separa de su amada no es sólo un período de setenta y cinco años.

Este clásico del amor y la fantasía, publicado en 1975 bajo el título de *Que el tiempo vuelva atrás* (extraído del *Ricardo II* de Shakespeare, Acto III, Escena 2: «Ah, llamad al ayer / haced que el tiempo vuelva atrás»), ganó el Premio World Fantasy a la mejor novela. Hoy se conoce más por el título con el que Matheson y el director Jeannot Szwarc lo llevaron a las salas de cine en 1979, con Christopher Reeve como Richard, Jane Seymour como Elise y Christopher Plummer como W. F. Robinson, representante de la joven. La creciente popularidad de la película, estrenada en 1980, culminó en la creación de la *International Network of Somewhere in Time Enthusiasts* (INSITE). (N. del t.: Red Internacional de Entusiastas de *En algún lugar del tiempo*).

Cuestiones para el debate:

1. Matheson y el protagonista de su novela, Richard Collier, comparten nombre de pila y profesión, así como otros detalles biográficos. La novela la presenta el hermano de Richard, quien también parece codearse con el mundo editorial, como un manuscrito en apariencia de carácter no novelesco y que está escrito en primera persona a modo de reportaje y con todo lujo de detalles. ¿Sirven estos recursos literarios para acercar más al lector a la historia e incrementar así su realismo? ¿Son verosímiles los detalles históricos de la parte que transcurre en 1896?

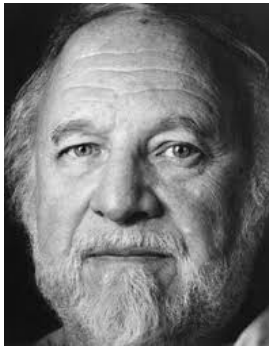
2. «El pasado ha anidado aquí» dice Richard refiriéndose al Coronado; este mismo recurso se ha aplicado, con resultados mucho menos benévolos, en novelas que van desde *El resplandor* de Stephen King hasta *The haunting* (La guarida) de Shirley Jackson, pasando por *La casa infernal* del propio Matheson. ¿Las emanaciones de las personas y de los acontecimientos del pasado permanecen en el mundo físico? De ser así, ¿en qué podrían consistir y cómo se podrían disipar?

3. Ha pasado poco más de un siglo desde que H. G. Wells publicara su clásico de la ciencia-ficción, *La máquina del tiempo*. Desde entonces el tema de los viajes en el tiempo ha sido tratado por incontables autores según sus respectivos estilos. ¿Cuáles son los ejemplos más destacables? Si se pudiera viajar en el tiempo, ¿cuál sería la forma más probable, una máquina del tiempo o un método similar al estado de semi-hipnosis como el que utilizó Richard?

4. Richard propone la cuestión de si su nombre podría aparecer o no en el registro del hotel de 1896 si no hubiera retrocedido en el tiempo. ¿Sería posible viajar al pasado sin cambiar el futuro? ¿Estos cambios darían lugar a un futuro alternativo?

5. En el prefacio de una de sus antologías, Matheson decía: «*En algún lugar del tiempo* cuenta una historia de amor que va más allá del tiempo, *Más allá de los sueños* cuenta una historia de amor que trasciende la muerte [...]. Creo que son las mejores obras que he escrito en formato de novela». ¿En qué medida se puede considerar a estos dos libros como tomos complementarios? ¿Qué relación guardan con el resto de trabajos del autor?

6. El médico de Richard opina que este intentó escapar de una muerte inminente y de su vacío emocional fabricando un pasado imaginario y que llevó el proceso de autoengaño hasta el extremo. Dentro del contexto de la novela, ¿crees que lo que el protagonista cuenta fue real o que todo estaba en su cabeza? ¿La tenacidad con la que desea permanecer en 1896 equivale a la fuerza con que se aferra a la vida en 1971?



RICHARD BURTON MATHESON nació el 20 de febrero de 1926 en Allendale, New Jersey. Comenzó a escribir a la edad de ocho años, fascinado por las historias de fantasía. Creció en Brooklyn y se graduó en la Brooklyn Technical High School. Tras la Segunda Guerra Mundial, cursó estudios de periodismo en la Universidad de Missouri.

A principios de los cincuenta comenzó a convertirse en un asiduo de las revistas de fantasía, terror y ciencia ficción. Entre 1953 y 1954 escribe dos de sus novelas más conocidas: *El hombre menguante* y *Soy leyenda*. Su obra llama la atención de Hollywood, y no tarda en incorporarse al terreno audiovisual como guionista, productor e incluso actor. En su faceta de guionista cinematográfico ha colaborado con Jack Arnold, Roger Corman, Steven Spielberg y la Hammer, la mítica productora británica. Pese a todo, no descuidó su producción literaria.

La casa infernal constituye la tercera novela clave de su dilatada producción, y demuestra sobradamente por qué King, Bradbury o Koontz lo consideran uno de los mejores sino el mejor.

La novela ha inspirado directa, o indirectamente, películas como «The Legend of Hell House» y «The Haunting», consideradas como clave en el género de las casas encantadas.

Matheson es un creador polifacético, que se ha forjado a lo largo de los años un estilo visual y directo, llevando sus argumentos hasta el final con un pulso narrativo único. Es un maestro en el tratamiento de la percepción extrasensorial, pero la clave de su éxito radica en su habilidad para conseguir que el lector se identifique con sus personajes. Pocos autores manejan como él la perspectiva y el espacio. Si en *El hombre menguante* logra que los objetos cotidianos se conviertan en amenazas verosímiles, y en *Soy leyenda* consigue dar la vuelta al planteamiento del bien y del mal con un trasunto vampírico, la amenaza latente de Casa Belasco irá derribando, uno tras otro, los diferentes modos de enfrentarse a la maldición, que se convierte en una realidad tangible e irrefutable.

Ha publicado más de 20 novelas y 100 relatos cortos. Diecinueve de sus guiones han sido producidos como películas y ha realizado más de 60 guiones para la televisión, incluyendo 14 episodios para «The Twilight Zone».